



Estudios
sobre equidad
y género

...

Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica

Segunda edición de
Reflexiones sobre
masculinidades
y empleo



María Lucero Jiménez Guzmán
Olivia Tena Guerrero
Coordinadoras

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. José Narro Robles
Rector

Dr. Eduardo Bárzana García
Secretario General

Dra. Estela Morales Campos
Coordinadora de Humanidades

Dra. Margarita Velázquez Gutiérrez
Directora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM)

COMITÉ EDITORIAL
CRIM

Dra. Margarita Velázquez Gutiérrez
PRESIDENTA

Lic. Mercedes Gallardo Gutiérrez
Secretaria Técnica del CRIM
SECRETARIA

Dra. Adriana Ortiz Ortega
Profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

Dra. Elaine Levine Leiter
Investigadora del Centro de Investigaciones sobre América del Norte, UNAM

Dra. Elsa María Cross y Anzaldúa
Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Dr. Carlos Javier Echarri Cánovas
*Profesor e investigador del Centro de Estudios Demográficos,
Urbanos y Ambientales, El Colegio de México*

Dra. Maribel Ríos Everardo
Secretaria Académica del CRIM
INVITADA PERMANENTE

Mtra. Yuriria Sánchez Castañeda
Jefa del Departamento de Publicaciones del CRIM
INVITADA PERMANENTE

Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica

Segunda edición de
Reflexiones sobre
masculinidades
y empleo



CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES MULTIDISCIPLINARIAS

Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica

Segunda edición de
Reflexiones sobre
masculinidades
y empleo

María Lucero Jiménez Guzmán
Olivia Tena Guerrero
Coordinadoras



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Cuernavaca, 2015

[Reflexiones sobre masculinidades y empleo]

Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica /

María Lucero Jiménez Guzmán, Olivia Tena Guerrero,

coordinadoras. -- Segunda edición de Reflexiones sobre masculinidades y empleo.

492 páginas.

ISBN: 978-607-02-6786-4

1. Mano de obra -- Oferta. 2. Hombres -- Empleo. 3. Desempleo.

4. Masculinidad. 5. Roles sexuales. 6. Relaciones hombre-mujer.

7. Globalización. I. Jiménez Guzmán, María Lucero, editor.

II. Tena Guerrero, Olivia, editor.

HD5706.R45 2015

Diseño de forros: Brenda Bautista Pedraza

Primera edición: 2007

Segunda edición: 3 de junio de 2015

D.R. © 2015 Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, delegación Coyoacán, 04510, México, D.F.

Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias

Av. Universidad s/n, Circuito 2, colonia Chamilpa

62210, Cuernavaca, Morelos

www.crim.unam.mx

ISBN: 978-607-02-6786-4

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio

sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

*Dedicamos este libro a las víctimas
del modelo neoliberal patriarcal aún vigente,
que impide su desarrollo personal, familiar y social
y que genera crisis, angustia y dolor.*

Contenido

Prólogo	11
<i>María Lucero Jiménez Guzmán</i>	
Preámbulo	15
<i>Olivia Tena Guerrero</i>	
Introducción	21
<i>María Lucero Jiménez Guzmán</i>	
<i>Olivia Tena Guerrero</i>	
I ESTRUCTURA Y GLOBALIZACIÓN	
Masculinidad en la “sociedad de riesgo”	41
<i>Marco Augusto Gómez Solórzano</i>	
Trabajo y parejas: impacto del desempleo y de la globalización en las relaciones entre los géneros	65
<i>Mabel Burin</i>	
Divagaciones alrededor de los hombres y su trabajo	87
<i>Regina Nava</i>	
Algunas ideas acerca de la construcción social de las masculinidades y las feminidades, el mundo público y el mundo privado	103
<i>María Lucero Jiménez Guzmán</i>	

II CONSTRUCCIÓN DE LAS MASCULINIDADES

¿Sólo trabajadores/proveedores?	125
<i>Santiago Capella Rodríguez</i>	
Ensayando sobre nuevas tipologías de la masculinidad	153
<i>Rafael Montesinos</i>	
Masculinidades diversas, aportes para su clasificación	177
<i>Laura Collin Harguindeguy</i>	
Masculinidad: errática saga de un lugar imposible	207
<i>Carlos Fernández Gaos</i>	
Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica	223
<i>Gloria Luz Rascón Martínez</i>	

III ALGUNAS REPERCUSIONES DE LOS CAMBIOS EN EL PANORAMA LABORAL SOBRE DIFERENTES ÁMBITOS

Subjetividad y trabajo en la crisis de la modernidad	245
<i>Irene Meler</i>	
Reflexiones sobre las relaciones de autoridad en las familias a partir de los cambios en el panorama laboral	265
<i>María Cristina Ravazzola</i>	
Desempleo y violencia masculina. Recuento de una relación perversa	287
<i>Patricia Valladares</i>	
Pensar la violencia en los contextos de vida	309
<i>Marta Lucioni</i>	

Problemas afectivos relacionados con la pérdida,
disminución y riesgo de pérdida del empleo en varones 327
Olivia Tena Guerrero

El quiebre del proyecto laboral y su repercusión
en la vida del varón 347
Guillermo Augusto Vilaseca

IV INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

Representaciones, estratificación social y diferencias
de género bajo condiciones de crisis y desempleo 371
Roxana Marcela Rita Boso
Agustín Salvia

El significado del trabajo en las identidades masculinas 399
María Alejandra Salguero Velázquez

Masculinidades emergentes: una mirada polifónica
de los ritos y mitos de la migración laboral internacional 419
María Guadalupe Huacuz Elías

Migrar para proveer. Cardaleños, desde Veracruz a Chicago:
un estudio cualitativo con varones adultos 443
Carolina Rosas

Trabajo y subjetividad masculina 477
Salvador Cruz Sierra

Prólogo

Este libro es producto de un proyecto de investigación internacional multidisciplinario en el que participaron especialistas de México y Argentina, expertos en economía, sociología, psicología, psicoanálisis y antropología. En esta segunda edición, los capítulos presentados se revisaron y actualizaron, y el nuevo título refleja de mejor manera el contenido fundamental del libro, pues resume un cuestionamiento compartido por muchos de los hombres que entrevistamos.

El proyecto se centró en la pertinencia de vincular aspectos relativos al género, especialmente las masculinidades y sus mandatos culturales, sobre todo el de “ser proveedor”, con aspectos estructurales y económicos derivados de la aplicación del modelo económico neoliberal y globalizado, caracterizado, entre otras cosas, por la pérdida de empleos, la precarización laboral, el cambio en legislaciones laborales que han dado lugar a la pérdida de estabilidad laboral y de derechos que las y los trabajadores habían logrado conquistar en el siglo XX. Estas transformaciones, la pérdida de certezas y la instauración de incertidumbre en todas las áreas han afectado los distintos aspectos de la vida social, laboral, familiar, de pareja, y han dado lugar a profundas crisis no solamente económicas, sino en las personas, en sus subjetividades y en sus relaciones de género.

Hemos estudiado la construcción social del género, particularmente de las masculinidades y hemos podido constatar que el mandato fundamental de la masculinidad dominante o aprendida es el ser proveedor único o, por

lo menos, principal de las familias. De acuerdo al estereotipo y a pesar de todos los cambios que se han sucedido en la sociedad y la cultura, aún en muchos sectores el hombre es el responsable de proveer a su familia y este mandato es también fuente fundamental de su poder. Ser “un hombre de verdad” incluye cumplir este mandato.

Es lógico suponer que, cuando las condiciones objetivas cambian y resulta imposible cumplir ese mandato, los hombres, sobre todo quienes antes sí fueron proveedores, entren en una crisis que afecta a las personas que los rodean, sobre todo a las mujeres y sus hijos e hijas.

La reedición de este libro se justifica por varias razones. En primer lugar porque responde a la demanda que tiene en diversos sectores, y a la vez porque nos permite incursionar en el mercado del libro electrónico, un medio tecnológico más para fomentar la divulgación del quehacer académico y la investigación. También, se justifica porque las condiciones socioeconómicas que existían cuando realizamos la investigación y sus nocivas consecuencias sociales no sólo no han mejorado, sino que se han deteriorado aún más.

México, en particular, sigue sin el crecimiento económico necesario para incidir en el desarrollo humano. Según diversos especialistas y fuentes, en 2013 sólo crecimos 1.13% (INEGI, 2014). La tasa de desempleo en el país es de alrededor de 5.2%. A mucha gente se le deja fuera del empleo formal, siendo el informal el predominante, pues 29.3 millones de personas laboran bajo este esquema, es decir, seis de cada diez personas trabajan sin ningún tipo de seguridad social, de acuerdo con datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2013). Según la misma fuente, la tasa de empleo informal en 2005 era de 59.3% y se incrementó hasta 60.1% en 2012 (INEGI, 2012).

El diagnóstico sobre la radiografía laboral en México ya es conocido: informalidad dominante, creación insuficiente de empleos, bajos salarios

y condiciones precarias. Aunque no siempre se repara en las horas trabajadas, por mucho, México es de los países en que más se trabaja y menos se descansa, lo que no se traduce necesariamente en mayor productividad (CEPAL, 2014).

Adicionalmente, en análisis recientes se destaca que México tiene un salario mínimo indiscutiblemente muy bajo. Es aún más bajo que el de China. En febrero de 2014, en México se ganaba por día menos de lo que en Estados Unidos se ganaba por hora, 67.29 pesos *vs.* 7.25 dólares (Wage Indicator, 2014).¹ Además, para 2013, en México dos de cada tres jóvenes tenían un empleo informal, a pesar de pertenecer a una empresa formal.

Es fundamental continuar difundiendo los resultados de investigaciones tan pertinentes e interesantes como los que aporta este libro. En él se documentan problemáticas sociales muy graves que afectan la vida de muchos seres humanos y que, creemos, tenemos la obligación de hacer visibles, de cuestionarlas y con ello, contribuir a su transformación.

Agradecemos mucho el apoyo del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA/UNAM) y el del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM/UNAM) que hicieron posible nuestra investigación y la publicación de este libro.

María Lucero Jiménez Guzmán

¹ Wage Indicator, 2014, <www.wageindicator.org/main/salary/minimum-wage/mexico/archive/0>. Para Estados Unidos no se tienen datos en este portal; sin embargo, el Departamento del Trabajo de ese país presenta este dato en su portal dedicado al salario mínimo, disponible en <<http://www.dol.gov/whd/minimumwage.htm>>.

Fuentes citadas

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Primer Foro de la Empleabilidad de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 9 de julio de 2014.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), Boletín de prensa núm. 95/14, 21 de febrero de 2014, Aguascalientes.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), Boletín de prensa núm. 461/13, 12 de noviembre de 2013, Aguascalientes.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), Boletín de prensa núm. 449/12, 11 de diciembre de 2012, Aguascalientes.

Preámbulo

Es sumamente seductor e interesante protagonizar la segunda edición de un libro, pues ello nos permite hacer nuevas reflexiones sobre las preocupaciones originales que motivaron su publicación. Han transcurrido ya ocho años desde la primera edición y durante este tiempo los estudios sobre la condición masculina han intensificado su diálogo con las teorías feministas, lo que ha permitido nuevos análisis sobre el tema que nos ocupó desde el inicio: las posibles masculinidades emergentes y el trastocamiento de la masculinidad hegemónica en un entorno de crisis económica.

Esta crisis, no obstante, es sólo una fracción del escenario global del “desorden” que impacta críticamente al modelo capitalista y la familia patriarcal. Rosa Cobo¹ lo describe como un “desorden geopolítico e internacional, desorden económico y político, desorden ético y normativo”, y tiene razón. Es desde este entorno de desorden en el que habitamos que se lanza la pregunta que da título a esta segunda edición: “¿cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica?”, mismo título y pregunta que eligió Gloria Luz Rascón, autora de uno de los capítulos en este libro, quien hace ocho años se preguntaba sobre las transformaciones que el desempleo estaba generando en el significado del trabajo y la identidad masculina, asunto que en esta edición sigue tan vigente como entonces.

Este título nos lleva a reflexionar sobre el significado de “ser hombre” al paso del tiempo, en un entorno económico que se agrava. Nos lleva

¹ Rosa Cobo (2011), *Hacia una nueva política social*, Madrid, La Catarata, p. 13.

también a repensar el impacto que este “seguir siendo hombre” ha tenido en las mujeres y también en otros hombres de diferentes generaciones, bajo un orden social y de género cuyos mandatos parecen incólumes ante un sistema patriarcal que parece acomodarse a todos los rumbos y a todos los sistemas políticos y económicos. En el caso que nos ocupa, el problema que sigue vigente es el acomodo patriarcal a un sistema capitalista neoliberal global que se endurece.

¿Es que nada ha cambiado desde entonces?, ¿por qué este libro y este tema siguen pareciendo tan actuales? Tal vez porque se sigue siendo hombre en este entorno económico devastador, me atrevería yo a responder. Pero con esta respuesta no pretendo unificar ni mostrar como perenne a una identidad masculina unida a un cuerpo sexuado. Más bien, me acojo a los muchos estudios sobre masculinidades que precedieron a la primera edición y a los propios textos que la componen, en los que se muestran las insoslayables diferencias en la forma de ser hombre; me acojo también a la crítica butleriana sobre las pretendidas identidades estables de la masculinidad y de la feminidad que sólo existen bajo un “régimen de verdad”, a desmontar bajo un nuevo discurso sobre las identidades performativas;² pero también recojo la aún vigente categoría teórica y analítica sobre la “masculinidad hegemónica” que un día introdujo Connell³ y más tarde analizaron críticamente Connell y Messerschmidt,⁴ que, más que pretender señalar una identidad fija, ha permitido analizar las dinámicas del poder masculino a partir de un modelo idealizado de lo viril, derivado de una construcción cultural de ser hombre, a partir de la cual se contrastan las diversas formas de expresión masculina, con el poder como hilo conductor.

² Judith Butler (1990), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Paidós.

³ R. W. Connell (2003), *Masculinidades*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

⁴ R. W. Connell y J. W. Messerschmidt (2005), “Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept”, *Gender & Society*, vol. 19, núm. 6, pp. 829-859.

La proveeduría, asociada a la realización identitaria masculina a través del empleo, es uno de los ejes de la masculinidad hegemónica que persiste y reproduce la división sexual del trabajo. Reconocer esta atribución a lo masculino no significa ni que todos los hombres cumplan con ello ni que todos tengan los recursos para hacerlo. Diríamos más bien, que pervive una especie de pacto interclasista, interracial e interétnico característico de un sistema patriarcal,⁵ que asocia el poder político, económico y de reconocimiento social a la proveeduría como privilegio masculino, que la mantiene como uno de los ideales de la masculinidad, con el trabajo remunerado como centro identitario.

¿Cómo se puede seguir siendo hombre entonces, ante este ya no tan nuevo desorden económico? Hay por lo menos dos posibilidades: 1) un reacomodo de los poderes masculinos para mantener sus privilegios, o 2) que ante la precarización laboral, derivada de este desorden, se esté configurando una nueva organización sexual del trabajo, con “alianzas intergeneracionales” emergentes y necesarias.⁶

La primera posibilidad, imagino, se expresaría a través de una reafirmación de poderes masculinos como formas alternativas de aproximación al modelo hegemónico de la masculinidad. La proveeduría es sólo uno de los mandatos de la masculinidad y, al no contar con los recursos para su cumplimiento, puede desplazar las disposiciones hacia otros mandatos relacionados con la violencia, la sexualidad u otros medios, en búsqueda de poder económico, aumentando con ello las condiciones de dominio y opresión hacia las mujeres y otros hombres. Esto puede estar relacionado con los nuevos juegos de poderes que vivimos en México y otros países,

⁵ Celia Amorós (1994), *Feminismo. Igualdad y diferencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México; Rosa Cobo, *op. cit.*

⁶ Donna Haraway (1991), *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.

como los que se juegan en el narcotráfico, la explotación sexual de mujeres y niñas y la corrupción irrefrenable, por decir sólo algunos.

La segunda posibilidad, la reorganización sexual del trabajo, es quizá la más sencilla de documentar, ya que impacta en la vida cotidiana de las personas en los hogares. A simple vista pareciera que esto está sucediendo, es decir, que ante la crisis económica que se manifiesta en desempleo y empleo precario, los varones tienden a incorporarse a otras tareas que antes les eran ajenas, como las de cuidado y domésticas, en tanto las mujeres se incorporan o aumentan su carga de trabajo remunerado. Sin embargo, este cambio va presentando matices. Se ha documentado, por ejemplo, que la carga de trabajo de las mujeres, tanto por trabajo doméstico como por trabajo remunerado, aumentó en el periodo de la depresión estadounidense⁷ y más recientemente, en España, se ha documentado que los hombres desempleados incrementaron únicamente en una hora el tiempo dedicado al trabajo doméstico y de cuidados.⁸

Sin intentar abundar en estos estudios y sólo dejándolos como curiosidad para continuar con la lectura de este libro y con la investigación sobre esta área, me atrevo a sugerir que la tendencia ante el desorden económico, pudiera ser hacia una mayor flexibilidad en el trabajo femenino. En el caso de los hombres, si bien están teniendo una mayor participación en el ámbito doméstico y de los cuidados como resultado del desempleo vivido, aún no despliegan, en términos generales, un cambio que permita vislumbrar una reorganización de la división sexual del trabajo.

Mi postura sobre las posibilidades antes planteadas, es que ambas se pueden estar gestando en medio de tensiones inevitables que habrá que ir

⁷ Ruth Milkman (1976), "Women's Work and Economic Crisis. Some Lessons of the Great Depression", *Review of Radical Political Economics*, vol. 8, núm. 1, pp. 71-97.

⁸ Tindara Addabbo, Paula Rodríguez-Modroño y Lina Gálvez-Muñoz (2013 [10]), "Gender and the Great Recession: Changes in Labour Supply in Spain", *DEMB Working Paper Series*, pp. 1-25.

documentando, a la vez que generando estrategias para incidir en que los cambios, producto de estas crisis no deseadas, signifiquen un avance a través de esta especie de fisura patriarcal.

Se puede seguir siendo hombre en medio de la crisis económica que ataca a nuestros países, pero lo que esperamos y seguiremos documentando es la emergencia de un nuevo significado de la hombría que permita relaciones más igualitarias entre los seres humanos. En el contexto de estas reflexiones, sólo queda desear que, en los siguientes años, no sea necesario publicar una tercera edición de este libro, porque el problema actual no lo sea más, y que esta discusión quede como una guía para una lectura feminista y por tanto, crítica de nuestra historia.

Olivia Tena Guerrero

Introducción

María Lucero Jiménez Guzmán

Olivia Tena Guerrero

Un grupo de académicos de distintas disciplinas, instituciones y países nos planteamos colectivamente la preocupación derivada del deterioro palpable en el empleo y en las condiciones laborales en el mundo y particularmente en América Latina. Simultáneamente, nos preguntábamos acerca de las repercusiones que esta realidad pudiera tener en la vida de las personas, en los grupos sociales y en las relaciones de género. Nos hicimos entonces diversas interrogantes, no sólo en términos estrictamente económicos, sino también las que están vinculadas con los cambios en los significados, representaciones, identidades, actitudes, funciones, valoraciones, es decir, sobre lo que significa “ser hombre” en el mundo actual.

Este libro es el resultado de una serie de reuniones académicas en torno a la temática mencionada, que en un proyecto de investigación más amplio hemos denominado “Crisis de masculinidad y crisis de empleo”. Organizamos tres seminarios, dos de ellos en el CRIM/UNAM, en Cuernavaca, Morelos, y uno más en Buenos Aires, Argentina, durante los años 2004 y 2005. Estos seminarios fueron convocados con la temática de “Desempleo, Familia y Masculinidad” y despertaron interés en académicos mexicanos y argentinos con distintas formaciones profesionales, cuyas experiencias de investigación hacían contacto con alguna o varias de las aristas que forman la temática general. Realizamos una selección de los trabajos más representativos que pudieran constituir una aportación para

visualizar la importancia de esta problemática social, documentarla y comprenderla a fin de evitar reduccionismos, los cuales propician que los sujetos que viven estas realidades sean vistos como enfermos, delincuentes, pasivos, negligentes, poco calificados, etc., atribuyendo su problemática a factores individuales y no a los derivados de la estructura social y económica actual.

El tema de la investigación, de largo aliento, que nos hemos propuesto llevar a cabo se relaciona con un fenómeno denominado “crisis de masculinidad”, entendida esta en términos de una serie de replanteamientos sociales y subjetivos acerca de las funciones públicas y privadas de los varones, los cuales cuestionan los papeles tradicionalmente asignados que crearon estereotipos no cuestionados sobre la definición dominante de ser varón en nuestra sociedad.

Consideramos que los estereotipos sobre lo que significa ser varón constituyen normas que dimensionan las valoraciones sobre las acciones de los varones en sus relaciones con otros varones y con mujeres. Dentro de estas normas se entiende, como demanda relevante, el asumir las funciones de proveedor de familia cuando se es adulto dentro de una unidad doméstica (Tena, 2001).

Sin embargo, en una época en la que ser proveedor no depende exclusivamente de las capacidades y formación profesional, sino de los movimientos del mercado laboral, consecuencia de un cambio de paradigma económico hacia el libre mercado y hacia la desestatización (situación que caracteriza a las economías latinoamericanas actuales), surge como tema relevante de explorar, la relación que la crisis laboral tiene con la crisis de masculinidad en los términos expuestos y las diversas formas como los varones la experimentan, y se resisten o adaptan al interior de sus familias y sus posibles reestructuraciones.

La crisis laboral que se experimenta en países como Argentina y México, aunque con sus particularidades y grados de complejidad y deterioro económico, se relaciona con diversos aspectos, como la instauración de un modelo de desarrollo neoliberal caracterizado por una economía abierta, competitiva y regulada por el mercado con una participación del Estado cada vez menor participación en sus funciones económicas; transformaciones tecnológicas y organizacionales que buscan la disminución de costos no obstante la disminución de la planta laboral y las condiciones de empleo; quiebras de empresas incapaces de ajustarse a las nuevas condiciones de competencia desigual e incremento de las importaciones por la globalización de la economía; privatización de industrias estatales y servicios públicos y adelgazamiento de servidores públicos sustituidos por empresarios con nula experiencia en el sector como sucede en el caso mexicano.

Tanto la opinión pública como el medio académico reconocen la existencia de un nuevo paradigma económico conceptualizado en términos de neoliberalismo y de globalización (Barquin, 1991; Calva, 2001; 2002), al cual se adjudica el trastocamiento de las condiciones de empleo a un punto tal que algunos autores hablan del fin del trabajo (Rifkin, 1996).

La transformación del mercado laboral es motivo de distintos análisis (Gómez Solórzano, 1992). Diversos autores señalan como responsables de la reducción en la demanda de empleo a los procesos de automatización y robotización (Freysenet, 1997; Arjona y Unger, 1996), la utilización de la tecnología de punta (Colon Warren, 2000), el adelgazamiento del sector público consecuente con las políticas de ajuste, reducción del déficit y retiro del gobierno en la conducción o intervención en la economía, así como las políticas de privatización de empresas del sector público (Mackinlay, 1999) que operaban con la lógica de la generación de empleo público.

Asimismo, se visualiza una transformación en la estructura de las empresas postfordistas (Lipietz, 1996) tanto de las derivadas de procesos de fusión y concentración, como la desaparición de empresas no competitivas (Frenkel y González, 2001; Coriat y Taddei, 1995) y los llamados procesos de terciarización de funciones, antes parte constitutiva de las empresas integradas. Estos procesos están acompañados en materia legislativa con medidas de desregulación del mercado laboral y la pérdida de incidencia de las estructuras corporativas, en especial el sindicalismo (Neffa, 1994; Fernández, 1996) en la relación obrero patronal.

Los cambios en la estructura laboral, el cierre de fuentes de empleo y la desregulación llevan a algunos autores a calificar al modelo globalizador como excluyente (Jacquard, 1995) que expulsa del mercado laboral y por tanto del consumo a grandes contingentes de población.

Por otra parte, estos procesos afectan de manera diferencial a los países y regiones (Aguilar y Rodríguez, 1997; Alba *et al.*, 1998; Díaz Cayero, 1995), con procesos de convergencia (Beck, 1986). Paralelamente a estos procesos se observa la creciente informalización de los procesos productivos y de servicios, tanto por el llamado trabajo en negro en empresas del sector formal, como la expansión del propio mercado informal (Bayon, Roberts y Sarví, 1998) caracterizado como aquel que se desarrolla al margen de las regulaciones existentes.

La transformación del mercado laboral presenta supuestas alternativas en la expansión del sector servicios, el surgimiento de nuevos roles laborales, los servicios personales, la propia terciarización que al descentralizar actividades antes concentradas en las empresas provoca la emergencia de empresas periféricas de servicios en *catering* (seguridad, limpieza y maquila), así como en la distribución y comercialización domiciliaria, que permiten modelos de desarrollo en torno a empresas constituidas como el caso de Rafaela (Provincia de Santa Fe, Argentina). También se

presenta la proliferación de los llamados nichos o yacimientos de mercado de sectores minoritarios o exclusivos, como alternativa de desarrollo de microempresas o actividades asociativas en la producción de orgánicos o en el trabajo artesanal, así como los modelos de desarrollo a partir de las microempresas y empresas sociales como el de Italia.

Desde la concepción fenomenológica los cambios parecen aterradores. La percepción de los trabajadores (Arrospide *et al.*, 1998) se nutre de una cultura productiva que valorizó el trabajo estable, regulado y en relación de dependencia, en el que privaban los derechos laborales y existían prestaciones, y la aspiración al retiro digno. Contrariamente, el nuevo mercado laboral apela a la mentalidad emprendedora, el trabajo “free lance”, en un mercado libre, desregulado, con mínimas prestaciones y mínimas garantías de futuro y autonomía.

Si bien en diversos estudios realizados en México y Argentina se ha documentado una mayor propensión de las esposas e hijos a trabajar, como estrategia de sobrevivencia, cuando los jefes de familia han dejado de percibir ingresos o cuando éstos disminuyen (García y Pacheco, 2000; García y de Oliveira, 1998), es importante también explorar el significado de la disminución o pérdida de ingresos en los varones que antes habían sido reconocidos como jefes económicos y de familia, el significado que esto tiene para su autopercepción desde el ser varón, los cambios familiares ante esta nueva situación y el proceso vivido rumbo a una posible redefinición de papeles o funciones sociales reconocidas; así como las consecuentes transformaciones y posibles conflictos entre los valores normativos tradicionales y emergentes.

En resumen, partimos del hecho de que ante el cambio de paradigma económico y la imposición del modelo neoliberal así como la imposición de políticas de ajuste estructural, se ha registrado en América Latina de manera creciente un proceso de adelgazamiento del Estado, desaparición y

fusiones de empresas, privatizaciones, terciarización, todo lo cual ha repercutido de manera importante en el número de personas empleadas, en el perfil y carácter del empleo, dándose un proceso también creciente denominado mercado laboral desregulado.

Consideramos que, todos estos procesos y cambios han tenido repercusiones importantes en el lugar que las personas ocupan en el mercado laboral, registrándose un descenso considerable y de manera especial han afectado el papel del varón como proveedor (Jiménez *et al.*, 2003-2006). Consideramos, asimismo, que todas estas transformaciones profundas en la vida de las personas tienen repercusiones en todas las relaciones sociales y particularmente en las relaciones entre los géneros, así como consecuencias negativas, algunas de las cuales se documentan en este libro.

El libro se compone de cuatro secciones. La primera de ellas se enfoca en un análisis que intenta vincular factores macro-estructurales con la construcción, tensiones y transformaciones en las relaciones de género y particularmente con las masculinidades.

Marco Gómez en su texto titulado “Masculinidad en la ‘sociedad de riesgo’” señala cómo la sociedad global ha transitado de lo que muchos denominan la “sociedad segura”, en donde las más elementales necesidades humanas estaban cubiertas por el Estado, a la “sociedad de riesgo” en que los individuos están expuestos a las vicisitudes del libre cambio. También examina las patologías propias de este tipo de sociedad como factores relacionados con la crisis de la masculinidad.

Mabel Burin en “Trabajo y parejas: impacto del desempleo y de la globalización en las relaciones entre los géneros” analiza la puesta en crisis de las identidades laborales femeninas y masculinas, debida en parte al fenómeno de la globalización, que impone condiciones asimétricas a mujeres y varones en sus modos de trabajar y de vivir en familia, acentuando desigualdades en las relaciones de poder entre los géneros.

Por su parte Regina Nava en “Divagaciones alrededor de los hombres y su trabajo” se apoya en la teoría estructural, particularmente en la clasificación tipológica de tres grandes modelos sociales: el preindustrial, el industrial o moderno y el posmoderno, para identificar las premisas relacionadas con el trabajo, su división, organización de los procesos productivos, etcetera. Asimismo, comenta los aspectos vinculados al trabajo como constituyente de identidades personales y sociales mediante la organización de la vida cotidiana.

El texto de María Lucero Jiménez Guzmán “Algunas ideas acerca de la construcción social de las masculinidades y las feminidades, el mundo público y el mundo privado” pone el acento en la construcción de las masculinidades, en cómo se ven los varones a sí mismos y dónde lo aprendieron, ubicando sus transformaciones en el entorno de la modernidad, poniendo énfasis en el ámbito latinoamericano. Aborda elementos sobre las transformaciones en el mundo del trabajo y algunos de los efectos en la vida de los varones y sus relaciones de género, temática central de este libro.

En la segunda sección del libro se incluyen trabajos que hacen énfasis en los procesos de construcción de las masculinidades desde visiones antropológicas, psicoanalíticas, psicológicas y sociológicas.

A continuación se presenta el texto de Santiago Capella, quien reflexiona acerca de la articulación existente entre el papel de proveedor/trabajador y la construcción social y subjetiva de la masculinidad, así como sobre las consecuencias en la identidad masculina que acarrea una crisis laboral que impide cumplir cabalmente con uno de los mandatos principales de la masculinidad hegemónica.

Por su parte, Rafael Montesinos presenta una propuesta para definir las tipologías que se observan en la actualidad, del paso de la tradición a la modernidad, la cual parte de un trabajo de campo basado en entrevistas a profundidad y grupos focales, del periodo 2004 y 2005. Plantea que

seleccionó los testimonios más significativos para dar forma a la tipología que propone.

Desde las aportaciones de la teoría del parentesco propias de la disciplina antropológica, Laura Collin plantea la posibilidad de construir otra tipología de la masculinidad usando como indicadores los rasgos que con mayor frecuencia señalan los estudios sobre este tema. En su texto “Masculinidades diversas, aportes para su clasificación”, la autora presenta una matriz con indicadores.

Carlos Fernández Gaos sugiere, desde otra perspectiva, que la masculinidad no es sino una nominación social del lugar, el cual toma un sujeto, no importando su sexo biológico. Al igual que la feminidad, se sustenta en un solo guión originario: “demanda que otro lo desee y el otro desea que se le demande su deseo”. Así, de acuerdo con el autor de “Masculinidad: errática saga de un lugar imposible”, los referentes sociales adquieren un sentido general: “Todo deseo de poder es deseo de poder sobre el deseo”.

“Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica” es el trabajo que presenta Gloria Rascón, quien plantea líneas de reflexión acerca de la relación entre los imaginarios sociales establecidos de masculinidad —equivalentes de fuerza, poder, dominio, autoridad— y el desempleo masivo actual como factor que pone en crisis el sentido de tal significación. La autora señala la posibilidad de interrogarse sobre esto, para construir nuevos sentidos de género y, por lo tanto, nuevos sentidos en la forma de vida personal y social, especialmente en el sentido del trabajo, creatividad, poder y autonomía.

En la tercera sección de este libro presentamos trabajos que enfatizan algunas de las repercusiones de los cambios en el panorama laboral que se ven reflejados en diferentes ámbitos. Se abordan algunos cambios en las relaciones de género al interior de las familias, particularmente relacionadas con la incursión de la mujer en el trabajo y la disminución de

la autoridad del padre/proveedor. Asimismo se plantea la violencia como uno de los efectos más graves que puede acarrear el desempleo masculino y la necesidad de políticas públicas dirigidas a su prevención. También se destaca en esta parte la importancia de la transformación en el significado de “ser hombre” que pudiera incidir en la disminución del riesgo psicológico asociado con este fenómeno.

El primer texto, escrito por Irene Meler, titulado “Subjetividad y trabajo en la crisis de la modernidad”, se enfoca a las mujeres que aun sin haberse subjetivado como proveedoras exclusivas deben asumir esa función para proteger a sus hijos del desamparo. Las migraciones forzadas, dice, no sólo afectan a los desposeídos, ya que las mujeres de sectores medios, ven perjudicado su estatuto al interior de la familia cuando deben acoplarse a la relocalización de sus compañeros. La autora alerta sobre la necesidad de no confundir la precarización de la vida cotidiana con progresos en la condición femenina.

María Cristina Ravazzola revisa la asociación automática entre autoridad familiar y el rol masculino de proveedor, que impide a las mujeres ese ejercicio y deja a los hijos desprovistos de un referente adulto cuando el padre ha perdido su trabajo. Esto lleva a que la autora formule la necesidad de que los hombres reconozcan el valor de su presencia para los hijos, más allá de si responden a la expectativa de ser el sostén económico de la familia.

Patricia Valladares, en su texto “Desempleo y violencia masculina. Recuento de una relación perversa”, reconoce que la motivación principal de los hombres violentos es el abuso del poder y el control, aunque la frustración, el enojo y la autodevaluación que produce el desempleo puede devenir en violencia familiar. La autora hace un análisis de las condiciones que probabilizan la emergencia de este fenómeno.

Marta Lucioni, en “Pensar la violencia en los contextos de vida”, plantea que la crisis socioeconómica en Argentina lleva a tener que distinguir

más sutilmente sobre los orígenes de las manifestaciones violentas en los hogares. La violencia masculina demanda estudiarse con múltiples articulaciones y determinaciones. Es una realidad compleja en la que confluyen motivaciones psicológicas subjetivas e influencias socioculturales que se superponen y refuerzan. La autora considera imprescindibles los aportes de la investigación en el tema para establecer estrategias adecuadas de prevención y asistencia, así como para optimizar recursos y orientar políticas públicas y sociales.

Olivia Tena analiza algunas consecuencias psicológicas de la disminución y riesgo de pérdida del empleo en varones, particularmente aquellas relacionadas con malestares de tipo afectivo, ligados al estrés y depresión. La autora destaca la importancia de enfocar el problema desde un punto de vista sociocultural que señale las discrepancias entre las expectativas esperadas socialmente hacia los varones y las posibilidades reales de cumplirlas como factores de riesgo.

Guillermo Vilaseca reflexiona en su artículo “El quiebre del proyecto laboral y su repercusión en la vida del varón” acerca del impacto que en la actualidad provocan las contingencias del “trabajo” en la masculinidad, mostrando cómo este suele constituirse en uno de sus pilares y desde allí confundirse con la identidad misma del varón. El autor aborda esta conflictiva, desplegando alternativas tanto en el campo clínico, como en el de la reinserción laboral, describiendo particularmente el dispositivo de los grupos de reflexión para varones, como un espacio propicio para el cambio.

La última sección del libro presenta diferentes resultados de investigación empírica obtenidos por autores provenientes de distintas disciplinas del conocimiento, tanto de Argentina como de México. En la mayor parte de los trabajos que componen esta sección se logra establecer de manera teórica y empírica un vínculo entre ciertos elementos de las estructuras económicas y sociales con las transformaciones de las identidades

masculinas y con fenómenos de enorme relevancia en la realidad latinoamericana, tales como la migración, sus motivaciones y efectos.

Roxana Boso y Agustín Salvia hacen un aporte al estudio de las consecuencias de la crisis laboral en Argentina a partir de evaluar su impacto sobre una serie de representaciones y valoraciones subjetivas en varones y mujeres con responsabilidad familiar. En su texto “Representaciones, estratificación social y diferencias de género bajo condiciones de crisis y desempleo” focalizan su análisis en el estudio de diferenciales de bienestar/ malestar psicológico registrados en una muestra de individuos seleccionados según su situación laboral, localización socioeconómica residencial y condición de género.

“El significado del trabajo en las identidades masculinas” es abordado por Alejandra Salguero, quien analiza el proceso de construcción identitario en varones de nivel medio-alto y la manera como incorporan el significado del trabajo en sus vidas, los conflictos y contradicciones. Mediante entrevistas, encuentra que uno de los discursos que marca su trayectoria de vida es “el trabajo”; acentúa además el éxito profesional y laboral que como hombres “deben alcanzar”.

Por su parte, Guadalupe Huacuz, en su texto “Masculinidades emergentes: una mirada polifónica de los ritos y mitos de la migración laboral internacional”, presenta, a manera de diálogo intergeneracional, el análisis de algunos relatos sobre la experiencia del proceso migratorio de un grupo de hombres hacia Estados Unidos, así como los mitos y ritos en la construcción de la identidad masculina relacionados con sus vivencias transnacionales.

Carolina Rosas, con base en un estudio en una localidad de la región central veracruzana, resalta que la crisis económica que afecta al contexto rural el cual analiza, conlleva una crisis en el tipo de trabajo que opera como contenedor material y simbólico de la masculinidad. En su texto

titulado “Migrar para proveer. Cardaleños, desde Veracruz a Chicago: un estudio cualitativo con varones adultos”, muestra cómo la migración a Estados Unidos se vuelve una alternativa novedosa que, para muchos, afectados por la coyuntura económica, representa la posibilidad de reafirmar su lugar de proveedores.

Finalmente, en “Trabajo y subjetividad masculina”, Salvador Cruz señala que la situación económica mundial y nacional, aunada a los cambios y transformaciones culturales, en el campo de las relaciones entre los géneros, ha generado incertidumbre, interrogantes, reflexión y ajustes en algunos hombres, particularmente en los adultos, con relación a su situación, funciones y formas de vínculo con las mujeres en el contexto actual.

Los trabajos que aquí se presentan son resultado de un esfuerzo compartido entre investigadores y profesionales de diversas disciplinas del conocimiento, a quienes nos une la preocupación por realizar análisis de carácter multidisciplinario que nos permita abordar de mejor manera la complejidad temática aquí planteada, la cual pretende vincular elementos de la subjetividad, de la cultura y de la ideología, como los que conforman las masculinidades, con determinantes de carácter estructural, económicos y sociales. Tenemos la convicción de que un abordaje adecuado y pertinente de estos temas debe reunir diversas formas de mirar y analizar la realidad. Algo fundamental para el avance en este primer esfuerzo ha sido el no cuestionar el discurso de otros autores/as, sino más bien tratar de ampliar nuestra mirada.

Sabemos que el enfoque que nos hemos propuesto es, en estas temáticas, aún novedoso y por ello este libro, primer producto de nuestra investigación colectiva, representa una valiosa oportunidad para difundir elementos de una realidad social que consideramos debe ser analizada, documentada y transformada.

Todas las evidencias que las investigaciones recientes y los movimientos sociales actuales están presentando respecto a las consecuencias nocivas del modelo económico imperante, tanto a nivel individual como familiar y social, obligan a plantear la necesidad de una transformación de políticas que deberían tener en su centro y en sus objetivos una postura ética: la elevación de la calidad de vida de todos los seres humanos.

Obras consultadas

- Aguilar, Adrián y Francisco Rodríguez Hernández (coords.) (1997), *Economía global y proceso urbano en México*, Cuernavaca, CRIM/UNAM.
- Alba, Carlos, Ilán Bizberg y Hélène Rivière (comps.) (1998), *Las regiones ante la Globalización*, México, CEMCA, Orstom, Colmex.
- Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (1997), “*La condición femenina: una propuesta de indicadores*”, México, inédito.
- Arjona, Luis y Kurt Unger (1996), “Competitividad internacional y desarrollo tecnológico: la industria manufacturera mexicana frente a la apertura comercial”, *Economía Mexicana*, vol. v, núm. 2, México, CIDE.
- Arrospide, Mario, M. Barring y S. Bedoya (1998), *Empleo, programas para mujeres y jóvenes*, Lima, DESCO.
- Barquin, David (1991), *Un desarrollo distorsionado: la integración de México a la economía mundial*, México, Siglo XXI.
- Bayon, Cristina, Bryan Roberts y Gonzalo Sarví (1998), *Ciudadanía social y sector informal en América Latina*, México, Flacso.
- Beck, Ulrich (1986), *Risk Society. Towards a New Modernity*, Londres, Sage Publications.
- Boltvitnik, Julio (1995), “La satisfacción de las necesidades esenciales en México”, en J.L. Calva (coord.), *Distribución del ingreso y políticas*

- sociales*, México, Juan Pablos, Foro de Apoyo Mutuo, Enlace Equipo Pueblo.
- Bouder, Annie, Jean-Paul Cadet y Claudine Romani (1996), *Evaluación de las políticas públicas de empleo: desafíos, herramientas, métodos*, (Serie Calificación y Empleo, núm. 10), Buenos Aires, Piette.
- Calva, José Luis (coord.) (2002), *Modelos de crecimiento económico en tiempos de globalización*, Tlaxcala, El Colegio de Tlaxcala y Juan Pablos Editor.
- _____ (2001), *México, más allá del neoliberalismo. Opciones dentro del cambio global*, México, Plaza y Janés.
- _____ (1995), “Distribución del ingreso y políticas sociales”, México, Juan Pablos, Foro de Apoyo Mutuo y Enlace Equipo Pueblo.
- Centro de Estudios e Investigaciones Laborales [CEIL] (1996), *Empresas y sindicatos frente a la flexibilidad laboral*, Buenos Aires, CEIL.
- Cerrutti, Marcela y René Centeno (2000), “Cambios en el papel económico de las mujeres entre las parejas mexicanas”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 1, pp. 65-69.
- Colon Warren, Alice (2000), *Reestructuración industrial, empleo y pobreza en Puerto Rico y el Atlántico medio de los Estados Unidos*, San Juan de Puerto Rico, CEP.
- Consejo Empresarial de América Latina [CEAL] (1993), *Las nuevas relaciones entre sindicatos y partidos*, Buenos Aires, CEAL.
- Coriat, Benjamin y Dominique Taddei (1995), *Made in France: cómo enfrentar los desafíos de la competitividad industrial*, Buenos Aires, Alianza.
- Charmes, Jackes (1992), *El empleo en el sector informal: su integración a las estructuras económicas*, Buenos Aires, Humanitas.
- Denzin, Norman K. e Yvonna S. Lincoln (ed.) (1994), *Introduction: Entering the Field of Qualitative Research*, en Denzin y Lincoln, *Handbooks of Qualitative Research*, Londres, Sage Publications.

- Díaz Cayero, Alberto (1995), *Desarrollo económico e inequidad regional: hacia un nuevo pacto federal en México*, México, Porrúa.
- Duverger, Maurice (1978), *Métodos de las Ciencias Sociales*, Madrid, Ariel (Colección Demos).
- Elías, Norbert (1997), *Sobre el tiempo*, México, FCE.
- Fernández, Arturo (1996), *Empresas y sindicatos: frente a la flexibilización laboral*, Buenos Aires, CEIL.
- Frenkel, Roberto y Martín González Rosada (2001), *Apertura, productividad y empleo en Argentina de los 90*, Buenos Aires, CEDES.
- Freyssenet, Michel (1997), *Máquinas autoanalizantes*, Buenos Aires, Piette.
- Fukuyama, Francis (1992), *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta.
- Gamero, Julio y Ulises Humala (2002), *Empleo y microempresas en Lima Metropolitana, entre el desempleo y la sobrevivencia*, Lima, DESCO.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1998), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, Colmex.
- _____ y Edith Pacheco (2000), “Esposas, hijas e hijos en el mercado de trabajo de la Ciudad de México en 1995”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 1, pp. 35-64.
- Gautié, Jérôme y Julio César Neffa (comps.) (1998), *Desempleo y políticas de empleo en Europa y EE. UU.*, Buenos Aires, Piette-Conicet.
- Gómez Solórzano, Marco Augusto (1992), “Las transformaciones del proceso de trabajo en gran escala internacional”, en Josefina Morales (coord.), *La reestructuración industrial en México. Cinco aspectos fundamentales*, México, IIE/UNAM.
- González Santibáñez, Cristian (1998), *Notas sobre el empleo precario y precarización del empleo en Chile*, Santiago de Chile, PET.
- Grammont, Hubert (1999), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana*, México, Plaza y Valdés.

- Hualde Alfaro, Alfredo (1992), "Pymes y desarrollo regional, la utilidad de los enfoques europeos y sus limitaciones", *Perfiles latinoamericanos*, año 7, núm. 13, pp. 19-98, México, Flacso.
- Jacquard, Albert (1995). *J'accuse l'économie triomphante*, París, Calmann-Levy, 1.
- Jacob, Annie (1996), *La noción de trabajo: relato de una aventura socio-antropo-histórica*, Buenos Aires, Piette.
- Jiménez Guzmán, María Lucero (2003), *Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*, México, CRIM/UNAM.
- _____, Laura Collin, Marco A. Gómez y Olivia Tena (2003-2006), Proyecto de investigación "Crisis de masculinidad y crisis laboral. Los casos de México y Argentina", México, documento mimeografiado.
- Lamas, Marta (1997), "Cultura, género y epistemología", ponencia presentada en el Coloquio "Balance de los estudios culturales en México Epistemología y Perspectivas", Seminario de Estudios de la Cultura, 4-5 agosto, México.
- Laville, Jean-Louis (coord.) (1994), *L'économie solidaire. Une perspective internationale*, París, Desclée de Brouwer.
- Lerner, Susana (1996), "La formación en metodología cualitativa. Perspectiva del Programa Salud Reproductiva y Sociedad", en Ivonne Szasz y Susana Lerner, *Para comprender la subjetividad*, México, Colmex.
- Linhard, Danielle (1997), *La modernización de las empresas*, Buenos Aires, Piette-Conicet.
- Lipietz, Alain (1996), *El planeta del posfordismo: una alternativa para el siglo XXI*, Buenos Aires, Piette.
- Lozano, Claudio (1999), *El trabajo y la política en la Argentina de fin de siglo*, Buenos Aires, Eudeba.
- Mackinlay, Horacio (1999), "Nuevas tendencias en la agricultura de contrato: los productores de tabaco en Nayarit después de la privati-

- zación de Tabamex”, en Hubert Grammont, *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana*, México, Plaza y Valdés.
- Neffa, Julio César (comp.) (1994), “Nuevo paradigma productivo, flexibilidad y respuestas sindicales en América Latina”, II Reunión de la Red Franco-Latinoamericana, Buenos Aires, Piette-Conicet.
- Oliveira, Orlandina de y Marina Ariza (2000), “Género, trabajo y exclusión social en México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 1, pp. 11-34.
- Perkman, Markus (1998), *Teoría de la regulación y el papel de la política*, (Serie Noticias de la Regulación, núm. 16), Buenos Aires, Piette.
- Peza, Germán de la (1998), *Liberalización del comercio en el hemisferio occidental*, México, IIE/UNAM.
- Rifkin, Jeremy (1996), *El fin del trabajo*, México, Paidós.
- Soto, Hernando de (2001), *El misterio del capital. ¿Por qué el capitalismo triunfa en Occidente y fracasa en el resto del mundo?*, México, Diana.
- Tena Guerrero, Olivia (2001), “Normas morales vinculadas a las prácticas reproductivas de mujeres y varones solteros: religión y trabajo asalariado como dimensiones de análisis”, tesis de doctorado, FCPYS/UNAM.

I

Estructura y globalización

Masculinidad en la “sociedad de riesgo”

Marco Augusto Gómez Solórzano*

La civilización del siglo XIX no fue destruida por el ataque exterior o interno de bárbaros; su vitalidad no fue minada ni por las devastaciones de la Primera Guerra Mundial ni por la revuelta de un proletariado socialista o una clase baja media fascista. Su fracaso no fue el resultado de algunas supuestas leyes económicas tales como la de la proporción decreciente de los beneficios o del consumo excesivamente bajo o la superproducción.

[...] el conflicto entre el mercado y las exigencias elementales de una vida social organizada suministró al siglo su dinámica y produjo las tensiones y presiones típicas que finalmente destruyeron a esa sociedad (Polanyi, 2000).

El postmodernismo, y no sólo en las artes, es el modernismo sin las esperanzas y sueños que hicieron soportable la modernidad (Zerzan, 2003).

Introducción: de la “sociedad segura” a la “sociedad de riesgo”

Tras varios siglos de expansión salvaje del capitalismo, la resultante de la matriz de conflictos que el desarrollo anárquico provocó entre las diversas fuerzas sociales y que amenazaba con desbordar la sociedad capitalista global fue —en distintos grados, según la posición que cada sociedad, o cada

* Profesor investigador en el Departamento de Relaciones Sociales, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

clase particular ocupaba en la relación de fuerzas— la consolidación de una etapa histórica que Polanyi (1944) denominó de “regulación protectora”.¹

Cobró forma en dos modalidades, el socialismo real y el capitalismo de Estado (o “Estado benefactor”). En las dos, la fuerte intervención del Estado —en la primera mediante la supresión forzosa de la propiedad privada capitalista o proto-capitalista, en la segunda mediante la regulación macro-económica keynesiana, en sus dos variantes del modelo bismarckiano y del modelo beveridge—² pretendía trascender, o al menos

¹ Desde el siglo XVIII, el enorme sufrimiento que la burguesía mundial —en diversas composiciones de clase— impuso a los trabajadores y marginados (no sólo la esclavitud en gran escala de seres humanos, sino la explotación sin límites de mujeres y niños y la muerte por inanición, por exceso de trabajo —o por su falta—, y por toda clase de enfermedades) produjo continuas oleadas de rebelión y revoluciones sociales que afectaron las diversas regiones del mundo de manera desigual (1789, 1810, 1830, 1848, 1870, 1905, 1910, 1917 por citar sólo algunas de las fechas de revoluciones más destacadas). Muy particularmente, las matanzas y hambrunas que la burguesía desató entre los trabajadores de casi todos los países en sus últimas dos guerras por repartirse el mundo (1914-1918, 1935-1945 o, tomadas en conjunto, la “guerra de 30 años del capitalismo”) (Maddison, 1987) produjeron dos grandes mareas revolucionarias, una que se aglutinó en torno a los trabajadores del antiguo imperio zarista y que condujo a su disolución, y la otra que emergió de la posguerra de 1945. Al calor de estas rebeliones mundiales, fortalecidos los trabajadores en sus sindicatos, en sus propios partidos políticos y, finalmente, en sus propios gobiernos (de algunos países), surge lo que podríamos llamar el Estado social. Un Estado que, como resultado de una correlación de fuerzas más favorable a los trabajadores, abre el espacio a una mayor expresión de sus intereses.

² Aparte del modelo socialista que, con variaciones, cobró vida en el Este de Europa, Asia, partes de África y América Latina, el modelo de seguridad social de “Occidente” implicaba que el Estado intervenía, sin eliminar los fundamentos de la propiedad privada capitalista, con la finalidad de limitar sus excesos mediante dos variantes básicas: el modelo de Beveridge (desarrollado en Inglaterra) que implicaba que el Estado intervenía para “satisfacer las necesidades esenciales de todo ser humano y para garantizar que cada uno tuviera un mínimo básico, independientemente de su situación personal, mediante un financiamiento que provenía del impuesto general del Estado (y, por tanto, de los ingresos de todos los miembros de la sociedad); y el modelo bismarckiano (del canciller Bismarck), menos “solidario” según el enunciado de que “por principio el individuo no tiene más derechos que los adquiridos mediante su trabajo”, en que la seguridad social sólo se puede garantizar

contrarrestar, los efectos nocivos³ del capitalismo anárquico (“economía de mercado autorregulada”, Polanyi, 2000). Aunque las medidas del Estado benefactor —en el capitalismo central y su difusión parcial a la periferia— estaban destinadas a resolver primordialmente el “problema crucial” del trabajo, muchas otras capas de la población se vieron favorecidas, creando una percepción social generalizada de seguridad personal: pleno empleo garantizado, seguridad social, seguridad del trabajo (Hepple, 1994; Standing,⁴ 1999). Durante el último tercio del siglo XX, las fuerzas sociales que animan la acumulación capitalista sin restricciones prevalecieron sobre los partidarios de la regulación estatal del capital (Mahnkopf,⁵ 1993). La

a partir de las contribuciones individuales que varían de acuerdo con el nivel salarial y los derechos adquiridos individualmente por las y los empleados (Concialdi, 2003).

³ La descripción de los aspectos nocivos del sistema capitalista y su crítica se han ido acumulando a lo largo de los siglos. Tres aspectos de deshumanización quedan sintetizados en los siglos XIX y principios del XX: la “alienación del trabajo” inherente a la producción capitalista, en que los individuos son dominados por los productos y las relaciones resultantes de su propio trabajo (Marx, 2004); la “división anómica y coactiva del trabajo” que impiden la solidaridad interna de la sociedad y provocan la guerra de clases en su interior (Durkheim, 1999); y la “jaula de hierro de la racionalidad”, mediante la cual los individuos quedan atrapados en una serie de estructuras racionales que niegan su humanidad (Weber, 1999).

⁴ Standing señala siete formas de seguridad garantizadas por el “Estado de bienestar”: *i.* seguridad del mercado laboral —pleno empleo garantizado por el Estado; *ii.* seguridad en el empleo —protección contra el despido arbitrario; *iii.* seguridad en el puesto de trabajo —protección contra la disposición arbitraria del trabajador por parte de la empresa; *iv.* seguridad en el trabajo —protección frente a los accidentes y enfermedades en el trabajo, a la intensificación del esfuerzo y extensión de la jornada de los trabajadores, limitaciones al trabajo infantil y protección especial a las mujeres trabajadoras; *v.* seguridad de la reproducción profesional del trabajo —garantías e instituciones que mejoran la calificación del trabajador; *vi.* seguridad del ingreso —protección del ingreso mediante el salario mínimo garantizado, la indexación del salario al alza de precios, seguridad social universal, impuestos progresivos; *vii.* seguridad de la representación —protección de la organización independiente de los trabajadores, del derecho de contratación colectiva y de huelga.

⁵ “La unidad del trabajo y de la seguridad socioeconómica es una de las grandes herencias de la sociedad industrial moderna. Esta unidad constituyó el fundamento de la democratización y

lucha de las fuerzas del “neoliberalismo” (el nombre dado a ese conjunto de fuerzas a favor de la acumulación desbordada del capital) por romper las “rigideces” del sistema anterior –romper el monopolio del Estado en la regulación económica y en el ámbito social, romper el monopolio de la organización autónoma del trabajo– y sustituirlos por los cinco monopolios del capitalismo⁶ (Amin, 1999) provocó el resquebrajamiento de la institucionalidad fundada en la “regulación protectora”. La intervención del Estado no se detuvo, sino que cambió de orientación, procurando fundar una nueva institucionalidad. Por medio de la acción combinada, la unión de fuerzas “librecambistas” globales y locales que se apoderó del poder de los Estados y de los centros mundiales de poder, logró el debilitamiento global de la fuerza y de la organización autónoma de los trabajadores, consiguió el derrumbe del socialismo real; socavó las bases del Estado social en el capitalismo del centro y minó la capacidad proteccionista del Estado nacional en la periferia capitalista.

Al quedar herida de muerte la “era de regulación estatutaria”, las fuerzas “libre-cambistas” inauguraron una nueva era de acumulación salvaje del capital monitoreada por la nueva institucionalidad estatal mundial con la que sustituyeron la anterior. Como resultado, campean una vez más el desempleo, la precariedad y la informalidad laboral; la “carrera hacia abajo” (National Labor Committee) de los salarios, de las condiciones de trabajo y de vida engendra un mundo de inseguridad social. Se instituye la precariedad

civilización de la sociedad, de los Estados sociales, de bienestar y de la Alemania postnazi. Esto condujo a la disminución de la impotencia de los trabajadores dependientes, mas no a la reducción sustancial de la desigualdad social. Aun los que carecían de propiedad podían disfrutar de la seguridad social y económica en las sociedades capitalistas en que sólo vale el principio de que es la propiedad la que crea seguridad”.

⁶ Los cinco monopolios del capitalismo [central] que describe Samir Amin son: 1. el monopolio de la tecnología; 2. el control de los mercados financieros mundiales; 3. el acceso monopolista a los recursos naturales [incluyendo la mano de obra] del planeta; 4. el monopolio de los medios de comunicación; 5. el monopolio de las armas de destrucción masiva.

del trabajo, de la familia y de la sociedad y su relación con la naturaleza; se instituye la “sociedad de riesgo” (Beck, 1986), la “era del vacío” (Lipovetsky, 1988). Esta nueva institucionalidad genera una condición generalizada de inseguridad personal: miedo de perder el trabajo, el salario, el estatus social; miedo de caer en la indigencia, en la miseria. Miedo a futuros inciertos, guerras, catástrofes. Se mina la autoestima personal. Todos los individuos, en todos los estratos sociales, se ven afectados, pero son los hombres, que quizá se beneficiaron más del régimen de seguridad social y que jugaban más el papel de proveedor principal y pilar de las relaciones familiares, los mayores afectados, los que quedaron sujetos a las grandes presiones que provocan las depresiones y violencias como respuesta inmediata.

La “sociedad de riesgo”

Los “malestares”:

Riesgo⁷

El individuo actual vive bajo la tensión de la “sociedad de riesgo”, esta vida plena de riesgos, riesgos que se asoman por todas partes. Los peligros que nos acechan son de índole ecológica —se habla de la “ecología de la sociedad de riesgo”, del creciente riesgo del “día después de mañana”—, económica —crisis, caos y derrumbes financieros, de los mercados, de la producción—, sociales —conflictos entre la minoría que se beneficia de los riesgos y la enorme mayoría que los soporta y los sufre, entre las clases,

⁷ “Se puede definir el riesgo como la forma sistemática de tratar los riesgos e inseguridades que induce e introduce la propia modernización. [...] A diferencia de todas las épocas anteriores (incluyendo la sociedad industrial), la sociedad de riesgo se caracteriza esencialmente por una ausencia: la imposibilidad de una atribución externa de peligro. En otras palabras, el riesgo depende de decisiones que se toman, que son producidas industrialmente y son, en este sentido, políticamente reflexivas” (Beck, 1986).

entre los partidos y entre las naciones—, y la guerra —“no existe ninguna institución, ni real ni imaginaria, preparada para abordar la peligrosa amenaza atómica” (Shaw, 2000). El concepto de “Imperio” (Hardt y Negri, 2002) aporta lo que faltaba a esta concepción de la sociedad de riesgo: la condición de una modernización acabada que ya no conoce ningún tipo de exterioridad; el riesgo ya no es exterior, natural, sino que se ha vuelto interior, producto de la racionalización y de las ciencias naturales, aunque también de la política, del derecho y de la “democracia”. Negri atribuye al Imperio la característica de ser una sociedad-fábrica que borra las fronteras entre trabajo productivo y vida privada.

Miedo

La fuerza que impulsa a la sociedad industrial de clases puede resumirse en una sola frase: ¡Tengo hambre! Por el contrario, el impulso motor de la sociedad de riesgo se reflejaría más bien en esta otra frase: ¡Tengo miedo! (Beck, 1986).

Para Beck, las formas tradicionales e institucionales del pasado reciente constituidas para regular el miedo (la inseguridad), como las que se dan en la familia, las que se generaron en la identidad de clase, en los partidos, incluso en la identidad nacional, o en el Estado social, ya no son relevantes; y aún no han surgido otras nuevas.

Giddens (2003) habla del entrelaje entre seguridad y riesgo y dice que este riesgo no siempre ha sido tan abierto, tan desbocado como ahora, habla de un “mundo desbocado”, sin controles, sin límites, que es de una incertidumbre permanente.⁸

⁸ La amenaza a la seguridad que enfrenta el individuo es, en el fondo, una amenaza a su propia identidad. El desafío que encaran los individuos es de construir y reconstruir sus propias identidades, que ya no les son dadas por las instituciones y culturas tradicionales sino que están cons-

Vacío

Lipovetsky (1988) habla de la era del vacío, del individuo encerrado en sí mismo frente a un mundo incierto, pesado, riesgoso. Otros mencionan la idea de la cultura del riesgo, de cómo el riesgo se va convirtiendo en parte estructural de la cultura misma. Stiglitz (2002) habla del “malestar de la globalización”, de la desconfianza mundial frente a los organismos de “seguridad internacional”, frente a los sistemas financieros, frente a la política económica de los gobiernos.

Turbulencia e incertidumbre

Otros hablan del “fin de la era de la regulación” y el comienzo de la “era de la turbulencia y de la incertidumbre” (Standing, 1999).

Muchos otros documentan el “fin de una era”:

- Fin del Estado de bienestar: fin de la seguridad social, de la salud pública (Standing, 1999).
- Fin de la historia (Fukuyama, 1992): La “jaula de hierro” del neoliberalismo: “La concepción criolla de la ‘modernización política’ tiene una resonancia hobbesiana, la de un orden impuesto por la amenaza del caos. Nuestra “democracia moderna” se fundamenta a través de esta serie concatenada de proposiciones: *i*. En el principio era el caos del Estado demo-populista; *ii*. Ese caos fue la consecuencia de la política [...] voluntarista; *iii*. Por ello es menester que las decisiones sobre los intercambios económicos sean adoptadas a través de un mecanismo

tantemente en riesgo. Esta condición nace de la modernidad. En la misma dirección pero con otro enfoque, Bauman (2001) define a la postmodernidad como la modernidad que adquirió conciencia de su naturaleza, la modernidad “para sí”.

automático, el del mercado [...]; *iv*. Para evitar el caos [...] se debe considerar el contrato constitutivo como racional-naturalizado [...] inmodificable porque refleja la naturaleza, el orden debido”.

- Fin de las ideologías: “[...] todos los grandes valores y finalidades que organizaron las épocas pasadas se encuentran progresivamente vaciados de sustancia [...] que transforma el cuerpo social en cuerpo exangüe, en organismo abandonado. [...] los ideales y valores públicos sólo pueden declinar, únicamente queda la búsqueda del ego y del propio interés, el éxtasis de la liberación ‘personal’, la obsesión por el cuerpo y el sexo” (Lipovetsky, 1988).
- Fin de la modernidad, la catástrofe del postmodernismo (Zerzán, 2003).
- Fin de la política: “La política ya no existe como lucha de alternativas, como historicidad, existe sólo como historia de las pequeñas variaciones, ajustes, cambios en aspectos que no comprometan la dinámica global”.
- Fin del “Estado-nación” (Ohmae, 1995).
- Fin del colectivismo “[...] la privatización ampliada, erosión de las identidades sociales, abandono ideológico y político y desestabilización acelerada de las personalidades [indica que] el ideal moderno de subordinación de lo individual a las reglas racionales colectivas ha sido pulverizado, el proceso de personalización ha promovido y encarnado masivamente un valor fundamental, el de la realización personal, el respeto a la singularidad subjetiva, a la personalidad incomparable” (Lipovetsky, 1988).
- Fin del trabajo (Gorz, 1980; Rifkin, 1996) “Una sociedad donde el movimiento obrero no es más un factor decisivo de poder [...]. Las relaciones capital/trabajo tienden y tenderán cada vez más a organizarse como relaciones entre patrones e individuos asalariados. Las formaciones colectivas de asalariados son y serán cada vez más deslegitimadas [...] como “monopolios”.

- Fin del “crecimiento económico autosostenido”. Crisis de productividad (Maddison, 1987). Crisis fiscal de Estado. Fin del pleno empleo, del trabajo formal.

El riesgo en el trabajo

En el centro de la sociedad y su sistema laboral también gobierna ahora el régimen del riesgo.⁹ Aumenta sin cesar el desempleo, la precarización laboral¹⁰ y el trabajo informal.¹¹ Como lo señala Mahnkopf (1993), los efectos “positivos” del sector informal —proporcionar un ingreso ante el hundimiento del sector formal— sólo pueden realizarse al altísimo precio de una creciente inseguridad socioeconómica. Y lo mismo ocurre en el

⁹ “Esta economía política de la inseguridad se expresa en un efecto dominó: el trabajo se precariza; las bases del Estado social se resquebrajan; la trayectoria normal de las personas se fragiliza; se programa la pobreza para los jubilados del futuro; los presupuestos exangües de los municipios no pueden financiar el asalto que se produce en requerimiento de sus servicios de asistencia social”. La flexibilidad también significa traspasar los riesgos del Estado y las empresas al individuo (Beck, 1986).

¹⁰ El trabajo es desmembrado en sus dimensiones temporales, espaciales y contractuales: de esta forma cada vez hay más pseudoautónomos, empleados a tiempo parcial, contratos basura (en Alemania, empleos de 330 euros, sin seguridad social), trabajos sin contrato, trabajos que se hallan en esa zona gris entre trabajo informal y desempleo. Esto se aplica también, por cierto, al trabajo de mayor cualificación y retribución. El principio hasta ahora válido de que la ocupación se basaba en una seguridad relativa y en una previsibilidad a largo plazo pertenece ahora al pasado (Mahnkopf, 1993).

¹¹ Un informe de las Naciones Unidas (25 de enero de 2004) reportó que casi 190 millones de trabajadores –6.2% de la fuerza laboral del mundo– se encuentran sin trabajo, la cifra más alta de desempleo jamás registrada. Mientras tanto, en los países más pobres ha crecido la “economía informal” de las personas que no cuentan con un empleo fijo o que no son auto-empleados constantes [que constituyen de 30% a 90% de la Población Económicamente Activa (PEA), según el país]. Y la cantidad de “trabajadores pobres” –definidos como los que sobreviven con un dólar o menos por día– se mantiene en unos 500 millones de personas. La OIT informó que durante la primera mitad de 2003 el desempleo y el subempleo aumentaron debido a la lentitud de la recuperación de las economías del mundo industrializado.

sector de los servicios personales intensivos en trabajo de los países industrializados —en el comercio al menudeo, en los sistemas de salud pública o en el trabajo a domicilio— que no pueden ser transferidos o subcontratados a los países de bajos salarios. La difusión de este tipo de trabajos se incrementa con el crecimiento de la inseguridad de los empleados. La transición al “nuevo mundo del trabajo” está marcada por la ampliación de la economía criminal, del trabajo forzado, del trabajo infantil, de la prostitución forzada y de las otras formas contemporáneas de esclavitud asalariada que se difunden con la migración internacional de trabajadores de los últimos tiempos.

Las raíces del “malestar”

¿Cuáles serían algunas teorías que explican esta sociedad de riesgo? Hay tres grandes explicaciones. Algunas más fundamentadas que otras.

La modernidad

La primera gran visión, es la idea de los teóricos de la modernidad. Para ellos la modernidad lleva implícito el riesgo, esas turbulencias. Tiene que ver con el proceso de individualización en la historia; tiene que ver con el proceso de secularización. El individuo constituye el sujeto de la historia; no hay Dios, es la muerte de Dios —la idea de Nietzsche— no hay más que el individuo solo en el mundo reducido a sus propios recursos. En ese sentido es un mundo atomizado, es un mundo en donde impera la física estadística, en el sentido de que los individuos, cuales simples átomos, se mueven estadísticamente. Por lo tanto es un mundo estocástico, de caos, un mundo de incertidumbre. En estas conceptualizaciones se concibe al individuo como un individuo masculino. Es un hecho interesante, por ejemplo, que en la

Revolución Francesa la razón explícita por la que no se le daba el voto a la mujer era porque dependía del hombre, no tenía voluntad propia, algo parecido a la visión aristotélica de que el esclavo no es un individuo, no es una persona, porque no tiene voluntad propia. Una extensión de la noción de que finalmente la mujer depende totalmente del hombre —el proveedor— y, entonces, es únicamente el hombre el sujeto activo en la sociedad.

El mercado

Por otra parte, se tiene la visión que ve en el mercado, en el mercado “libre”, el mercado espontáneo, la fuente de la sociedad de riesgo, la fuente del malestar moderno. Esta es en buena medida la posición de Polanyi (2000) que observa los efectos del mercado mundial hasta principios de la Primera Guerra Mundial. Ve cómo este es esencialmente caótico, estocástico, y cómo lo que hace es premiar el riesgo. El que se arriesga cosecha el éxito. Giddens muestra cómo dicho concepto viene del portugués y tiene que ver con los peligros que corría la navegación; pero no en el sentido de tener que afrontar los fenómenos naturales, sino en el sentido de los apuros que corre una embarcación que lleva cargamento y que puede perder la riqueza de ese cargamento. Entonces, está pensado en el sentido de asegurar esa riqueza, aún en el caso de pérdida total. Es el inicio de las compañías de seguros, del cálculo actuarial para asegurar el valor económico, para disminuir el riesgo, finalmente, ¡del capital invertido! Se trata del interactuar de los individuos, pero en el ámbito del mercado.

El capital

Otras visiones ven el riesgo en la sociedad capitalista, es decir, no se trata únicamente de las fluctuaciones del mercado, sino de la estructura misma

del capital; es el proceso de acumulación capitalista lo que necesariamente implica el riesgo. Es interesante observar los estudios de Giddens porque distingue dos tipos de riesgo: los naturales, que toda forma de sociedad está expuesta a ellos —catástrofes naturales, desbordamientos de ríos, incendios, etcétera— así como los creados socialmente. Los primeros, nos dice, siempre han existido, y la humanidad ha sido capaz de enfrentarse a ellos con medidas de seguridad; el problema ahora, es el riesgo creado socialmente —el riesgo que la sociedad misma crea—. El riesgo de la naturaleza es aleatorio, puede o no ocurrir, mientras que el creado por la sociedad es inherente, permanente. Se trata del riesgo de las inversiones, del movimiento de las tasas de interés, de las fluctuaciones monetarias, de los ciclos productivos, en fin, del circuito del capital. Hoy ese capital no sólo circula por el mundo, sino que circula sin restricciones, como un proceso de acumulación salvaje de capital.

Sociedad de riesgo y malestar masculino

Standing revela las fuentes de la inseguridad del trabajo que se crean en la sociedad capitalista desregulada: pérdida del empleo; pérdida o reducción del ingreso; degradación de la actividad; reducción del control sobre el trabajo; reducción de la posibilidad de la movilidad ascendente del trabajo; necesidad de un mayor esfuerzo en el trabajo para lograr un ingreso igual al que se tenía; incremento del riesgo de que se produzca un resultado adverso; incremento del riesgo e incertidumbre acerca de los resultados que se obtienen; temor de no ser capaz de rectificar ante una situación adversa o de riesgo. Los efectos de esta inseguridad son: el sentimiento de ser oprimido, explotado, desmoralización, anomia, desmovilización y, finalmente, la enfermedad física y mental.

Standing señala épocas de seguridad y de inseguridad. A partir de 1947 se establece una situación de mucha seguridad —la “edad de oro del capitalismo” (Maddison, 1987)— el capitalismo de bienestar. Se establece la seguridad del mercado laboral, la “regulación fordista”, y además pleno empleo garantizado por el Estado; seguridad en el empleo; protección contra despidos arbitrarios; seguridad del tipo y nivel de trabajo. Se instaure la seguridad en el trabajo, en el sentido de la protección contra accidentes, contra enfermedades, se imponen límites a las cargas de trabajo y a las jornadas laborales. Se constituye la seguridad de la calificación, los individuos pueden adiestrarse continuamente y se crean sistemas para garantizar esto. Finalmente, se establece la seguridad de los ingresos: sistemas de salarios mínimos, indexación de los salarios, seguridad social, impuestos progresivos.

A partir de los años setenta se inicia una nueva era; en ella se destruye la seguridad estatutaria y se inicia la regulación unilateral por la empresa y la flexibilización laboral. La flexibilización del trabajo se orienta a conseguir la eliminación de toda forma de seguridad laboral, tanto en un sentido práctico como en un sentido jurídico (Supiot, 1994). Esta se considera una estructura rígida que frena la acumulación capitalista y, por tanto, que hay que eliminar. Se flexibiliza la empresa: producción esbelta, eliminación de capas administrativas, gestión flexible de la fuerza laboral. Esta gestión flexible del trabajo —el sistema de gestión por riesgo, se premia al riesgo, se incita al riesgo— resulta finalmente un sistema de gestión por estrés: inducir a que el individuo maximice su esfuerzo por unidad de tiempo, reduciendo al máximo los tiempos muertos de la producción.

La disolución de la era de seguridad afecta en gran parte al trabajador masculino, inicialmente al menos, en la medida en que la era de regulación estatutaria se centraba en él. Para él constituye un cambio radical. La era

de la flexibilización lleva consigo el desempleo masivo, la feminización —el desplazamiento relativo del trabajador masculino—, la precarización e informalización laboral. Las mujeres y los jóvenes ya entran a un mundo inseguro, pero son los hombres los que sufren el cambio, porque ellos vivieron la época de la seguridad y el cambio hacia la inseguridad total. Las mujeres y los jóvenes se introducen masivamente en esta nueva sociedad de trabajo, en este mundo precarizado, sabiendo que es de riesgo. Finalmente, tanto hombres, mujeres y jóvenes viven este mundo de inseguridad total, aunque los hombres sufren el cambio más radicalmente, porque ese mundo de seguridad se amoldaba más a ellos como proveedores principales. Las mujeres presentaban una situación muy diferente.¹²

Las patologías de la “sociedad de riesgo”

La depresión grave es hoy la causa principal de discapacidad, y la cuarta de las diez causas principales de la carga de morbilidad a nivel mundial. Si las proyecciones son correctas, en un plazo de 20 años la depresión tendrá el dudoso honor de convertirse en la segunda de esas causas (OMS, 2001). Actualmente, 25% de los individuos desarrollan algún tipo de enfermedad mental en algún estadio de la vida, tanto en los países desarrollados como

¹² Mientras que los trabajadores asalariados del pasado “acampaban en los márgenes de la sociedad”, tal como lo formulaba Augusto Comte en la transición al siglo XIX, en la segunda mitad del siglo XX el trabajador asalariado masculino gozaba del reconocimiento y respetabilidad social. El término “informal” que hoy se utiliza presupone ciertas normas sociales que definen la “normalidad”, por ejemplo una “relación normal de trabajo”. Así, todas las demás condiciones de trabajo pueden medirse mediante esta “normalidad” y clasificarse como desviaciones o formas “atípicas” de trabajo por sus diferencias con la “norma” —como ocurría en el pasado con las condiciones laborales que eran aceptadas en su mayor parte por las mujeres (Mahnkopf, 1993).

en los países en vías de desarrollo. En cualquier año que se tome, 5.8% de los varones y 9.5% de las mujeres sufrirán un episodio depresivo.

Hoy en día, uno de cada tres adultos –1 200 millones de personas– consumen tabaco. Se calcula que hacia 1998 el tabaco produjo unas cuatro millones de muertes anualmente. Se piensa que esta cifra se duplicará para el 2020. Se calcula en 70 millones las personas que padecen algún tipo de enfermedad por el consumo de bebidas alcohólicas. Alrededor de cinco millones de personas en el mundo se inyectan drogas ilícitas (OMS, 2001).

Se vive un mundo marcado por:

[...] el incremento en tendencias esquizoides ante la cada vez mayor fragmentación en los ámbitos de nuestra vida, el notorio aumento en perturbaciones psicosomáticas, el incuestionable crecimiento de patologías como la anorexia y la bulimia, los cada vez mayores niveles cuantitativos y cualitativos de soledad e incomunicación [...] las angustias y ansiedades que origina el a veces desmesurado miedo respecto a múltiples aspectos a la inseguridad que produce nuestra realidad [...] la anomia [...] y las crisis en las relaciones personales, de familia y de pareja (Guinsberg, 2002).

Respecto a las patologías que imperan en el mundo del trabajo, se han documentado las que se originan principalmente por el desempleo y la precariedad laboral y por la tensión en el propio proceso laboral. Sen¹³ (1997) documenta ampliamente la literatura acerca de las consecuencias y costos sociales del desempleo: exclusión social, deterioro a largo plazo de

¹³ Amartya Sen toma esta información de estudios empíricos y analíticos de Harrison (1976); Schokkaert y Van Ootegem (1990); Drèze y Sen (1989); Lefcourt (1967); Lefcourt, Gronnerud y McDonald (1973); Jahoda, Lazarsfeld y Zeisel (1933); Eisenberg y Lazarsfeld (1938); Hill (1977); Solow (1995); Seligman (1975); Smith (1987); Warr (1987); Darity y Goldsmith (1993); entre otros.

las aptitudes profesionales, merma de la capacidad cognoscitiva cuando la persona desempleada pierde confianza y seguridad; pérdida de la propia estima y abatimiento al verse dependiente y sentirse inútil e improductivo. Un nivel elevado de desempleo suele relacionarse incluso con tasas altas de suicidio, también puede conducir a enfermedades clínicamente identificables y a tasas más elevadas de mortalidad (no sólo debidas al aumento de los suicidios). Otros efectos son el desaliento y la apatía —la persona descorazonada corre el riesgo de quedarse sin empleo indefinidamente, de perderlo si lo consigue y de verse cada vez más pobre—; estragos en la vida familiar y social. Dado que a menudo se considera que los inmigrantes son personas que compiten por el empleo o que las mujeres les quitan el trabajo a los hombres, el desempleo alimenta la intolerancia y el racismo y las divisiones entre hombres y mujeres. Los afectados por una falta de trabajo persistente, llegan a tener una actitud de escepticismo respecto a la justicia de las instituciones sociales. En un clima de desempleo generalizado, cuando abandonar la ocupación actual puede conducir a un largo periodo de inactividad, puede ocurrir que cualquier reorganización económica que implique pérdida de puestos de trabajo suscite fuertes resistencias y contribuya al estancamiento tecnológico a través de la inflexibilidad organizativa.

Dos términos ilustran las patologías que resultan de la gestión por estrés del proceso laboral contemporáneo: *karoshi* y *burnout*.¹⁴ En Japón se ha discutido ampliamente la relación entre el sistema japonés de gestión del trabajo, *Japanese Production Management* (JPM) y las muertes por *karoshi*. Las causas médicas más frecuentes de muertes por *karoshi* documentadas

¹⁴ *Karoshi* —muerte por exceso de esfuerzo en el trabajo— forma parte de un término más general, *gourika-byou*, “enfermedad por racionalización”. En Japón se ha tipificado el *karoshi* como enfermedad profesional, sujeta a indemnización. El *burnout* o “quemado” es quizá el equivalente norteamericano, un neologismo creado en 1972 por el doctor Herbert J. Freudenberger, psicoanalista norteamericano.

por el Ministerio del Trabajo del Japón son: ataque al corazón (18.4%), hemorragia cerebral (17.2%), infarto o trombosis cerebral (6.8%), infarto al miocardio (9.8%), otras enfermedades del corazón (18.7%) y otras causas (29.1%). Se calcula que unas 10 mil muertes al año —un tercio del total de muertes por estas enfermedades— se relacionan con el trabajo, es decir, se deben al *karoshi*. Se indica que las muertes por *karoshi* se asocian con largas jornadas de trabajo, el trabajo por turnos, y horarios irregulares de trabajo. La mayor parte de las víctimas de *karoshi* habían trabajado más de 3 000 horas anuales, justo antes de su muerte. Algunas investigaciones en Japón atribuyen el *karoshi* a la estructura misma del JPM:¹⁵ todos los costos asociados con funciones que no agregan valor se consideran pérdidas que deben ser eliminadas, ya sean los tiempos muertos entre operaciones, los periodos flojos, los tiempos de espera o de recorrido a pie, los días festivos y vacaciones, los tiempos de descanso, los tiempos de recorridos entre estaciones de trabajo, o las tareas indirectas de mantenimiento, reparación y limpieza. Los periodos de descanso y para ir al baño, o el tiempo que toma para limpiarse el sudor de la frente constituyen pérdidas. Eliminar estas pérdidas implica intensificar el esfuerzo. El proceso de intensificación del trabajo ha llevado a ampliar los turnos nocturnos, incrementar el tiempo extra y el trabajo en periodo vacacional, el trabajo “voluntario” a realizar sin pago, diversas funciones en los periodos de descanso o del tiempo fuera del trabajo. El sistema de remuneración con bajos salarios básicos y premios por esfuerzo obliga a los empleados a trabajar intensamente para elevar sus ingresos. Tanto los trabajadores de cuello blanco como los de

¹⁵ *Kaizen, kanban*, justo a tiempo, trabajo en equipo, control de calidad, control total de calidad, administración total de calidad, cero defectos, cero inventarios son algunos de los términos que se asocian con el sistema japonés (*toyotista*), o de *producción esbelta*, como lo etiquetaron Womack *et al.* (1992).

cuello azul tienen que llevar trabajo a casa, el llamado *furoshiki zangyou* (basado en Nishiyama, 1997).

El *burnout*, se indica, no es lo mismo que la depresión, ni el exceso de trabajo ni la crisis mental. Es un proceso más sutil y gradual en el que la víctima entra en un estado de fatiga mental, vaciada de toda energía vital. Ocurre cuando la energía, eficiencia y entrega del individuo activo se degradan en fatiga, cinismo y la inhabilidad del individuo de funcionar productivamente. Es resultado de un largo proceso de ansiedad y tensiones en el ambiente laboral. Las causas del *burnout* se atribuyen al exceso de trabajo, a la ausencia de autonomía y control, a una recompensa insuficiente, y a discrepancias crecientes entre los valores personales de la víctima y los de la organización. En los casos estudiados, resulta particularmente agudo por las exigencias que se hacen al conocimiento y calificación del empleado. En muchos estudios, se identifica este síndrome con personas jóvenes con altos niveles educativos, entre los 30 y 40 años de edad, o sea con cuadros de dirección media de la burocracia estatal y de las empresas. Muchos identifican el *burnout* con la disonancia entre las expectativas de personas ambiciosas que comienzan sus carreras profesionales y la realidad del mundo en que acaban por desenvolverse: la energía de su entrega y la desilusión de la recompensa (basado en la documentación que ofrece Gilla Brunt, 2005).

En Suecia se ha producido una gran cantidad de estudios¹⁶ que documentan toda clase de trastornos mentales y físicos relacionados con el ambiente de trabajo. Causó alarma el hecho de que desde mediados de los años noventa se incrementaron los registros de faltas al trabajo por

¹⁶ Gracias al Instituto de la Vida del Trabajo, *Arbetslivsinstitutet*, desde hace muchos años se ha podido documentar ampliamente en Suecia, mediante todo tipo de encuestas, investigaciones de campo, estudios estadísticos, estudios analíticos, etcétera, las transformaciones que ha vivido el trabajador dentro y fuera del trabajo. Es triste hacer notar que en América Latina no contamos con una institución con igual alcance.

enfermedad (*sjuksrivningar*). El hecho se atribuye a los cambios estructurales de la organización del trabajo —la organización esbelta, flexible— y a las mayores exigencias que las gerencias plantean a sus empleados. Las encuestas revelan que los trabajadores de todos los niveles se sienten más presionados, que la competencia se agudiza entre ellos, se sienten más desprotegidos, más incapaces de protestar por los maltratos (los puestos de trabajo están “más callados”), el ritmo de trabajo y de vida se acelera, pierden el control de su actividad, la intensidad del trabajo se agudiza. El resultado es que resulta preocupante el cada vez más reducido estado de bienestar psíquico, particularmente entre los jóvenes y los más viejos [...] el incremento del consumo de bebidas alcohólicas y del sobrepeso entre la población (Marklund *et al.*, 2005).

En Argentina, al menos desde los años noventa, se han hecho estudios sobre el efecto del desempleo en la condición de género masculino. Así, Merlinsky (2001), Kessler (1996) y otros mostraron que “la gran extensión de la desocupación y precariedad laboral estuvieron en el fondo de la profunda crisis social por la que atravesó Argentina. Se expresó en una agudización de las tensiones en todos los aspectos de la vida social, incluyendo las relaciones familiares. Como deja ver el estudio, la desocupación (y precariedad) laboral tiene consecuencias en dos niveles, el estructural y el psicosocial. Se evidenció que “los cambios en las relaciones al interior del grupo doméstico, donde emergen nuevos conflictos —y se reactualizan antiguas diferencias—, [...] ponen en cuestión las identidades de género”.

Obras consultadas

Amin, Samir (1999), *El capitalismo en la era de la globalización*, Barcelona, Mariano Cubis y Paidós.

- Bakke, E. Wight (1940a), *Citizens without Work: A Study of the Effects of Unemployment upon the Workers' Social Relations and Practices*, New Haven, Yale University Press.
- _____ (1940b), *The Unemployed Worker: A Study of the Task of Making a Living without a Job*, New Haven, Yale University Press.
- Basu, Kaushik, Prasanta K. Pattanaik y Kōtarō Suzumura (dirs.) (1995), *Choice, Welfare, and Development: A Festschrift in Honour of Amartya K. Sen*, Oxford, Clarendon Press, pp. 313-322.
- Bauman, Zygmunt (2001), *La postmodernidad y sus descontentos*, España, Ediciones Akal.
- Beck, Ulrich (1986), *Risk Society, Towards a New Modernity*, Londres, Sage Publications.
- Brunt, Gilla (2005), *The Burnout*, <<http://www.corporate training.co.za/news3htm>> (consultado el 3 de mayo de 2005).
- Concialdi, Pierre (2003), *Pensions Reforms in the European Countries a Critical Assessment*, Francia, Institut de Recherches Économiques et Sociales, Conferencia en Shangai, 11-13 de septiembre.
- Darity, William, Jr. y Arthur H. Goldsmith (1993), "Unemployment, Social Psychology, and Unemployment Hysteresis", *Journal of Post Keynesian Economics*, Nueva York, Armonk, vol. 16, núm. 1, pp. 55-71.
- Drèze, Jean y Amartya Sen (1989), *Hunger and Public Action*, Oxford, Clarendon Press.
- Durkheim, Émile (1999), *La división del trabajo social*, México, Colofón.
- Eisenberg, Philip y Paul F. Lazarsfeld (1938), "The Psychological Effects of Unemployment", *Psychological Bulletin*, Washington, vol. 35, pp. 358-390.
- Erikson, Erik H. (1968), *Identity: Youth and Crisis*, Londres, Faber & Faber, traducción al español: *Identidad: juventud y crisis* (Madrid, Taurus, 1980).
- Fukuyama, Francis (1992), *La fin de l'histoire et le dernier homme*, París, Flammarion.

- Giddens, Anthony (2003), *Un mundo desbocado*, México, Taurus.
- Gorz, André (1980), *Adieux au prolétariat*, París, Galilée.
- Grönlund, Anne (2004), *Flexibilitetens gränser Förändring och friktion i arbetsliv och familj*, Estocolmo, Arbetsmarknad & Arbetsliv, vol. 11, núm. 1, 2005.
- Guinsberg, Enrique (2002), “Salud mental y realización humana en las sociedades del siglo XXI”, en Raúl Villegas Dávalos (coord.), *¿A dónde va el mundo?*, México, Fundación Cultural Tercer Milenio.
- Hardt, Michael y Toni Negri (2002), *Imperio*, Buenos Aires, Paidós.
- Harrison, Richard (1976), “The Demoralizing Experience of Prolonged Unemployment”, Londres, *Department of Employment Gazette*, vol. 84, núm. 4, abril, pp. 339-348.
- Hepple, Bob (1994), *La formación del derecho del trabajo en Europa*, Madrid, Ministerio del Trabajo y Seguridad Social.
- Hill, John M. M. (1977), *The Social and Psychological Impact of Unemployment: A Pilot Study*, Londres, Tavistock.
- Jahoda, Marie, Paul F. Lazarsfeld y Hans Zeisel ([1933] 1975), *Die Arbeitslosen von Marienthal*, Frankfurt, Suhrkamp.
- Kessler, G. (1996), “Algunas implicancias de la experiencia de la desocupación para el individuo y su familia”, en Beccaria y López (comps.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Unicef, Lozada.
- Lefcourt, Herbert M. (1967), “Effects of Cue Explication upon Persons Maintaining External Control Expectancies”, *Journal of Personality and Social Psychology*, Washington, vol. 5, núm. 3, pp. 372-378.
- Lefcourt, Herbert M., Paul Gronnerud y Peter McDonald (1973), “Cognitive Activity and Hypothesis Formation During a Double Entendre Word Association Test as a Function of Locus of Control and Field Dependence”, *Canadian Journal of Behavioural Science*, Quebec, vol. 5, núm. 2, pp. 161-173.

- Lipovetsky, Gilles (1988), *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama.
- Maddison, Angus (1987), “Growth and Slowdown in Advanced Capitalist Economies. Techniques of Quantitative Assessment”, *Journal of Economic Literature*, junio.
- Mahnkopf, Birgit (1993), *The Future of Work and Globalization of Insecurity*, Münster, Goethe Institute.
- Marklund, Staffan, Mats Bjurvald, Christer Hogstedt, Edward Palmer och Töres Theorell (red.) (2005), *Den höga sjukfrånvaron-problem och lösningar*, Estocolmo, Arbetslivsinstitutet.
- Marx, Karl (2004), *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Buenos Aires, Colihue-Clásica.
- Merlinsky, María Gabriela (2001), “Desocupación, vida familiar y redes sociales en el Gran Rosario. Un abordaje cualitativo”, *Mundo Urbano*, Buenos Aires, marzo, núm. 9.
- National Labor Committee (2006), *The Race To The Bottom*, <www.nlcnet.org/nic/faq.html> (consultado el 13 de septiembre).
- Nishiyama, Katsuo y Jeffrey V. Johnson (1997), “Karoshi. Death from Overwork. Occupational Health Consequences of the Japanese Production Management”, *International Journal of Health Services*, febrero, núm. 4.
- Ohmae, Kenichi (1995), *The End of the Nation State*, Londres, Harper Collins Publishers.
- Organización Mundial de la Salud (2001), *Informe sobre la salud en el mundo 2001*.
- Polanyi, Karl (2000), *La gran transformación*, México, Ediciones Casa Juan Pablos.
- Rifkin, Jeremy (1996), *El fin del trabajo*, México, Paidós.

- Schokkaert, E. y L. Van Ootegem (1990), “Sen’s Concept of the Living Standard Applied to the Belgian Unemployed”, *Recherches Économiques de Louvain*, Lovaina, vol. 56.
- Seligman, Martin E. P. (1975), *Helplessness: On Depression, Development and Death*, San Francisco, W.H. Freeman.
- Sen, Amartya (1997), “Desigualdad y desempleo en la Europa contemporánea”, *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 116, núm. 2, verano.
- Shaw, Martin (2000), *Theory of the Global State: Globality as Unfinished Revolution*, Londres, Cambridge University Press.
- Smith, R. (1987), *Unemployment and Health*, Oxford, Oxford University Press.
- Solow, Robert M. (1995), “Mass Unemployment as a Social Problem”, en Kaushik Basu, Prasanta K. Pattanaik y Kōtarō Suzumura (dirs.) (1995), *Choice, Welfare, and Development: A Festschrift in Honour of Amartya K. Sen*, Oxford, Clarendon Press.
- Standing, Guy (1999), *Global Labour Flexibility Seeking Distributive Justice*, Gran Bretaña, Macmillan Press Ltd.
- Stiglitz, Joseph E. (2002), *El malestar de la globalización*, Madrid, Taurus.
- Supiot, Alain (1994), *Critique du droit du travail*, París, Puf.
- Warr, Peter (1987), *Work, Unemployment, and Mental Health*, Oxford, Clarendon Press.
- Weber, Max (1999), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, Ediciones Coyoacán.
- Womack, James P., Daniel T. Jones y Daniel Roos (1992), *La máquina que cambió el mundo*, Madrid, McGraw Hill.
- Zerzan, John (2003), *La catástrofe del Posmodernismo*, <<http://www.antroposmoderno.com/word/lacatas.doc>>, (consultado el 30 de enero de 2003).

Trabajo y parejas: impacto del desempleo y de la globalización en las relaciones entre los géneros

Mabel Burin*

¿De qué manera el fenómeno de la globalización afecta nuestra subjetividad?

Uno de los factores determinantes de la puesta en crisis de las subjetividades, femeninas y masculinas, se debe al fenómeno de la *globalización* y de su impacto sobre nuestras vidas cotidianas, sobre nuestros modos de amar y de trabajar. Los cambios económicos y sociales, impulsados por empresas, compañías transnacionales e instituciones financieras han provocado la expansión de las actividades políticas, económicas y sociales a través de las fronteras, de modo tal que los sucesos, las decisiones y las actividades que se producen en una región definen significativamente los modos de vivir de la gente de otras regiones. La globalización es un fenómeno asimétrico y desigual, pues en tanto algunas regiones y grupos sociales se fortalecen, otros se debilitan y caen, aumentando las desigualdades preexistentes, a la vez que produciendo nuevas asimetrías. La globalización actual está basada en valores específicos tales como el consumismo, el individualismo, la glorificación de los mercados, el exitismo y la mercantilización de todos los aspectos de la vida, en tanto que los vínculos intersubjetivos se

* Doctora en Psicología. Directora del Programa de Género y Subjetividad en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES), Buenos Aires, Argentina.

desdibujan detrás de aquellos valores. También los sujetos pueden quedar difusos junto con los valores sostenidos previamente. Cuando esto sucede, se produce un anhelo de subjetividad entre quienes viven el riesgo de quedar atrapados en ideales que anteriormente les eran ajenos y aquellos que reconocen como propios. Como resultado de este conflicto se retraen ante el temor de quedar con subjetividades achatadas, aplanadas por un exceso de individualismo narcisista.

Entre las desigualdades que se exacerban estamos encontrando nuevos dispositivos en cuanto a las relaciones de poder y los vínculos de intimidad entre los géneros, en particular en los modos de trabajar y de vivir en familia. Si el final del siglo XX quedó marcado por el fenómeno de la globalización, los comienzos del siglo XXI indican otro fenómeno, el de la *deslocalización* de los sitios de trabajo. Si bien este término refiere el traslado al extranjero de los lugares de trabajo para reducir costos laborales y beneficiarse de rebajas fiscales y otros estímulos, sus efectos se producen también a nivel de las personas involucradas, ya que determina cierres y traslados con su impacto social y subjetivo, creando condiciones de empleo migrante, deslocalizando la subjetividad de los trabajadores. Hace tiempo que los hombres han aceptado estos retos, y van a la búsqueda de las opciones laborales que mejoren su nivel de vida y el de sus familias.

En este punto es donde se acentúan ciertas desigualdades preexistentes, como las de género en las parejas, pues si bien los discursos que se enuncian son políticamente correctos en cuanto a la igualdad de oportunidades educativas y laborales, en la práctica estas condiciones no se cumplen. Todavía las mujeres son consideradas las principales responsables de la crianza de los niños pequeños, de los cuidados familiares y de los vínculos de intimidad, de modo tal que cuando existen oportunidades laborales bajo condiciones de deslocalización y de empleo migrante, quienes aceptan esas oportunidades siguen siendo los varones, en tanto las mujeres permanecen

en los lugares donde se desarrolla su familia y sus vínculos de intimidad. Pero ocurre que no todas las condiciones de deslocalización laboral son perjudiciales para los trabajadores: existen aquellas que constituyen oportunidades de ascenso laboral, de especialización, de adquisición de nuevas tecnologías, etcétera. En tanto los varones consideran dichas opciones como beneficio para sí y para su familia, ellas renuncian a las oportunidades considerando que su familia se verá favorecida con esta decisión.

El conflicto que se está presentando en la actualidad es que existe una masa de mujeres jóvenes que ya no está dispuesta a tales “sacrificios”, porque ha tenido oportunidades educativas de nivel superior y experiencia laboral en puestos de significativa satisfacción subjetiva. Pero el desarrollo de estos bienes subjetivos y materiales así obtenidos entra en contradicción con la crianza de los hijos y el despliegue de los vínculos de intimidad. Se les presenta una *opción de hierro* entre desplegar sus habilidades laborales que le implican altos niveles de satisfacción, o sus necesidades de sostener vínculos familiares con el mismo grado de significación subjetiva. Las inequidades de género en este caso son evidentes: en tanto esta condición no se les plantea a los hombres, pues ellos habitualmente conservan a su familia mientras avanzan en sus carreras laborales, para las mujeres constituye un conflicto excluyente entre la familia y su carrera laboral. Cuando las mujeres analizan esta realidad laboral desde la perspectiva de la relación costo-beneficio, se encuentran con que es muy elevado el costo subjetivo que pagan si es que han procurado realizar una carrera laboral a la cual le dedicaron tiempo, dinero, energía libidinal, con su inherente dedicación y actitud de profundo compromiso.

Si hasta ahora el “techo de cristal” en el ascenso laboral constituía una de las preocupaciones básicas por las desiguales condiciones de trabajo entre mujeres y varones, ahora se suma esta otra desigualdad: las “fronteras de cristal” que se imponen a las mujeres cuando deben decidir entre

la familia o el trabajo. No sólo no todos los puestos de trabajo están disponibles por igual para el género femenino debido al techo de cristal, sino que tampoco todas las localizaciones geográficas donde se ubican los puestos de trabajo pueden ser elegidos por las mujeres. Estos conflictos dejan sus marcas en la construcción de la subjetividad, en los modos de desear, de sentir y de pensar de las mujeres, y en la posibilidad de formar familias y de tener hijos. Sigue en pie el cuestionamiento sobre las condiciones asimétricas que impone la globalización a los/las ciudadanos/as de los países periféricos y con escasas ofertas laborales y alto índice de desempleo como el nuestro, al mismo tiempo que la lucha por una distribución más justa y equitativa de las relaciones entre los géneros.

Ilustraremos el análisis anterior con el siguiente ejemplo de una pareja que acude a la consulta psicoterápica: Ana tiene 39 años, dos hijos de cinco y tres años, está casada con Sergio, de 40 años. Ella es abogada en una empresa internacional a la cual ingresó cuando todavía era estudiante en la universidad. Fue ascendiendo en el trabajo hasta ocupar en la actualidad un puesto gerencial elevado, para el cual se estuvo preparando durante las dos décadas que lleva allí. Su marido, contador en otra empresa, acompañó con entusiasmo su carrera, como parte del contrato conyugal iniciado mientras eran estudiantes: ambos trabajarían en sus carreras, se apoyarían mutuamente, tendrían dos hijos, y se comprometían a ser leales uno con el otro en estos proyectos. Este acuerdo formaba parte de su formación ideológica, debido a la militancia política universitaria de ambos en la misma corriente de intereses.

En sus sesiones relata que ambos estaban satisfechos con su vínculo de pareja, así como con la familia y las carreras laborales que sostenían; los principales conflictos que hasta ahora se les habían presentado, algunas veces sexuales y otras veces económicos, los habían resuelto “con mucho diálogo, adaptándonos uno, al criterio o a las necesidades del otro”. Hasta

ahora fue así, actualmente ya no lo es, y ella consulta angustiada y desconcertada por la situación actual familiar-laboral. La empresa para la que Ana trabaja está por cerrar en Argentina y le ofrece la posibilidad de que ella pase a ocupar un puesto similar, de nivel más alto y con mejor salario, en un país vecino. Además, podría no sólo ascender jerárquicamente en la empresa, sino también tendrá mejores oportunidades de aplicar los conocimientos adquiridos mediante sus intensas actividades de especialización, a la vez que incrementará su experiencia actual. El problema es que Ana debería trasladarse a ese país para ocupar ese puesto, pero su marido se niega a dejar su carrera laboral aquí, y a su familia de origen (tiene una madre muy anciana y un hermano discapacitado que dependen de él), a la vez que no podría ocuparse de la crianza de los niños pequeños sin su esposa. ¿Qué hacer entonces? Ana le sugiere trasladarse ella con los niños, y que él venga a visitarla los fines de semana, pero ésta no parece una solución posible para ella, debiendo afrontar sola en otro país, las necesidades de sus hijos pequeños a la vez que sus compromisos laborales; tampoco él desea permanecer a solas todas las semanas durante mucho tiempo, lejos de su familia.

Queda entonces ejemplificado así, cómo se configura entonces un nuevo conflicto, *un límite* entre la familia y el trabajo, constituido por “fronteras de cristal” que se imponen a las mujeres como Ana de una manera invisible, obligándolas a “elegir” entre ambos intereses. Estas fronteras se agregan al clásico “techo de cristal” impidiendo a las mujeres seguir avanzando en sus carreras laborales. En los dos casos se trata de superficies invisibles, ya que a pesar de que no hay leyes ni códigos que digan “las mujeres no pueden ocupar estos lugares de trabajo”, en la práctica existen leyes y códigos familiares y sociales que tácitamente imponen al género femenino esta limitación.

En el caso que estamos analizando la globalización y la deslocalización tiene clase y tiene género. Hasta ahora se ha analizado el fenómeno

de la globalización sobre los sectores sociales más pauperizados, agudizando las inequidades económicas preexistentes, pero en este caso observamos que tales injusticias también avanzan sobre todo el cuerpo social, afectando a una pareja de sectores medios urbanos, impidiendo el avance laboral de la esposa, y confirmando la posición laboral y subjetiva del marido. Inequidades económicas e inequidades de género se entrelazan, potenciando una a la otra. De esta manera se exacerban los anteriores dispositivos en las relaciones de poder en la pareja, en sus vínculos de intimidad y en sus modos de trabajar y vivir en familia.

Se vuelve evidente que no es suficiente contar con políticas públicas que garanticen la igualdad de oportunidades laborales entre los géneros: cuando esa igualdad se produce, persisten las desigualdades subjetivas en relación con el sostén de la pareja y de la familia. El *costo subjetivo* que pagan las mujeres ante tal desigualdad es de difícil procesamiento, y el enfrentamiento de los conflictos requiere aproximaciones inéditas hasta la actualidad.

Las mujeres subjetivadas en forma tradicional renuncian a avanzar en sus carreras laborales y “eligen” el bienestar familiar, con el costo subjetivo ulterior a semejante sacrificio. Pero actualmente existe una pequeña pero significativa cantidad de mujeres jóvenes, como en el caso de Ana, que ya no está dispuesta a tales sacrificios resignando su satisfacción laboral. Cuando las mujeres han desplegado una carrera laboral a la cual invirtieron libidinalmente dedicando tiempo, dinero y profundo compromiso emocional, encontrarse con esta barrera de fronteras invisibles pero poderosas, les provoca un sentimiento de injusticia que quizá no habían percibido anteriormente. Se trata de elaborar una justicia de género que opera en una doble inscripción, objetiva y subjetiva a la vez, como en el caso que mencionamos al principio.

La globalización crea condiciones asimétricas a los países, a sus ciudadanos y a la construcción de subjetividades. Cuando nos encontramos con

consultas como la de Ana, debemos revisar nuestros presupuestos teóricos y clínicos: no existe neutralidad interpretativa en cuanto a los géneros, por lo tanto tendremos que estar alertas a nuestros modos de escuchar y de analizar este tipo de conflictos. Nos encontramos ante el desafío de explorar, teniendo en cuenta la política de las subjetividades, qué marcas deja en la construcción de las subjetividades este dispositivo político-económico, con su elevadísimo costo sobre la vida familiar. Es imprescindible que el resto de la familia se implique en estos nuevos conflictos y ofrezca mejores resoluciones a los mismos, en particular que también los varones se comprometan en el afrontamiento de conflictos resultantes de estas inequidades de género, que producen nuevas tensiones en la vida de la pareja. Esta no es sólo una problemática de mujeres, sino de las parejas, de las familias, y de toda la sociedad.

En la pareja sobre la que se expuso al comienzo, las *relaciones de poder* que se analizan no se refieren a la tradicional concepción del poder como un mando autoritario, según el supuesto de que cuando alguien está en posición de ejercer el poder —en tanto sujeto— quien/es está/n en posición de objeto o destinatario de esa acción sólo pueden estar en el lugar de sometidos o subordinados. Tampoco estamos operando con el supuesto foucaultiano de que a todo “dispositivo de poder” se le oponen resistencias — mediante recursos visibles o invisibles— que neutralizan o relativizan los ejes focales del poder, requiriendo entonces un criterio de que los dispositivos del poder sean múltiples, “capilares” para que denoten cierta eficacia (Foucault, 1992). Lo que estamos intentando exponer con la pareja analizada es otro concepto acerca de las relaciones de poder: no se trata, como en las conceptualizaciones anteriores, del poder que se ejerce sobre otros como ejercicio de dominación, sino del criterio del *empowerment*. Se trata del principio de generar relaciones entre sujetos donde cada uno de ellos/as propicia o favorece el crecimiento, la responsabilidad o

la autonomía del otro. El objetivo final del *empoderamiento* es *potenciar las capacidades y recursos* del/los otro/s miembros de la relación. Este habría sido el proyecto original del vínculo en esta pareja, que los habría fortalecido inicialmente y que estaba en riesgo de estallar en el periodo en que se realizó la consulta.¹

Nuestro enfoque destacó especialmente las cuestiones vinculadas con la subjetividad, para lo cual el discurso psicoanalítico provee de herramientas teóricas indispensables. A diferencia de los enfoques sociológicos, nuestro interés se refirió a los aspectos subjetivos de los proyectos y prácticas laborales y de los vínculos de pareja y familia. Existe una estrecha articulación entre el trabajo y la familia ya que la asunción diferencial de las responsabilidades del hogar y la crianza de los hijos afectan de modo disímil el proyecto laboral, así como la capacitación, las habilidades y el desempeño en el trabajo. Los conflictos que surgen en la pareja y en el vínculo con los hijos también parecen estar afectados no sólo por las características del trabajo de cada uno de los miembros de la familia, sino también por su prestigio y por la remuneración económica que perciban.

Nuestra perspectiva introduce la categoría de análisis del género para hallar relaciones significativas entre los vínculos familiares y el desempeño laboral. El género como categoría de análisis se refiere al sentido que se le da en cada familia y en cada grupo social al hecho de ser varón o ser mujer. Otra consideración es que es siempre relacional, de modo que

¹ Otras reflexiones provienen de una investigación desarrollada en la Universidad en Ciencias Empresariales y Sociales (UCES) sobre “Género, trabajo y familia”, realizada bajo la dirección de Mabel Burin e Irene Meler, investigadora principal, que se prolongó desde el año 2001 al 2005. Este estudio de carácter exploratorio realizó 40 entrevistas en profundidad a 20 parejas convivientes, 10 de ellas unidas en primeras nupcias y 10 unidas en segundas nupcias, y se propuso ampliar nuestros conocimientos sobre las relaciones entre los géneros dentro del contexto familiar y su articulación con la inserción laboral de las mujeres y los varones de las familias estudiadas.

hemos estudiado cada género siempre marcando su conexión con el otro género desde una perspectiva de análisis vincular. Los análisis del material de las entrevistas recogidas en el estudio de campo son evaluados bajo el enfoque del género, ya que consideramos que éste es un organizador mayor de la construcción de la subjetividad.

Para el análisis del trabajo femenino y masculino hemos considerado las clasificaciones que se utilizan habitualmente en los estudios de género basados en los criterios de la división sexual del trabajo (concepto creado por Levi-Strauss en la antropología estructural) y que en nuestro estudio se expresa en la descripción del trabajo productivo y reproductivo, remunerado y no remunerado, doméstico y extradoméstico, etcétera.

Las condiciones de trabajo de hombres y mujeres han cambiado notablemente en estas últimas décadas. En los vínculos de conyugalidad, la tradicional división del trabajo en que las mujeres se hacían cargo del trabajo maternal y doméstico, y los hombres del trabajo extradoméstico, han variado de tal modo que, actualmente tanto ellas como ellos se hacen cargo del trabajo remunerado, pero en condiciones muy diferentes. Todos los estudios indican que *si bien el desempleo afecta a ambos, persiste el aumento de desempleo femenino en mayor cantidad que el masculino*. Además, la calidad del trabajo femenino y su proyección de futuro sigue mostrando notorias falencias en desmedro de las mujeres.

Algunos hallazgos de nuestra investigación con las parejas estudiadas indican que, mientras ellas buscan, según estereotipos tradicionales de género, estilos laborales que preserven su calidad de vida —debido a su percepción todavía tradicional de que su trabajo implicará ingresos secundarios a los de sus maridos—, *ellos por el contrario aceptan condiciones laborales de mayor exigencia, porque siguen considerándose proveedores económicos principales, orientados hacia la remuneración y el ascenso, aceptando a menudo climas laborales tóxicos*.

¿A qué llamo *contextos laborales tóxicos*? A partir del concepto freudiano sobre la así llamada “toxicidad pulsional”, podemos describir situaciones de contexto laboral donde circulan ciertos afectos difíciles de procesar subjetivamente, principalmente el miedo, la ira y el dolor. Situaciones de trabajo que promueven magnitudes emocionales que no se pueden tramitar psíquicamente, y que a menudo tienen como consecuencia conductas violentas, visibles o invisibles, y en otros casos manifestaciones psicósomáticas, tales como afecciones dermatológicas, trastornos del aparato digestivo, respiratorio, y otros.

Del entrecruzamiento proporcionado por las hipótesis de género con el análisis de la subjetividad, hemos obtenido hallazgos que, por su complejidad, se expresan como un prisma que ilumina diversas facetas de la problemática del trabajo en las parejas estudiadas.

Las facetas que hemos seleccionado, como ejes alrededor de los cuales organizamos los datos obtenidos en relación con la inserción laboral de los/as sujetos entrevistados se refieren: *a)* las relaciones de poder entre los géneros; *b)* la identidad laboral; y *c)* los presupuestos económicos y de los tiempos.

En cuanto a las *relaciones de poder entre los géneros* desde su inserción laboral, el análisis reveló que dependen en buena medida de las posiciones laborales que cada miembro de la pareja ocupe en términos de su jerarquía, prestigio e ingresos económicos. Fueron pocos los casos en que las relaciones de poder eran igualitarias en la pareja (tales como en los casos de la formada por aquella en que ambos eran biólogos de profesión, y en el de otra pareja en que ambos se dedicaban a la actividad docente). Se trata de dos parejas en las que existía disparidad en cuanto a la posición laboral jerárquica superior de uno de sus miembros. Sin embargo, esa disparidad no implicaba que existieran vínculos de desigualdad en la pareja en cuanto a la toma de decisiones (económicas, de ocio, recreación,

familiares, etcétera), a las actividades domésticas y a la crianza de los hijos. En estos casos, uno de los criterios utilizados para observar la simetría o asimetría en cuanto a las relaciones de poder podría ser la participación y compromiso de cada miembro de la pareja con las responsabilidades domésticas y del cuidado de los hijos, a partir de los cuales, frecuentemente es más visible la clásica diferencia entre alguien que ocupa una posición de liderazgo económico y otro que se hace cargo del liderazgo emocional. En estas dos parejas, en cambio, llamaba la atención que no se reproducía este código tradicional sobre el trabajo extra doméstico y el trabajo doméstico.

Para fines de estudio y análisis posterior, hemos intentado clasificar a las parejas estudiadas en cuatro grupos: tradicionales, transicionales, innovadoras y contraculturales.

Desde esta perspectiva, llamamos innovadora a la modalidad de configuración de estas parejas mencionadas: en parte por lo novedoso de sus vínculos con predominio de la equidad en las relaciones de poder, y también debido a que todavía parecen ser un grupo nuevo y minoritario en el contexto de los vínculos de pareja que habitualmente conocemos.

En las parejas que denominamos tradicionales en cuanto al ejercicio del poder, en cambio, lo más frecuente fue observar que los varones ejercían el clásico dominio masculino, siendo complementados por la tradicional posición de subordinación femenina. Se trata de parejas constituidas en la forma convencional aceptada en los sectores económicos medios, de ámbitos urbanos en cuanto a la distribución de áreas de poder: ellos detentan el ejercicio del poder racional y económico, ellas, el ejercicio del poder de los afectos; por otra parte ellos con poder en el ámbito extra-doméstico, ellas ejerciendo poder en el ámbito familiar y doméstico.

Esta distribución de áreas de poder ratifica la clásica división sexual del trabajo, y la mayoría de las parejas que muestran esta complementariedad entre ambos la refieren como si fuera un fenómeno natural, algo esperable

y previsible, y tienden a sorprenderse —a menudo gratamente— cuando estos arreglos se modifican, por ejemplo, cuando las esposas asumen un mayor apoyo económico en los ingresos familiares, o cuando los maridos se desempeñan activamente en las responsabilidades domésticas o parentales.

En algunas parejas de nuestro estudio las esposas han realizado movimientos subjetivos de empoderamiento de sus maridos, tratando de alejarse de su rol de proveedora económica para que él desempeñe más activamente esa posición. En estos casos, hemos encontrado que las posiciones pasivas de los maridos en relación a realizar un trabajo que los ubique como proveedores económicos de la familia no se deben tan sólo a los problemas resultantes de la crisis económica y el desempleo que se produjo en Argentina a partir del 2001, sino que esta situación fue aprovechada para que ellos refrendaran posiciones pasivo-infantiles previas a que sucediera ese fenómeno político-social-económico. En los casos estudiados, ellos convalidaron historias previas en que procuraban ubicarse dentro de contextos familiares y domésticos, alejándose del trabajo extradoméstico remunerado, recurriendo a conductas pasivo-receptivas en relación con figuras femeninas. Hemos interpretado esta tendencia como un movimiento de búsqueda de condiciones de amparo y cuidados, como niños ante figuras femeninas (madres, hermanas, esposas) a quienes se les atribuyen rasgos omnipotentes. Estas mujeres resistieron de modo activo esta asignación por parte de los maridos, de un rol protector, e intentaron, mediante una desinserción laboral planificada, estimular la actividad de sus cónyuges como trabajadores remunerados.

Tal como señaláramos, estos mecanismos ejercidos activamente por las mujeres frustraron la preferencia que previamente existía en ellos de asumir una posición subjetiva de dependencia emocional y económica.

En algunos casos, que hemos descrito como parejas contra-culturales, se ha producido una absoluta inversión de los roles de género tradicionales,

en particular uno de ellos donde el marido se desempeña como “amo de casa” y la esposa es la proveedora económica de la familia. Esta situación se presentaba como sumamente compleja, pues la condición que el marido expresaba era la de una absoluta falta de poder, sintiéndose humillado y desvalorizado, tanto dentro de la vida familiar como en lo extra familiar. En este caso específico, resultaba difícil delimitar qué proporción del entramado subjetivo de este hombre estaba afectada por los trastornos padecidos en su salud mental en años anteriores a su ubicación como “amo de casa”. Estos trastornos combinaban estados depresivos agudos con actos violentos, que llevaron a su internación y medicación psiquiátrica en la actualidad. Por otra parte se trata de saber, qué parte de esta situación fue debida a la pérdida de sus sostenes subjetivos habituales (por su inserción laboral) que le habrían garantizado una posición masculina tradicional en el ámbito extradoméstico.

En síntesis

En el análisis de las relaciones de poder entre los géneros, en relación con el trabajo que desempeñan, hemos podido observar que las parejas pueden caracterizarse como tradicionales, transicionales, innovadoras y contraculturales. Las *parejas tradicionales*, tal como lo hemos descrito, manifiestan la clásica división sexual del trabajo: ellas en el ámbito doméstico, ellos en el ámbito extradoméstico, y las relaciones de poder entre ambos expresan semejante división: ellas ejercen el poder de los afectos, ellos, el poder racional y económico. Bajo estas circunstancias, aquellas mujeres subjetivadas en forma más convencional sienten que el ejercicio del poder emocional las feminiza, en tanto que el ejercicio del poder racional y económico atentaría contra su feminidad, transformándolas en mujeres

amenazadoramente masculinas. Esta condición es compartida con sus maridos, quienes manifiestan que su participación en el trabajo emocional familiar les haría perder los rasgos típicos de la masculinidad, con la consecuente amenaza de la feminización. O sea, en este grupo de parejas que llamamos tradicionales se entrecruzan las relaciones de poder con el ejercicio del trabajo que cada uno realiza y con la construcción de la identidad de género, femenina o masculina, claramente estereotipadas.

Las parejas que denominamos *innovadoras* son aquellas que, tal como fue mencionado anteriormente, han revelado una distribución que tiende hacia la igualdad en las áreas de poder: ambos detentan poder emocional en la familia, y poder económico debido al trabajo extradoméstico que realizan. Si bien hemos hallado muy pocos casos en esas condiciones, su presencia indicaría una posibilidad promisoriosa a futuro. En estas parejas las relaciones de poder se expresan en forma equitativa: ambos detentan el ejercicio de poder racional, emocional y económico simultáneamente. Para estas parejas las fórmulas de la distribución no son dicotómicas “o/o” (“o esto o lo otro”), polarizando a cada una de las partes, sino simultáneas, “y/y” (o sea “esto y lo otro”).

Las *parejas contraculturales* encontradas en este estudio son relativamente escasas, con predominio del desempeño de roles de género feminizados entre los varones. Algunos de los problemas más singulares en las relaciones de poder en la pareja podrían articularse alrededor del sentimiento de impotencia masculina. El caso más agudo respecto del sentimiento de impotencia fue el del marido que se desempeñaba como amo de casa. En otro de los casos no surge el sentimiento de impotencia sino una posición de infantilismo, con una marcada preferencia por la dependencia emocional y económica respecto de la esposa. Esto se refrenda mediante la alianza con su hijo adolescente, con quien establece un vínculo de cuidados, enseñanza y solidaridad, vínculo a medio camino entre hermano

mayor y padre. Los lazos emocionales de la pareja parecen sustentarse firmemente en la medida en que el marido despliegue y sostenga estos vínculos, es decir, en la realización del trabajo emocional y en la sexualidad, más que en la realización del trabajo extradoméstico con ingresos económicos significativos.

El grupo mayoritario de las parejas estudiadas son aquellas que describimos como *transicionales*, es decir, que tienen algunos rasgos de las más *tradicionales* y otros rasgos de las caracterizadas como *innovadoras*. Conservan relaciones de poder según los parámetros convencionales de la inserción laboral: tal como se expone anteriormente, las esposas en el ámbito familiar y doméstico, con el poder de los afectos; los maridos en el ámbito extradoméstico con el poder racional y económico. Pero a la vez, debido a las circunstancias del contexto socioeconómico, y también a desarrollos subjetivos —en particular por parte de las mujeres— hemos hallado que estas parejas presentan rasgos innovadores cuando las esposas acentúan su inserción laboral, logrando recursos económicos significativos para el ingreso familiar, mientras que sus maridos decrecen en el aporte económico debido a problemas de desempleo, incrementando en cambio su participación en el trabajo familiar y doméstico.

En estos casos, lo que se observa es una alternancia en las áreas de poder que en el estado anterior había sido de una distribución tradicional. Aunque la experiencia les resulta significativa en el sentido de favorecer y ampliar los estilos de subjetivación, femeninos y masculinos, sobre bases más flexibles, hemos observado que estas condiciones son aceptadas por los maridos —y en algunos casos también por las esposas— sólo como circunstanciales y excepcionales, a la espera de la oportunidad para volver al *statu quo* anterior. Parecería que entre las parejas transicionales no existe consenso acerca de que la nueva condición de las relaciones de poder debido al trabajo que se realiza, genere mejores condiciones de subjetivación para

ambos. Para las mujeres, la experiencia de ampliar sus recursos de poder a través de su inserción en el trabajo extradoméstico es percibida como favorecedora de su estima de sí, a la vez que adquieren rasgos de autoafirmación y de seguridad en sí mismas. Tal condición entra en contradicción con el sentimiento de culpa cuando se ven requeridas por obligaciones laborales que las mantienen largas horas fuera del espacio familiar y doméstico. Esto sucede porque siguen considerando que el trabajo emocional de proveedoras afectivas es su trabajo principal, en tanto que el trabajo extradoméstico debería ser secundario en su estilo de vida, especialmente si hay niños pequeños en el hogar. Sus maridos suelen coincidir con esta apreciación sobre el tradicional lugar de la mujer como proveedora de servicios afectivos y cuidadora de los niños pequeños, en tanto experimentan sentimientos de culpa por no conservar su clásica posición de proveedores económicos. Es notable el hallazgo por parte de algunos de esos varones de habilidades y recursos afectivos que desconocían como propios hasta que, debido al descenso de trabajo extradoméstico o por haber quedado desempleados, han acentuado el vínculo con sus hijos pequeños. La elaboración que algunos de ellos realizaron a raíz de esta experiencia, en particular redimensionando el propio vínculo con sus padres y/o abuelos durante la infancia y adolescencia, implicó un significativo enriquecimiento para su posición subjetiva como varones adultos.

Nos ocuparemos ahora del concepto de *identidad laboral* el cual está en debate en la actualidad, debido a la crisis de desempleo global, de manera especial y grave en Argentina al momento de realizarse este estudio, y al fenómeno de la diversificación tecnológica y la globalización. Estos fenómenos sociales han ejercido un efecto sobre la subjetividad de los trabajadores, al haber perdido vigencia muchos de los trabajos tradicionales que otorgaban identidad, favoreciendo el sentimiento de sí, el reconocimiento social, posiciones de prestigio y acceso a recursos económicos, de

modo que también ha quedado sin efecto su función constituyente de la identidad laboral de quienes los desempeñaban. Un ejemplo dramático se encuentra en uno de nuestros entrevistados, que había desarrollado su carrera laboral como relojero, siguiendo los pasos de su padre, hasta que el comercio que iniciaron con cierto éxito fue decayendo con los años hasta volverse insostenible debido a los avances tecnológicos en ese rubro. La pérdida del contexto laboral, junto con la pérdida del vínculo paterno-filial concomitante que se había sostenido sobre la base de la afinidad laboral, dejó a este entrevistado no sólo en situación de crisis económica, social y familiar, sino también en crisis con su identidad. Su trabajo anterior le daba identidad laboral, a la vez que lo masculinizaba en el ejercicio de su oficio, típicamente masculino en nuestro medio. Junto con la puesta en crisis de su identidad laboral, sufrió la puesta en crisis de su identidad como varón. Su situación subjetiva se complicó más aún, porque pasó a depender económica y emocionalmente de su esposa y de su madre, vulnerando aún más su subjetividad masculina, fragilizándola, al ponerse en posición infantil y dependiente con respecto de esas mujeres.

Hemos hallado que en tanto el trabajo extradoméstico remunerado otorga bases para confirmar la identidad masculina, no ocurre lo mismo con las mujeres de nuestro estudio. En la mayoría de ellas, el desempeño laboral extradoméstico remunerado las lleva a percibirse como que ejercen un rol social adulto, alejándolas de su identidad femenina tradicional, definida en términos de dependencia —y a menudo de infantilismo— y no sobre la base de la autonomía. Estas mujeres perciben que el trabajo emocional en la vida familiar y otros factores, la dependencia económica, funcionarían como confirmación de su feminidad tradicional.

Este rasgo se ha encontrado incluso en aquellas parejas que hemos caracterizado como innovadoras en cuanto a las relaciones de poder. Tanto en la pareja de biólogos como en la de docentes, a pesar de que sus

relaciones de poder habían sido configuradas como equitativas, la identidad laboral de cada una de ellas se conservaba de modo más bien tradicional. En la pareja de biólogos, la esposa tenía una inserción laboral plena, mientras que el marido desempeñaba su trabajo como biólogo en una categoría inferior, propia de un estudiante avanzado. Merece destacarse que la identidad laboral lograda por el marido a partir de su desarrollo de carrera se veía amenazada en relación con la carrera de su esposa. Por ese motivo, pensamos que ella impulsó un proyecto de migración a un país extranjero que le ofrecía mejores perspectivas laborales al marido, en tanto ella renunciaría a su trabajo actual para intentar lograr una adaptación laboral en el lugar donde su esposo se vería confirmado laboralmente. Hemos interpretado esta situación en el sentido que podría peligrar el vínculo de la pareja, si no lograban confirmar identidades laborales que reafirmaran la masculinidad de él. Quiere decir que se trató de una maniobra “normalizadora”, en un sentido tradicional. En el caso de la pareja de docentes, también con relaciones de poder igualitarias en el ámbito familiar y doméstico, el marido refrendaba su identidad laboral masculina debido a la posición jerárquica que ocupaba, a su nivel de ingresos económicos y al prestigio social que lograba. Su esposa desempeñaba un trabajo extradoméstico como docente que si bien le proporcionaba mucha satisfacción, al mismo tiempo implicaba ganar considerablemente menos que el marido, en un trabajo medianamente jerárquico y de poco compromiso de horario, con un techo laboral que se le presentaba muy próximo. Observamos en ambas parejas que si bien son innovadoras en cuanto a las relaciones de poder en la vida familiar y doméstica, respecto del trabajo emocional-social implicado en este contexto, presentan improntas del estilo tradicional en cuanto a la identidad laboral que les ofrece el trabajo extradoméstico.

En este aspecto también el grupo mayoritario está constituido por las parejas denominadas transicionales, o sea, que muestran algunos rasgos

tradicionales y otros innovadores. Algunas de ellas han partido de posiciones laborales que las habían subjetivado en forma tradicionalmente femenina o masculina, y están intentando nuevos modos de subjetivación a través de desarrollos laborales novedosos. En estos casos, merece destacarse que la mayoría de las mujeres que tiene niños pequeños presenta una identidad laboral que podríamos caracterizar como de “madres que trabajan” tal como en el caso de un sujeto del estudio, directora de un jardín de infantes a tiempo completo. Sólo hemos observado un caso de un varón que se definió a sí mismo como “padre que trabaja”, anteponiendo su identidad laboral-familiar a su identidad laboral extradoméstica.

El resto de los varones, en su mayoría, sólo definen su identidad laboral-familiar debido al hecho de estar desempleados, pero en espera de que su situación laboral extradoméstica se resuelva para volver a la clásica posición masculina que define su identidad mediante el trabajo remunerado.

Por último, dos fenómenos que merecen destacarse en la configuración de la identidad laboral se refieren al manejo del *presupuesto económico* y el *presupuesto del tiempo*. Respecto del primero, en el caso de las mujeres, varias de ellas tenían el dominio del dinero, tanto aquel destinado a los gastos domésticos como el que se adjudicaba a gastos de mayor relevancia. Esto se debía a que algunas de ellas ganaban más dinero que sus maridos; en otros casos, aunque ellos aportaran los ingresos económicos principales, delegaban en sus esposas la decisión de su distribución. La situación se torna compleja en las familias ensambladas, donde los arreglos económicos variaban no sólo según los ingresos de cada uno sino también en relación con la presencia de hijos de uniones anteriores, la existencia o no de hijos propios en el hogar, los alimentos entregados a parejas anteriores o recibidos por parte de padres no convivientes, etcétera.

En cuanto al *presupuesto del tiempo*, el manejo, distribución y toma de decisiones sobre horarios, actividades, inversión de tiempos, etcétera, tenía

un claro perfil diferencial por género, con un corte tradicional. Las mujeres referían, en su mayoría, que sus “tiempos libres” eran los que les quedaban después de atender las necesidades de sus hijos, en tanto que para los varones, sus “tiempos libres” eran los que podían utilizar cuando terminaban con su horario de trabajo. De modo que en tanto ellas invierten su tiempo poslaboral en los cuidados y atención de los niños, especialmente cuando son pequeños, ellos invierten el tiempo poslaboral en realizar alguna actividad deportiva (tenis, golf, gimnasio), de capacitación (cursos, viajes), o social (cenas con amigos, salidas recreativas). Es decir que, mientras ellas avanzan en realizar la carrera laboral-maternal, ellos avanzan en la carrera laboral-remunerada. Esto se debe, a que en las actividades pos-laborales que los maridos realizan, circulan influencias, se intercambia información, y se consolidan vínculos sociales que suelen ser utilizados por ellos para lograr mejores oportunidades de trabajo.

Se hace evidente que en situaciones económicas y laborales de crisis como las que hemos atravesado en Argentina, tanto el dinero como el tiempo son bienes escasos, y quienes los poseen, como parte de su identidad laboral, construyen subjetividades con bases más amplias que quienes carecen de ellos.

Esto forma parte de la construcción de subjetividades femeninas y masculinas diferenciadas en cuanto a los rasgos identitarios que se adquieren a través de la inserción laboral. En tanto las mujeres afirman dichos rasgos sobre la base de la expresividad emocional, ellos adquieren identidades masculinizadas afianzadas sobre los aspectos instrumentales de su inserción laboral. Las identidades laborales femeninas y masculinas así logradas se caracterizan porque las mujeres desarrollan estilos comunicacionales y rasgos de personalidad que procuran dar respuestas gratificantes y complacientes, para recibir a su vez respuestas gratificantes también por parte de los otros. Por su parte, los varones desarrollan

estilos comunicacionales y rasgos de personalidad que se sostienen sobre conductas orientadas hacia metas que trascienden la situación inmediata y el estado del vínculo. Quienes desempeñan estas conductas no están básicamente orientados hacia las respuestas emocionales inmediatas de los otros hacia sí. Más que solicitar respuestas positivas, desarrollan la capacidad para tolerar la hostilidad u oposición que sus conductas asertivas provoquen en los otros. En tanto el despliegue y tolerancia de la hostilidad en los vínculos laborales masculiniza a los varones, no ocurre lo mismo con las mujeres. Los contextos laborales con expresiones de hostilidad encuentran obstáculos en la subjetividad femenina: ellas sienten que la manifestación de la hostilidad no las feminiza, y esto a menudo las lleva a retraerse de esos contextos laborales. Cuando hemos hallado mujeres con habilidad en los rasgos instrumentales, también se preocupaban por cultivar los rasgos expresivos de la afectividad cálida. La situación inversa no siempre se encontraba entre los hombres: si desarrollaban habilidades instrumentales en su carrera laboral, dejaban de lado los rasgos emotivos.

Estos conflictos dejan sus marcas en la construcción de la subjetividad, en los modos de desear, de sentir y de pensar de hombres y mujeres, y en la posibilidad de formar familias y de tener hijos. Sigue en pie el cuestionamiento sobre las condiciones asimétricas que impone la globalización a los/las ciudadanos/as de los países periféricos y con escasas ofertas laborales y alto índice de desempleo como Argentina, al mismo tiempo que la lucha por una distribución más justa y equitativa de las relaciones entre los géneros.

¿Podremos hallar recursos imaginativos, creativos, que no reciclen una y otra vez las marcas injustas que deja la desigualdad, esta vez bajo el nombre de la globalización y la deslocalización que hacen posible la precarización del empleo —y de las subjetividades?

Divagaciones alrededor de los hombres y su trabajo

Regina Nava*

*This is the time of the worlds colliding, this is the time
of kingdoms falling, this is the time of the worlds dividing,
time to heed your call, send your love into the future.¹*

STING

Introducción

Enfrento el tema de los hombres y su trabajo con dos series de dificultades: la extensión de los hechos sociales y los riesgos para lograr una exposición. Las recientes transformaciones en las ideologías, prácticas y discursos varían en un espectro multidireccional, desde la diversidad y lucha democrática hasta la intolerancia fanática. Hemos llegado al siglo XXI con una gran cantidad de intensos y veloces cambios. Algunos son intencionales, otros imprevistos como consecuencias del proyecto de la Modernidad o bien como resistencias a éste. Estas transformaciones devastan y cuestionan nuestro entorno familiarizado, nuestras estructuras sociales, también

* Profesionista independiente.

¹ Éste es el tiempo de los mundos chocando, éste es el tiempo de los reinos cayendo, éste es el tiempo de los mundos dividiéndose, es tiempo de hacer tu llamada. Envía tu amor al futuro.

nuestras concepciones e interpretaciones sobre nuestra vida, nuestras respuestas cotidianas resultan más confusas y frustrantes, que racionales y planeadamente satisfactorias.

Beck, Bonss y Lau (2003) reconocen cinco grandes procesos de transformación comunes en el planeta, pero que se manifiestan en diversos grados en cada localidad:

- La globalización en dimensiones económicas, políticas y culturales, modifica las relaciones de lo global y local, cuestiona la estabilidad y las fronteras de los Estados nacionales.
- La intensificación de la individualización erosiona la definición moderna de familia y modifica las relaciones afectivas.
- La transformación de los contenidos de género disuelve la división genérica del trabajo.
- La flexibilidad laboral transforma la organización productiva y los principios de “pleno empleo”, seguridad social y al sistema social jerárquico basado en clases y estatus. La nueva jerarquía se sostiene en la forma y el estilo de vida (consumo) para moldear la movilidad social.
- La percepción de la crisis ecológica, que nos alcanza a todos, obliga a una política dinámica. La naturaleza ya no es considerada como posición o exterioridad de lo social.

En nuestras sociedades encontramos una diversidad histórica de elementos, principios y normas estructurales, entrelazados en una combinación ecléctica, frecuentemente contradictoria, que varía en cada localidad y época. Sin embargo, varios de ellos se comparten, por lo que estas sociedades se pueden reconocer, perteneciendo a “lo mexicano”. De acuerdo a Giddens (1995) las estructuras se entienden como *pautas de interacción entre los individuos o grupos*.

En la primera parte de estas divagaciones se identifican los principios normativos estructurales relacionados con el trabajo, correspondientes a los tres tipos ideales de sociedad: la preindustrial, la moderna o industrial y la alta o segunda modernidad, que coexisten en la realidad, en mi caso, mexicana —por nacimiento y por residencia. En la segunda sección se comentan los aspectos vinculados al trabajo, entendido en un amplio sentido como la realización de tareas, con desgaste físico, mental y emocional, con el objetivo de atender nuestras necesidades. Además constituye las identidades personal y social mediante la organización de la vida cotidiana.

Sobre los principios estructurales

*The times they're changing.*²

BOB DYLAN

La teoría de la estructuración social ofrece fundamentos para acercarnos a la comprensión e interpretación de nuestra realidad social. La tesis central postula la dualidad de las estructuras y de los agentes sociales, quienes mutuamente se producen, reproducen y transforman, en espacio y tiempo determinados.

Giddens (1995) distingue: *a)* los principios estructurales organizadores de la totalidad social; *b)* las estructuras como los conjuntos de reglas y recursos articuladores institucionalmente de los sistemas sociales; y *c)* las propiedades estructurales como los aspectos institucionales de los sistemas extendidos temporalmente en cierto espacio. Con estos conceptos en mente, propongo el cuadro 1, para aplicar en los casos específicos desde

² Los tiempos están cambiando.

Cuadro 1. Tipos de sociedades

Premoderna	Moderna	Postmoderna
Fundamento económico		
Agropecuario.	1. ^a Revolución de vapor 2. ^a Revolución de petróleo y electricidad.*	3. ^a Revolución cibernética.
Base estructural		
Tradición y religión.	Estado nacional, puede ser benefactor. Secular.	Organizaciones e instituciones traspasan los límites del Estado.
Zonificación espacial y temporal		
Localidades rurales y urbanas. Une espacio laboral y doméstico. Comunidad integrada. Tiempo por ciclos naturales. Repetición del pasado.	Predominio urbano, metrópolis. Separa el espacio y tiempo laboral del doméstico, expresado en público y privado. Relación instrumental sobre la naturaleza. Colonialismo e imperialismo. Predominio del cronómetro. Orientación al futuro.	Expansión de la globalización, las localidades se ajustan virtualmente en tiempo y espacio. Mantiene separado lo doméstico y laboral. Implosión de lo privado. La naturaleza es parte de la sociedad.
Intención		
Satisfacción necesidades fundamentales. Las capas dominantes acumulan riqueza.	Acumulación y ampliación del capital. Planificación con cálculo de riesgo, organización, administración y tecnología. Producción masiva.	Dominio del capital financiero (Bolsas de valores). Predomina el consumo, impulsado por producción masiva individualizada y medios de comunicación.
División del trabajo		
Noción del trabajo		
Por voluntad divina. En la tradición cristiana como castigo.	Ética protestante (ver Max Weber).	Responsabilidad y administración individual. Condición inevitable para el consumo.
Estratificación social		
El trabajo, la riqueza y el parentesco determinan la posición jerárquica.	La clase depende de la actividad laboral e ingreso del jefe de familia, extendiéndose a su familia nuclear.	Se basa en la individualización según la forma, el modo, el estilo de vida y por el consumo.

Nota:

* Básicamente en la producción y utilización de vehículos automotores, consumidores de combustibles derivados del petróleo, en tierra, aire y mar. La generación de electricidad presenta otra serie de problemas tecnológicos y su solución ha derivado en ecicidio y riesgos a la existencia humana: por ejemplo, las centrales nucleares (Chernobyl, abril de 1986).

Cuadro 1. Tipos de sociedades (continuación)

Premoderna	Moderna	Postmoderna
Tecnología		
Por experiencia y tradición.	Desarrollo científico y tecnológico apoyado en la acrecentada cuantificación.	Cibernética y altamente especializada, cuantificación extrema.
Aprendizaje		
Con la familia o agrupación gremial. Los hijos siguen la misma ocupación parental u obedecen su decisión.	Escolarización. Libre elección de la ocupación.	Extensión de la escolarización, actualización permanente y combinación de áreas. Orientación experta apoya la libre elección de la ocupación.
Sistema ocupacional		
Sigue ciclo natural. Cierta tolerancia a desocupados.	Planifica la vida laboral cotidiana y biográfica. Desempleo como "controlable"	Planifica la cotidianidad, incertidumbre a futuro. Flexibilización y desempleo, autoempleo alternativo.
Prestaciones y/o beneficios		
Apoyo en redes familiares o gremiales.	Seguridad social (desempleo, jubilación, etc.) y médica, según desarrollo del Estado benefactor	Privatización de la seguridad social y médica. Responsabilidad individual.
Conflicto laboral		
Normado por tradición. Enfrentamiento en casos extremos de explotación o efectos de catástrofe natural.	Normatividad legal proteccionista a partir de luchas de resistencia de trabajadores. Sindicalización.	Incapacidad sindical para defender a sus trabajadores. Disolución paulatina de la normatividad proteccionista.

Fuente: Giddens (1985 y 1990).

el Estado nacional hasta sus localidades. Los tipos se han desarrollado en forma secuencial, aunque ciertos elementos permanecen y se mezclan con los posteriores, de forma heterogénea, ecléctica y contradictoria.

Aquí se distinguen tres tipos de sociedades: *i.* la premoderna con rasgos de sociedades agrícolas, de autoconsumo o tradicionales; *ii.* la moderna basada en la producción industrial y particularmente capitalista; y *iii.* la recién iniciada postmoderna, o de alta o segunda modernidad, mejor caracterizada con la globalización. En el siguiente cuadro se resumen los elementos a partir de Giddens (1993 y 1997).

Tanto en el conjunto social como en las biografías individuales se despliegan y entrecruzan elementos y características de los diversos tipos y momentos, con frecuencia de manera contradictoria y en confrontación. Dichas combinaciones pueden servir simultáneamente como motivación o bien como frustración, incomprensión y expresión con violencia.

Por otra parte, existen organizaciones sociales adaptables a los tipos de sociedad por sus eficientes mecanismos de reproducción y su trascendencia temporal, una de estas es la mafia. Diego Gambetta (2000) estudia la importancia de la confianza y cooperación o su ausencia en estas agrupaciones. Cita las referencias de Leopoldo Franchetti sobre las causas del surgimiento de la mafia clásica italiana: por una parte, en el ámbito político existe una carencia en los sistemas judicial y legal para ser verosímiles, confiables o justamente efectivos.

Por otra, las políticas económicas son inseguras, impiden planear y mantienen inmóvil a la economía. La escasa movilidad social ascendente compite con el deseo individual de sobresalir. En consecuencia, ciertos grupos se apoyan en *le pouvoir de la faveur*, con la capacidad de proteger y obtener reputación. Además, *historically, the crime most characteristic of the mafia is the use of violence to enforce the monopoly of otherwise legal goods.*³

Gambetta retoma los elementos básicos que motivan la cooperación propuestos por Bernard Williams, presentes también en la mafia y que son usados como mecanismos de reproducción: la coerción, los intereses compartidos, los valores y los lazos personales. Ante ello, *any attempt to eradicate the mafia is caught between two extremes: that of using too little force and thereby remaining ineffective, and that of using too much, putting civil liberties at risk.*⁴

³ El poder del favor... Históricamente, el crimen más característico de la mafia es el uso de la violencia para reforzar el monopolio de bienes que de otra manera, serían legales.

⁴ Cualquier intento para erradicar a la mafia está atrapado entre dos extremos: el usar poca fuerza y con ello ser ineficaz; o utilizar demasiada fuerza y poner en riesgo las libertades civiles.

Esta organización opera a nivel local, debido a la necesidad de supervisión directa, aunque puede establecer alianzas con otras durante periodos, además se sostiene por medio de la corrupción, impunidad e influyentismo. El autor menciona que se amplía territorialmente cuando ocupa el poder político.

En México la forma conocida como “caciquismo”, fortalecida durante los regímenes priístas se vinculó con el poder político y operaba bajo estas descripciones. Por su carácter extralegal y oculto, no se ha documentado extensamente su problemática. Sin embargo, es relevante recordar su presencia, porque se fusiona con las atribuciones asignadas a la masculinidad, además de representar un riesgo permanente a nuestra integridad.

Sobre el trabajo y los hombres

*Männer sind auch Menschen, Männer sind etwas sonderbar, Männer sind so verletzlich, Männer sind auf dieser Welt einfach unersetzlich.*⁵

HERBERT GRÖNEMEYER

De acuerdo con Giddens (1993) se puede definir al trabajo como la forma en que desarrollamos actividades para satisfacer nuestras necesidades, implica el desgaste físico, mental y emocional. Es el núcleo, al tiempo que forma y modifica la apariencia de las identidades individual y social. Nos permite organizar la vida cotidiana —el presente en cada minuto— y también la vida biográfica —la duración de nuestra vida, vinculada a las

⁶ Los hombres también son humanos, son algo especial, son tan vulnerables, simplemente en este mundo son insustituibles.

generaciones previas y posteriores—, así como también determina nuestra seguridad ontológica.

La vida humana se encuentra restringida en tiempo y espacio, por lo que las localidades son relevantes. En el proyecto de la modernidad se tiende a superarlas, en lo que Giddens (1997, pp. 32-39) define como los mecanismos del proceso de desanclaje. Este se basa en las señales simbólicas (como el dinero) y en los sistemas de expertos (conocimiento científico tecnológico), asentados en la fiabilidad. Actualmente, el proceso de globalización va invadiendo las fronteras de los Estados nacionales y penetrando en las localidades, primero de forma virtual y mediática, trastocando nuestra percepción de la realidad.

En el contexto local-temporal

Los límites de la vida humana individual y cotidiana configuran las estructuras sociales, dentro de cierto espacio y tiempo. La globalización se ha ido introduciendo paulatina y parcialmente en todas las localidades, dando lugar a un juego de palabras como “glocalidad”. Cada una se integra de acuerdo a los criterios comunes de residencia y trabajo. Aun en las metrópolis se distinguen barrios, podemos residir en una, trabajar en otra y sostener vínculos con otras, como el lugar de nacimiento o de residencia anterior. En cada glocalidad hay aceptación o resistencia a las novedades.

Por ejemplo, con las migraciones laborales y sus procesos de aculturación resaltan las diferencias cuando los individuos regresan a sus comunidades.⁶ La vida cotidiana mantiene la continuidad marcada

⁶ Un ejemplo se encuentra en las migraciones laborales mexicanas hacia Estados Unidos, con retorno a las comunidades de origen. Véase las revistas *Nexos*, núms. 312 y 313, y *Letras Libres*, núm. 64, en especial “La conexión mexicana” de Tamar Jacoby, del pueblo de Piaxtla, Oaxaca.

con los cambios naturales entre el día y la noche o las estaciones. La introducción extensiva del cronómetro con el proceso industrial (taylorismo y fordismo) modificó también el tiempo extralaboral o libre de trabajo. En la modernidad se expresan en las separaciones temporales y espaciales de los ámbitos “privado” y público”, límites que se diluyen en la postmodernidad.

La separación de espacio-tiempo laboral y extralaboral no siempre es clara, es un continuo, como señalan Hoff y Elias y Dunning, pues se realizan actividades relacionadas con el trabajo, como los traslados hacia y desde el hogar; las actividades recreativas con colegas o jefes (que pueden mejorar las relaciones). Elias propone un espectro del tiempo libre, que incluye las rutinas para las necesidades biológicas corporales, del hogar y la familia, las actividades intermedias como el trabajo voluntario para la comunidad o para uno mismo, como los *hobbies*, actividades recreativas, sociales y de juego.

De acuerdo a la división genérica del trabajo, los hombres disponen de mayor tiempo libre al no realizar tareas para la reproducción doméstica, mejor dedicados a lo lúdico. Huerta describe la importancia de los juegos organizados y la convivencia, comúnmente acompañada con alcohol.

También el efecto emocional o el desgaste físico y mental es arrastrado al continuo cotidiano. Se expresa en el ejercicio de la violencia hacia los familiares. Asimismo el proceso sucesivo puede percibirse como disociado, confluyente o de manera compensatoria, en particular cuando la satisfacción laboral es reducida y el espacio-tiempo libre significa libertad (Hoff, 1986, p. 97).

Los estudios sobre las biografías, desde una perspectiva cualitativa, como demuestra Hoff, señalan la valoración individual y el significado otorgado retrospectivamente a la propia experiencia. Suministra información respecto a las expectativas de juventud. El desarrollo vital es

continuo, aunque marcado por acontecimientos particulares que afectan la integridad personal.

Se puede distinguir una ocupación principal y otras secundarias, sea para complementar los ingresos familiares o por satisfacción propia. Por otra parte, actualmente resaltan con claridad las premisas y habilidades generacionales, por ejemplo con el manejo de aparatos con reciente tecnología. Se puede indicar la fecha de despegue masivo de la tercera revolución cibernética con el transistor, para distinguir a las generaciones nacidas antes o después.

Los *ingresos monetarios* en la modernidad, particularmente bajo el capitalismo, han asociado al trabajo con la remuneración. Por una parte, Giddens (1997) explica la importancia del dinero como una señal simbólica de los sistemas de desanclaje. Por otra, la definición genérica del hombre como proveedor de ingresos, lo precisa como el productor, poseedor y administrador, como analiza Coria (1992). Los trabajadores remunerados pueden ser clasificados como empleador, empleado o trabajador por su cuenta. Sin embargo, todavía se realizan trabajos sin pago monetario directo pero con alguna compensación, como el caso de los familiares; el impagado doméstico (ampliamente documentado). Además de los mencionados como el voluntario o de *hobbies*.

La legislación va desde la definición del derecho humano al trabajo, con la precisión en cada Estado nacional de lo que se considera un trabajo legalmente aceptable. Con la expansión de la industrialización, la mayoría de los hombres fueron empleados y asalariados, pero solamente por su capacidad de lucha y resistencia fueron obteniendo mejoras, plasmadas en la respectiva legislación.⁷

⁷ Uno de los avances fue el salarial, considerado como el “salario familiar”, reforzando la división genérica del trabajo.

El presupuesto de contar con empleos suficientes para la población nunca fue totalmente satisfecho, pero con las etapas de crisis económicas y la extensión de la modernidad—en especial, por el desarrollo tecnológico de uso de máquinas que desplazan a las personas— ha aumentado el desempleo. La práctica de actividades dentro de la economía informal es tolerada, aunque se transgredan otras normatividades.

Al mismo tiempo que las presiones de la postmodernidad por las competencias económicas a nivel global, obligan al Estado a diluir las legislaciones proteccionistas de los trabajadores, por otra parte, también lo presionan para aumentar reglamentaciones que limitan las libertades de los derechos ciudadanos, sea para normar la convivencia o bien las luchas contra el terrorismo y la delincuencia. Esta última, por la intensificación de las actividades abiertamente anti o extralegales, vinculadas o no con organizaciones mafiosas.

La conformación de las identidades individual y social centra su núcleo en el trabajo, como expresión esencial de la acción humana. La identidad individual se refiere a la percepción propia de sí mismo, mientras que la social precisa la perspectiva de los demás. La identidad es parte y manifestación del cuerpo biológico, y vivida con su constante construcción, modificación en secuencias, envejecimiento y reafirmada cotidianamente mediante rutinas y hábitos. Las identidades se moldean por:

- a) la asignación es externa a uno, puede ser directa o indirecta, va desde el nombre, el reconocimiento sexual, la aceptación o no de la familia;
- b) la autoaceptación total o parcial;
- c) la construcción, apoyada y relacionada con los demás, en constante aprendizaje y experimentación;
- d) la autoimagen y la imagen percibida por los demás, mediada por la conciencia y reflexión, qué es lo modificable; y

- e) la confianza en sí mismo y en los demás. Este proceso ubica el sentido de pertenencia en relación a los marcadores sociales y en la relación social en la cooperación o bloqueo de la confianza; configura la percepción, el pensamiento, la memoria, la emotividad, los discursos (corporal y verbal) y la acción, que frecuentemente se encuentran en contradicción. Además de participar en la conciencia, otorga significados a sí mismo y a los demás, y se mantiene en reflexividad.

La seguridad ontológica es el factor que cohesiona, estabiliza y estructura; además, como señala Frankl, manifiesta el libre compromiso asumido para orientar la vida con responsabilidad, le da sentido y es el motivo para vivir, y paradójicamente, es aquello por lo que uno daría su vida. Por ello, la seguridad es el concepto central de la identidad, enlaza ambas y sustenta las relaciones de confianza. La seguridad es vulnerable, la única certeza que tenemos es nuestra muerte. Los demás afectan nuestra autoimagen, por nuestra necesidad de ser reconocidos, aceptados y amados. Por lo que nuestra autonomía, libertad y capacidad potencial se entrelazan con ambigüedad hacia lo desconocido, afectando la disposición al cambio o resistencia individual y social.

En cada localidad y época se determinan los principios, normas y valores que rigen las clasificaciones, como explica Bauman (1995 y 1998). Los criterios varían desde la aceptación, como amigos, potenciales o efectivos, favoreciendo la cooperación, solidaridad y responsabilidad; o con el rechazo, en la exhibición de enemistad y ante el extraño, pues su existencia y presencia cuestiona nuestras identidades y seguridades. Ante estos dos últimos, emerge la estigmatización, discriminación, exclusión y aniquilación.

La clasificación agrupa alrededor de los principales marcadores sociales, fundamentados principalmente en características corporales, que se relacionan mutuamente y algunos pueden modificarse:

- a) la raza-etnia;
- b) la edad;
- c) la completud o discapacidad corporal;
- d) la posición jerárquica por clase o estatus. En la postmodernidad rigen otros criterios, pues la movilidad social⁸ —tanto ascendente y descendente, como geográfica— junto con la disolución de los límites de clase resultan en la determinación de criterios basados en: la forma (tipo de ocupación), el estilo (consumo) y modo de vida (autocuidados o abusos corporales integrales); y
- e) el género se ha demostrado como una construcción social histórica, para separar asimétricamente los espacios, tiempos, funciones, actividades y expresiones con base en un sistema binario, opuesto pero complementario y basado en las características anatómicas sexuales. Como construcción, se encuentra normada y en cada localidad se han establecido los modelos predominantes; algunos autores los denominan hegemónicos. Es evidente el predominio histórico expresado en el ejercicio de poder y privilegios de la masculinidad.

Sin embargo, el conjunto de los procesos de transformación acelerados en la postmodernidad ha modificado las premisas anteriores. Tal como se mencionó, desde la perspectiva de la teoría de la estructuración, mutuamente los sujetos y las estructuras nos modificamos. Las interrogantes que enfrentamos, en particular a nuestra autodefinition de identidad, también son respondidas de diferentes maneras, aunque sigue siendo urgente la satisfacción de las necesidades fundamentales desde el trabajo.

⁸ El estatus se refuerza por los medios de comunicación electrónicos, en los momentos de fama. Si bien porcentualmente minoritarios, los casos de deportistas o quienes se dedican al espectáculo con ingresos millonarios, son ejemplos de movilidad ascendente. El incremento de migrantes pasa por la aculturación transformando a las localidades receptoras.

Disculpe las molestias que le ocasione esta lectura

*I've been swimming in a sea of anarchy, I've been living on coffee
and nicotine, I've been wondering if all the things I've seen were
ever real, were ever really happening. Everyday is a winding road
I get a little bit closer, everyday is a faded sign,
everyday I get a little bit closer to feeling fine.⁹*

SHERYL CROW

Había prometido escribir sobre los hombres y su trabajo, quienes no están solos viviendo en crisis. Desde su todavía predominio social, con sus privilegios y beneficios se encuentran desempeñando las tareas de trabajo, aunque la tendencia hacia la satisfacción esté obstaculizada por las frustraciones cotidianas.

Todos nos encontramos en múltiples transformaciones, que deben ser asimiladas y reflexionadas. Su velocidad sobrepasa nuestro tiempo cotidiano y en el mejor de los casos, atinamos a responder emocionalmente, mientras ajustamos los mecanismos de adaptación y sobrevivencia.

Para estudiar el tema, he propuesto partir del análisis de las condiciones locales y observar la inserción de los diversos principios estructurales, de manera que sea posible reagrupar en una nueva clasificación, las principales tendencias respecto al quehacer y a las premisas genéricas de los sujetos.

⁹ He nadado en un mar de anarquía; he vivido de café y nicotina; me pregunto si todas las cosas que he visto son reales, si de verdad suceden. Cada día es un camino sinuoso, estoy un poco más cerca, cada día es un signo desvaneciente, estoy un poco más cerca de sentirme bien.

Obras consultadas

Bauman, Zygmunt (1998), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa.

_____ (1995), *Moderne und ambivalenz*, Fischer, núm. 12688, Frankfurt am Main, Suhrkamp.

_____, Ulrich Beck, Anthony Giddens y Niklas Luhmann (1991), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Barcelona, Anthropos.

Beck, Ulrich (2002), *Macht und Gegenmacht im Globalen Zeitalter*, Frankfurt, Suhrkamp.

_____, Wolfgang Bonss y Christoph Lau (2003), "The Theory of Reflexive Modernization...", *Theory, Culture & Society*, vol. 20, núm. 2, pp. 1-33, Londres, Sage.

Coria, Clara (1992), *El sexo oculto del dinero*, México, Paidós.

Elías, Norbert y Eric Dunning (1992), *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México, FCE.

Frankl, Viktor (1998), *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Herder.

Gambetta, Diego (ed.) (2000), *Trust: Making and Breaking Cooperative Relations*, Department of Sociology/University of Oxford, cap. 6, pp. 94-107 <<http://www.sociology.ox.ac.uk/papers/luhman94-107.doc>>.

Giddens, Anthony (1998), *Sociología*, Madrid, Alianza Editorial.

_____ (1997), *Modernidad e identidad del Yo*, Barcelona, Península.

_____ (1995), *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu.

_____ (1993), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Editorial.

Hoff, Ernest (1986), *Arbeit, Freizeit und Persönlichkeit*, Berna, Hans Huber Verlag.

Huerta, Fernando (1999), *El juego del hombre*, México, Plaza y Valdés-BUAP. *Letras libres*, núm. 64, abril de 2004 y núm. 65, mayo de 2004, México.

Nexos, núm. 312, abril de 2004 y núm. 313, mayo de 2004, México.

Weber, Max (1986), *Economía y sociedad*, México, FCE.

_____ (1973), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península.

Algunas ideas acerca de la construcción social de las masculinidades y las feminidades, el mundo público y el mundo privado

María Lucero Jiménez Guzmán*

Introducción

Una primera idea que me parece fundamental cuando emprendemos estudios con perspectiva de género es que los hombres y las mujeres no existimos antes o al margen de las relaciones sociales. De hecho, como plantea María de Jesús Izquierdo (2002), no vivimos en una sociedad sexista, sino que somos el primer y principal producto del sexismo, somos sexismo corporeizado. Y es por ello que combatir el sexismo es trabajar en la destrucción de las categorías hombre o mujer, al conseguir que sean insignificantes desde el punto de vista social.

En este sentido, el género no es una interpretación cultural del sexo, ni se construye culturalmente sobre el cuerpo, pues esto implicaría tomar al sexo y al cuerpo como lo dado, lo existente previamente a las relaciones sociales. Más bien, como plantea Butler (2001), el género siempre es un hacer, aunque no un hacer por parte de un sujeto que se pueda considerar preexistente a la acción.

* Doctora en Sociología. Investigadora y representante del Programa Equidad y Género del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias CRIM/UNAM. Es docente en el Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Hoy en día podemos considerar, como nos plantea Meler (2000), que tanto la feminidad como la masculinidad son construcciones colectivas que condensan la experiencia de muchas generaciones y que contienen una compleja red de prescripciones y proscripciones para la subjetividad y la conducta de cada sexo. En términos generales también existe consenso en que los sistemas de género, a lo largo de muchas generaciones, se han caracterizado por el dominio masculino y que, esta modalidad de la relación entre los géneros, ha contribuido a plasmar subjetividades.

Otro punto de partida es que, cuando hablamos de género, debemos destacar los aspectos relacionales, lo cual nos hace tomarlos en consideración como resultado de la acción. Además, debemos tener presente la manera en que los actores sociales definen las situaciones sociales en las que se hallan inmersos, porque del modo como las definan se deriva de una u otra manera su actuar. Pero, en todo caso, el género depende del contexto social en el que tiene lugar, por lo que es indispensable insistir en la pluralidad de situaciones que se dan en distintos contextos, y tomar en cuenta otros elementos fundamentales de la desigualdad social, como lo son: clase social y etnia.

La modernidad construye un orden y a la vez lo justifica. El concepto de género, en términos muy generales, puede explicarse como un conjunto de relaciones sociales que, basadas en las características biológicas, regula, establece y reproduce diferencias, pero también desigualdades entre hombres y mujeres. Se trata de una construcción social que es histórica, que varía de sociedad a sociedad y que tiene también sus matices cuando en este concepto se amplía la mirada y se introducen categorías fundamentales de la desigualdad social, como son la clase social y la etnia. Al ser una categoría socialmente construida, es un sistema de significados determinado por la ideología dominante en una sociedad, y por tanto es

transformable. Para mí, la maravilla de la categoría es que “desnaturalizó” estas desigualdades y dio posibilidad de cuestionar y transformar.

Podemos afirmar que durante muchos años y generaciones lo masculino y lo femenino han estado caracterizados como modalidades excluyentes, y han sido construidas en relación con una división sexual del trabajo fundada en la separación de la vida social en dos esferas: la pública, de dominio masculino y centrada en la producción y, la privada, centrada en la reproducción y asignada a las mujeres. La modernidad, como plantea Mabel Burin (2000), ha establecido tales divisiones en torno a la familia nuclear, característica del modo de producción capitalista. Existe una lógica binaria mediante la cual la diferencia es conceptualizada en términos de “o lo uno o lo otro”. El uno ocupa la posición jerárquica superior y el otro, la desjerarquizada. Uno es sujeto, el otro es objeto.

En particular, la identidad de género se organiza de acuerdo con dicotomías, tales como sujeto/objeto, varón/mujer y la masculinidad aparece como el centro a partir del cual se construyen los bordes (Tejer, 1996).

Algunas ideas sobre las masculinidades

Coincido con Humberto Abarca (2004) cuando plantea que las ideologías de género se articulan como un modelo, y el paradigma de la masculinidad es un modelo en el doble sentido, de representación simbólica de la realidad (así se concibe la masculinidad) y norma (así se orienta la conducta de un hombre). De esta manera, la llamada masculinidad hegemónica o dominante constituye un saber que orienta, motiva e interpela a los individuos concretos constituyéndolos como sujetos. Pero, al mismo tiempo, este modelo dominante supone la posibilidad y, yo diría, la realidad de

subjetividades masculinas que se relacionan de forma muy diversa con el paradigma, acatando, negando y transgrediendo el mandato. Por ello, me parece que deberíamos referirnos a masculinidades en plural, pues la realidad nos indica que existen diversas maneras de ser hombre y que, en todo caso, se trata de categorías históricas, construidas socialmente y por tanto transformables. Desde esta perspectiva, la masculinidad se construye y cambia de una cultura a otra, dentro de la misma cultura y además en el curso de vida de los varones individuales y, por supuesto, como plantea Kimmel (1992), entre diferentes grupos de hombres, según su clase, su raza, su grupo étnico y su preferencia sexual.

Después de varios años de investigación, podemos encontrar estudios interesantes que dan cuenta de la construcción social de las masculinidades y, afortunadamente, cada día es mayor el consenso acerca de la necesidad de realizar investigaciones en contextos específicos que nos permitan avanzar en el conocimiento y, algo crucial, evitar generalizaciones que a menudo obscurecen el avance de la misma.

Los estudios que se han realizado en Latinoamérica dan cuenta de que no existe una idea de masculinidad unitaria, más bien se tiene que hablar de complejidad, ambigüedad, contradicciones y múltiples significados de las masculinidades. Se trata de recuperar la idea de la variedad de las formas de la masculinidad. En diferentes contextos geográficos y sexuales se está socavando la idea de una masculinidad unitaria, ya sea en Latinoamérica o en algún contexto nacional. De esta forma, y cada vez más, los estudios acerca de los hombres en Latinoamérica están tratando de recuperar la idea de la variedad de formas de masculinidad (Varley y Blasco, 2002).

Existen, además, diversos estudios que se refieren a la masculinidad dominante y que apuntan a una serie de características que se consideran son compartidas, de alguna manera, aunque a menudo matizada, por una

mayoría de varones por lo menos en Occidente. Algunas de estas características son:

Existe el mandato cultural de que ser varón es ser importante.

La identidad masculina es construida a partir de su función de sostén y protector del hogar y proveedor de los bienes que la familia necesita. La sociedad refuerza en el varón la voluntad de acatar este mensaje, premiándolo con el privilegio del poder y el predominio en la esfera pública.

En muchos países, la cabeza de familia debe ser, según el imaginario colectivo, el varón. Él tiene socialmente asignada la función de financiar las necesidades de las personas que forman parte de su familia, a las cuales considera como su patrimonio. En este sentido, Izquierdo (2002) nos plantea atinadamente que para el varón adulto, patriarca, su familia, su patrimonio es: *a)* fuente de los recursos que le sitúan ventajosamente para obtener un empleo remunerado, o participar de la vida política, científica y cultural y, a la vez, en tanto representante del conjunto en la esfera pública; y *b)* móvil para sus acciones, ya que el poder patriarcal incorpora no sólo derechos sobre el patrimonio, sino también deberes: ha de financiar las necesidades del resto de los miembros de la familia, totalmente, o cuando menos en su mayor parte.

La idea del hombre como proveedor tiene diversos problemas. Uno de ellos es que en esta noción se legitima que la responsabilidad del hombre en la familia empieza y termina con sus contribuciones económicas. Así, legalmente, las obligaciones del marido se definen básicamente en términos económicos. Es por ello que en su imaginario no debe existir problema alguno en el hogar mientras él provea. Además, es común el hecho de que las mujeres vean a sus maridos únicamente como proveedores y se relacionen con ellos en función de ésta característica únicamente, lo cual tiene consecuencias nocivas para la familia en su conjunto y da lugar a

enfrentamientos graves cuando el varón por razones a menudo más del mercado laboral que personales, está imposibilitado para cumplir con este papel de proveedor.

Cómo se ven a sí mismos los varones y dónde lo aprendieron

Los varones obtienen de los hombres de su familia, padres y abuelos básicamente, la imagen de que un hombre se hace a sí mismo, masculinidad que se construye sobre un límite estricto entre lo público y lo privado. Casa y calle son mundos separados. El varón podía, y aún puede en algunos sectores sociales, ejercer sus privilegios en la calle, bajo la condición sin salida de proveer bien a su hogar.

Los hombres han sido educados en un modelo de papeles complementarios entre sus padres y madres, aprendieron como natural que se diera una distribución a hombres y mujeres en función de producción y de reproducción y que el reparto de la autoridad se articulaba sobre un poder masculino.

Los mensajes que reciben los hombres de lo que es ser “un hombre de verdad” se resumen en algunas cualidades como el ser responsable, ser excelente y ser solidario, cualidades que tienen que demostrarse básicamente en la esfera pública. Los hombres deben también desarrollar plenamente la libertad y la autonomía, y ser capaces de tomar decisiones por ellos mismos. La libertad es fundamento para la construcción de uno mismo. Fundamento para conocer y experimentar, lo cual en la masculinidad tradicional es central.

El hombre se orienta hacia lo público y, generalmente, aquellos que cumplen los mandatos de la masculinidad tradicional son seres muy

diferentes en la esfera pública y en la privada. A menudo, toda la familia los justificaba diciendo que ellos deben cumplir en lo público, esa es su obligación central y casi con eso bastaba.

En el mundo público, los varones se enfrentan al mensaje, y muchos lo internalizan, de que deben ganarse un lugar, lo cual los lleva a cumplir y también a competir; ellos serán juzgados de acuerdo al éxito público que alcancen, no sólo en su entorno sino ante ellos mismos y esa deberá ser siempre su prioridad. No hay que olvidar que las relaciones entre los géneros son precisamente relaciones y, por tanto, la permanencia de la masculinidad tradicional le debe mucho a la reproducción del modelo que hacen muchas mujeres.

La masculinidad hegemónica implica una vivencia contradictoria de potencia y de carencia. El varón sabe que tiene privilegios y los goza, pero a la vez paga precios, a menudo, de los que no es consciente. Lo que importa es la sensación de que el mundo le pertenece. Es fundamental apuntar que en este esquema no existen puntos intermedios. El hombre oscila entre el triunfo y el fracaso, un hombre es lo que logra, no tanto lo que es. De ahí que el honor sea una cualidad que se transforma conforme el mundo cambia. Esta es una cualidad que debe ser analizada de acuerdo a la sociedad y a la época. Lo importante es tenerla, de acuerdo a lo que el mundo les demande. Es una cualidad, como muchas de la masculinidad tradicional, definida por los demás y demostrada cotidianamente en el mundo de lo público.

En la literatura podemos encontrar información de que los hombres tienen que demostrar su virilidad en muchas esferas, no solamente en la esfera laboral. Por ejemplo, en el terreno de la sexualidad, investigadores como Godelier han documentado ampliamente los diversos ritos de paso, y en sociedades “más desarrolladas” se ha documentado que la sexualidad masculina dominante se caracteriza por ser genitalizada, competitiva,

poco integral y que corresponde a un terreno en que los hombres siempre se están probando, tanto ante ellos mismos como ante los demás: de ahí la trascendencia que le imprimen a las erecciones y a las eyaculaciones, y los serios problemas que enfrentan cuando por uno o diversos motivos padecen algún tipo de disfunción eréctil (Jiménez, 2003).

Los mensajes y mandatos de la masculinidad que los hombres en concreto internalizan son sumamente funcionales a la reproducción social y, por ello, conviene mucho mantener el imaginario de que esta forma de vivir produce privilegios para los varones. Mientras estén convencidos de ello cumplirán el mandato. Estas formas de cumplimiento de mandatos sociales y culturales son, en realidad, una manera de tomar un lugar en el funcionamiento del sistema social.

La modernidad y los cambios. Latinoamérica

Como plantea Giddens (1995), el orden institucional de la modernidad destaca por su dinamismo, el grado en que desestima los usos y costumbres tradicionales y su impacto. Lejos de constituir meras transformaciones externas, la modernidad altera en profundidad la vida cotidiana así como los aspectos más personales de nuestra experiencia y, por ende, el perfil de nuestras subjetividades. En el plano de lo cotidiano, se sostiene un proceso de transformación de la intimidad, donde lo principal parece ser el surgimiento de la “relación pura” como vínculo social y donde desaparecen los criterios externos, hasta el punto en que la relación existe tan sólo por las recompensas que puede proporcionar por sí misma (pp. 9-11).

La jerarquía como forma de ordenar las diferencias que es propia de la racionalidad tradicional viene a ser cuestionada por los principios modernos de igualdad y libertad.

En nuestros países, van a coexistir valores tradicionales y modernos, vivimos contradicciones profundas y también transformaciones y, además, es evidente que existen fuerzas en pugna y modalidades complejas que no son unidireccionales. En las condiciones actuales el modelo hegemónico masculino se expresa como una dialéctica entre el privilegio y la impugnación y se complejiza el poder en nuestro sistema de géneros.

En las formas de ser hombre y de ser mujer se están dando transformaciones profundas. Como planteé desde el inicio, la división sexual del trabajo ha tenido un peso fundamental en la construcción de las desigualdades entre los géneros y estuvo basada en la división entre el mundo de lo público y lo privado. Antes del mundo del neoliberalismo, de la globalización, es decir, en el mundo conocido como “estado de bienestar”, era posible e inclusive deseable que las mujeres, al menos muchas de ellas, permanecieran en el hogar, dedicándose casi por completo a labores domésticas, lo cual era posible ya que el salario social, mediante los subsidios y los servicios sociales lo facilitaban. En el mundo de hoy es cada día más frecuente la presencia de las mujeres en el mundo público y del trabajo remunerado. En el caso de México, las transformaciones han sido rápidas y profundas, y se están dando nuevos arreglos y tipos de familia que ya son muy significativas. Una de ellas, que me parece fundamental apuntar, es el crecimiento en el porcentaje del número de familias con jefatura femenina.

Algunos elementos generales sobre transformaciones en el mundo del trabajo

Me parece fundamental aclarar que los cambios en la esfera sociodemográfica no se dan automáticamente en el mundo simbólico, pues es indispensable considerar las mediaciones que aparecen en esas transiciones. Por

esto es importante el análisis de las transformaciones que se han dado en el mundo del trabajo.

En México, particularmente desde la crisis de la deuda de 1982, se marca una transformación económica profunda que ha tenido importantes repercusiones sociales. Entre las más importantes que apuntan diversos autores están los impactos significativos en el mercado de trabajo y también en la vida familiar, dentro de lo cual se dan cambios y reacomodos en los papeles asignados a hombres y a mujeres en esta esfera. Se podría aceptar, como plantea Rendón (2004) que la mayor flexibilización del mercado laboral ocurrida en las últimas décadas ha propiciado una cierta flexibilización laboral en la división intrafamiliar del trabajo. En este sentido, se ha planteado la necesidad de conocer y estudiar las determinantes de la participación de los hombres en el trabajo remunerado e incluso en el trabajo doméstico, ya que ésta participación está cambiando.

Se ha registrado una baja en el nivel de ingresos y una inestabilidad en los empleos que han propiciado que personas que antes no estaban en el mercado laboral entren en éste. Tal es el caso de que cada día más mujeres, y también hijos e hijas, laboran.

Las esposas han tenido un incremento en su actividad extradoméstica, particularmente en el medio urbano. Se trata de un impulso generado por circunstancias económicas que se sobrepuso, reforzándolo, como plantean García y Oliveira (1990,1994 y 2001), a la tendencia de largo plazo atribuible a fenómenos demográficos, sociales y culturales.

Se da un efecto combinado de las transformaciones económicas y culturales, y de los procesos demográficos sobre la organización familiar del trabajo que se sintetiza en la conducta de tasas específicas de participación en el trabajo extradoméstico, y estas tasas también reflejan de manera indirecta el aumento o disminución de la importancia del modelo familiar de un generador único de ingresos, el varón.

En México, siguiendo trayectorias típicas de países avanzados, las tasas femeninas de actividad económica tienden a aumentar y las masculinas muestran descensos. La velocidad de los cambios es mucho mayor en los últimos años, lo cual tiene implicaciones en la división del trabajo. A mitad del siglo XX seguía prevaleciendo el modelo tradicional de familia en México y los varones eran proveedores si no únicos sí principales en sus hogares. Se han dado algunas transformaciones pero se puede afirmar que todavía prevalece el modelo de pareja: varón-proveedor, mujer-ama de casa, lo cual no implica que el varón sea proveedor único, pues cada día es mayor la importancia de la colaboración al ingreso familiar de otros miembros de la familia.

De acuerdo con el censo del 2000, una proporción considerable de los varones mexicanos que tenían 45 o más años, formaba parte de la llamada Población Económicamente Inactiva (PEI). Es de suponerse que estos varones dependen económicamente de otras personas para poder subsistir, pues además sólo una proporción minoritaria de ellos recibe ingresos por pensión o jubilación, lo cual varía según la edad, de 1.1% en el grupo de 45 a 49 años, a 20% en el de 65 años y más (Rendón, 2004, p. 58).

No obstante, a pesar de que cada vez mayor número de mujeres se incorporan al trabajo extradoméstico remunerado y que ha aumentado el número de jefas de familia, si se toma en cuenta el tiempo dedicado por los varones al trabajo al interior de los hogares, se puede concluir que esta sigue siendo solamente una “ayuda”. Ellos dedican en promedio 13 horas semanales a dichas tareas, mientras el tiempo de las mujeres es de 68, cuando son amas de casa y de 37 horas cuando son jefas de familia (Rendón, 2004, p. 65).

Se han medido una serie de combinaciones de acuerdo con el ingreso femenino, su porcentaje de aportación, la edad de los hijos e hijas, el sector ya sea urbano o rural, etc., pero en general lo antes señalado es la tendencia en este aspecto.

Sin embargo, de acuerdo con la información reciente existen datos alentadores, en el sentido de que hay un mayor involucramiento masculino en el trabajo doméstico entre los jóvenes y que este cambio es más profundo y se inició en los estratos sociales medio y alto. Se afirma que parece estar ocurriendo un cambio generacional y que este es notable en los sectores más favorecidos de la sociedad mexicana respecto a la construcción de la identidad masculina (García y Oliveira, 2001). No obstante, al parecer las evidencias no son contundentes acerca del grado de involucramiento de los jefes de familia de las distintas edades en las responsabilidades domésticas.

Otro dato importante y reciente es que la división tradicional del trabajo entre los géneros sigue teniendo cierta vigencia entre las generaciones de jóvenes, ya que la aportación monetaria de los hijos es más frecuente, mientras que las hijas siguen colaborando básicamente en el trabajo doméstico.

Los cambios en la estructura económica, social y del empleo han propiciado transformaciones profundas en la esfera de la intimidad. Existen contradicciones que no son nuevas, pero creo que sí más evidentes, entre los mandatos culturales de género y la realidad. Esto ha propiciado transformaciones importantes en las subjetividades y en las maneras de relacionarnos. Sin duda ha permeado, al menos en algunos sectores sociales de nuestros países, una idea cada vez más trascendente de la democratización en todas las esferas de la vida social, al menos como deseables.

Existen profundos malestares derivados de estos mandatos culturales: de lo que se nos exige para alcanzar la categoría de “hombre de verdad” o “mujer de a de veras”. Los hombres, por realidad económica entre otros factores, ven relativizado su papel de proveedores. Algunos están viviendo el cambio como amenaza a su identidad y a la continuidad de la familia, y gobiernos y políticas públicas en algunos casos así lo asumen. De ahí, el

mensaje religioso de derecha que impulsa el regreso a la familia nuclear tradicional con roles separados y excluyentes. Baste ver las declaraciones de Carlos Abascal, cuando fue Secretario del Trabajo en México, además de prohibirle a su hija adolescente la lectura de Carlos Fuentes en *Aura*, por considerarlo pornográfico, ha declarado explícitamente la pertinencia de que las mujeres regresen a sus hogares, por el bien de sus familias y su propia felicidad.

Pero lo que es un hecho es que la organización familiar es uno de los ámbitos que se ven más afectados por las transformaciones en el orden sociocultural, político y económico, tanto en la esfera global como local. Se están dando procesos por medio de los cuales la familia, desde su condición de copartícipe en la construcción de la realidad social, va involucrando nuevas prácticas y estilos en su quehacer cotidiano, de manera diferenciada y a veces sutil. Una de las expresiones más evidentes de la manera en que se van introduciendo las transformaciones en un orden social específico tiene que ver con la socialización, entendida como espacio de construcción humana, de reproducción y reconstrucción social. En este proceso se juega de manera permanente una pugna entre el cambio y la continuidad. Se da en las familias un juego dialéctico y permanente entre la tradición y la innovación. La realidad es que en muchos contextos latinoamericanos se ha dado una disminución importante en el tamaño de las familias: se observa, sobre todo en zonas urbanas, la predominancia de la familia nuclear: aumenta el número de mujeres que trabajan de forma remunerada y también en la escolaridad femenina.

No obstante, como muestran algunas investigaciones recientes (Cifuentes y Gartner, 2000), se mantienen todavía estructuras familiares tradicionales que se caracterizan en muchos contextos por una distribución de tareas y responsabilidades que conserva la tradicional división entre los géneros. Aunque la mujer tenga un trabajo remunerado, la esfera

doméstica sigue siendo una responsabilidad básicamente de ella. Por su parte, los hombres tienen más bien la responsabilidad económica. También es común que cuando no existe figura paterna sean otros varones de la familia los que detentan la autoridad al menos más visible y asuman este tipo de responsabilidades.

Además, persisten formas tradicionales orientadas a la reproducción del ordenamiento vigente en el área de socialización diferenciada de niños y niñas, en donde éstas están aún más abocadas a labores domésticas y de cuidado desde su infancia. Sin embargo, también hay cambios que estas autoras, coincidiendo con otros latinoamericanos, encuentran básicamente en la creciente participación de ambos padres en las funciones relacionadas con la crianza de los hijos, las obligaciones domésticas y la recreación familiar. Este hecho hace pensar en un posible desplazamiento del papel de los padres como proveedores económicos hacia el desempeño de papeles más igualitarios en el ámbito doméstico. También es de resaltar que está creciendo la autoridad compartida por la pareja y el establecimiento de normas también de manera compartida.

En la investigación que he realizado entrevistando a varones de los sectores medio y alto de la sociedad mexicana, al coincidir con otros autores como Cifuentes, encuentro que existe un cuestionamiento profundo de la manera en que ellos fueron tratados cuando tenían el papel de hijos, y el profundo deseo de ejercer otras formas de paternidad, más democráticas, horizontales, cercanas y afectivas. Eso no quiere decir que se haya eliminado la distancia entre discurso y prácticas, y que no existan aún contradicciones o que no terminen, en general, por justificar lo que sus padres hicieron entendiendo sus circunstancias y, lo que es más grave, que a veces repitan ciertas formas de relacionarse en pareja, en familia y como padres. Pero, en general, en las relaciones de los padres con sus hijos e hijas se puede afirmar que se ha construido un margen más amplio de posibilidades de expresión

afectiva, una mayor cercanía emocional y que se da una cierta flexibilidad de los padres en el ejercicio de la autoridad dentro de los hogares.

En diversas investigaciones realizadas en Latinoamérica (Cazés, 1996, 1998; Figueroa, 1998; Fuller, 2000; Valdés y Olavarría, 1998), se han documentado diversas reacciones, los cambios en las relaciones de género y a las presiones socioculturales e individuales para modificar el mundo público y también el privado. Hay varones que ven con preocupación el cambio e intentan mantener sus privilegios aun cuando para ello tengan que hacer algunas concesiones, pero es una especie de “gatopardismo” de cambiar para que todo siga igual, mientras que en otros casos, al menos existen cuestionamientos, preguntas y a veces intentos de cambiar. Parecería que hay intentos por construir un nuevo concepto de “hombría”. Tal vez anclarlo en otros referentes de logro y desechar su identificación con el privilegio. Se trata de un concepto que parece ir perdiendo contenido y que se llena, como plantea Abarca, con rasgos positivos de ciudadanía como son la lealtad y la responsabilidad. También existen grupos y muchas personas, hombres y mujeres, que se cuestionan el estado de cosas presente en las relaciones entre los géneros y que están al menos dispuestas a discutir las e iniciar negociaciones.

Es por ello que en el proyecto de investigación sobre crisis de masculinidad y crisis de empleo, nos hemos planteado muy diversas hipótesis y escenarios y queremos documentar realidades concretas de sectores sociales específicos. Creemos que la complejidad de las relaciones actuales da lugar a muy diversas respuestas ante los cambios y por tanto ponemos también en cuestión la noción misma de crisis. En todo caso, retomando la teoría de la vida cotidiana, consideramos que una crisis en su interior conlleva la posibilidad reflexiva de la introducción de cambios en virtud de un nuevo equilibrio entre las relaciones y, particularmente, entre los poderes genéricos.

No obstante y a pesar de cambios profundos, quizá parciales en muchos casos, la paradoja que se está produciendo y que nos preocupa mucho es que el discurso de reconocimiento del hombre, que de entrada favorecería un compromiso de los hombres contra el patriarcado y el sexismo, por evidenciar el sufrimiento que el sexismo provoca también en los hombres, se está convirtiendo en un abuso renovado de las mujeres, dado que se trata de un discurso que no va acompañado de una crítica de la división del trabajo y de los privilegios de género de los que disfrutaban los hombres (Izquierdo, 2002).

En este sentido parece muy pertinente tomar en cuenta que el sexismo es productivo y su principal producto somos los hombres y las mujeres, y el cambio implica una tarea de destrucción de las condiciones de posibilidad del sexismo, entre las cuales una crucial es la eliminación de la división sexual del trabajo. Izquierdo nos plantea adecuadamente que la supuesta diferencia mujer/hombre es un dispositivo de control que permite oprimir y explotar a las mujeres en la familia por su orientación al cuidado y, como consecuencia de esa orientación al cuidado inmediato de las personas, las bloquea respecto a las responsabilidades públicas. Y esa supuesta diferencia es un dispositivo que orienta a los hombres hacia la explotación de las mujeres y como consecuencia hacia el sometimiento y también a la explotación a través de los empresarios.

Estoy convencida de que la comprensión de estos procesos tan complejos sólo será posible si emprendemos investigaciones que nos permitan un acercamiento multidisciplinario a nuestras realidades sociales. De esta convicción surgió el proyecto de investigación, del cual este libro es un primer producto.

Palabras finales

Más que plantear conclusiones, tarea por el momento irrealizable, quisiera terminar este trabajo refiriéndome a que la perspectiva de género constituye una oportunidad para una mayor comprensión de las relaciones sociales, justamente porque pone el acento en que las relaciones y condiciones de género constituyen una construcción social, histórica, relacional y transformable.

Asimismo, me parece importante insistir en la necesidad de incorporar, cuando nos referimos a relaciones de género, otros ejes de la desigualdad social como lo son las clases sociales y la etnia, y en la medida de lo posible, intentar contextualizar las afirmaciones que se derivan de nuestras investigaciones. En este sentido, es necesario poner el acento en la necesidad de realizar investigaciones en el contexto latinoamericano y documentar y tratar de explicar nuestras realidades específicas.

En este trabajo se intentó mostrar algunas de las características de la masculinidad dominante, poniendo énfasis en la característica del “ser proveedor” como mandato central de la masculinidad dominante, para después abordar algunos de los cambios profundos que se han dado en la esfera de la división sexual del trabajo y en el mundo del empleo. Se planteó que también se han producido cambios profundos en la esfera familiar y en la intimidad. Se trata de cambios no lineales, no siempre progresivos y que entrañan grandes complejidades. Fenómenos y procesos sociales que, a la vez que están implicando “crisis”, por ejemplo en la forma de ser varón en el siglo XXI, puede que también llegan a detonar nuevos procesos que esperamos impliquen una mayor democratización en las relaciones de género y una mayor toma de conciencia de todos y todas. Esta esperanza no deja de lado de ninguna manera la realidad de que los cambios económicos y laborales que se nos están imponiendo, a menudo representan retrocesos en

la esfera económica y social, en la organización del trabajo y, por supuesto, en cuanto a los logros históricos de los trabajadores, que sufren la imposición de un modelo neoliberal, de capitalismo salvaje, caracterizado por la sobreexplotación, la depredación del medio ambiente y el incremento de la desigualdad social a escala planetaria. Dado que todos estos procesos al estar interrelacionados y al tener influencia determinante en la vida de las personas, en distintos ritmos y a diferente escala, constituyen una realidad, es importante insistir en la pertinencia de realizar investigaciones de corte multidisciplinario que nos permitan una más adecuada comprensión de estos procesos sociales.

Obras consultadas

- Abarca, Humberto (2004), *Discontinuidades en el modelo hegemónico de la masculinidad*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Burin, Mabel e Irene Meler (2000), *Varones. Género y subjetividad masculina*, Barcelona, Paidós.
- Butler, Judith (2001), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, México, Paidós.
- Cazés, Daniel (1998), “Un trabajo entre hombres en América Latina. Investigación y práctica. Resultados y experiencias”, *Seminar on Men, Family Formation and Reproduction*, Buenos Aires, 13-15 de mayo.
- (1996), “Reproducción y construcción de masculinidades”, México (archivo del autor).
- Cifuentes, Rocío y Lorena Gartner (2000), “Procesos de socialización en familias de la zona rural cafetera de Manizales con hijos en edad preescolar”, *Revista Eleutheria*, núm. 3, Colombia, Universidad de Caldas.

- Figueroa Perea, Juan Guillermo (1998), “Algunas ideas para reconstruir los estereotipos de los varones”, Encuentro *Mujeres y hombres hacia una nueva humanidad*, México, Universidad Iberoamericana Santa Fe, 3-7 de noviembre.
- Fuller, Norma (2000), *Paternidades en América Latina*, Perú, Pontificia Universidad Católica de Perú, Fondo Editorial 2000.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (2001), “Cambios socioeconómicos y división del trabajo en las familias mexicanas”, *Investigación Económica*, núm. 236, abril-junio, México, UNAM, pp. 137-162.
- (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, Colmex.
- (1990), “Trabajo, fecundidad y condición femenina en México”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. V, núm. 3, septiembre-diciembre, México, Colmex, pp. 693-710.
- Giddens, Anthony (1995), *Modernidad e identidad del Yo*, Barcelona, Península.
- Godelier, Maurice (1986), *La producción de grandes hombres: poder y dominación masculina entre los baruya de Nueva Guinea*, Madrid, Akal.
- Inda, Norberto (1996), Intervención en el panel: “Subjetividades sexuadas contemporáneas. La diversidad posmoderna en tiempos de exclusión”, II Jornadas de Actualización del Foro de Psicoanálisis y Género, Buenos Aires, 2 de diciembre.
- Izquierdo, María Jesús (2002), “¿En qué consiste la masculinidad? De lo privado a lo público, de lo personal lo relacional, de lo psíquico a lo social”, Reunión de Masculinidad y Políticas Públicas, PUEG/UNAM, Ciudad de México, 25-27 de noviembre.
- Jiménez Guzmán, Lucero (2003), *Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*, México, CRIM/UNAM.

- Kaufman, Michael (1995), “Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias de poder entre los hombres”, en Luz Arango *et al.* (comp.), *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, Colombia, Tercer Mundo Editores.
- Kimmel, Michael S. (1992), “La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes”, *Fin de siglo. Género y cambio civilizatorio*, Ediciones de las mujeres, núm. 17, Santiago de Chile, Isis Internacional, pp. 129-138.
- Meler, Irene (2000), “La masculinidad. Diversidad y similitudes entre los grupos humanos”, en Mabel Burin e Irene Meler, *Varones. Género y subjetividad masculina*, Barcelona, Paidós.
- Rendón, Teresa (2004), “El mercado laboral y la división intrafamiliar del trabajo”, en Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, México, IIS/UNAM.
- Tejer, Débora (1996), Intervención en el panel: “Subjetividades sexuadas contemporáneas. La diversidad posmoderna en tiempos de exclusión”, II Jornadas de Actualización del Foro de Psicoanálisis y Género, Buenos Aires, 2 de diciembre.
- Valdés, Teresa y José Olavarría (1998), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, UNFPA.
- Varley, Ann y Maribel Blasco (2002), “Exiled in the Home: Masculinity and Ageing in Urban Mexico”, Londres, Department of Geography/ University College, documento mimeografiado.

II

**Construcción de
las masculinidades**

¿Sólo trabajadores/proveedores?

Santiago Capella Rodríguez*

Introducción

Para la mayoría de los sujetos, en las culturas occidentales modernas, el trabajo ocupa un lugar central en el proyecto de vida elegido. Trabajar (sin importar las condiciones ni la tarea que se haga) es entendido como la única forma “decente y moralmente aceptable” de ganarse el derecho a la vida. El tipo de trabajo y obviamente el salario recibido a cambio determinan el estándar de vida, el esquema familiar, las actividades y relaciones sociales, los entretenimientos colectivos e individuales, la rutina diaria, etcétera. Por lo tanto, resulta paradójico que se privilegie “la ética del trabajo” como un pilar fundamental de la vida individual y del orden social, así como también se considere una supuesta garantía de la reproducción social (Bauman, 2005), al tiempo que sea el propio sistema económico y sociocultural, las estructuras de poder, los intereses de algunos colectivos y de algunos individuos e incluso el mismo mercado laboral, los que excluyen a un creciente número de sujetos de las posibilidades y medios para trabajar. Dado que el trabajo ocupa un lugar central en la construcción de la identidad y es uno de los escenarios principales de la lucha por

* Experto en Psicoterapia Narrativa.

el poder, se hace necesario reflexionar sobre los efectos que tiene el desempleo o la crisis laboral en la subjetividad de los sujetos.

En el caso de este escrito, con el propósito de acotar el tema de estudio, reflexionaré, en primer lugar, acerca de la relación existente entre el papel de proveedor/trabajador y la construcción de la identidad masculina y, en segundo lugar, reflexionaré también sobre los efectos que tiene el desempleo o la crisis laboral en la actual crisis de la masculinidad. Este texto intenta responder, en la medida de mis posibilidades, “cómo” los varones han constituido, como uno de los pilares de la identidad masculina dominante, el papel o rol de proveedor/trabajador. Los hombres han hecho sinónimo de su identidad el ser trabajador/proveedor, es decir, encuentran como elementos centrales para dar respuesta a la pregunta ¿quién soy yo?, los componentes que otorga la actividad laboral. Para un varón, condicionado por las directrices del ser que impone la masculinidad hegemónica, ser-existir es ser un trabajador/proveedor y, por ende, cuando las condiciones socioeconómicas e históricas no permiten cumplir cabalmente con dicho mandato algunos varones entran en crisis, una crisis que a mi ver es fundamental estudiar. El desempleo, uno de los mayores males de nuestra sociedad, es uno de los fenómenos macrosociales que sin lugar a dudas afecta la subjetividad de los individuos y por lo tanto su identidad. En la actualidad se vive a menudo al borde de la pérdida de control de la vida, existe un miedo enraizado, en gran medida en las historias laborales, pues no se halla a menudo un papel fijo que permita afirmar: esto es lo que hago, de esto soy responsable, esto es lo que soy. Existe un temor común a que las medidas tomadas, las que se necesitan tomar y la manera en la que se tiene que vivir para sobrevivir en la economía moderna lancen a la deriva la vida interior y emocional (Sennett, 2000).

Este texto consta de siete apartados, el primero, esta introducción. Pretende, de manera breve y sin profundizar, hacer explícitas las condiciones

socioculturales y económicas, como ya se vio, contradictoras, que a mi ver nos sitúan frente a un problema social y subjetivo digno de estudio: por un lado la relación entre el papel de proveedor/trabajador y la identidad masculina y, por otro lado, la relación existente entre el desempleo o la crisis laboral y la crisis en la masculinidad.

El siguiente apartado es una breve reflexión acerca del trasfondo que, desde mi entender, contiene el concepto de identidad. Todo sujeto se pregunta a lo largo de la vida ¿quién soy yo?, y las respuestas que nos damos determinan sin lugar a dudas nuestras acciones, emociones, formas de ser, nuestras formas de articularnos con la sociedad, con la política, la economía, etcétera. El tercer apartado introduce la noción de crisis social y subjetiva. Una de las características principales del mundo contemporáneo es el cambio, la ansiedad que éste produce y la crisis en las identidades que los sujetos experimentan en el intento de reconstruirse continuamente con el fin de adecuarse, negociar, negar, integrar, modificar los “textos” que han sido contados a lo largo de la historia y que son parte fundamental de la identidad de cualquier individuo.

En el cuarto, pretendo de manera breve y puntual explicar lo que entiendo por identidad, un proceso circular en el que el sujeto alimenta al discurso social y viceversa. El apartado quinto contiene las reflexiones acerca de la relación existente entre el papel de proveedor/trabajador y la construcción de la identidad masculina. En esta sección pretendo demostrar el fuerte vínculo que existe entre el trabajo remunerado y la masculinidad hegemónica.

Como sexto apartado se encuentran las reflexiones acerca de los efectos en la identidad masculina al enfrentarse los varones a una crisis laboral, se habla en éste de la crisis en la identidad y de las posibles salidas que buscan los sujetos cuando se encuentran en el desempleo o en medio de una crisis laboral que no les permite cumplir cabalmente con uno de los mandatos

de la masculinidad hegemónica: ser el proveedor/trabajador familiar. Como último punto se encuentran las conclusiones en las que he resumido y articulado las ideas expuestas a lo largo del escrito. Esta última sección es el cierre del discurso, claro está, un discurso que más que cerrarse nos conduce a un gran número de interrogantes y posibilidades de estudio.

Los cuentos que nos han contado.

Masculinidad, identidad y trabajo

Estas preguntas y respuestas son tan antiguas, que como el eco resuenan en la memoria de mujeres y hombres, preguntas inherentes a nuestro devenir en el mundo, las cuales han tenido contestaciones diversas en lo individual y lo colectivo. Sacerdotes, políticos, filósofos, sistemas educativos, instituciones sociales, literatos y científicos han intentado dar respuestas que otorguen sentido a nuestra propia existencia, a nuestro ser en el mundo como sujetos y como sujetos con otros. Son preguntas y respuestas que intentan comprender los espacios que encierra la geografía de nuestros cuerpos y las subjetividades que con la significación de sus imágenes creamos, en plural, siempre en plural.

Son las respuestas que nos damos las que determinan opiniones, mohínes, ritmos, voces, acciones, expresiones emocionales y afectivas, comportamientos. Confieren valoraciones, categorías y nombres, registran aprendizajes, identifican o diferencian/excluyen, unifican o fragmentan. Son las palabras que nos han dicho, los cuentos contados por otros y por nosotros mismos, imágenes observadas, conceptos y construcciones aprendidas. Es el clan, la familia, el grupo, la sociedad y la cultura la que habla, el momento histórico que nos determina, y es a la vez el sujeto quien hace suyo lo escuchado. ¿Quién soy yo? El ser, identidad.

¿Qué me dice este cuerpo?, ¿soy un hombre?, ¿es ella una mujer?, ¿qué es ser un hombre?, ¿qué es ser una mujer? El ser con cuerpo sexuado, identidad de género, masculinidad y feminidad.

Acaso yo, hombre, ¿me constituyo varón al descubrir mi pene? Pensarme poderoso, fuerte, penetrador de lo penetrable, trabajador, rudo, dominante, mente y no emoción ¿me brinda la seguridad de saberme eso que llamamos masculino? Y ¿dónde quedan mis inseguridades, angustias, mis temores y fragilidades?, ¿en qué viejo cajón he guardado mis emociones, sentimientos y el contacto y conocimiento de mi cuerpo y de los otros?

Las respuestas hasta hace no más de seis o siete décadas parecían claras: éramos hijos de los espíritus, éramos hijos de los dioses, éramos miembros de un pueblo, de un país, éramos trabajadores, proveedores o receptoras, éramos mente/razón y no emociones, éramos madres y padres, maridos y esposas, éramos masculinos o femeninos. Pero algo ha pasado, hoy día parece que la historia, lo social, lo económico, la ciencia, el poder, la política, etcétera, no explican el presente y mucho menos ayudan a proyectar el futuro. Tal vez sea por eso que en el mundo contemporáneo los sujetos se preguntan más que nunca: ¿Quién soy yo?, ¿qué es ser un hombre? y ¿qué es ser una mujer? o, dicho de otra manera, social y subjetivamente, ¿qué significa ser hombre o mujer?, ¿cuáles son las prácticas, actividades, creencias, estructuras, valores, etcétera que nos hacen percibirnos y ser percibidos por los otros como un hombre o una mujer? Parece que el dilema central del sujeto actual es la identidad y en especial la identidad de género, los papeles están cambiando, los “textos” que justificaban las identidades de mujeres y hombres parecen estarse borrando, las historias que nos recitaron y que nos contamos a nosotros mismos parecen ya no tener la misma fuerza narrativa estructurante.

Los papeles están cambiando

Es indudable que uno de los rasgos característicos del siglo XX y el inicio del XXI es un amplio y profundo proceso de transformaciones tanto socio-culturales como en las subjetividades/identidades que han ido perfilando, a lo largo de la historia contemporánea, nuevas formas de ser tanto para los hombres como para las mujeres (Elliott, 1997). Por otro lado, el análisis del proceso de construcción y deconstrucción de las ideas asumidas social y subjetivamente sobre la concepción occidental del sujeto permite distinguir, entre otras cosas, que las categorías de las que disponemos para referirnos a nosotros mismos tales como hombre, mujer, masculino o femenino, por ejemplo, son regulativas en el orden social, participando activamente en la conformación de la subjetividad/identidad y de las instituciones sociales (Butler, 1982; Scott, 1986). Podemos afirmar, por lo tanto, que estas ideas asumidas han construido una serie de ficciones y creencias sobre la identidad, que han llevado a una esencialización y categorización de la experiencia humana que limita las expresiones del ser, la diversidad de identidades y, a la vez, fomenta y da elementos que se toman por verdaderos o naturales, para justificar la exclusión o discriminación de grupos y sujetos, como los varones que viven una crisis laboral que les dificulta cumplir con algunos de los mandatos socioculturales fundamentales de la identidad masculina hegemónica: ser trabajador/proveedor, obtener una cuota de poder y lograr un alto nivel en la jerarquía del estatus social (Mac an Ghail y Haywood, 2003).

Mujeres y hombres ocupan hoy día lugares laborales, políticos, de poder, afectivos, educativos, eróticos, etcétera que hasta hace muy pocas décadas eran exclusivos de uno u otro sexo. Los individuos, nuestras instituciones, la sociedad y la cultura en general se encuentran en un periodo de deconstrucción y cambio que afecta a un gran abanico de aspectos sociales

e individuales como lo es el género y por ende la construcción de la masculinidad. Los varones, en concreto, se encuentran en un proceso de crisis y deconstrucción de la identidad, en gran medida, me parece, impulsado por las condiciones del mercado laboral actual que día a día excluye de un trabajo permanente y gratificante a un mayor número de grupos sociales. Los varones, en el mundo actual, ven cada día más difícil el cumplimiento cabal de los mandatos del deber ser que impone la masculinidad hegemónica. Por ello, considero, se puede afirmar que una de las causas de la crisis masculina es la crisis laboral.

Los hombres han aprendido que la respuesta a la pregunta: ¿quién soy yo?, se encuentra en el trabajo remunerado. Han constituido como uno de los pilares de su identidad, la equivalencia del ser con el ser proveedor/trabajador y, por lo tanto, cuando las condiciones socio-histórico-culturales y económicas exigen modificar los roles tradicionalmente aprendidos y ejecutados, como es el rol de proveedor/trabajador, se entra en un proceso de crisis y deconstrucción de la masculinidad que hasta ahora ha sido poco explorado, extrañamente, como consecuencia de la crisis laboral. Es decir, se ha hablado más de la relación existente entre la masculinidad y el papel de trabajador/proveedor, pero poco se ha hablado de las consecuencias en la construcción social y subjetiva de la masculinidad al enfrentarse el varón a una crisis laboral. Por ello profundizar en esta línea de investigación proporcionaría al conocimiento social y, en concreto, a los estudios de la masculinidad, elementos originales y valiosos que, hasta el día de hoy, han sido poco desarrollados.

Resumiendo, en los últimos diez o veinte años se ha denominado “crisis de la masculinidad” a una serie de replanteamientos/deconstrucciones sociales y subjetivos acerca de las funciones públicas y privadas de los sujetos varones, acerca de los papeles tradicionalmente asignados que dieron lugar a estereotipos que definieron en nuestra sociedad lo que

en teoría social se ha denominado masculinidad dominante o hegemónica. Estereotipos o roles como, por ejemplo, el del hombre proveedor/trabajador (Collinson y Hearn, 1996), que se ha instituido como uno de los pilares de la masculinidad y que hoy en día se encuentra en crisis, producto, entre otros fenómenos sociohistórico-culturales y económicos, de la crisis laboral generalizada que es consecuencia de los cambios en el mercado laboral y en el paradigma económico que presenta, entre algunas de sus características principales, la reducción a los niveles más bajos posibles del costo en los procesos de producción y la reducción, por lo tanto, también a los niveles más bajos posibles, de la planta laboral, es decir, del número de trabajadores empleados.

El concepto de identidad

Con el fin de participar como miembros efectivos de la sociedad y con el propósito de entrar en interacción social permanente con los demás, debemos establecer quiénes somos en términos sociales y subjetivos, debemos asignarnos un significado a nosotros mismos, es decir, debemos construirnos una identidad. La identidad en su definición más simple es la respuesta que damos a la ancestral pregunta: *¿quién soy yo?*, es el sentido que cada uno tenemos de nuestro lugar en el mundo y el significado que nos damos y les damos a los otros. Nuestra identidad deja su huella en cada cosa que hacemos, actuamos con los otros sobre la base de lo que creemos ser. Interactuamos con los demás, decimos los psicólogos sociales, basándonos no tanto en lo que “realmente” somos sino en las concepciones acerca de nosotros mismos y de los que nos rodean y por tanto nos conforman.

Entiendo el concepto de identidad, que es imprescindible definir para este escrito aunque sea de forma simple, es decir, sin entrar en las largas

discusiones que el término podría suscitar, como se concibe desde la perspectiva del interaccionismo simbólico; la identidad es concebida tanto como una categoría social (generada y generadora), tanto como una marca personal, es decir, única e individual.

En este sentido la identidad está contenida en los significados del sí mismo (*self*) —lo que significa ser quien uno es—. Decir “soy estudiante” es clasificar el sí mismo, pero esa afirmación no nos dice lo que significa ser un estudiante. Estos significados internalizados varían de persona a persona, pero esas variaciones se centran en un conjunto de comunes acuerdos, significados y expectativas que forman parte de la cultura general. No obstante, dichos significados siempre son parte del sí mismo —de quien uno es—. Éstos me dicen qué esperar de mí mismo y cómo responderme a mí mismo. Pero como son compartidos, éstos le dicen a los otros cómo responder frente a mí (Burke, 2003, p. 1).

En los trabajos más recientes de esta línea teórica, en especial en los Estados Unidos de América, los significados de la identidad se basan en los roles que uno ejerce: ser padre, investigadora científica, obrero, proveedor familiar, estudiante, etcétera, son roles de la identidad que aprendemos, uno, de nuestro conocimiento cultural compartido y, dos, de nuestra propia experiencia en los papeles que desempeñamos y que negociamos a través de la interacción con los otros mediada por el lenguaje. Deshilando aún más el concepto de identidad, nos encontramos con la propuesta de Burke (2003) que señala como piezas del rompecabezas dos elementos que, abreviando —y sin perder de vista que es un modelo y por ende es una simplificación de un fenómeno social y subjetivo sumamente complejo— se pueden definir de la siguiente manera:

1. *Identidades sociales:*

- a) Por un lado, las categorías o grupos sociales a los cuales uno pertenece. Ser mexicano, español, estudiante, deportista o miembro de una banda callejera, por ejemplo, son categorías o grupos sociales que nos proveen de significados que nos ayudan a definir quiénes somos.
- b) Por otro lado, las sociedades deben reproducirse simbólicamente, deben mantener y transmitir a sus miembros las normas y modelos del ser lingüísticamente elaborados que constituyen las identidades sociales.

2. *Identidades personales:* son aquellas características propias que no necesariamente son compartidas con otros, por ejemplo: ser asertivo, sensible, confiable, etcétera. También son aquellos elementos de las identidades sociales que han sido interiorizados y reelaborados por un sujeto en concreto.

En otras palabras, todo aquello incorporado subjetiva y objetivamente es siempre filtrado por un tamiz único: el sujeto y su subjetividad/identidad. Somos sujetos/complejos únicos, genéticos, psicológicos, históricos pero a la vez somos sujetos de lo sociohistórico-cultural, de lo instituido. Integrantes de uno o varios grupos, evocamos su consigna a cada paso, escenificamos la parodia del poder ya conocida, llevamos a escena los cuentos contados por otros y por nosotros mismos en el trabajo, en la cama, con los hijos, la pareja, la familia, con nuestro propio ser. Somos uno y simultáneamente somos los otros.

En resumen, la identidad es: 1) una combinación que creamos a partir de los roles que ejercemos, las identidades sociales a las que pertenecemos y las individuales, que consideramos nuestras características esenciales; y 2) la identidad es, por un lado, una función que erigimos para dar respuesta a

la ancestral pregunta que todo ser humano se hace: ¿quién soy yo?, y por otro lado, es una actividad de reproducción y deconstrucción simbólica, el sí mismo, compuesto de múltiples identidades (Burke, 2003) que refleja, a través del proceso de creación de las mismas, las características de la sociedad en la cual dichas identidades están inmersas.

Las entidades mentales no son construcciones *a priori* a nuestra socialización que nacen en el interior de nuestra cabeza, ni tampoco se introducen en ella mediante nuestra experiencia conductual; éstas “radican y se fraguan en el tejido relacional, en el espacio de vida, en el entramado social, en el magma simbólico constituyente y constituido de eso que llamamos “los individuos”. Se asume, en otras palabras, que lo que llamamos entidades mentales pertenecen a la discursividad en la que se baña y de la que está hecho en parte todo ser social” (Domènech, 1998, p. 19). El modelo individualista de la mente está dando paso a uno de corte transaccional en el que se reconoce que la cultura y la historia también entran en juego en la constitución de la mente. Considero que se debe abandonar la anquilosada imagen del lenguaje como simple medio neutral descriptivo; las palabras no tienen únicamente una función representativa, el lenguaje tiene una función pragmática, es como los juegos, una actividad con sus reglas convenidas, no arbitrarias y, por ende, debemos asumir que los *juegos del lenguaje* nos remiten a las formas de vida de sus hablantes y a los marcos contextuales sociohistórico-culturales que están, valga la repetición, en juego.

Masculinidad y el papel de proveedor/trabajador

No se puede negar que a lo largo del siglo XX y los principios del siglo XXI los investigadores y los escritores han hablado de los hombres y

su relación con el trabajo, pero tampoco podemos negar que es relativamente reciente el momento en el cual los varones han sido reconocidos como sujetos inmersos en las estructuras de género y que, por lo tanto, su estudio requiere un análisis crítico y detallado (Collinson y Hearn, 1996). No incluir como categoría de análisis el género en dichos estudios provocó, en la mayor parte de los ámbitos, que la relación de los hombres con el trabajo, el estilo de autoridad, el poder y la dominación masculina en distintos niveles jerárquicos fuera simplemente aceptada y no cuestionada, es decir naturalizada. Por lo tanto, en este escrito, lo que me interesa explorar —y ahí radica la importancia de definir el concepto de identidad— son algunos de los elementos constituyentes de la masculinidad que se han heredado a través de los discursos sociohistórico-culturales, en concreto la articulación existente entre la función o papel de proveedor/trabajador y la masculinidad. Me parece que es una de las maneras como se puede contribuir a desnaturalizar la división basada en el género, de los ámbitos público y privado y también las divisiones basadas en el género del mundo laboral.

Reflexionaré también acerca de los cambios que dicha articulación está sufriendo como resultado de la crisis laboral actual por la que están pasando un gran número de varones y familias, que al modificar los papeles sociales y familiares tradicionales, como una de las vías de supervivencia y mantenimiento del estatus, se reorganizan y por ende reestructuran las identidades de cada miembro del grupo familiar. Por lo tanto, podemos afirmar que durante este proceso de crisis se deconstruye también la masculinidad. Ya que la masculinidad y la femineidad son socialmente construidas a través de un contexto histórico de relaciones de género, las definiciones de la masculinidad son históricamente reactivas a los cambios en las definiciones de la femineidad (Kimmel, 1987). Los cambios sociales, como por ejemplo los que se dan en el mercado y la organización del trabajo, crean los parámetros estructurales para los cambios en la disposición familiar y, por lo tanto,

las relaciones de la familia con la economía y la sociedad se modifican fomentando también la deconstrucción de las identidades/subjetividades.

La falta de empleo o la pérdida parcial del mismo es una de las consecuencias de los cambios en la estructura del mercado laboral, y en el paradigma económico que incide en los procesos familiares, sociales y subjetivos. Así pues, es importante explorar el significado que esto tiene en la autopercepción desde el ser varón, el proceso vivido rumbo a una posible redefinición de roles o funciones sociales reconocidas, así como las consecuentes transformaciones y posibles conflictos entre la masculinidad hegemónica y las otras masculinidades (Connell, 2003; Seidler, 2000). Es importante reflexionar sobre la relación que tiene la crisis laboral actual con la crisis en la masculinidad, las diversas formas como los varones la experimentan, se resisten, negocian, se reestructuran o se adaptan.

Los factores que pueden producir cambios son los mismos factores que mantienen el *statu quo* y, ambos, están intencionalmente dispuestos en el proceso que se deriva de los contenidos de nuestras identidades. En esta línea los cambios políticos están vinculados con las posibilidades contenidas en la identidad (Spears, 1997, p. 19).

Considero fundamental analizar la relación entre el trabajo asalariado y los hombres, si se pretende entender la construcción socio-histórica-cultural de las masculinidades, pues el trabajo remunerado es uno de los pilares base de la identidad masculina, su estatus y posición en las estructuras de poder. Para la mayoría de los hombres el empleo proporciona los recursos económicos y los beneficios simbólicos relacionados con el salario, así como las habilidades, la experiencia, la carrera profesional, las posiciones de poder y de autoridad que construyen su identidad (Collinson y Hearn, 1996). Los varones, por lo tanto, son educados para silenciar sus emociones

y sentimientos, porque tienen que aprender a identificarse con una ausencia de necesidades emocionales y corporales, pues se cree —según dicta la masculinidad hegemónica— que éstas interfieren en el papel de proveedor/trabajador, aprenden así a centrar la vida únicamente en torno a las exigencias del trabajo, que es donde supuestamente se construye la identidad masculina (Seidler, 2000); la función de la ideología masculina, por lo tanto, es motivar a los hombres para que trabajen. En este sentido es necesario entender a los “hombres” y el “trabajo” como una interrelación basada en el género a través de la cual diversos significados de *hombria* se establecen, se sostienen, negocian, batallan, se discriminan, se excluyen, etcétera.

Los cambios en los modos de producción ocurridos durante los siglos XVIII y XX en el mundo occidental dieron lugar a la división espacial, basada en el género, de las esferas de lo público y lo privado. La naturaleza vinculada al género de las pequeñas unidades domésticas de producción que caracterizaron a la temprana industrialización abrieron el camino para la redefinición de las relaciones con lo público y lo privado, tanto para los hombres como para las mujeres. Como es evidente, la separación en diferentes esferas de existencia (existir en lo público o existir en lo privado) y de roles determinados por el deber ser ayudó a establecer y sostener las ideologías de la clase media en torno a la feminidad y la masculinidad. La interrelación de las ideologías de la clase media con la industrialización promovió, sin duda alguna, el reordenamiento del paisaje generizado¹ del mundo laboral.

Una de las consecuencias de este reordenamiento sociocultural que mayor impacto ha tenido en las estructuras de género fue introducir en el discurso y en las estructuras sociales la dicotomía proveedor–cuidadora del hogar² (Mac an Ghail y Haywood, 2003). Es a principios del siglo XX

¹ A falta de un vocablo más adecuado utilizo “generizado” como una libre traducción del término en inglés *gendered*.

² Los términos proveedor y cuidadora del hogar son una libre traducción de las palabras en

cuando el papel de proveedor del ingreso familiar adquiere mayor impacto en las estrategias de empleo; el trabajo de las mujeres a partir de entonces es considerado secundario o suplementario y por lo tanto se sostiene más fácilmente en las estructuras y en los discursos sociales, al no cuestionarse e ignorarse esta desigualdad, los salarios más bajos y las pobres condiciones laborales a las que son orilladas las mujeres, eso sin hablar de la total devaluación del trabajo dentro del hogar (cuidado de los hijos, limpieza, cocina, atención al marido o pareja, etcétera). Se sostiene también más fácilmente, por ende, el discurso de la masculinidad hegemónica que dicta a los varones construir su identidad en torno al rol de proveedor/trabajador y de administrador económico en el hogar.

Es a partir de la dicotomía proveedor–cuidadora del hogar que el ser trabajador y el ser hombre se convierten en sinónimos. El trabajador varón, según la masculinidad hegemónica, se hace hombre a través del trabajo y su pareja debe hacerse cargo de todos los otros aspectos de la vida cotidiana. Dicho en pocas palabras, en el mundo occidental convertirse en un hombre es convertirse en un trabajador. Como trabajadores, los hombres participan en las relaciones familiares, principalmente, a través de la aportación económica. Planteándolo en los términos de la masculinidad hegemónica, desde mi punto de vista, bastante erróneos y limitados, los hombres libran a las mujeres de las vicisitudes del ámbito laboral a cambio de que ellas se encarguen de todos los otros aspectos del cuidado familiar. Los varones deben ser los encargados, dicta la masculinidad dominante, de luchar por conseguir el ingreso familiar, el estatus deseado y la cuota de poder pretendida a expensas de las mujeres y de los hombres que nos sentimos incómodos con estos mandatos.

inglés *breadwinner* y *homemaker*, comúnmente utilizadas en la literatura inglesa y estadounidense que trata el tema del género.

Podemos conocer muchas de las características de los roles tradicionales masculinos observando las exigencias que el mundo actual reclama para cumplir con el mandato social de ser el proveedor/trabajador del ingreso familiar que, repito, es una de las piedras angulares de la masculinidad dominante. Es decir, muchas de las características de la masculinidad hegemónica como por ejemplo, el ser competitivo, la necesidad de poder, la exclusión del otro, la negación emocional, me parece, son características evidentes del mundo laboral y producto de la relación circular entre construcción y deconstrucción de la subjetividad y la construcción y deconstrucción de las instituciones sociales. Por tanto se puede afirmar que las características de nuestra estructuración subjetiva se reflejan en el ámbito institucional y viceversa.

¿Los desempleados, menos hombres?

Los varones constantemente construyen y evalúan su identidad de género y, a la vez, generan jerarquías sociales comparándose con los otros de acuerdo con una gran variedad de criterios que indican, entre muchas otras cosas, el éxito personal en el ámbito laboral; por ello, el desempleado es situado en los niveles más bajos de la jerarquía social, excluyéndolo o discriminándolo y por lo tanto empujándolo a una crisis de identidad. ¿Si ha dejado de ser trabajador/proveedor —sinónimo de hombre para la masculinidad hegemónica— qué es ahora?, ¿cuál es su papel familiar y social?, ¿cuál es su identidad, su nombre? La “identidad del hombre”, al no poder cumplir con el papel de proveedor/trabajador, entra en crisis, ya que, como todas las identidades, la masculina debe ser continuamente construida, negociada y deconstruida a través de las interacciones sociales y por medio de los procesos de identificación y diferenciación, de los que

en gran medida es excluido el desempleado o el que no puede cumplir cabalmente con el papel de proveedor/trabajador.³ Es la fragilidad de la identidad masculina dominante que, a pesar de presentarse engañosamente como fuerte, autoritaria y autosuficiente, es constantemente amenazada por fuerzas sociales y económicas como la tecnología, el desempleo, el feminismo y las iniciativas de igualdad de derechos y oportunidades, las clases sociales, la jerarquización de grupos, las diferentes masculinidades jerarquizadas (Connell, 2003).

La noción de masculinidad, articulada con el papel de trabajador/proveedor exclusivo de los varones, parece estar exponencialmente perdiendo su sentido en parte por el número creciente de mujeres que están accediendo al mercado laboral y al trabajo de tiempo completo remunerado y también por la creciente tasa de desempleo masculino. Las mujeres comienzan, gracias a sus trabajos asalariados, a romper con los papeles convencionales, la jerarquización, el estatus y las estructuras de poder. Ya no podemos describirlas o darles existencia en dependencia de su proveedor más cercano (marido, amante, padre, etcétera). Las mujeres, debemos entenderlo, al comenzar a participar en la esfera pública, deben ser posicionadas socialmente por sus méritos propios, y también, debemos entender que fomentan, con su presencia en la esfera pública, la deconstrucción de las instituciones sociales, de las estructuras de género y por lo tanto de la masculinidad.

Existen diferentes estudios, fuentes estadísticas y notas en la prensa que indican cómo la tasa de desempleo para los varones ha ido creciendo en los últimos 10 a 15 años,⁴ por lo que algunos autores sugieren como una

³ Una crisis laboral no es únicamente el desempleo total, puede considerarse también como crisis laboral la reducción de jornada, de salario o de nivel en la jerarquía social de las diferentes ocupaciones.

⁴ Por ejemplo: Rendón Gan, Teresa (2003), *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, México, PUEG/UNAM; INEGI (2005): *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*

estrategia de análisis e investigación de la crisis masculina el estudio de aquellos hombres cuyas identidades están en juego. Es decir, una línea interesante, novedosa y con grandes posibilidades de aportar al conocimiento de la construcción sociohistórica-cultural de las masculinidades elementos fundamentales y poco explorados es la reflexión teórica y el trabajo empírico acerca y con los varones desempleados o en crisis laboral, aquellos varones que, como ya se ha dicho, se ven impedidos para cumplir cabalmente con algunos de los mandatos de la masculinidad dominante y que por ello se encuentran frente a una crisis de identidad.

El desempleo o la crisis laboral, si partimos de la equivalencia entre trabajador/proveedor y varón, amenaza la identidad dominante de los hombres, sus relaciones sociales, su estatus, su participación en las estructuras de poder y, por lo tanto, podemos afirmar su salud física y psicológica. Los varones desempleados pueden experimentar sensación de soledad y aislamiento, pues encuentran dificultades intrínsecas a su ser para restablecer las redes sociales perdidas al sufrir una crisis laboral. Los hombres no saben reestructurar sus relaciones sociales, ya que han aprendido a sostenerlas, uno, a través de las normas, valores y formas del ser marcadas por la masculinidad hegemónica y, dos, por medio del éxito personal en el mundo laboral (Mac an Ghail y Haywood, 2003). La separación espacial entre el hogar, el trabajo y los espacios relacionados con éste tienen un impacto particular en la forma en la que el desempleo o la crisis laboral es experimentada por los varones.

El desempleo masculino genera una nueva o diferente convergencia entre los hombres y la esfera privada. Sin embargo, es difícil o imposible predecir cómo se vivirá esta experiencia. Podemos pensar que la participación de los varones en los roles domésticos puede conducir a relaciones

(ENOE), México, <www.inegi.gob.mx/est/default.asp?c=5213>; Organización Internacional del Trabajo, *Base de datos LABORSTA*, <<http://laborsta.ilo.org>>.

más equitativas entre hombres y mujeres, mas no debemos olvidar que el hecho de que los varones ocupen los espacios domésticos no conduce necesariamente a la reestructuración del orden familiar y por ende a la deconstrucción de los papeles de género. Debemos tomar en cuenta en nuestros análisis que los hombres considerados proveedores/trabajadores hasta antes de sufrir una crisis laboral ocupaban una posición privilegiada que es difícil de perder o reestructurar, por lo que no debemos olvidar que:

1. aunque se pueden reconocer gran número de cambios en pro de la igualdad y la justicia en las estructuras de género, los hombres y las masculinidades seguimos dominando muchas de las estructuras, culturas y prácticas de la vida organizacional y cotidiana. Como han señalado los estudios feministas, las instituciones sociales, los espacios de relación social y las subjetividades, tanto de los hombres como de las mujeres, se encuentran saturadas de valores y supuestos masculinos; y
2. que como en todos los cambios sociales, la deconstrucción de las estructuras de género y sus consecuencias socioculturales encontrarán resistencias. En el caso concreto de las masculinidades no debemos olvidar que la resistencia masculina al cambio tiene un componente fundamental: en una sociedad basada en la estructuración institucional del poder de los varones sobre las mujeres, los hombres se benefician de las definiciones de masculinidad y feminidad y, por lo tanto, algunos sectores, como es evidente, no quieren que las cosas cambien e incluso no quieren que sean cuestionadas. Los hombres históricamente han exhibido una satisfacción altiva con las relaciones de género existentes y, al utilizar la masculinidad hegemónica como el modelo normativo de referencia, por un lado se agudiza la distancia entre los géneros y entre las propias masculinidades. Y, por otro lado, no se cuestiona la reproducción de las relaciones de poder existentes, se niega su variabilidad histórica y por

ende no se considera al género como abierto al desafío, al cuestionamiento y al cambio (Kimmel, 1987).

Como se ha dicho, un aspecto clave de la identidad masculina dominante es el monopolio de la esfera pública, por ello, podemos pensar que la inclusión en el espacio privado, la mayor parte de la veces obligada, es un reto para los varones y su masculinidad. En esta línea se puede afirmar que los hombres, al vivir una crisis laboral, en muchas ocasiones en lugar de elegir un camino “positivo” (hacia la equidad de géneros) de deconstrucción de su identidad, suelen optar por reafirmar su masculinidad a través de la negativa o el rechazo del mundo doméstico, a través de una activa disociación de las esferas pública y privada. Los bares, cantinas, parques, cafés e incluso las aceras se convierten en recursos importantes para sostener la división entre lo público y lo privado y por lo tanto para mantener el núcleo duro de la masculinidad hegemónica.

Como consecuencia de la crisis laboral existen diversas manifestaciones de ansiedad que experimentan los varones desempleados. Una de ellas que es sumamente ilustrativa es la sensación de pérdida de atractivo. Los hombres desempleados comúnmente manifiestan la idea de ser menos atractivos para sus parejas; los celos devienen cuando se imaginan compitiendo con los rivales que sí trabajan, rivales que, desde su entendimiento mediado por la masculinidad hegemónica, son “más hombres que ellos”; el monólogo interno que puede generarse es usualmente la autorrecriminación pues, como “verdaderos hombres”, ellos deberían estar en la posición de poder proveer a sus familias. Se puede deducir entonces que el desempleo o la crisis laboral es vivida en ocasiones como falta de poder, carencia de masculinidad/virilidad, vergüenza, en fin, carencia de las aptitudes necesarias para cumplir con las expectativas socioculturales que hemos introyectado como parte de nuestra identidad. Cabe señalar que estas

sensaciones experimentadas por los varones en crisis laboral tienen una interconexión sumamente estrecha con la noción de respetabilidad social. Los hombres en crisis laboral o desempleo suelen sentir que perdieron sus aptitudes o características que les concedían una posición privilegiada y respetada en la sociedad. Como respuesta podemos encontrar que algunos varones buscan reconquistar esa posición de poder y privilegio a través de estrategias propias de lo que Connell (2003) denominó “la masculinidad que protesta”.⁵ Algunos hombres, al experimentar la pérdida de poder o al no encontrar estrategias de poder adecuadas o positivas para ganarse el respeto de los otros, exageran, a través de las figuras existentes de las convenciones masculinas, su reivindicación de la masculinidad hegemónica proclamando las características de la masculinidad más férrea: alto contenido sexual en las conversaciones, violencia, alto consumo de alcohol o drogas como muestra de hombría, trato despectivo a las mujeres, etcétera. Son, a mi ver, “las patadas de ahogado” que dan algunos hombres que encuentran su identidad de género en crisis y que se sienten perdidos al no tener, como elementos constitutivos de su identidad, la experiencia del cambio ni los espacios apropiados para la apertura emocional.

Conclusiones

- Lo que entendemos por masculinidad y feminidad impacta directamente en lo que clasificamos o tipificamos como trabajo, ya que escondidos tras nuestra concepción de empleo se encuentran los supuestos socio-histórico-culturales de la separación entre lo público y lo privado, algunos

⁵ Este término es una libre traducción de *protest masculinity*, concepto que aparece en el texto de Connell, *Masculinidades*.

patrones socioculturales del deber ser y también la organización, basada en el género, de la reproducción y la producción económica.

- El género se encuentra articulado a la estructura ocupacional con patrones y estrategias de bloqueo y exclusión que deniegan la entrada al que no cumple con los rasgos delimitados por la masculinidad hegemónica. Se relega o confina a las ocupaciones consideradas secundarias a aquellos que no cumplen los mandatos y las supuestas características del ser masculino. El caso más claro es la exclusión de las mujeres del ámbito laboral, de los puestos de poder y decisión, pero no debemos olvidar, como señala Connell (2003), que las jerarquías y segregación también existen dentro de la diversidad de masculinidades. Las distintas posiciones jerárquicas en el mercado laboral y el prestigio simbólico de los diferentes grupos ocupacionales en la sociedad son parte del continuo proceso colectivo de la batalla distributiva de los bienes económicos y simbólicos: poder, reconocimiento, estatus, etcétera (Witz, 1995).
- Para la mayoría de hombres en las sociedades occidentales modernas, entrar al mundo del trabajo significa alcanzar la *hombria*, es un rito de iniciación que se lleva a cabo en el mundo público y productivo del hombre. Las definiciones socio-histórico-culturales de la masculinidad dan un énfasis particular al papel del hombre como proveedor en el hogar y, consecuentemente, funcionan como parte de una red de suposiciones ideológicas que apoyan la división sexual del trabajo entre hombres (público/productivo) y mujeres (privado/doméstico). De la misma forma, las expectativas acerca de la masculinidad fusionan los roles de “hombre” y “trabajador”: ser un hombre exitoso es ser un buen trabajador/proveedor (Leach, 1995).
- El desempleo o la crisis laboral por ende, si partimos de la equivalencia entre trabajador/proveedor y varón, amenaza la identidad dominante de los hombres, sus relaciones sociales, el estatus, la participación en

las estructuras de poder y, por tanto, podemos pensar, su identidad, su salud física y psicológica.

- Para algunos varones, determinados por los mandatos de la masculinidad dominante, una de las preocupaciones centrales es la búsqueda de medios para mantener la seguridad material y simbólica en un mundo social y organizacional en ocasiones precario, usualmente competitivo y cambiante, profundamente jerárquico y dividido por clases, el género, la edad, la raza, etcétera. Por ello, como estrategias de supervivencia, como herramientas para la competencia en el mercado laboral y, me parece, como herramientas de seducción, algunos varones influidos por los mandatos de la masculinidad hegemónica buscan a toda costa asumir o aparentar profesionalismo, noción que se encuentra estrechamente vinculada con la habilidad individual y la identificación con el trabajo, lo que socialmente se ha denominado “autodisciplina” y que, sin lugar a dudas, es una de las características de la masculinidad dominante al igual que el papel de proveedor/trabajador al que está articulada.
- Los cambios en las estructuras del ámbito laboral como por ejemplo, el incremento en los trabajos de medio tiempo, el trabajo temporal, el autoempleo, el trabajo realizado en casa, el creciente número de la participación femenina, la reducción en la demanda de empleos para los varones, entre otros, sugieren que la división entre trabajo de hombres y trabajo de mujeres empieza a desdibujarse y, por lo tanto, si el trabajo para los varones ha sido uno de los pilares de su identidad y una fuente de poder y estatus, con los cambios en el mundo laboral, la posición social de los hombres podría también estar cambiando al igual que la articulación entre el papel de proveedor/trabajador y la masculinidad. De ahí que, la identidad de muchos varones, se puede afirmar, está en crisis. El sistema económico, los cambios sociohistórico-

culturales y políticos han llevado a la masculinidad hegemónica a un estado de crisis ya que sus pilares principales parecen no responder a muchas de las interrogantes y necesidades que el fin del siglo XX y los comienzos del XXI plantean: ¿Quién soy yo?, ¿qué significa ser un hombre o una mujer? Las respuestas no son sencillas y los varones encontramos hoy en día que éstas no se encuentran únicamente en la articulación del papel o rol de trabajador/proveedor con la masculinidad. Podemos concluir, por tanto, que los hombres estamos, de muy diversas formas, en ocasiones voluntariamente y en otras forzados por las circunstancias, deconstruyendo la identidad masculina y por ende, las estructuras de género.

Obras consultadas

- Badinter, Elisabeth (1993), *XY. La identidad masculina*, Madrid, Alianza.
- Bauman, Zygmunt (2005), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa.
- Benhabib, Seyla y Drucilla Cornella (eds.) (1990), *Teoría feminista y teoría crítica. Ensayos sobre la política de género en las sociedades del capitalismo tardío*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.
- Beynon, John (2002), *Masculinities and Culture*, Buckingham, Open University Press.
- Burin, Mabel e Irene Meler (2000), *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós.
- Burke, Peter J. et al. (eds.) (2003), *Advances in Identity Theory and Research*, Nueva York, Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- Butler, Tim y Mike Savage (1995), *Social Change and the Middle Classes*, Londres, UCL Press.

- Butler, Judith (1982), “Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault”, en Marta Lamas (comp.) (1996), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG/UNAM.
- Coltrane, Scott (1994), “Theorizing Masculinities in Contemporary Social Science”, en H. Brod y M. Kaufman, *Theorizing Masculinities*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- Collinson, David y Jeff Hearn (1996), “‘Men’ at ‘Work’: Multiple Masculinities/Multiple Workplaces”, en Máirtín Mac an Ghail (ed.), *Understanding Masculinities: Social Relations and Cultural Arenas*, Buckingham, Open University Press.
- Connell, Robert W. (2003), *Masculinidades*, México, PUEG/UNAM.
- Crespo, Eduardo y Carlos Soldevilla (eds.) (2001), *La constitución social de la subjetividad*, Madrid, Catarata.
- Doménech, Miguel y Tomás Ibáñez (1998), “La psicología social como crítica”, *Revista Anthropos. Huellas del Conocimiento*, núm. 177.
- Elliott, Anthony (1997), *Sujetos a nuestro propio y múltiple ser. Teoría social, psicoanálisis y posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Ervø, Søren y Thomas Johansson (eds.) (2003), *Among Men. Moulding Masculinities*, vol. I, Aldershot, Ashgate.
- Evans, Jessica, Paul du Gay y Peter Redman (eds.) (2000), *Identity: A Reader*, Londres, Sage Publications, The Open University.
- Fernández Villanueva, Concepción (2003), *Psicologías sociales en el umbral del siglo XXI*, Madrid, Editorial Fundamentos.
- Gil Calvo, Enrique (1997), *El nuevo sexo débil. Los dilemas del varón posmoderno*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy.
- Harding, Sandra (ed.) (2004), *The Feminist Standpoint Theory Reader. Intellectual and Political Controversies*, Nueva York, Routledge.
- Héritier, Françoise (1996), *Masculino/femenino. El pensamiento de la diferencia*, Barcelona, Ariel.

- Hood, Jane C. (1993), *Men, Work, and Family*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- Ibáñez, Tomás (2001), *Psicología social construccionista*, México, Universidad de Guadalajara.
- Ibáñez, Tomás y Lupicinio Iñíguez (eds.) (1997), *Critical Social Psychology*, Londres, Sage Publications.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2005), *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*, México, INEGI.
- Johansson, Ella (2003), "Beautiful Men, Fine Women and Good Work People: Gender and Skill in Northern Sweden 1850-1950", en Søren Ervø y Thomas Johansson (eds.), *Among Men. Moulding Masculinities*, vol. I, Aldershot, Ashgate.
- Keen, Sam (1999), *Ser hombre. Mitos y claves de la masculinidad*, Madrid, Gaia Ediciones.
- Kimmel, Michael S. (ed.) (1987), *Changing Men. New Directions in Research on Men and Masculinity*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- Leach, Mike (1995), "¿Son iguales todos los 'verdaderos hombres'?", *Revista XY: Men, Sex, Politics*, vol. 3, núm. 3 (página de Internet del Ayuntamiento de Jerez, España).
- LaFollette, Hugh (1996), "Real Men", en Larry May *et al.* (eds.), *Rethinking Masculinity. Philosophical Explorations in Light of Feminism*, Nueva York, Rowman & Littlefield Publishers Inc.
- Lamas, Marta (comp.) (1996), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG/UNAM.
- Mac an Ghail, Máirtín (ed.) (1996), *Understanding Masculinities*, Buckingham, Open University Press.
- Mac an Ghail, Máirtín y Chris Haywood (2003), *Men and Masculinities: Theory, Research and Social Practice*, Buckingham, Open University Press.

- Marx Ferree, Myra, Judith Lorber y Beth B. Hess (eds.) (1999), *Revisioning Gender*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- Organización Internacional del Trabajo, base de datos LABORSTA, <<http://laborsta.ilo.org>>.
- Parker, Ian (1992), *Discourse Dynamics. Critical Analysis for Social and Individual Psychology*, Londres, Routledge.
- Pease, Bob (2000), *Recreating Men. Postmodern Masculinity Politics*, Londres, Sage Publications.
- Rendón Gan, Teresa (2003), *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, México, PUEG/UNAM.
- Revista Anthropol Huellas del Conocimiento* (1998), núm. 177: Psicología Social. Una visión crítica e histórica, Barcelona, Anthropol.
- Scott, Joan W. (1986), “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Marta Lamas (comp.) (1996), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG/UNAM.
- Segarra, Marta y Àngels Carabí (eds.) (2000), *Nuevas masculinidades*, Barcelona, Icaria Editorial.
- Seidler, Victor J. (2000), *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*, México, PUEG/UNAM.
- Sennett, Richard (2000), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Editorial Anagrama.
- Spears, Russell (1997), en Tomás Ibáñez y Lupicinio Iñíguez (ed.), *Critical Social Psychology*, Londres, Sage Publications.
- Valcuende del Río, José María y Juan Blanco López (eds.) (2001), *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*, Madrid, Talasa Ediciones S.L.
- Vander Zanden, James W. (1995), *Manual de psicología social*, Barcelona, Paidós.

Vattimo, Gianni y Aldo Rovatti Pier (eds.) (1995), *El pensamiento débil*, Madrid, Cátedra.

Witz, Anne (1995), "Gender and Service-Class Formation", en Tim Butler y Mike Savage (eds.), *Social Change and the Middle Classes*, Londres, UCL Press.

Ensayando sobre nuevas tipologías de la masculinidad

Rafael Montesinos*

Introducción

Una forma de allanar la discusión sobre las identidades genéricas es discutir el impacto que tiene el cambio cultural, pues el debate respecto a la emergencia de nuevas identidades tanto femeninas como masculinas, está polarizado por una perspectiva que continúa “denunciando” el papel de víctima que social y culturalmente ha jugado la mujer, sin considerar el avance de la modernidad, y otra, que destaca la emergencia de una masculinidad que, sin estar todavía definida, parece decidida a renunciar a la masculinidad tradicional, aquella que supone la superioridad sobre la mujer.

Se trata, entonces, de reconocer el cambio gradual que las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales, han sufrido en las últimas cuatro décadas. Y de aceptarse así, cuestionarnos si es posible pensar en el cambio cultural, en la transformación de la sociedad, y la persistencia de las identidades genéricas que caracterizaron a la tradición. Evidentemente, el problema es determinar el punto de avance del proceso del cambio cultural, y por tanto, reconocer una amplia gama de posibilidades de expresión concreta de dicho proceso. Tal diversidad, en todo caso, tiene que ver con la esencia de la cultura y, por tanto, con la especificidad de cada pueblo o grupo social al que nos remitamos.

* Profesor investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

En ese sentido, el choque cultural entre la tradición y la modernidad que presume el proceso del cambio cultural se expresa, inevitablemente, a partir de la coexistencia de formas simbólicas y prácticas sociales de una y otra, haciendo depender la perspectiva de quien observa esa realidad social, de su dominio cultural. En todo caso, lo que es incuestionable es que el cambio cultural es una realidad de fin y principio de siglo; condición por la cual se dice que la modernidad, o la era de la globalización, se caracteriza precisamente por el cambio incesante, por la incertidumbre que provoca la dinámica de los cambios políticos, económicos y culturales. De manera que la presencia del pasado, a partir de identidades femeninas que todavía reproducen una posición subordinada, no indica que las nuevas identidades femeninas sólo sean una excepción y no producto del paso de la modernidad y viceversa, y que ésta presuponga la superación de formas despóticas del poder, cuando todavía se observan los excesos del poder masculino que somete despóticamente a la mujer.

La diversidad cultural, por tanto, se manifiesta como expresiones concretas de la reproducción social, en las cuales, dependiendo de la especificidad de cada una de ellas, podremos observar situaciones que hacen evidente la persistencia del dominio masculino, y otras donde sea posible el acceso de las mujeres al poder. Todo depende de la circunstancia concreta del proceso del cambio cultural. Sin embargo, no se puede perder de vista que la modernidad en una de sus posibles expresiones cuestiona el ejercicio autoritario del poder, sea en el espacio público o en el privado. En algunas sociedades, particularmente las avanzadas, el mismo marco del Estado de Derecho propicia una relación entre hombres y mujeres de una manera muy diferente a la que acontece en sociedades precariamente democráticas, por lo cual observamos la persistencia de muchas prácticas del pasado, como si la tradición se resistiese a ceder paso a la modernidad. Por ello es pertinente recordar aquella idea con la cual Bell llamó nuestra

atención sobre la profunda diferencia en los procesos de cambio de las estructuras económicas y políticas, por un lado, y las culturales, por el otro (Bell, 1977). Las primeras pueden registrar un cambio radical de un momento a otro, al grado de no dudar del paso de la modernidad; las segundas, invariablemente presentan un paso tortuoso, en el cual las posibles incoherencias entre los símbolos y las prácticas, entre los discursos de los sujetos sociales y los actos, sugieren una dinámica mucho más compleja y, en ocasiones, engañosa.

No obstante, consideramos irrefutable la transformación gradual de las identidades genéricas, ahora, en particular, la de la masculinidad, que sin necesidad de predominar en el contexto de las prácticas sociales, abre paso a la reformulación de nuevas formas de expresión de esa identidad. Aspecto que en este ensayo será tratado a partir de esbozar algunas tipologías que reflejan la presencia del pasado, pero sobre todo, el paso de la modernidad, y con ello la crisis de la masculinidad tradicional.

La cultura y la identidad

Parece inevitable tratar el tema de la cultura sin recurrir a la cuestión de la identidad, y viceversa. Ello obedece a que tanto una como otra, expresan elementos de carácter material y subjetivo que comparte un grupo de personas. En ese sentido es ampliamente sugerente la idea que sobre la cultura tiene Parsons (1960): la cultura se aprende, se comparte y se transmite. La primera cuestión alude a la etapa del proceso de socialización al que se somete a cada individuo, la segunda, al hecho que la cultura genera comunidad, pues existe algo profundamente significativo para un grupo social o pueblo, y la tercera, que se trata de un complejo proceso que perdura en un lapso considerable del tiempo.

De tal manera que la cultura salvaguarda el orden que garantiza la reproducción de una sociedad o grupo social, definiendo los valores, principios, formas de ver el mundo, conductas, expectativas de vida, etcétera, que comprometen a los individuos al garantizar el sentimiento de pertenencia. Visto así, uno de los efectos que produce la cultura como garante del orden establecido es la aceptación de los papeles que los diferentes miembros de una sociedad han de desempeñar tanto económica, política y socialmente. De ahí que una de las principales funciones de la cultura sea fungir como elemento cohesionador de la sociedad, asignando roles a los individuos, esto es, lugares a ocupar por los individuos en ese amplio y complejo conjunto de estructuras que dan forma a una sociedad (Berger y Luckmann, 1968).

En esa misma vertiente, una definición de la identidad como conjunto de elementos materiales y simbólicos que permiten a los individuos reconocerse como parte de un grupo social, representa ante todo, el compromiso que tienen los individuos por saberse parte de una raza, una clase social, o un género. Ese sentido de pertenencia es el que propicia en el individuo la certidumbre, la seguridad que requiere en su proceso de construcción de la personalidad, pero también, la identidad es una forma de distinguirse de los otros. De tal forma que este compromiso supone, en determinado momento, que los miembros de una sociedad sacrifican sus impulsos animales en beneficio de la colectividad. Y esa contradicción, entre naturaleza y cultura, es lo que, en última instancia, provoca un conflicto individual o colectivo. Por ello es fundamental reconocer el carácter coercitivo de la cultura, que Freud consideró como el malestar de la cultura.

Esto nos permite considerar que en general la cultura, y en particular el cambio cultural, pone a prueba la condición dual que se dirime entre el efecto protector que propicia la identidad, y el conflicto que genera en la personalidad de los individuos, hombres o mujeres, el cumplir con el rol que

asigna la cultura. En ese sentido, la estabilidad de los individuos dependerá del equilibrio de estos dos aspectos, cuestión de capital importancia cuando la identidad se somete a la retroalimentación social, lo cual confirma la dependencia social que tienen los individuos, y evidentemente también requiere, aparte de su necesidad de autoconfirmarse a sí mismo y recibir la retroalimentación de los miembros de su mismo género, confirmar su identidad a partir de la percepción de la otredad: del género femenino. De ello es importante considerar que las mujeres, cuyo perfil-conducta ha roto con el estereotipo tradicional de su género, rechazarán todo aquel rasgo de la masculinidad que atente contra su integridad moral o física.

El papel cultural del trabajo

Una de las actividades más importantes de la humanidad, después de la reproducción, es el trabajo. De tal manera que la función que el trabajo tiene en la definición de los roles que la cultura asigna a los miembros de la sociedad es fundamental. Es por ello que una de las estructuras más importantes de la sociedad moderna sea, precisamente, la división social del trabajo, que en la lógica del género es planteada como división sexual del trabajo (DST). Y, en la medida que desde la génesis de la modernidad capitalista la DST definió tanto los roles económicos como los espacios sociales que correspondían a cada género, esta estructura se constituyó en el principal emblema del poder masculino. Puesto que dicha asignación en la estructura económica determinó que a la mujer se le confinara en el espacio privado, mientras al hombre se le asignaba el espacio público, a la mujer el trabajo no remunerado y al hombre el remunerado.

Ello conlleva a definir la posición de poder. La división sexual del trabajo, en todo caso, determinó que al hombre se le asignara la característica

de proveedor, y por tanto, el agente de la pareja y la familia que garantizara el acceso al dinero, fuente elemental del poder masculino sobre la mujer. La cuestión es que cuando la mujer irrumpe en el mercado de trabajo se encuentra automáticamente en la vía correcta para alcanzar su independencia. Poco a poco, arrebata el papel de proveedor exclusivo del hombre. Y entonces las identidades se trastocan, pierden la claridad del pasado que permitía establecer la perfecta diferencia entre hombres y mujeres.

De hecho, si aceptamos como premisa la crisis de la masculinidad, es pertinente considerar que la propia dinámica de la realidad social propicia la transformación de las estructuras, la transformación de la sociedad misma, de la economía, la política y la cultura, independientemente de la asimetría del movimiento estructural. De la misma manera, y en la medida que la identidad depende de las estructuras sociales, esta entra en un proceso de transformación que provoca la emergencia de mujeres que, en términos de lo que representan, chocan con los símbolos de la tradición (una identidad femenina basada en el papel madre/esposa), con lo aceptado culturalmente. Evidentemente, ubicándose en un punto en el cual serán blanco de la coerción cultural, de la estigmatización, no solamente ellas, sino también sus parejas. Ellas son censuradas por “trabajar y no cuidar como se debe a los hijos” y él, por “mantenido”, por requerir de la participación económica de su pareja, por ser incapaz de ser el proveedor exclusivo. Ese solo hecho, el que la mujer hubiese incursionado en el mercado de trabajo, representa el inicio del fin de la división sexual del trabajo, pero también la reconformación del espacio privado fundado en la figura de la familia nuclear. Es la causa más visible de la fisura en la estructura del poder masculino.

Ese cambio estructural que promueve la emergencia de nuevas identidades genéricas no necesariamente debe atribuirse al movimiento

feminista, como ya había apuntado Marvin Harris (1984) al analizar a la cultura norteamericana contemporánea, situación que confirma también una idea de Connell:

Los cambios masivos en las proporciones de empleo de mujeres casadas se daban en los países industriales aún antes de que surgiera el movimiento de liberación de las mujeres; el cambio en la práctica heterosexual ya era un hecho, considerando el aumento en la seguridad de los anticonceptivos; y la estructura de las familias cambiaba debido a mayores esperanzas de vida, al aumento del número de divorcios y el descenso de la fertilidad (Connell, 2003, p. 304).

Esta idea nos permite ubicar la importancia que tiene el hecho de que la mujer se incorpore al mercado de trabajo, pues no sólo se reduce a lo que ya apuntaba Simone de Beauvoir, respecto a que únicamente la independencia económica posibilitaría la autonomía de la mujer, sino al hecho de que al irrumpir la mujer en el mercado provoca la ruptura total de la DST, pues su identidad, dependiente del rol económico y del espacio que ocupaba, determina la erosión de la familia nuclear que gira entorno a los papeles asignados culturalmente a hombres y mujeres. Y no cabe ya duda de que van surgiendo nuevas identidades genéricas. ¿Pero qué pasa con la identidad masculina?

Este complejo proceso de cambio cultural que, por cierto, refleja una dinámica mucho más tortuosa que el de la economía y la política nos obliga a reconocer sin más que han surgido nuevas identidades femeninas, caracterizadas por el acceso de las mujeres al poder. La mujer, entonces, comienza a identificarse a partir de los nuevos roles sociales que va desempeñando en las últimas décadas: si antes se dedicaba exclusivamente a la familia, en adelante aparecerá como un sujeto con un proyecto

de vida. Este fenómeno, cada vez más representado, adquiere una importante significación no por su condición estadística, que en sociedades como la mexicana puede ser todavía minoritaria, sino por su cualidad simbólica: la mujer moderna.

Evidentemente, este fenómeno de cambio cultural, de resignificación de la identidad femenina, supone un impacto en la otredad. El primero de ellos es que esa nueva identidad representa el inicio del proceso de deslegitimación de poder masculino, la pérdida del control sobre las principales fuentes del poder masculino: su papel de proveedor, determinado por la DST; su fortaleza, que determina su carácter de protector; y su racionalidad, que explica el porqué se le atribuye a los hombres la inteligencia que les permite ser exitosos.

En la medida que las mujeres cumplen con nuevos roles sociales, por tanto, nuevas formas de pensar, nuevas formas de relacionarse con su mismo género y con el masculino, se van estableciendo nuevas formas de negociación entre mujeres y hombres. El varón se ve cuestionado, compelido. Las nuevas identidades femeninas representan la contradicción de la necesidad que tienen los individuos de reconfirmar permanentemente su identidad. Por lo cual el hombre pierde la certidumbre que le confería su identidad genérica en el marco de una tradición que salvaguardaba los “privilegios” masculinos. Cada vez más comienza a vivir una contradicción entre lo culturalmente aprehendido y una práctica cotidiana que le hace saber que la mujer está lejos de ser inferior a él. Comienza a sentir el malestar de la cultura, el peso de cumplir un rol social que lo ha obligado a contener sus sentimientos, a ocultar sus miedos, su frustración. Este preámbulo nos permite reconocer que se están construyendo nuevas formas de expresión de una masculinidad que renuncia al despotismo del patriarcado, y por tanto, que se recrean en la posibilidad de construir relaciones más igualitarias, más justas, más placenteras. Siendo así, ¿cómo

se van expresando las diferentes masculinidades? Sobre todo si una de las características de la modernidad es el fenómeno del desempleo, lo que supone para todos, hombres y mujeres, una severa dificultad para mantenerse en el mercado de trabajo. ¿Qué efecto tiene en la persistencia de una masculinidad que basa su identidad en el poder que le concedía el hecho de ser proveedor?

Por último, respecto a la cultura y a la identidad genérica, cabe destacar que la superación de la división sexual del trabajo no sólo promueve la emergencia de nuevas identidades, primero las femeninas, sino que el símbolo que en lo subsecuente representará la mujer moderna, trastoca la identidad masculina de la tradición, pues al desempeñar un trabajo remunerado aparece también como proveedora, rompiendo con el monopolio económico que el hombre ejerció en el pasado. Ahora la mujer es racional, competitiva, emprendedora, ambiciosa, exitosa, valiente, etcétera, como lo manifestaron las siete mujeres profesionistas, con edades entre los 26 y los 54 años, con las que se trabajaba en un grupo focal que discutía las diferencias entre los géneros. En dicho escenario, ¿cómo se construye una identidad que permita al individuo reconocerse como parte de un género, pero al mismo tiempo distinguirse del otro?, ¿cómo apuntalar una identidad masculina que permita claramente distinguirse de las mujeres, más allá de lo estrictamente biológico? Eso se resuelve, como sugiere Lipovetsky, reconociendo que una de las características de la modernidad se observa a partir de la disolución de las diferencias entre hombres y mujeres. De hecho, llamó la atención que cinco de esas siete profesionistas expresaran que uno de los rasgos que las distinguía como mujeres era el ser violentas, prueba de que las nuevas identidades genéricas se han trastocado, lo cual provoca cierto grado de confusión social.

En ese sentido, va el siguiente apartado donde se intentará dar forma a las tipologías modernas de la masculinidad.

Las tipologías de la masculinidad

Parecería que la tradición nos ofrece una sola interpretación de la identidad masculina, que en su condición patriarcal proyecta simbólicamente la imagen del hombre a partir de la superioridad sobre la mujer. Y que, en la versión benévola de la masculinidad, hace aparecer al hombre como proveedor y protector de la familia. De ser así, es muy probable que sea el feminismo, como movimiento contracultural, el que nos abre la posibilidad de reconocer las primeras tipologías de la masculinidad; pues, en todo caso, la manera que trató la condición social de las mujeres, como víctimas del abuso del poder masculino, rechazaba o al menos ignoraba la versión benévola que nos ofrecía la tradición, destacando la expresión negativa de la masculinidad: el machismo. Entendiendo como machismo la exaltación de la superioridad de hombre sobre la mujer, lo cual da la pauta para comprender el ejercicio despótico del hombre que subyuga y arremete contra la mujer, colocándola, en efecto, en un papel de víctima.

Por otra parte, pensemos que el estereotipo masculino que proyecta la cultura en el contexto de la tradición supone la aceptación colectiva de este estereotipo, que será el referente para ejercer el papel coercitivo de la cultura. De tal forma que aquellas formas de expresión de la masculinidad, y desde luego de la feminidad, que no cumplen con lo culturalmente establecido, serán reprimidas a partir de la estigmatización.

En la sociedad mexicana, es el caso del “mandilón”, normalmente considerado aquél que, a pesar de cumplir con su papel proveedor, no ejerce el control sobre su mujer, no la somete de forma alguna. Tipología que adquirió materialidad a partir de la presencia de hombres que ejercían su masculinidad sin imponer su poder a los demás, ni a la mujer ni a los hijos. Era el estereotipo del hombre desvalorizado por el solo hecho de

manifestar sus sentimientos, rasgo más identificado en el pasado con el género femenino que con el masculino.

Visto así, entonces, la tradición con la cooperación del feminismo, nos hereda tres tipologías: el “rey benévolo”, el “macho” y el “mandilón”. Un ejemplo del menos analizado, el de una masculinidad sometida al poder de la mujer, es el testimonio que una joven profesionalista de 26 años de edad nos daba en un grupo focal respecto a los modelos de masculinidad que le rodean:

Fernanda: Mi padre es el culpable de las cosas negativas que vivimos en mi casa. Es un cero a la izquierda, hace lo que mi mamá quiere. Para ella, él es un tonto que no puede resolver absolutamente nada, que no toma decisiones... Mi papá nunca comentó algo sobre mi mamá, pero considera que sus hijas son más inteligentes que su hijo, que somos exitosas y que mi hermano es “un mediocre que está al cuidado de mami...” Por mi parte, tengo un novio muy comprensivo, me apoya en todo lo que yo hago, principalmente en mi carrera profesional. Nuestra relación es muy buena y normalmente nos vemos cuando yo tengo tiempo porque él todavía no tiene trabajo.

Una posible expresión de la tipología del “rey benévolo” está dibujada a partir de un varón que, garantizando el mayor ingreso familiar, mantiene una actitud consciente con el rol que juega su pareja. Ello coincide en más de una forma, con la idea que Moore y Gillette (1993) tenían sobre la masculinidad madura, y que sin duda garantizaba en todo caso, una relación armoniosa entre el hombre y la mujer. Es el caso del testimonio que nos ofreció “Raúl”, un varón profesionalista, funcionario público de 53 años, que participó en un grupo focal que discutía el tema de la masculinidad.

Raúl: En mi caso tengo una relación de igualdad con mi esposa, ella aporta 25% del ingreso familiar, pero lo importante es que ella realiza actividades fundamentales para nuestra familia, además que tiene una actividad laboral que la llena como persona, y le permite cumplir esas actividades. Yo tengo un trabajo que me absorbe muchísimo tiempo y definitivamente requerimos de alguien que se haga responsable de las necesidades de la familia. En cuanto a las decisiones que se toman en la familia, las tomamos los dos, y los hijos saben que pueden recurrir para unas cosas al permiso mío o al de su mamá.

Como se puede observar, esta tipología heredada por la tradición, también podría representar en la actualidad una de las primeras manifestaciones de una masculinidad que rechaza el machismo. En todo caso, es obvio que el varón posee las principales fuentes de poder en la relación de pareja. Aunque está lejos de exaltar su superioridad, se muestra consciente de la función que familiarmente desempeña su pareja y, por tanto, mantiene una actitud y una conducta de respeto hacia ella.

Como en este caso, donde de alguna forma se reproduce la tradicional DST, la condición de las relaciones propiciadas por un varón que reproduce su práctica genérica a partir de lo que intentamos definir como “rey benévolo”, y una mujer que todavía se apega a una identidad determinada por el rol de madre/esposa, está determinado por cierto nivel de conciencia por parte del hombre, lo que le concede la expresión de una masculinidad madura que permite la reproducción de relaciones familiares más afectuosas, alejadas del ejercicio despótico del poder que caracteriza a la figura del macho.

La siguiente tipología que proponemos es la del varón pos-antiguo. Es el caso del hombre que tiene todas las condiciones para desempeñar el papel de proveedor y que, preferentemente, espera que en su relación de pareja se reproduzca el ritual de las diferencias entre hombre y mujer, sin la

actitud de incidir en conductas próximas al machismo. Se trata de varones prácticamente dependientes del papel que juega la mujer tradicional en el espacio privado y que, por tanto, buscan la comodidad y la certidumbre que les ofrecen mujeres que, aun teniendo la calificación suficiente para mantenerse decorosamente en el mercado de trabajo, también buscan la protección (afectiva) de su pareja. Normalmente, pueden mostrar un discurso muy consciente de la igualdad entre los géneros, donde se reconoce el derecho de la mujer a marcarse un proyecto de vida a seguir. En este caso tenemos el testimonio que nos ofreció “Manuel”, en una entrevista donde tratamos las relaciones entre los géneros, un varón soltero, exitoso profesionalista de 40 años.

Manuel: Yo estoy convencido de los derechos de las mujeres, de hecho me gustan las mujeres intelectuales que sean independientes económicamente, pero lo que sí, es que necesito que me hagan mis gelatinas, que me cuiden, que tengamos actividades juntos. La bronca es que yo no sé cocinar ni un huevo frito, así que necesito alguien que me comprenda porque a estas alturas del juego va a estar muy duro que aprenda lo que no hice en tanto años. Ya comeremos hamburguesas o saldremos a un restaurante. Yo tengo mucho trabajo, y no lo puedo sacrificar por actividades que no se me dan.

La posible expresión de la tipología que denominaremos el “varón en crisis”, es el caso de hombres que, por las circunstancias que les impuso la crisis económica, se ven confrontados por su pareja, provocando el caos en la relación de pareja, ya sea provocando el rompimiento o generando una relación cotidianamente conflictiva. Como ejemplo de esta tipología, el varón en crisis, tenemos el testimonio de “Roberto”, hoy de 61 años, un empresario venido a menos por cuestiones de una enfermedad que lo puso al borde de la muerte. Diez años atrás pasó dos años hospitalizado, los

recursos reunidos hasta ese momento se fueron consumiendo y los recursos económicos que requería la familia los ofrecía su mujer, una ama de casa convertida en intelectual (escritora) exitosa, que vendía lo que producía, y que por tanto ya garantizaba su autonomía respecto de él. La cuestión es que, conforme se fue haciendo más evidente la crisis económica y él no pudo colocarse decorosamente en el mercado de trabajo, la relación de pareja se fue diluyendo. Este es una parte del testimonio que nos ofreció para hablar de su historia.

Roberto: Cuando las cosas iban bien no tuve problema alguno con mi mujer, viajes, buenas comidas, fiestas... toda la comodidad del mundo. El problema empezó a raíz de mi enfermedad (leucemia). Todo fue cuestión que se acabara la lana y se acabó el amor, duramos un buen tiempo sin tener relaciones sexuales, todo se volvió reclamo, me pasaba cuentas del teléfono, la colegiatura de los hijos (dos: una mujer, 16 años, un varón, 22 años) se quejaba de la carcacha que teníamos, todo era bronca. Las cosas se fueron acabando y de la relación no quedó nada, yo aguanté casi cuatro años con esa situación porque la amaba y creía que yéndome bien las cosas volverían a ser como antes; pero conforme pasaba el tiempo ella se hacía más soberbia y me echaba en cara, a grito pelón y con mentadas de madre, que ella era la que mantenía la casa. No era que yo dejara de dar dinero, pero francamente era casi nada, la economía está del carajo, mientras ella se hacía cargo de lo básico y de sus cosas. Le fue tan bien que se compró un carrazo, y yo de a pata. Poco a poco se fue haciendo más claro que ya no había nada, pero aguantaba más sólo por mis hijos, yo no les iba a dar un mal ejemplo, yo no me iba a arriesgar que ahora me reclamaran que había renunciado a la familia. Yo puse todo de mi parte pero las cosas no salieron bien. Como dice el dicho: “cuando la pobreza entra por la puerta, el amor sale por la ventana”.

Se trata del caso de varones que la realidad social los obligó a modificar su conducta ante las mujeres, quienes tomando el reto de forjarse un futuro quedan en condición de rechazar el someterse al poder masculino, sobre todo si no existe razón objetiva para pensar que lo tengan. Son varones que viven el cambio cultural en total conflicto, pues ya no cuentan con la identidad que la Tradición les ofrecía, en la cual por el solo hecho de ser hombres los hacía blanco “natural” de privilegios sociales. Evidentemente, se trata de varones que sufren su condición de subempleo o desempleo, y que culpan a “la suerte” por la crisis económica. Normalmente, no tienen referentes para pensar de una manera que evite el inculparse por el fracaso, a veces ellos mismos ponen en duda su identidad masculina, pues se saben incapaces de colmar las características que la cultura tradicional exige para ser hombre de verdad.

El caso de la tipología del “varón domesticado” es aquella donde se ha aceptado una relación de igualdad porque simple y sencillamente han establecido relación con una mujer que, al acceder a alguna forma de poder, controla un recurso indispensable para ejercer legítimamente el poder: el dinero. Se trata de varones que, al encontrarse en desventaja económica con su pareja, reproducen las diferencias entre los géneros, pero colocando a la figura masculina en una situación de inferioridad, aunque sus ingresos sean suficientes para mantener una vida decorosa. Esta tipología de la masculinidad podría expresarse como una suerte de sometimiento consciente, en la medida que el varón reconoce los méritos de su pareja. Ya sea que estos provengan de una carrera profesional exitosa que haya generado un ingreso lo suficientemente alto como para tomar el control de las decisiones que se toman en la pareja, o por la capacidad emprendedora que coloque a la mujer como una empresaria exitosa. El poder que la mujer adquiere al controlar el recurso del dinero garantiza con su participación un estatus que coloca a la familia en un cómodo nivel de vida, que no

podría mantener el solo ingreso del varón. Los méritos que la mujer hace en su carrera profesional le conceden todos los honores que la sociedad contemporánea ofrece a las personas que han alcanzado el éxito, ensombreciendo los avances que por su parte realiza el hombre.

Por otra parte, la misma desventaja en relación al poder propicia, sin necesidad de explicitarlo, las condiciones para renegociar las relaciones entre los géneros, y el varón, despojado de la posibilidad de imponer su voluntad en las decisiones significativas de la familia, queda “dispuesto” a participar en la reproducción del espacio privado. Esta desventaja es la que permite, en el análisis sobre las relaciones de género, dar la relevancia que requiere al papel que juega el trabajo como elemento de poder.

Para ejemplificar la tipología del varón domesticado tenemos el testimonio que nos ofreció “Miguel”, profesionalista de 48 años de edad, al tratar el tema de su relación de pareja en una entrevista ex profeso.

Miguel: La relación con mi pareja es de igual a igual, yo la admiro mucho, hago públicos sus méritos de manera que los que la rodean no tienen dudas en hacer reconocimiento de sus éxitos. Y los dos resolvemos las cuestiones del hogar, participando de igual manera, lo mismo cocino o hago limpieza, si es que no tenemos quien nos ayude, pues cuando contamos con sirvienta simplemente los dos nos descargamos de los trabajos de la casa. Lo que en todo caso hace diferencia con ella son los ingresos que percibimos uno y otro, en ocasiones he ganado la tercera parte de los ingresos que ella gana, a veces la mitad. En esa situación ni qué discutir, ella siempre tiene la razón a la hora de decidir qué vacaciones se toman, qué vehículo se compra, qué escuela se elige para las hijas, etc. No se pone a discusión quién tiene el poder, simplemente ella decide cómo utilizar su dinero. Diferente fue cuando emparejamos el nivel de ingresos, ella se quedó acostumbrada a decidir, y yo simplemente le decía que me gustaban sus opiniones pero que mi dinero lo iba a utilizar para tal o

cual cosa. Ella no quedaba conforme pero, de igual manera que comprendía que ella tenía el derecho a tomar las decisiones sustantivas, ahora yo tomaría, al menos las correspondientes a mis ingresos. Esa situación es lo que generó una mejor situación para negociar entre ella y yo. Antes quedaba claro que mi dinero era de los dos, y que el suyo, suyo seguiría siendo.

Como se puede observar, la igualdad de circunstancias en la pareja puede ser un elemento fundamental para crear una relación más equitativa entre hombres y mujeres. La desigualdad siempre inclinará el fiel de la balanza del lado del que tenga mejor posición de poder.

Tenemos otra tipología que hemos denominado el “varón moderno” y contempla a hombres muy representativos de la modernidad, esto es, varones que sin lugar a ningún tipo de dudas, tienen la idea de la igualdad entre los géneros. Valoran a su pareja por el solo hecho de serlo, y están felizmente dispuestos a participar en todas las actividades que una familia requiere para su reproducción social. Es el caso del testimonio que ofreció “Adrián”, profesionista de 46 años de edad, en el grupo focal que discutía sobre las diferentes formas de vivir la masculinidad.

Adrián: En mi caso existe una relación igualitaria, ganamos casi lo mismo, los dos nos hacemos cargo de las necesidades que tengamos, ya sea que se trate de cuidar a nuestra hija, ya sea que se trate de hacer el mercado, o de los labores de la casa. Yo no tengo ningún problema en cocinar o planchar, así que nos organizamos fácilmente, de lo contrario no saldríamos adelante. Las decisiones de lo que se hace, lo que se gasta, todo... lo hacemos los dos, siempre en acuerdo.

Esta tipología se aproxima mucho a la idea de la masculinidad madura, la cual permite hacer uso de las facultades masculinas en beneficio de la

pareja, se generan relaciones más libres de los prejuicios sociales, y se expresan libremente los sentimientos.

El caso de la tipología del “varón campante” alude a la cómoda posición que tienen los varones por el avance de la modernidad, es decir, que se ven beneficiados por la presencia de las mujeres con poder, quedando en una situación de despreocupación respecto del papel económico que ellos juegan en la familia. Se trata del caso de varones cuyos ingresos son poco significativos para la reproducción de la familia, sin que esto afecte su nivel de vida puesto que los ingresos de su pareja son más que suficientes para vivir cómodamente. A este tipo de varones no le preocupa mantener un trabajo, ni hacer los méritos requeridos para mejorar sus condiciones laborales y están dispuestos a colaborar en las tareas domésticas, si es que se encuentran en el desempleo.

No cuestiona el poder que ejerce su mujer, pues eso no provoca una conducta recriminante hacia su persona. Se conforman con decir, como “Germán”, profesionista de 38 años de edad:

Germán: Gano poco pero no me presionan en ese trabajo, el día que se compliquen las cosas renuncio y, total, busco uno nuevo. Siempre hay un lugar donde empezar. Lo importante es que con mi mujer tengo una buena relación y las cosas marchan bastante bien, mis hijos no necesitan nada como para que yo tenga que soportar un trabajo que me quite el tiempo para atenderlos a ellos.

Este tipo de varones normalmente está casado con profesionistas exitosas y mujeres emprendedoras que resuelven fácilmente los problemas que se le presentan a la familia. Sin embargo, valoran la compañía de un hombre que las quiera y las proteja. La mejor empresa para un varón campante.

La última tipología que presentaremos es la que denominamos con el mote la “máquina de placer”, es el caso de varones vertidos todo el tiempo a seducir a alguna mujer, cualquier mujer. Lo importante para ellos es lograr que las mujeres accedan a sus deseos sexuales, son el prototipo del seductor que dedica su cuidado y atención hacia la mujer que constituye momentáneamente el papel de la presa, cuyo reinado dura hasta que no caiga de la gracia de la máquina insaciable de placer. Como decía Paz en *La llama doble*, es el prototipo de hombres que tienen una insaciable hambre sexual. Se trata de un tipo de varón beneficiado por el paso de la modernidad, en cuanto a la liberación sexual de la mujer. Esto le ha ampliado sus posibilidades de estar más tiempo en la cama con alguna mujer de la cual se harta cuando ésta quiere pasar del sexo al amor, y del amor al matrimonio, momento exacto en que hay que echarlas fuera de la cama. Normalmente, estos hombres se vuelven, con el tiempo, incapaces de mantener una relación sentimental pues esto los ata a una mujer. Por ello todo se reduce al intercambio sexual. Se trata de solterones o de hombres que no han sentado cabeza, que no pueden mantener la calma en una relación matrimonial, pues les limita su necesidad animal de saltar de cama en cama. Es el ejemplo que obtenemos con el testimonio de “Federico”, profesionalista de 44 años de edad.

Federico: Lo que pasa es que todas las mujeres tienen algo bonito, algo que te atrae. Pero lo que sí, es que todas quieren estar en la cama, y siempre están dispuestas a pasarse un buen rato. No hay como salir al antro y luego llegar a casa y con toda tranquilidad despertarte al otro día. No tienes el problema de la rutina de una esposa, no. Salen, se arreglan, le echan ganas a la relación y te las pasas a toda madre. El problema es que muy rápido quieren formalizar la relación y, entonces... Las cosas dejan de funcionar de inmediato, y ni modo, a buscar otra candidata que comprenda que el amor es cuestión de tiempo.

Este tipo de varones vive la contradicción de probar su masculinidad, primero conquistando al mayor número posible de mujeres, sin mediar concepto alguno de belleza, pero también, añorando tener un hijo y cumplir el soñado ciclo de vida que en este caso termina procreando, ¿qué mejor forma de confirmar que se es un hombre?

A manera de conclusiones

La primera conclusión tiene que ver con la irreductible relación entre cultura e identidad, sobre todo en cómo las estructuras sociales determinan la forma que adquiere la identidad, a partir de prácticas sociales concretas. De manera que si hablamos de un cambio cultural necesariamente estamos esperando reconocer las nuevas identidades que subyacen en dicho proceso.

En esa misma perspectiva, y considerando la interrelación existente entre la economía, la política y la cultura, planteamos que la estructura más significativa de la sociedad es la proveniente de la división sexual del trabajo, y por tanto, la más significativa para definir la identidad, tanto de hombres como de mujeres. Así que, considerando el papel que juega en la tradición, superada la división sexual del trabajo, inevitablemente se transforma la identidad de uno y otro género, porque en principio esta ya no excluye a la mujer del trabajo remunerado y rompe con el confinamiento de la mujer en el espacio privado. Se diluye la figura de la familia nuclear y la modernidad abre paso a nuevas formas de organización familiar, ya sea matrifocales o patrifocales.

En todo caso, el primer problema que el analista enfrenta cuando busca definir de manera pertinente la identidad masculina o femenina se encuentra en que los propios hombres no encuentran diferencias que no sean las estrictamente biológicas que les permitan consolidar su

sentimiento de pertenencia y que, al mismo tiempo, les distinga de las mujeres, efecto del cambio cultural que ha diluido las diferencias entre los géneros.

Al intentar considerar específicamente la emergencia de nuevas identidades masculinas, se propuso una tipología adecuada a la práctica cotidiana que captara las diferentes formas de expresión de la masculinidad que se manifiestan en la actualidad. Estas son las heredadas por la tradición y el feminismo: el “rey benévolo”, el “macho” y el “mandilón”. Y, segundo, las masculinidades emergentes en el proceso de cambio cultural: el “varón pos-antiguo”, el “varón en crisis”, el “varón domesticado”, el “varón reflexivo”, el “varón campante” y la “máquina de placer”. La presencia de estas tipologías demuestra la coexistencia de patrones de conducta de los géneros correspondientes al pasado, la tradición, y las que caracterizan a la modernidad, al tiempo socialmente nuevo.

Como se puede observar en los testimonios que hombres y mujeres ofrecieron en entrevistas o grupos focales donde se trataron cuestiones referidas a los géneros, es imposible resistirse a reconocer que las identidades, tanto masculinas como femeninas, se han transformado al grado de estar en condiciones de distinguir las correspondientes a la modernidad y las del pasado, a pesar de que no podamos distinguir a ciencia cierta la identidad de hombres y mujeres; pues las identidades tradicionales se han trastocado.

Obras consultadas

- Archetti, Eduardo P. (2003), *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia.
- Badinter, Elisabeth (2003), *Fausse route*, París, Odile Jacob.
- Beck-Gernsheim (2003), *La reinención de la familia*, Barcelona, Paidós.

- Bell, Daniel (1977), *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza Universidad.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann (1968), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Bonet, Joana (2003), *Hombres, material sensible*, Barcelona, Plaza y Janés.
- Bourdieu, Pierre (1990), *Sociología y cultura*. México, Conaculta-Grijalbo.
- Brod, Harry y Michael Kaufman (1994), *Theorizing Masculinities*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- Castañeda, Marina (2002), *El machismo invisible*, México, Grijalbo.
- Clare, Anthony (2002), *Hombres. La masculinidad en crisis*, Madrid, Taurus.
- Connell, Robert W. (2003), *Masculinidades*, México, PUEG/UNAM.
- Goffman, Erving (2002), *L'arrangement des sexes*, París, La dispute.
- Gutmann, Mathew C. (2003), *Changing Men and Masculinities in Latin America*, Durham, Duke University Press.
- _____ (2000), *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, México, El Colegio de México.
- Harris, Marvin (1984), *La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica*, Madrid, Alianza Editorial.
- Lomas, Carlos (comp.) (2003), *¿Todos los hombres son iguales?*, Barcelona, Paidós.
- Martínez, V., Griselda (2002), "Violencia masculina. De las fantasías sexuales de los géneros al acoso sexual", *El Cotidiano*, núm. 113, mayo- junio.
- _____ (1999), "Poder y feminidad: empresarias ejecutivas y políticas", *Casa del Tiempo*, núm. 10.
- _____ (1996), "Mujeres con poder: nuevas representaciones simbólicas", *Nueva Antropología*, s/n.
- _____ (1993), "La mujer en el proceso de modernización en México". *El Cotidiano*, núm. 53.

- Montesinos, Rafael (2005), *Masculinidades emergentes*, México, Porrúa y UAM-I.
- _____ (2004), “La nueva paternidad: una expresión urgente de la masculinidad”, *Polis*, núm. 4, pp. 197-220.
- _____ (2002), *Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*, Barcelona, Gedisa.
- _____ (2002), “Masculinidad y juventud. La identidad genérica y sus conflictos”, en Alfredo Nateras (coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*, México, Porrúa y UAM-I.
- _____ (2002), “La masculinidad ante una nueva era”, *El Cotidiano*, núm. 113.
- _____ (coord.) (2000), “La masculinidad: la cultura y las tendencias genéricas en el México contemporáneo”, *Casa del Tiempo*, núm. 13.
- _____ (1999), “Erotismo y violencia simbólica: un ensayo sobre el proceso civilizatorio”, *Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, s/n.
- _____ (1998), “La masculinidad y sus excesos. Una lectura inevitable para comprender la condición femenina”, en María Luisa Campuzano (coord.), *Mujeres latinoamericanas del siglo XX. Historia y cultura*, México, La Habana, Casa de las Américas/UAM-I.
- _____ (1995), “Cambio cultural y crisis en la identidad masculina”, *El Cotidiano*, marzo-abril, núm. 68.
- Moore, Robert y Gillette, Douglas (1993), *La nueva masculinidad. Rey, guerrero, mago y amante*, Barcelona, Paidós.
- Morin, Edgar (2004), *La identidad humana. El método V. La humanidad de la humanidad*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- Parsons, Talcott (1960), *El sistema social*, Madrid, Alianza Universidad, 2a reimpresión.

- Pinte, Vinciane (2003), *La domination féminine. Une mystification publicitaire*, Bruselas, Espace de libertés.
- Pruett, Kyle D. (2001), *El rol del padre. La función irremplazable*, Buenos Aires, Vergara.
- Rosaldo, Renato (1995), “Apuntes desde una posición masculina. Una crítica del patriarcado”, *La Jornada Semanal*, núm. 298, febrero.
- Salas, Carmen (2003), *Dime con quién trabajas y te diré con quién te acuestas*, Barcelona, Plaza y Janés.
- Seidler, Victor J. (2000), *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*, México, Paidós.
- Schneider, Monique (2003), *Genealogía de lo masculino*, Barcelona, Paidós.

Masculinidades diversas, aportes para su clasificación*

Laura Collin Harguindeguy**

El tema del género, o los géneros, va constituyéndose progresivamente, en un campo o perspectiva transdisciplinaria, transversal, en tanto incide sobre los actores sociales de cualquier tipo de proceso, pero sobre todo porque sus protagonistas actúan bajo el influjo de posiciones que ponen en juego la disputa de espacios en una arena que se torna conflictiva, justo cuando aparece la definición de *perspectiva de género*. Es decir, las diferencias de género existen de “por sí”, tanto las biológicas, que se refieren exclusivamente a diferencias somáticas,¹ como las que se refieren a la compleja diferenciación cultural.

En la antropología, toda monografía que se respete consigna la división sexual del trabajo; aparece normalmente en la mayoría de los códigos

* Agradezco a Argelia Torres su colaboración en este trabajo.

** Profesora investigadora de El Colegio de Tlaxcala A.C., coordinadora del Programa de Gobierno, Gestión y Democracia.

¹ La existencia o no de diferencias biológicas constituye un tema polémico. Connell la considera “casi totalmente ficticia” (2003, p. 75), en cambio Hérítier sostiene que: “La inscripción a la biología es necesaria, pero sin que haya una traducción única y universal de estos datos elementales” (Hérítier, 1996, p. 22), sin embargo, agrega que esta no es determinante de las formas culturales: “Si alguna de esas instituciones estuviera biológicamente fundamentada, y por tanto fuese natural y necesaria, se presentaría en todo el mundo bajo la misma forma [...] Pero no es el caso de ninguna de ellas. La base de las diversas fórmulas que se hallan es siempre, ciertamente, la observación y el tratamiento de invariantes biológicos, pero estos son muy generales” (Hérítier, 1996, p. 253). En sentido similar se

y religiones, en los manuales de buena conducta. Establece de manera casi unívoca la necesidad simbólica de diferenciar, no sólo a las partes de la pareja reproductiva, sino fundamentalmente las posiciones sociales.

Si bien las disputas de espacio no son nuevas, el género se constituye como objeto teórico y como objeto teórico-problemático sólo recientemente, y sin lugar a dudas como consecuencia o influido por la existencia del feminismo, que al reclamar espacios públicos, propició el cuestionamiento al espacio privado y consecuentemente el cuestionamiento a la esencialidad de su mandato (de supuesto carácter natural y por tanto inmutable), y al posicionar a *lo femenino* como objeto de discusión, arrastró a su contrario, *lo masculino*, como objeto de discusión: “Una vez cuestionada la condición de *mujeres*, problematizar sobre la construcción de las masculinidades era sólo cuestión de tiempo” (Ponce, 2004, p. 7). A diferencia de otros objetos teóricos, lo “femenino” y lo “masculino” se constituyen como resultado de un proceso o un debate político, que establece lo que Bourdieu (1995) califica como una *arena de conflicto* donde se disputan posiciones.

La derivación de los estudios sobre masculinidad del espacio creado por la lucha feminista queda confirmado cuando se constata que en los foros donde se aborda el tema aún predominan las mujeres, y cuando aparecen los varones en juego, se trata aún de varones vinculados a los grupos feministas o a movimientos de corte alternativo, como los ecologistas, Connell (2003), o como formulación abordada por los varones que se sienten incómodos con el papel que les toca desempeñar.

pronuncia Espada, quien sostiene que el género comprende “[...] normas y roles creados y sancionados socialmente [...] en función del sexo biológico” (2004, p. 3). Por su parte, Halpern (1993), quien reconoce que 20 años antes se hubiera cortado las manos antes de aceptar la existencia de diferencias biológicas entre sexos, admite que no puede negar la evidencia científica en cuanto a la existencia de diferencias cognitivas entre hombres y mujeres.

Bonino (2002) clasifica a los varones en tres categorías: *contrarios, favorables o ambivalentes* a los cambios de las mujeres, es decir, tipifica por su posición ante las posiciones femeninas; de la misma manera ubica a los movimientos de masculinidad de acuerdo con su posicionamiento con respecto a las luchas feministas. A su juicio existen “cinco movimientos de varones”, entre ellos, [...] los de restauración o reivindicación de la masculinidad hegemónica [los] *resistenciales* [de] varones “feminizados” [y] nuevos modelos sociales masculinos” (Bonino, 2002, p. 6). En la primera categoría coloca al *movimiento mitopoético* de los noventa,² al que diferencia del segundo, integrado por los movimientos de *men’s rights*,³ y como tercero, al fundamentalismo masculino.⁴ Los tres primeros constituyen una reacción ante el feminismo y la pérdida de derechos masculinos; en posición contraria ubica dos movimientos pro femeninos, los antisexistas o profeministas,⁵ y la retórica de los nuevos varones.⁶ En su esquema resalta

- ² Movimiento mitopoético al que califica como espiritualista y naturalista, conformado por varones “[...] frustrados por la falta de éxito laboral [...] insatisfechos ante la crisis del poder de los varones [y la] erosión del patriarcado doméstico”.
- ³ Tampoco califica muy bien a estos defensores del derecho de los padres a estar en casa y al ejercicio de “nuevas paternidades” y que se consideran víctimas del feminismo al que acusan de “feminazismo u hembrismo cuando lo sienten radical”.
- ⁴ A su juicio se trata de un movimiento de “afirmación, reivindicación o restauración extremista de la masculinidad tradicional [que] se opone drásticamente a los cambios de las mujeres. Los considera “una refundación conservadora” producto de la derecha radical norteamericana y europea... EE. UU. ... UK... “backlash” a los que asocia con grupos racistas o xenófobos, del tipo de tradición-familia y propiedad (Bonino, 2002, p. 9).
- ⁵ Protagonizado por “varones estudiosos de la sexualidad, sociólogos, psicoterapeutas o promotores de políticas de igualdad” abocados a la crítica y deconstrucción de la masculinidad tradicional hegemónica, involucrados tanto en el activismo social, como en la investigación académica que pretende construir masculinidades alternativas, vinculados con movimientos antipatriarcales y ecológicos, con visibilidad académica a través de los “*men’s studies*”, *studies of men and masculinities* or *critical studies of men and masculinities* (Bonino, 2002, pp. 9-10).
- ⁶ A su juicio “[...] interpretan los lentos y pequeños cambios masculinos como prueba del *Gran Cambio*”... *el nuevo varón sensible... nuevo padre... varón familiar*, sin embargo, los acusa

como tanto los grupos profeministas como a los movimientos de reafirmación de la masculinidad, que también pueden entenderse como respuesta al posicionamiento feminista: “Las mujeres, en su voluntad de redefinirse, han obligado a los hombres a hacer otro tanto” (Vendrell, 2002, p. 35). Inevitablemente “[...] los hombres son presentados a la zaga de un proceso encabezado por las mujeres” (Ferraudi, 2003, p. 286).⁷

La limitada participación masculina en el estudio de la masculinidad ha sido atribuida a que los varones se encontrarían cómodos o satisfechos con su rol: “[...] no han tenido, dada su condición, ninguna necesidad de *problematizarse* a sí mismos en tanto que dominadores”, sostiene Elisabeth Badinter (1993, p. 14).⁸

Es por ello que no sienten necesaria la revisión de su estatus. Desde otra perspectiva el fenómeno se explica en función de los espacios y a la distinción en cuanto al campo en disputa, pues mientras las mujeres intentan socialmente, como grupo, incursiones en el ámbito público, reconstruyendo una identidad social, los varones, que hasta la fecha dominan ese ámbito, están sometidos a sufrir procesos identitarios de género individuales. El problema de la masculinidad parecería derivar de una problematización

de “conservar sus prerrogativas, que quedan encubiertas por sus cambios [bajo barnices de igualdad]” (Bonino, 2002, p. 13).

⁷ Minello atribuye a Clatterbaugh (1990) una caracterización que destaca el aspecto sociopolítico dividida en seis perspectivas principales: *a*) las conservadoras (la dominación de los varones es natural, como también lo es su papel protector y de proveedor económico); *b*) las profeministas (la masculinidad es una creación social y es posible cambiar la actual situación de dominación); *c*) el movimiento de derechos de los varones (los hombres están sujetos a injusticias legales, sociales y deben luchar para recuperar aquello que consideran sus derechos); y *d*) los del desarrollo espiritual o mitopoético (la masculinidad proviene de patrones inconscientes profundos) o de grupos específicos (de los que el autor destaca a los varones homosexuales y los de color) (Minello, 2002, pp. 14-16).

⁸ (Apud Vendrell 2002, p. 35); Badinter, Elisabeth (1993), *XY, La identidad masculina*, Madrid, Alianza.

previa, además limitada a un contexto occidental, que algunos autores consideran como discutible:

La problematicidad se da en sociedades donde el papel del varón es puesto en cuestión, sin alternativas claras, y donde los miembros de estas sociedades son concebidos como individuos más o menos autónomos [...], la *masculinidad* puede que no sea más que un falso problema, [...una] falacia de carácter profundamente etnocéntrico (Vendrell, 2002, p. 47).

Tanto el feminismo al que se le puede reconocer una trayectoria que se remonta al siglo XVIII (Argüelles, 2009), como los estudios de masculinidad surgidos recién en el siglo pasado, constituyen problemáticas occidentales. Connell (2003) remonta sus antecedentes⁹ a los años treinta con la definición de rol sexual por la escuela funcionalista, seguido por el de “identidad de género”, en los cincuenta, para establecerse como temática particular en los setenta con los *Men’s studies*, seguidos en los ochenta por los movimientos de reacción, como los mitopoéticos (Minello, 2002).¹⁰ Es decir, que aparecen en las ciencias sociales como problemática teórica, recientemente, casi de manera paralela a los estudios sobre identidad, que según Hobsbaum (1997), a pesar de que su profusión actual pareciera ubicarlos

⁹ Asimismo, reconoce la existencia de tres proyectos importantes para una ciencia de la masculinidad, las aportaciones del conocimiento clínico y los terapeutas, la psicología social, y las nuevas tendencias de la antropología, la historia y la sociología (2003, p. 21).

¹⁰ El interés por estos estudios fue creciendo. Una muestra de ello puede verse en las reuniones realizadas en 1988 con los auspicios de la Asociación Británica de Sociología, donde 45 mujeres y 56 hombres discutieron la temática de la masculinidad con estudios de Alemania Federal, Australia, China, los Estados Unidos, Irlanda, Israel y Noruega. [...] en los noventa (con algunos cuantos ejemplos en los últimos años de la década de los ochenta), el hombre y la masculinidad se expanden como objetos de estudio [...], colectivos masculinos contra la violencia en Argentina, México.

como remotos, aparecen en los años setenta.¹¹ La coincidencia no puede adjudicarse a motivos casuales, dado que *lo femenino*, al igual que *la masculinidad*, constituyen sistemas de identidades y como tales representan conceptos subjetivos, relativos, situacionales. Son tal vez menos relativos y situacionales que otras identidades sociales que pueden asumirse de acuerdo con el contexto y a gusto de la persona, dado que los remitidos al género se encuentran restringidos por la rigidez de las normas sociales y el condicionamiento biológico de la conformación física, transgredido por la manipulación del cuerpo, ya sea por el travestismo o el bistrú.¹² Actualmente pareciera campear un consenso en cuanto a su carácter construido (Nuñez, 2004; Ramírez, 2004; Héritier, 1996; Parker, 2002), producto de una ficción cultural (Ponce, 2004) o de la cultura, (Rivas, 2004; González, 2002; Hernández, 1996; Lozoya, 1999); Connell (2003) las define como roles sexuales internalizados, mientras que Minello (2002) señala su vinculación con los contextos institucionales en que se inscriben. Si los estudios sobre masculinidad derivaron de los feministas, hoy un nuevo factor los posiciona como actuales. En el contexto neoliberal, que genera como una más de sus vertientes excluyentes (Jaquard, 1995; Saxe-Fernández, 1999; Cadena 2006; Lópezllera, 2005; Collin, 2005) al desempleo y sobre todo el masculino, aparece como un problema endémico (Gambino, 2001; Gautie y Neffa, 1998; López, 1996; Sotelo, 2003), cuestionando el rol de proveedor principal de los varones. El problema del desempleo masculino y la creciente participación femenina como proveedoras principales, está conduciendo a redefiniciones en las

¹¹ Resulta llamativa la distinción semántica: mientras para los hombres se habla de masculinidad, las feministas difícilmente aceptarían autodefinirse como estudios de femineidad, probablemente por las connotaciones tradicionales que el término supone.

¹² “Si la disciplina social no puede producir cuerpos que se adecuen a la noción de género específica, entonces el bistrú sí podrá hacerlo” (Connell, 2003, p. 79).

distribuciones de tareas al interior del grupo doméstico,¹³ que ponen sobre el tapete la discusión de las adscripciones de género y la discusión en torno a *las masculinidades*.

La pluralidad de las masculinidades

En el caso de las identidades de género, la relatividad de los conceptos remite a las diferencias de clase (Margulis, 2003; Urresti, 2003; Ferrándiz, 2002), etnia (Heritier, 1996; Cáceres, 2005), sociedad (Lameiras *et al.*, 2002) y las que se producen a través del ciclo de vida (Ramírez, 2004)¹⁴ e inclusive por grupos de adscripción o elecciones personales, que Mary Douglas (1998) define como estilos culturales. En consecuencia se destaca el carácter plural de la construcción de la identidad masculina (Parker, 2002; Ferrándiz, 2002; Ponce, 2004; Ramírez, 2004; Connell, 2003; Minello, 2002; Gutmann, 2002; Espada, 2004; Cáceres, 2005; Figueroa, 2005; Tod y Reyes, 2005; Nuñez, 2004). La posibilidad de una extrema variabilidad llevó a la propuesta de una definición generalizante: la de *masculinidad hegemónica* (Rivas, 2004; Connell, 2003; Bonino, 2002; Espada, 2004), que manifiesta una cierta correspondencia “entre el ideal cultural y el poder institucional” (Connell, 2003, p. 117), válida al menos para el contexto occidental, y que refiere al modelo ideal o ética de masculinidad. Bonino la caracteriza como una serie de “creencias matrices organizadoras de la subjetividad masculina [...] mandatos prescriptivos y proscriptivos [...] que

¹³ Resultados de la investigación: Crisis laboral, Crisis de Masculinidad, Jiménez, Collin, Gómez y Tena, 2003-2006).

¹⁴ En opinión de Ramírez: “La significación que el varón tiene de sí mismo como sujeto de masculinidad sufre transformaciones a los largo de su ciclo vital, que son producto de la influencia de otros sujetos individuales o colectivos”.

configuran una] singular metabolización de su identificación” (Bonino, 2002, p. 17). La definición no deja de ser polémica; de ahí que a Minello (2002) le preocupe su utilización, mientras que González (2002) propone como contrario: el de *masculinidad no hegemónica*.

Las particularidades culturales aportadas por la etnografía permitieron cuestionar y descartar las connotaciones de inmovilidad o biologicistas (Connell, 2003; Héritier, 1996; Ponce, 2004; Cáceres, 2005). Los estudios etnográficos aportaron a los estudios de masculinidad la posibilidad de la existencia de diferentes soluciones en la distribución de roles y la eventualidad de su intercambio, entre hombres y mujeres y al interior de la familia.

La variabilidad en los roles genéricos llevó inclusive a cuestionar el concepto de familia y motivó a uno de los principales teóricos del parentesco, Claude Levi-Strauss, a organizar un seminario, convocado a partir de una pregunta: ¿es universal la familia? El caso paradigmático que cuestionaba la universalidad fue el modelo Nayar (Gough, 1959) donde no existe la pareja coresidencial, y donde el hermano de la madre, asume la figura paterna ante los hijos. El modelo, aparente rareza antropológica para un pueblo asiático, pareciera tener una tendencia a la multiplicación. Hay autores que señalan que pareciera predominar entre la población negra de los Estados Unidos de América (Buchler, 1982)¹⁵ con tendencia a reproducirse en los sectores populares marginados de países latinoamericanos, en los que confluyen dos factores: el alto número de hogares sin padre y la pérdida de empleo masculino.

Desde el punto de vista de las clases bajas, la existencia de un marido o padre copresidente no es condición necesaria para la constitución de un grupo

¹⁵ Buchler identifica la existencia de grupos con varón ausente en muchas áreas pobres del Caribe negro americano.

doméstico. El grupo doméstico basa su existencia en la cooperación de las mujeres adultas estrechamente ligadas, así como el intercambio de bienes y servicios entre parientes masculinos y femeninos (Buchler, 1982, p. 57).

Como aportación a la posibilidad de incorporar criterios de determinación en cuanto a la necesidad de los roles, la datación etnográfica permite establecer una relación entre las llamadas artes de subsistencia y la posibilidad de autonomía femenina: “las tasas de divorcio guardan relación con el grado patrilineal y la fuerza corporativa de los grupos de filiación patrilineales” (Buchler, 1982, p. 31). El divorcio aparece como inexistente, inviable e impensable en sociedades donde los hombres son proveedores exclusivos, el caso más claro lo constituyen los esquimales; en sentido contrario, en las sociedades donde recae sobre las mujeres gran parte de las actividades de subsistencia (horticultura, recolección, cría de especies domésticas), la separación y el divorcio no sólo aparecen con bastante frecuencia: son pensados, aceptados y normados socialmente. En posición intermedia aparecen las sociedades donde el trabajo y la actividad masculina son indispensables al tiempo que el trabajo femenino resulta valorado. Estas tendencias se vinculan a la matrilinealidad (Dumont, 1970), y a juicio del autor, esta tendencia explicaría las estadísticas de divorcios de los sistemas patrilineales, donde la dependencia económica se ha vinculado con escasos divorcios y, por el contrario, los sistemas matrilineales, con altos índices. En este caso la datación etnográfica coincide con el hecho señalado reiteradamente para nuestra sociedad en cuanto a que los factores que facilitaron la incorporación de las mujeres a los espacios públicos fueron los anticonceptivos que espaciaron el número de hijos, introduciendo la planificación de la familia y los aparatos electrodomésticos que simplificaron el trabajo doméstico.

Cuando la búsqueda de definiciones abandona la estigmatización y remite al sentido positivo de la masculinidad pareciera que la característica

o definitoria remite a la centralidad del rol como proveedor (Brandes, 2002; Gutmann, 2002; Ferrándiz, 2002; Connell, 2003; Leschziner y Kuasñosky, 2003; Urresti, 2003; Espada, 2004) y la necesidad de éxito (Meler, 2001; Lozoya, 1999), en síntesis los “hombres como proveedores o héroes, derrotados y mutilados” (Ferrándiz, 2002). La definición como proveedores, dignifica a un término con connotaciones negativas como el de macho; en trabajo de campo, Gutmann encuentra que: “... para los hombres y mujeres mayores, el término macho denota una cualidad positiva de un hombre que mantiene económicamente a su familia” (Gutmann, 2002, p.108). Connell (2003) señala el carácter construido de esta asignación y advierte que si bien la bibliografía sobre el rol masculino dio por sentado que una parte esencial de la masculinidad era proveer el sustento familiar, Wally Seccombe mostró que esta suposición se había creado recientemente en Gran Bretaña a mediados del siglo XIX y que no se aceptaba de manera universal”. Actualmente su existencia como mandato, es comprobada por la información etnográfica. Gutmann retoma el relato de un inmigrante de Nayarit, México, que se adjudicaba el haber: “...fracasado” como hombre al no poder cumplir las expectativas familiares puestas sobre él, ya que no podía enviar grandes remesas de dinero que se esperaban de su ida a Estados Unidos” (Gutmann, 2002, p. 28).

El modelo de éxito, se presenta como altamente competitivo: “Educados para competir y triunfar” (Lozoya, 1999, p. 4), en el que operan arquetipos o la figura heroica, donde el éxito” puede asumir la forma “guerrera”, trasladada en el presente a la esfera de la política, el ámbito deportivo o el económico. Los arquetipos funcionan como moldes y si bien varios de los autores reconocen que muy pocos pueden alcanzar el ideal (Connell, 2003; Minello, 2002; Espada, 2004), su limitada visibilidad en la práctica no implica que en términos simbólicos no opere como modelo. Aparentemente, el modelo heroico (Connell, 2003; Figueroa, 2005), inclusive en su versión deportiva

o artística, en el contexto neoliberal y en general en el seno del capitalismo, se traduce en términos de dinero y se mide de esa manera, aunque los símbolos diverjan, por ejemplo, el mantener más de una casa simboliza riqueza y poder, en muchas sociedades. El éxito económico o como proveedor no tiene parámetros de ingreso en términos cuantitativos sino que se expresa de manera relativa y contextual. El éxito para un campesino puede medirse en términos de rendimiento; en la ciudad, acceder a casa propia; en las clases medias, las escuelas a donde concurren los hijos y otros parámetros específicos, sin embargo, en cada contexto persiste, no sin dejos competitivos protagonizados muchas veces por las mujeres (esposas y madres), que son quienes establecen las comparaciones.

La necesidad de éxito aparece como exhaustiva, constituye un mandato y una demanda, inclusive existe su contrario, el *looser*, que denota no sólo a quien no obtiene éxito, sino a quien no lo busca. Su uso es tan descalificante que puede equipararse al de impotente. Así como pocos son los hombres que en la práctica alcanzan el prototipo establecido por el modelo de masculinidad hegemónica, el rol de proveedor, igualmente parece dificultarse en los tiempos actuales (Brandes, 2002; Urresti, 2003; Margulís, 2003). Ferrándiz califica a esta situación como “estigma de la masculinidad herida” (2002, p. 92); Cáceres le atribuye “la violencia física contra mujeres, la infidelidad y otros temores masculinos [...] en el contexto de la imposibilidad de cumplir el papel de proveedores” (2005, p. 33); mientras que Connell (2003, p. 104), se pregunta: “¿Qué le ocurre a la formación de la masculinidad”. Ante tal panorama, de igual manera, Bonino se pregunta: “¿cómo nos afectan los cambios de las mujeres? [...] los cambios socioeconómicos y nuevas tecnologías colocan al varón como alguien eventualmente “prescindible”, y señala que “pocas investigaciones se ocupan de esta cuestión” (2002, p. 2). Es cierto que algunos acceden a lograr cumplir con el *ideal del ser*, pero también es cierto que sólo ciertos

hombres pueden escaparse de un mandato que tiende a ser exhaustivo (Espada, 2004). Mientras las mujeres pueden transitar de manera suave ante varias posibilidades de reconocimiento social, a los hombres se les limita al esquema del éxito como proveedor. Una mujer que trabaja invierte durante años en prepararse profesionalmente. Si de repente decide abandonar su carrera para atender a los hijos, no es censurada como lo sería un hombre en una situación análoga; puede no elegir entre carrera o trabajo y optar por ser bella y también ser reconocida. Cincuenta años antes, existía un equivalente al *looser* o fracasada para el ámbito femenino, aplicado a las mujeres divorciadas y poco antes o en otros contextos a las mujeres estériles o yermas, como la clásica obra de García Lorca. Hoy en día, pocas son las mujeres o hombres que consideren fracasada a la mujer que decide separarse o divorciarse, y si bien el cuestionamiento al mandato de la maternidad, recién empieza a evidenciarse, el estigma de la esterilidad hace tiempo que pasó de moda.

En otros aspectos, la multiplicidad de posibilidades femeninas también se evidencia, en la ropa y los estilos de conducta. Una mujer con pantalones, pelo corto, sin maquillaje y fumando, no se equipara necesariamente con una lesbiana o un marimacho, son atuendos incorporados como posibilidad por las mujeres, y aceptados socialmente. Cuando George Sand ostentó tal vestimenta por primera vez, suscitó escándalo y censura por parte de la sociedad, semejante al que suscitan hoy en día los hombres que se visten con faldas y se pintan, asociados inmediatamente con la homosexualidad y las conductas desviadas, sin pensar en la posibilidad de la existencia de hombres que deseen portar falda, maquillarse, o pintarse el cabello, sin que ello implique asumirse como homosexuales.¹⁶ Un planteamiento

¹⁶ Así parecen entenderlo el Grupo Abierto de Estudios Sexológicos y el Grupo de Reflexión y Estudio Sobre las Masculinidades de Madrid, que en dos ocasiones convocan a los varones a celebrar el día de la falda “[...] como forma de reconstruir las metáforas que vinculan el poder y la masculinidad” (Espada, 2004, p. 5).

provocativo al respecto, lo constituye el film *Todo sobre mi padre* del director noruego Even Benestad, que presenta la posibilidad de una identidad de bigénero, donde a un hombre con mujer e hijos le gusta travestirse, sin dejar su identidad masculina. Resulta evidente que “hay diferentes formas de ser mujer, mientras que los hombres nos quedábamos asidos, prácticamente ‘agarrados’ a nuestro modelo de ‘ser hombre’” (Hernández, 1996, p. 1). El cambio de actitud femenina se constata a nivel cuantitativo; en una encuesta aplicada en diversos países a un grupo de 1 211 mujeres y 428 hombres se encontró “que las mujeres muestran mayor disposición a atribuirse rasgos masculinos [...] y son] menos censuradas socialmente que los hombres con cualidades femeninas” (Lameiras *et al.*, 2002, pp. 3-4).

En busca de una conceptualización

El abordaje de los temas vinculados a los estudios sobre feminismo y masculinidad, por su origen en una arena en disputa, enfatiza los aspectos problemáticos, las feministas, la exclusión y el carácter de víctimas de las mujeres. Contrariamente muchos de los estudios sobre masculinidad “han puesto en el centro de sus preocupaciones analíticas los temas relacionados con el ejercicio del poder y la violencia a la que predisponen determinados modelos de masculinidad” (Rivas, 2004, p. 70). En consecuencia abordan aspectos particulares como la adicción al alcohol, las situaciones de riesgo, o la violencia como definitorias de la identidad masculina: “grandes consumidores de alcohol, *preñadores*, autónomos y proveedores exclusivos en el hogar” (p. 72). Ferrándiz propone que existe una “estigmatización de la masculinidad popular”, que le atribuye como características el *malandrismo*, y *un carácter especialmente criminológico como predelincuentes o potenciales delincuentes*, y atribuye una “fuerza represiva de estos estereotipos”

los considera una “forma totalitaria, estigmatizante y trivializante de masculinidad atribuida” (Ferrándiz, 2002, pp. 84-85). Por su parte, Rivas acusa a Samuel Ramos y a Octavio Paz, de haber inventado “una comunidad imaginada de la cultura nacional” (Rivas, 2004, p. 71). El atribuir características identitarias a los varones de un grupo social, pareciera no ser privativo de los estudiosos del tema. Gutmann, en el trabajo de campo entre varones de clases populares recoge el siguiente testimonio: “Nosotros los hombres mexicanos somos violentos, en el campo de fútbol y en el matrimonio [...] pero la verdad es que somos cariñosos” (Gutmann, 2002, p. 113). Si bien los estereotipos existen, una amplia encuesta aplicada en tres países latinoamericanos constata que existe un:

[...] nivel moderadamente bajo de ideología del rol sexual en todos los países, excepto Cuba [...] los chicos tienen una visión más estereotipada de los roles sexuales que las chicas [...] el nivel de desarrollo de un país correlaciona negativamente con el nivel de sexismo, de tal forma que a mayor desarrollo, menor sexismo (Lameiras *et al.*, 2002, p. 9).

Entre los estereotipos más frecuentes se encuentran los varones como detentadores del ejercicio del poder (Héritier, 1996; Criquillion, 1994; Meler, 2001; Bonino, 2002; Vendrell, 2002; Lameiras *et al.*, 2002; Connell, 2003; Rivas, 2004; Espada, 2004; Tod y Reyes, 2005). Es más, se le reconoce un carácter generalizable (Héritier, 1996; Vendrell, 2002): “Existe una elevada probabilidad estadística de la universalidad de la supremacía masculina que resulta del examen de la literatura antropológica sobre el tema” (Héritier, 1996, pp. 208-215).¹⁷ Asociado con el uso del poder, aparece la

¹⁷ Héritier relata un mito que retoma de Anne Chapman: “En su origen los hombres, en situación de abyecta sumisión, estaban obligados a realizar todos los trabajos, incluidos los domésticos, y servían a sus esposas, reunidos en la gran casa de las mujeres, de donde surgían los

práctica de la violencia (Criquillion, 1994; Hernández, 1996; Fernández, 1995; Connell, 2003; Urresti, 2003; Rivas, 2004; Ramírez, 2004; Cáceres, 2005) al que Bonino (2002) adjetiva como *belicosidad heroica*. El poder y la violencia como patrimonio se manifiestan en la conducta sexual fuera de control (Brandes, 2002; Connell, 2003), agresiva (Hernández, 1996; Urresti, 2003), como acto de poder (Hernández Sánchez, 2002), “[...] mutilada y centrada en el pene y la penetración” (Figuroa, 2005, p. 48), con necesidad de ostentar múltiples parejas (Cáceres, 2005) y en donde la mujer aparece como receptáculo de semen (Connell, 2003). Se asocia la masculinidad con situaciones de riesgo (Figuroa, 2005; Rivas, 2004; Espada, 2004); se le conceptúa como competitivos (Criquillion, 1994; Urresti, 2003; Cáceres, 2005; Rivas, 2004) y homofóbicos (Criquillion, 1994; Urresti, 2003; Figuroa, 2005). Aparece también como característica, la ingesta de alcohol (Brandes, 2002; Rivas, 2004): “La ingesta de alcohol y la embriaguez están estrechamente relacionadas con la identidad masculina [...] en 1991, 91% de los miembros de Alcohólicos Anónimos eran hombres” (Brandes, 2002, p. 7). Esta característica es cuestionada por Gutmann (2002). Tod y Reyes, consideran las definiciones como muy negativas y proponen que “la masculinidad debe tener algunos rasgos positivos” (2005, p. 2).

rugidos de terroríficas máscaras. Luna dirigía a las mujeres, y eso duró hasta el día en que Sol, hombre entre los hombres, que llevaba caza a la cabaña iniciática para alimentar a las mujeres, sorprendió las mofas de las jóvenes a propósito de la credulidad de los hombres. Comprendió entonces que las máscaras no eran la emanación de potencias sobrenaturales dirigidas contra los hombres, sino un subterfugio inventado y utilizado por las mujeres para mantenerlos en estado de dependencia. Los hombres estrangularon a todas las mujeres, excepto a las niñas pequeñas, de memoria virgen, e invirtieron los papeles. Luna regresó al cielo, donde continúa buscando la manera de vengarse de Sol: los eclipses solares son testimonio de ello. Esta inversión de las cosas justifica el poder masculino absoluto”.

Los intentos por conceptualizar la masculinidad aluden ya a calificar la masculinidad como *hegemónica*, a limitarla a la de grupo específico o se esgrime su imposibilidad ante la extrema variabilidad posible. La adopción del concepto de masculinidad hegemónica pareciera suponer un intento de definición univoca o generalizante, contrastado por el hecho de que los mismos autores reconocen y proclaman la existencia de *masculinidades plurales* definidas por líneas de clase, contexto, por ejemplo rural o urbano, definición ideológica o adscripción a un grupo, estilos, educación, etnia, diferencias, todas ellas remitidas a la cultura. En general los intentos definitorios remiten al contexto occidental, mientras que los abordajes referidos a grupos étnicos o con influencia étnica sirven para afirmar la noción de pluralidad sin intentos clasificatorios. Entre un extremo y otro, el abismo pareciera insondable de manera que la definición de tipos de masculinidad se dificultaría al extremo de sólo poder ser abarcada mediante el genérico remitido a la pluralidad, que determinaría un número abierto de posibles masculinidades. Por eso Minello propone como desafío:

[...] construir una categoría analítica, heurística, esto es, que permita proponer definiciones, dimensiones, conceptos, variables e indicadores que den cuenta de los elementos que hagan posible observar las diferencias entre cuerpos sexuales y plantear la masculinidad (Minello, 2002, p. 21).

En función de poder conciliar la aspiración de definición con la posibilidad de abarcar la variabilidad, sugiero volver la mirada a las aportaciones de la antropología, disciplina que si bien introdujo el tema de la pluralidad y demostró a partir del trabajo etnográfico la diversidad de respuestas humanas frente a similares problemas, también ha demostrado que si bien la variabilidad existe, también aparece de manera limitada, dado que lo social presenta “un número finito de combinaciones”. Las formas que adquiere

lo social se encuentran limitadas por las posibilidades combinatorias de los elementos que entran en juego y en donde “ciertas combinaciones no pueden existir” (Héritier, 1996, p. 36). Independientemente de la existencia o no de diferencias biológicas, cabe reconocer que el pensamiento trabaja con un *material físico y biológico* y con este realiza “una de las combinaciones lógicas que es posible efectuar a partir de dichos residuos” (*ibid.*, p. 37).

Quizá, en ese sentido, se pronuncian varios autores: la piedra fundamental de la Antropología como ciencia social la colocó Morgan, al descubrir la variabilidad de las terminologías de parentesco y sus limitadas posibles combinatorias. Los análisis de las terminologías de parentesco suelen ser enredados, más que complicados, dado que para mostrar la disponibilidad o no de términos para una categoría se les nombra, en vez de con su nombre en nuestra lengua, por ejemplo, abuela, con el de *madre de la madre* o *madre del padre*, o más dificultoso aún, *hijo del hermano de la madre*, que supone un sobrino paralelo, mientras que el *hijo de la hermana del padre* sería un primo cruzado. Esta denominación en función de posiciones, que evita recurrir a la traducción del término en nuestro idioma, se debe a que una lengua puede tener dos vocablos diferentes para abuela materna o abuela paterna o carecer de él, pues: “los términos de parentesco son categorías de palabras por medio de las cuales los individuos aprenden a reconocer los agrupamientos significativos de la estructura social en que ha nacido” (Buchler, 1982, p. 69). Los estudios de parentesco, generados a partir de los estudios etnográficos, llegaron a la conclusión de que para cada posición de parentesco había limitadas posibilidades. Morgan y otros supusieron erróneamente una posible relación entre el término con el que se designa a un pariente y su función. Sin embargo, los términos no corresponden frecuentemente con las funciones, de ahí que mientras una rama de los estudios de parentesco se centró en los términos, otra línea abordó las normas y funciones. En términos generales los estudios

de parentesco comprenden tanto “el sistema de la nomenclatura [...como] los sistemas de actitudes que con él se asocian” (Buchler, 1982, p. 60). En función de diversos rasgos abstractos, el parentesco incluye: las reglas de filiación, de residencia, de herencia, de sucesión, de matrimonio (Dumont, 1970, p. 31) y de conducta.

En cuanto a la filiación, “las combinaciones lógicas posibles son seis: patrilineal, matrilineal, bilineal, cognaticia, paralela y cruzada, las dos últimas prácticamente no se han realizado” (Héritier, 1996, p. 22),¹⁸ y combinando los sistemas de terminología y de filiación, quedan once tipos combinados: esquimal, hawaiano, sudanés, crow y omaha” (p. 49). En el caso de parentesco no se presenta una relación directa entre la terminología adoptada y la organización social, como la relación antes descrita entre las artes de subsistencia y la frecuencia de divorcios, prueba de ello es que el modelo occidental coincide con el esquimal. La limitada variabilidad se debe a que si bien un “sistema de parentesco no es la traducción de los meros hechos biológicos de la reproducción [... esta] toma necesariamente en cuenta datos de base biológicos, y estos son limitados: 1) el padre precede siempre al hijo; 2) el carácter paralelo o cruzado de las situaciones de consanguinidad; y 3) los hermanos menores dan nacimiento a líneas paralelas de colateralidad, asimismo las relaciones masculino/femenino, padre/hijo y primogénito/segundogénito (pp. 53-54).

El análisis de los sistemas de actitudes, sin crear tipos tan claros, también aportó una sistematización. Cada posición de parentesco tiene con respecto a un ego ciertas posibilidades, así la relación del padre con respecto al hijo varón puede ser de autoridad (+), indiferente (\pm), o jocosa.

¹⁸ “Otra que jamás se ha realizado y de las que no se conoce ejemplo alguno: aquella en la que el padre y el hermano de la madre serían designados con un mismo término, mientras que el hermano del padre lo sería con un término diferente. Esta ecuación es una posibilidad lógica abstracta, pero no tiene actualización concreta en ninguna sociedad” (Héritier, 1996, p. 56).

Las tres variantes operan asimismo para la hija mujer, del esposo con la mujer puede ser de autoridad (+), indiferente (\pm), o de sumisión (-). Si se consideran estas posibilidades clasificatorias de los sistemas y relaciones de parentesco, se puede plantear la posibilidad de construir un modelo clasificatorio de las masculinidades. Como todo sistema taxonómico, supone identificar los indicadores compartidos que permiten indicar a un sujeto en la categoría masculina y los parámetros por su posible variabilidad, lo que permite distinguir tipos de masculinidad. Sin intentar una tipología, Connell (2003) propone en diferentes lugares de su obra, ámbitos donde operan las normas: el reproductivo, las estructuras corporales, el intercambio sexual y el cuidado infantil (p. 109), o alternativamente la crianza infantil, el empleo, las relaciones sexuales y la división del trabajo (p. 51) a las que sintetiza como relaciones de poder, de producción y *catexis* (emociones). Toda selección puede ser arbitraria, incompleta y en consecuencia perfeccionable. En primer lugar se puede recurrir a los elementos señalados con mayor frecuencia por los estudios de masculinidad, por ejemplo, los relativos al rol de proveedor, donde el hombre puede ser proveedor principal, y que además usa esta función como medio de control (+),¹⁹ compartir equitativamente los gastos con su pareja (\pm), o ser mantenido (-). Siguiendo la propuesta de Connell, se puede seguir con la sexualidad, las referencias a la masculinidad hegemónica hacen énfasis en la sexualidad limitada a la *genitalidad*, la penetración, la agresión; pero del mismo modo es posible preguntarse qué otras posibilidades de ejercicio de la sexualidad existen, aunque sean hipotéticas. Quizá el extremo opuesto esté representado por el tipo de sexualidad que reclaman las mujeres para sí, centrada en el afecto,

¹⁹ El uso de los símbolos (+), (-) y (\pm) resulta arbitrario, y no presenta connotaciones valorativas. Los símbolos pueden ser cambiados por números, o cualquier otra forma de demarcación. En este caso utilizo (+) para la masculinidad hegemónica, (-) para la considerada suave, y (\pm) para el modelo de transición.

las caricias, y una intermedia, donde el papel activo, creativo y erótico en el sexo fuera compartido, para atribuir valores numéricos o de valor a cada uno. Valores sin carga emotiva o valorativa donde la sexualidad genital aparece como (+), la afectiva (-) y la que combina ambas funciones (\pm). Pero la sexualidad no sólo refiere el acto del coito, sino a su ejercicio dentro o fuera de la pareja;²⁰ también en este aspecto, se pueden resaltar las diferencias donde el extremo hegemónico coincide con el ejercicio indiscriminado que sin duda se vincula con la sexualidad centrada en el pene.

El hombre coleccionador de mujeres, que puede incluir hombres si es él quien penetra (Connell, 2003; Brandes, 2002; Cáceres, 2005; Figueroa, 2005) representa el extremo de desvinculación respecto a las mujeres y por tanto de misoginia, que puede simbolizarse (+). En el extremo se encontrarían quienes practican la fidelidad o la monogamia (-), y en situación intermedia la multiplicidad de parejas con cierta estabilidad afectiva (\pm). En cuanto al cuidado infantil, el padre desvinculado o ausente en el cuidado de los hijos supone el núcleo duro (+), el padre involucrado en el cuidado y atención de sus hijos, la *paternización* (-) (Collin, 2004), y la relación de afecto sin cuidado (\pm) la posición intermedia. Vinculado con el trabajo de los hijos, se encuentra la realización de trabajo doméstico, su ausencia total coincide con el modelo hegemónico (+), la exclusiva realización de aquellas tareas que le son placenteras o que lleva a cabo sólo en forma ocasional, correspondería con la situación de tránsito (\pm), y la repartición equitativa de las tareas domésticas como parte de la relación, la nueva expresión (-). Por último, siguiendo el esquema de Connell, habría que considerar la expresión de afectos, donde la contención y falta de expresión se simboliza (+), la expresividad afectiva en todos los

²⁰ En este caso no se refiere a una institución jurídica matrimonial de monogamia, sino con la práctica concreta: normada aunque no institucionalizada.

aspectos (-), y una moderada expresividad limitada a su expresión hacia los demás pero que no incluye la autorreflexión sobre sus emociones el término medio (\pm).

Adicionalmente se podrían incluir otros elementos considerados en otros estudios sobre masculinidad, como la relación con la violencia, en la que la violencia indiscriminada, el *peleonero*, camorrista, que considera natural el golpear a las mujeres, coincide con la masculinidad hegemónica (+), la ausencia de conductas agresivas con la nueva masculinidad (-) y el uso de una violencia selectiva, sólo en condiciones de defensa, el punto intermedio (\pm). Asociada con la violencia, se puede ubicar la práctica de conductas de riesgo como conducta sistemática (+), el gusto por deporte o ejercicios con riesgo, pero de manera precavida (\pm), y la evitación de toda conducta riesgosa (-). Otro rasgo reiteradamente mencionado es el de la ingesta de alcohol, como forma de identidad masculina (+), el consumo de alcohol de manera ocasional (\pm), y como placer sin llegar a la embriaguez (-). El espacio público considerado exclusivo de hombres, aparece como propio de la masculinidad hegemónica (+); cuando toleran la presencia femenina pero siguen considerando como propio de las mujeres el privado, sería transicional (\pm), mientras que el plenamente compartido sería el de la nueva masculinidad (-). Por su parte, el ejercicio del poder de manera patriarcal sobre esposas e hijos se ubica en la categoría hegemónica, la autoridad compartida con la esposa en posición intermedia (\pm) y la conducta democrática, como demostrativa de nueva masculinidad (-). Agregaría a los estereotipos masculinos la relación con el deporte, mencionada por Archetti (2003) concediendo un valor hegemónico a los fanáticos, capaces de integrar porras e *hinchadas* (+), el intermedio a quienes disfrutan el deporte como actividad familiar (\pm), y a quienes no disfrutan de la observación de eventos deportivos y sí practican algún deporte como ejercicios o yoga, como masculinidad suave (-).

Matriz de rasgos prototípicos de masculinidad

Rasgo	Núcleo duro	Intermedio	Núcleo suave
proveedor	principal, como forma de control	compartido	mantenido
coito	penetración	erotismo	caricias
parejas	indiscriminadas	parejas	monogamia
relación con hijos	ausente	afecto	cuidado y atención
trabajo doméstico	ninguno	sólo las que le gustan	igualitario
afecto	contenido	reflexivo	expresivo
violencia	indiscriminado	selectiva	pacifista
riesgo	sistemático	ocasional	inexistente
alcohol	alcoholismo	moderado	limitado
espacio público	exclusivo	limitado	equitativo
poder	patriarcal	autoridad	democrático
deporte	fanáticos	práctica familiar	yoga o ejercicios

Fuente: elaboración propia.

La clasificación no pretende ser exhaustiva, por el momento retoma sólo los rasgos más señalados en la literatura sobre el tema, y algunos aspectos observados en el proceso de investigación. Constituye una propuesta para ir construyendo de manera *inter o transdisciplinaria* en la cual por ejemplo, psicólogos aportaron rasgos psicológicos, o las económicas pautas, comportamientos económicos. Cabe mencionar que los tipos puros aparecen con menos frecuencia; para los tipos concretos de masculinidad y la particular combinatoria de rasgos se requiere construir etnografías sobre la base de la observación y la entrevista, que permitan por grupos definidos con diferentes variables, clase, etnia, grado de escolaridad, adscripción a grupos, ver la frecuencia en la presencia o ausencia de rasgos, así como ubicar a un hombre o un grupo de hombres en una clase y construir un tipo. En otro trabajo Collin (2004) señalaba cómo, por ejemplo, en Argentina, donde

existen profundas resistencias masculinas a la participación femenina en puestos de poder: en la esfera privada colaboran en el trabajo doméstico²¹ y en el cuidado de los hijos, es decir, que una actitud que puede considerarse hegemónica se combina con una que siguiendo a Mary Douglas (1998) sería una actitud suave como el cuidado de hijos y casa.

Las posibilidades combinatorias, si se consideran tres posibilidades, y 11 indicadores, pueden ser muy amplias, sin embargo, si se contempla que es probable que los rasgos se asocien, el número de tipo de masculinidad puede disminuir. El caso hipotético de un hombre que controle a través del dinero, penetrador o violador, con múltiples parejas y relaciones, golpeador, ausente frente a los hijos y en el trabajo doméstico, bebedor, arriesgado, fanático de algún deporte, que no tolera la presencia de mujeres en espacios públicos, ni la posibilidad de compartir decisiones con las mujeres, más que una masculinidad hegemónica, representaría un modelo de *macho arcaico*. Contrariamente, el que considera a la relación sexual como un espacio de placer mutuo, que valora la expresión del afecto con su pareja y los hijos, que se involucra en su crianza y cuidado, participa de forma igualitaria en las tareas domésticas, desprecia el riesgo y el alcohol como formas de demostrar hombría, que practica yoga u otros deportes poco competitivos, personificaría una masculinidad suave o nueva masculinidad. Por el momento se trata de una propuesta que intenta dar una clasificación para la construcción colectiva, que colabore a la necesaria reconsideración de los roles de género por parte de los varones ante un mundo globalizado, el cual dificulta el cumplimiento de los mandatos decimonónicos, provocando conflictos psicosociales que demandan tal reconsideración.

²¹ También señalado por Margulis (2003) y Urresti (2003), por parte de los varones ante un mundo globalizado.

Obras consultadas

- Archetti, Eduardo P. (2003), *Masculinidades: Fútbol, tango y polo en la Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia.
- Argüelles, Margarita (2009), “Mutaciones y conquistas en el desempeño laboral y el desarrollo personal de la académica: un acercamiento a su estudio en Puebla”, tesis doctoral, El Colegio de Tlaxcala.
- Aroche, Fidel (1996), “El desarrollo reciente del empleo en México, un análisis estructural y un ejercicio de simulación”, en Julio López (coord.), *Mercado, desempleo y política de empleo*, México, Nuevo Horizonte Editores, CEPNA.
- Badinter, Elisabeth (1993), *XY. La identidad masculina*, Madrid, Alianza.
- Bonino M., Luis (2002), “Los varones ante el problema de la igualdad con las mujeres”, en Carlos Lomas (ed.), *¿Todos los hombres son iguales? Identidad masculina y cambios sociales*, Barcelona, Paidós.
- Bourdieu, Pierre y Loic Wacquant (1995), *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Editorial Grijalbo.
- Brandes, Stanley (2002), “Bebida, abstinencia e identidad masculina en la Ciudad de México”, *Alteridades*, año 12, núm. 23, pp. 5-18.
- Buchler, Ira (1982), *Estudios de parentesco*, Barcelona, Anagrama.
- _____ y Henry A. Selby (1968), *Kinship and Social Organization: An Introduction to Theory and Method*, Nueva York, Macmillan.
- Cáceres, Carlos F. et al. (2005), “Ser hombre en el Perú. La infidelidad, la violencia y la homofobia en la experiencia masculina”, en Edith A. Pantelides y Elsa López (comps.), *Varones latinoamericanos. Estudios sobre sexualidad y reproducción*, Buenos Aires, Paidós, pp. 27-46.
- Cadena Félix (2006), *De la economía popular a la economía de solidaridad. Itinerario de una búsqueda estratégica y metodológica para otro mundo posible*, Tlaxcala, El Colegio de Tlaxcala, Fomix, Eco-Sol, Se puede.

- Clatterbaugh, Kenneth (1990), *Contemporary Perspectives on Masculinity. Men, Women, and Politics in Modern Society*, Boulder, Westview Press.
- Collin H., Laura (2005), “Cultura laboral y programas de autoempleo, fortalezas y debilidades”, *Regiones y Desarrollo Sustentable*, vol. 8, núm. 35.
- _____ (2004), “Paternización y crisis laboral”, en Seminario Internacional e Interinstitucional Desempleo, Familia y Masculinidad, Cuernavaca, CRIM/UNAM, 29 de junio.
- Connell, Robert (2003), *Masculinidades*, México, PUEG/UNAM.
- Criquillion, Ana (1994), *La cuestión masculina: ¿otro problema femenino?* Guatemala, <<http://www.edualter.org/material/masculinitat03/cuestion.htm>>.
- Douglas, Mary (1998), *Estilos de pensar*, Barcelona, Anagrama.
- Dumont, Luis (1970), *Introducción a dos teorías de la antropología social*, Barcelona, Anagrama.
- Espada Calpe, José María (2004), “Poder, masculinidad y virilidad”, extracto de ponencia ofrecida en el Curso Técnico Especialista en Igualdad de Oportunidades en el Empleo, Imumel, Albacete, 7 de mayo, <www.heterodoxia.net>.
- Fernández, Ana María (1995), *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Ferrándiz, Francisco (2002), “Caleidoscopios de género: cuerpo, masculinidad y supervivencia en el espiritualismo venezolano”, *Alteridades*, año 12, núm. 23, México, UAM-I, pp. 83-92.
- Ferraudi Curio, María Cecilia (2003), “De machos y pollerudos: formas de la identidad masculina”, en Mario Margulis *et al.*, *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural de la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblos, pp. 281-294.
- Figuroa, Juan Guillermo (2005), “Elementos para el estudio de la sexualidad y la salud de los varones integrantes de las Fuerzas Armadas”,

- en Edith A. Pantelides y Elsa López (comps.), *Varones latinoamericanos. Estudios sobre sexualidad y reproducción*, Buenos Aires, Paidós.
- Gambino, Julio (2001), “La crisis y su impacto en el empleo”, en A. Boron, J. Gambina y N. Minsburgo (comps.), *Tiempos violentos. Neoliberalismo y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, Eudeba.
- Gautié, Jérôme y Julio Cesar Neffa (comps.) (1998), *Desempleo y políticas de empleo en Europa y EE. UU.*, Buenos Aires, Piette y Conicet.
- González Pagés, Julio César (2002), “Género y masculinidad en Cuba. El otro lado de una historia”, *Nueva Antropología*, vol. XVIII, núm. 61, pp. 117-126.
- Gough, Kathleen (1959), “The Nayar and the Definition of Marriage”, *Journal of Royal Anthropological Institute*, núm. 89, pp. 23-24, trad. castellana “Los nayar y la definición de matrimonio”, en Claude Levy-Strauss (1974), *La Familia*, Barcelona, Anagrama.
- Gutmann, Matthew (2002), “Las mujeres y la negociación de la masculinidad”, *Nueva Antropología*, vol. XVIII, núm. 61, pp. 99-116.
- Halpern Diane F. (1993), “Sex, Brains & Hands: Gender Differences in Cognitive Abilities”, *Skeptic*, vol. 2, núm. 3, pp. 96-103.
- Héritier, Françoise (1996), *Masculino/Femenino. El pensamiento de la diferencia*, Barcelona, Ariel.
- Hernández, Alfonso (1996), “¿Masculinidad o masculinidades?”, *La Tarea*, núm. 8.
- Hernández Sánchez, Ernesto (2002), “Reseña de: Angels Carabí y Marta Segarra (eds.) (2000), *Nuevas Masculinidades*, Barcelona, Icaria”, *Alteridades*, año 12, núm. 23, pp. 143-146.
- Hobsbawm, Eric (1997), “Izquierda y políticas de identidad”, *El viejo topo*, vol. 45, núm. 2, mayo, pp. 22-29.
- Jacquard, Albert (1995), *J'accuse l'économie triomphante*, París, Calmann-Levy.

- Jiménez, Lucero, Laura Collin, Marco Gómez y Olivia Tena (2003-2006), “Crisis laboral, ¿crisis de masculinidad?”, proyecto de investigación.
- Lameiras Fernández, María *et al.* (2002), “La ideología del rol sexual en países iberoamericanos”, *Avances en Psicología Clínica Latinoamericana*, núm. 20, pp. 37-44.
- Leschziner, Vanina y Silvia Kuasñosky (2003), “Género, sexualidad y afectividad: modelos culturales dominantes e incipientes”, en Mario Margulis *et al.*, *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural de la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblos, pp. 89-124.
- Levy-Strauss, Claude (1974), *La Familia*, Barcelona, Anagrama.
- López, Julio (coord.) (1996), *Mercado, desempleo y política de empleo*, México, Nuevo Horizonte Editores, CEPNA.
- Lópezllera Méndez, Luis (2005), “Crédito social, base para una vida digna y sostenible”, en *Cambiamos a una vida digna y sostenible*, <<http://www.vidadigna.net>>.
- Lozoya Gómez, José Ángel (1999), “¿Qué es eso de la identidad masculina?”, comunicación presentada en las Jornadas sobre Mujer y Salud, Jerez de la Frontera, España, febrero, <www.edualter.org/material/masculinitat03/hombres.htm>.
- Margulis, Mario *et al.* (2003), *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural de la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblos.
- Margulis, Mario (2003), “Mandatos culturales sobre la sexualidad y el amor”, en Mario Margulis *et al.*, *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural de la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblos, pp. 25-43.

- Meler, Irene (2001), "Creación cultural y masculinidad", *Les Etats Généraux de la Psychanalyse*, París, <<http://www.etatsgeneraux-psychanalyse.net/mag/archives/paris2000/texte130.html>>.
- Minello Martín, Nelson (2002), "Masculinidad/es. Un concepto en construcción", *Nueva Antropología*, vol. XVIII, núm. 61, pp. 11-30, México, INAH, Colmex, Conacyt y UCD.
- Moore, R y D. Gillette (1990), *La nueva masculinidad*, San Francisco, Harper, edición en castellano (1993), Barcelona, Paidós.
- Morgan, Lewis Henry (1971), *La sociedad primitiva*, Madrid, Ayuso.
- Núñez, Guillermo (2004), "Los 'hombres' y el conocimiento. Reflexiones epistemológicas para el estudio de 'los hombres' como sujetos genéricos", *Desacatos*, núm. 15-16, pp. 13-32, México, CIESAS.
- Parker, Richard (2002), "Cambios de sexualidades: masculina y homosexualidad masculina en Brasil", *Alteridades*, año 12, núm. 23, pp. 46-49.
- Pantelides, Edith A. y Elsa López (comps.) (2005), *Varones latinoamericanos. Estudios sobre sexualidad y reproducción*, Buenos Aires, Paidós.
- Ponce, Patricia (2004), "Masculinidades diversas", *Desacatos*, núm. 15-16, pp. 7-9.
- Ramírez, R. Juan Carlos (2004), "De acomplexado a arrollador. Semiótica de la masculinidad", *Desacatos*, núm. 15-16, pp. 33-51.
- Rivas, S. Héctor Eloy (2004), "Entre la temeridad y la responsabilidad. Masculinidad, riesgo y mortalidad por violencia en la Sierra de Sonora", *Desacatos*, núm. 15-16, México, CIESAS, pp. 69-89.
- Saxe-Fernández, John (coord.) (1999), *Globalización: crítica a un paradigma*, México, Plaza y Janés, IIEC/UNAM.
- Secombe, Wally (1986), "Patriarchy Stabilized: The Construction of the Male Breadwinner Wage Norm in Nineteenth-Century Britain", *Social History*, núm. II, pp. 53-75.

- Sotelo, Adrián (2003), *La reestructuración del mundo del trabajo. Superexplotación y nuevos paradigmas de la organización del trabajo*, México, Itaca, Universidad Obrera de México, ENAT.
- Tod, Sloan y Rubén Reyes Jirón (2005), “La deconstrucción de la masculinidad”, Nicaragua, <<http://www.edualter.org/material/masculinitat03/deconstruccion.htm>>.
- Urresti, Marcelo (2003), “La masculinidad en la encrucijada”, en Mario Margulis *et al.*, *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural de la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblos, pp. 67-87.
- Vendrell Ferré, Joan (2002), “La masculinidad en cuestión. Reflexiones desde la antropología”, *Nueva Antropología*, vol. XVIII, núm. 61, pp. 31-52.

Masculinidad: errática saga de un lugar imposible

Carlos Fernández Gaos*

Introducción general

A lo largo y ancho de la historia se ha intentado fijar el estatuto del ser humano; de configurar las dimensiones de su definición; de caracterizar la condición de su lugar en los ordenamientos de los que, no obstante, es y ha sido forjador, actor y producto. Designar al ser humano como ciudadano, socio, paciente, miembro, profesional, delincuente, masculino, femenino, etcétera, son todas ellas formas de lo humano puesto ya en circunstancia, en relación del humano cruzado, signado, por una intención que le adjudica el modo de su inserción social; de un sentido funcional que fundamenta y justifica poder actuar con él, para él, contra él.

Ahora es necesario redimensionar estos discursos, replantear el estatuto que guarda la puesta del humano en circunstancia, enfocar la comprensión de los avatares de sus relaciones, no desde la formalidad discursiva de las disciplinas que pretenden su caracterización definitiva; sino restituyéndole la posibilidad de su propio lenguaje, en el sentido más amplio del término; en suma, verlo como actor de su historia personal, no de la que oficial y teóricamente es protagonista, sino de la más íntimamente suya, de la que construyó su cuerpo, su deseo, sus vínculos, su mundo.

* Psicoanalista. Miembro titular del Taller de Investigaciones Psicoanalíticas, A.C., profesor investigador de la Facultad de Estudios Superiores FES-Iztacala/UNAM de 1972 a 2010.

Es tiempo también de generar los dispositivos, los mecanismos, que han de abrir los espacios para que el que escucha, el que observa, el que estudia lo humano, renuncie a sus propio prejuicio teórico, como condición necesaria para dejarlo hablar de otro modo y no sólo escuchar lo que es hablado a través de él, esto es, para oír otras palabras de lo que tiene que decir y no limitarse únicamente a recuperar, con su intermediación, los discursos que hablan de él.

Dice Heidegger: “Porque el hombre está forzado a existir, está arrojado a la necesidad de un tal ser [...] que [...] para aparecer imperando necesita para sí el lugar de lo manifiesto”. Esto manifiesto es, entre otras, las diversas maneras en que el ser humano ha tratado de definir su condición, y porqué no, hasta su naturaleza, como queriendo olvidar que estas son sus creaciones.

Hablar de cualquier forma de lo que compete al ser humano, exige tomar postura con respecto a su proyecto, aun a regañadientes de quienes pudieran pensar que ya está hecho desde el origen de su tiempo y tan sólo resta hacer sus acotaciones.

En el horizonte de estas tomas de postura hay, sin embargo, intentos de fijarlo en un estatuto definitivo, liberándolo de la responsabilidad que tiene para con su propia creación. De ahí que la draconiana denuncia que hiciera Nietzsche: “Dios ha muerto”, no cese de interpelarlo en ese lugar en el que todo intento de fijación no es más que una vana ilusión de garantizarse un futuro previsible, quizá como consuelo último ante su inminente fin.

Concebido por obra y gracia de él mismo, la caracterización de lo humano y sus avatares, es su propia hechura, aunque no sólo de lo que se propone; de lo que sabe, sino también de lo que puede librarlo de sus deudas no reconocidas; de lo que le posibilita expiar las culpas que arrastra quien es autor de un crimen de lesa divinidad. Tal vez, por ello, esté conminado

a su propia búsqueda y a intentar fijar su conquista, por mortífero que esto sea, como tributo de reconocimiento póstumo al Dios caído.

Son muy diversas las nociones que se nos proponen de lo masculino humano, verdadero menú de identidades posibles. Y parece que se tratara, en última instancia, de optar por aquellas que más consonancia tuvieran con la racionalidad que trata de conocerlas. Sin embargo, la racionalidad como recurso eficaz para hacer la elección correcta, parece no ser más que un señuelo que oculta los límites mismos de la razón. La propia variedad del menú denuncia la imposibilidad de confiarse a la razón de sus autores. ¡No se puede confiar en los saberes! ¡Esa razón no es más el recurso! Y es que no hay que conocer lo humano, sino crearlo.

Aun, a riesgo de repetir o contravenir ideas que ya han sido expuestas en la abundante literatura con el enfoque de género, considero necesario abordar algunas generalidades desde mi punto de referencia.

La masculinidad, como la feminidad, son construcciones imaginarias instituidas en cada época y cultura, que se apoyan en una gran variedad de discursos que, bajo la égida de la misma ética, tienden a mantener estas categorías como válidas. Entre los diversos discursos y prácticas de una cultura a otra y de una época a otra, no hay diferencias de progreso, sino de sentido, en tanto consecuente y consistente con la ética social de cada grupo cultural que requiere de ese sentido para su sostenimiento.

La lógica misma que dicotomiza los sexos sobre la base de ciertas atribuciones supuestamente objetivas, ha dado pauta a la formulación de cualquier cantidad y tipo de relaciones entre ellos, que van desde la oposición, hasta la complementariedad; desde la subordinación de uno ante el otro, hasta su coincidencia; desde su exclusión, hasta su conjunción; etcétera, al mismo tiempo sostiene una racionalidad “cientifizante” que se pretende capaz de dilucidar lo que es propio de cada uno.

Los atributos de la masculinidad y la feminidad, no son una condición natural científicamente detectable, así, entendida como morfología, funciones, o comportamientos propios de su condición, de acuerdo con el sentido que le otorga una ciencia preñada de la misma ética social que ahora está puesta de cabeza. Es decir, el recurso a niveles de reflexión distintos de aquellos en los que se formulan los enunciados, como lo es acudir a los rasgos biológicos de una asignación eminentemente cultural, no constituye un fundamento sólido, ni mucho menos probatorio, de la contundencia de su verdad, y no hace más que convocarlos a la complicidad en cuanto al sostenimiento de la ética que motiva su reflexión. Las ciencias todas están inmersas en los mismos imaginarios que el resto de las prácticas humanas, y los problemas que se plantean, por lo mismo, el tipo de respuestas que generan, no escapan a esta condición.

Lo diferente, la alteridad

Se pueden formular tantas diferencias entre dos seres humanos, independientemente de su género, como semejanzas entre especies distintas. Evoco en este punto las investigaciones gen-éticas que nos han dado noticia de la enorme proporción de genes que compartimos con las moscas. El problema es hacer pasar estos resultados por objetivos y, por tanto, demostrativos, como si viviéramos en un mundo objetivo y no subjetivo. En última instancia podríamos decir con Carl Sagan, que somos, como todo, polvo de estrellas, pero como dijera el poeta: “polvo, sí, pero polvo enamorado”.

Lo diferente inquieta, cuestiona, interroga, pero no porque necesariamente sea lo opuesto, el complemento, o la otra parte, de un todo que incluye ambos términos, como parecen sugerir estas nociones. Si cuestiona es, precisamente, porque no es parte de algo reconocible. Lo opuesto, lo

complementario, lo subordinado, etcétera, son recursos para inscribir la diferencia, mejor la alteridad, en una modalidad que les da sentido, que las torna inscribibles y, por tanto, manejable simbólicamente, no su condición natural. La caracterización de la complejidad de un fenómeno no tiene porqué reducirse a dos términos, o a una combinatoria de varios pares. Así pues, prefiero pensar que entre lo masculino y lo femenino, aceptando esta bidesignación como categorías vigentes en la realidad social, hay una relación mutuamente interrogante, en tanto que cada uno encarna para el otro la alteridad que lo habita y sobre la cual nada puede hacer, salvo darle algún sentido.

El sentido es arrogación de “otro” y es desde ese “otro” cuando nos es devuelto algo que se dijo, o se hizo sin nuestro reconocimiento, revelándose, de esta manera, una dimensión que el modelo comunicacional no considera y que en mi campo se conoce como “lo inconsciente”.

Me explico: lo irreconocible es un sentido producido por y en “otro”. Pero todo decir comporta una demanda, demanda que no es sino expresión de un deseo de ser para, y en, “otro”, quien a su vez escucha desde su propia demanda, por lo que ninguno puede dar cuenta de qué deseo es portador.

Lo que se me devuelve como sentido constituye la imagen de mí en “otro” y éste será, entonces, un referente irreconocible de “yo” en tanto que otro. De este modo, “yo” no puede ser, admítaseme el neologismo, más que “yotro”, singularización de la primera persona del plural, *nos-otros*, con la cual estamos menos amenazados en nuestra individualidad narcisista. No somos, pues, sino una pluralidad singularizada. Eso que llamamos nuestra identidad pasa por el cernidero del “otro”.

El “otro” habrá de ser reconocido como semejante, al mismo tiempo que diferente para que “yo” pueda advenir. Me explico: la construcción del “yo”, designación que, de principio, no tiene mayor sentido si no es frente a “otro”, se da en la oscilación entre la diferencia y la semejanza. Lo igual

y lo diferente constituyen los polos entre los cuales tendrá que oscilar, y siempre oscilar, lo que llamamos “yo”. “Yo” es la oscilación, si se quiere, la manera de oscilar entre estos polos. La alteridad radical es tan ineficaz para ello como lo es la igualdad. ¿Qué soy más allá de lo que el “otro” ve? Queda claro, desde luego, que es una pregunta incontestable pues su respuesta no puede prescindir del “otro”. Somos, pues, “yotro”. Podrá apreciarse, con esta pregunta, la magnitud y multiplicidad de oscilaciones que sufre ese que designo “yo” en sus siempre fallidos intentos de responderla y, de manera proporcional, las múltiples y complejas trincheras y escondites que urde para evitar los abismos en los que se precipitaría su consistencia. “Yo” oscila, sí, pero sólo hasta donde puede atisbar de reojo sus límites, tocados estos, se aniquila o se desvanece, aunque siempre tendrá el deseo de ir al encuentro de ese resto que quedó fuera de su rango de oscilación.

Ser en, con el “otro” es una seductora fórmula que nos pulsa desde nuestro origen como impugnación a la contundencia de nuestro límite, aunque para ello se tenga que pagar el precio de la individualidad. Ser en Otro, es no ser; es perder la individualidad, es por eso que este abismo será siempre aterradora tentación y Dionisio el paradigma.

De los deseos de saber

Desde el psicoanálisis freudiano, la tesis de la bisexualidad originaria proveía las condiciones para hacer impensable una masculinidad o una femineidad fundamentadas en características psíquicas que les fueran intrínsecas:

todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición (constitucional) bisexual, y de la herencia cruzada, reúnen en sí caracteres masculinos

y femeninos, de suerte que la masculinidad y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto (Freud, 1990, p. 276).

Por supuesto que se refiere a las construcciones teóricas que pretenden objetividad. Siete años más tarde Freud fue lapidario:

No es posible dar ningún contenido nuevo a los conceptos de masculino y femenino. Ese distingo no es psicológico (1990, p. 106).

Si Freud afirma lo anterior, es porque considera a los individuos en su unicidad, es decir, en tanto ajenos a su circunstancia y a otros individuos, y con la pretensión empirista de descubrir las propiedades intrínsecas que, en cada uno, justifiquen su designación como masculino o femenino. La distinción entre uno y otro no es ni psicológica, ni biológica, sin embargo esto no implica que tengamos necesariamente que renunciar a la distinción, sino a formular el nivel de sentido posible con el que se enuncia. Si se habla de ella, es porque ya existe, aunque sea creada por la palabra, por tanto podremos revocar las premisas freudianas, esto es, la pretensión de descubrir y la de concebir lo psicológico como algo que es propio de un individuo. Si consideramos a esos individuos en su circunstancia y en relación con otros, lo psicológico caracteriza las modalidades de esa relación. De este modo, la distinción, la diferencia, es una cabal construcción histórico-cultural que se refiere a ciertas modalidades de relación entre los individuos. Podemos insistir ahora en que no se trata de conocer lo que es la masculinidad-feminidad como rasgo propio de un individuo aislado, sino de dilucidar el sentido de ser calificadas como tales, y este es cultural, es de ética social. Insisto, ahora en este tema, con lo antes dicho de modo general, conocer la construcción de este sentido, es constatar que se trata de eso, de la construcción de un orden instituido, entre muchos otros órdenes posibles.

Desafortunadamente en los trabajos de corte psicoanalítico, es frecuente encontrar que se habla de la feminidad-masculinidad acudiendo a las ideas de Freud, Lacan, Klein, Horney, etcétera, como si fueran intelecciones logradas y tan sólo hubiera necesidad de hacer algunas acotaciones, adiciones, precisiones, o, extensiones de los conocimientos ya obtenidos e instituidos. Sin embargo, a mi juicio, este proceder atenta contra el espíritu mismo de esta cabal “indisciplina”, en tanto esta se propone la deconstrucción de todo saber que se pretenda con estatuto de verdad consumada o en vías de consumación. Si en la clínica se trata de desplazar el sentido de los discursos, no es, por supuesto, para arribar a un sentido que pueda ser considerado el correcto, sino para mantener permanentemente abierta la creación de sentidos, y esto vale también para la reflexión teórica.

Permítaseme ahora tomar como pretexto un ingenioso aforismo que, aunque no puedo recordar la referencia, atribuyo a Don Edmundo O’Gorman. Dice así: “Sexo débil, ni tan débil, sexo fuerte, ni tan sexo”.

Independientemente de la ironía hacia las indirectas referencias sexistas que lastran nociones que muy bien podrían remontarse a las épocas cavernarias, no cabe duda que hay en este una reivindicación que se refiere al poder del sexo de la mujer, al mismo tiempo que hace escarnio al del varón. La fuerza que se ha atribuido a ello, ha estado reducida a su dimensión física, podríamos decir, en tanto energía necesaria para el desplazamiento de un cuerpo, y por cierto que, tomando esta atribución en sus resonancias metafóricas, ha sido este uno de los dramas en la saga de la masculinidad, en tanto del varón que ha desplazado a su propio cuerpo el engaño fálico del que lo hace víctima el sentido dado al tímido pedazo de carne que tiene de “más”. A fin de cuentas: “... ni tan sexo”. Sin embargo, la sexualidad masculina, es tan sólo diferente y no se juega en las mismas coordenadas que la femenina, (nótese que no me refiero a

hombre y mujer) se trata de historias diferentes y por ello la feminidad no tiene ningún privilegio en cuanto a su experiencia, o a su saber por sobre la masculina, como parecería suponer el aforismo. También la femenina incurre en la engañosa pretensión de que, como el masculino está engañado, es ella, entonces, quien tiene el patrimonio de la sexualidad.

La sexualidad, así enunciada abstractamente como si tuviera el estatus de cosa, no puede ser más que enigmática, y desafía lo mismo a quien porta su supuesto emblema, quien mantendrá permanentemente en prueba la eficacia de lo que su asignación le promete, que a quien supone su monopolio por oposición comparativa con quien cree que sabe. Vale decir, en ambos casos, ignoran que no saben y creen saber que no ignoran, aunque de su ignorancia no quieran saber. No sería quizás, demasiado aventurado suponer que, frente al enigma de la sexualidad, el entrampado masculino haya buscado refugio en el ensalzamiento de la razón, como ardid para sortear el compromiso al que ha estado emplazado, aunque este no sea de ningún modo desventajoso en relación con el que haya podido fraguar lo femenino, por ejemplo la sensibilidad, para quien la sexualidad resulta igualmente enigmática.

“Todo deseo de saber es deseo de saber sobre el deseo”, decía Piera Aulagnier, y por mi parte añadiría que del deseo no hay nada que saber. La sexualidad es del orden del deseo y el deseo mueve a desear, aunque sea a desear saber, pero el saber transcurre en contra del deseo, pues lo que quiere es domesticarlo.

Así, lo propio de la masculinidad devino racionalidad, pero una racionalidad situada por encima del deseo que la moviliza y como recurso para domesticarlo; para exorcizarlo. El imperio de la razón, derivó de la razón de un imperio construido como fortificación frente al pasmo ante el enigma, imperio del cual cada masculino singular no sería más que su portavoz, su vocero, valga la homofonía, su “voz cero”, o, como lo dice Seidler: “voz

impersonal”, una voz sin pronunciación; vale decir, sin pronunciamiento personal; voz que secuestra la palabra propia (Seidler, 2000, p. 167).

Con otro sesgo se atribuye al hombre en tanto sexo, la función paterna, soporte de la “ley de prohibición del incesto” aunque, paradójicamente, tendría que ser sostenida por la función materna. Y, si se habla de funciones es, precisamente, porque se hace abstracción del género o personas que tienen a su cargo esas funciones. No obstante, esto constituye otra posibilidad de interrogar a la masculinidad y sin duda ha sido atribuida al varón en tanto los hijos nacen del vientre de la madre mujer. Cabe hacer notar, sin embargo, que las funciones se cumplen también en los casos en los que la pareja parental es homosexual. De este modo la masculinidad no se interroga solamente desde la feminidad, sino desde la función paterna otorgada por la función materna, para separar al hijo y permitirle ser. Si la masculinidad es entendida en este sentido, corresponde a ella demandar que la feminidad le desee esa función y, correlativamente corresponderá a la feminidad desear que la masculinidad le demande ese deseo.

Así expuestas las cosas habría, pues, una multiplicidad enorme de interrogaciones entre los géneros, a los que habría que añadir, a efecto de desechar los lastres centralizantes y normativos que comporta la consideración de tan sólo dos géneros, otras creaciones en la expresión de la sexualidad que complejizan, desde otros lugares, los interrogantes entre ellos. ¿Porqué no pensar en cinco o seis géneros y darles nombre propio a cada uno? De hecho ya lo tienen. Acaso hablar de homosexualidad, bisexualidad y transexualidad, no lastra un exacerbado centralismo que sostiene la primacía de tan sólo dos géneros entendidos biológicamente, y lo demás sólo serían combinaciones de estos. La dimensión biológica de caracterización ha sido evidentemente valiosa para la biología y en ese nivel se plantean sus propios problemas, pero, obviamente, no puede imponerse a otros niveles de caracterización, salvo por un afán de dominio que tiene como horizonte,

como la ciencia toda, el monopolio de la “realidad”. En el caso humano, la realidad, cualquiera que sea el sentido de este término, no se consigna, sino se construye. ¿Qué impide, entonces, considerarlos como cabales géneros por derecho propio? ¿Tendremos que esperar, quizá, a que la ciencia lo avale “demostrando”, como de hecho pretende estarlo haciendo ya, la existencia de genes propios de otra sexualidad que llaman “homosexualidad”? Es bajo la consideración de estas preguntas que adquiere toda su dimensión la ética implícita en los propósitos de la investigación científica y que he tratado de explicitar refiriéndome a la *gen-ética*, que puede traducirse, cabalmente, como “ética del origen”. Una ética que insiste en detentar la posibilidad de conocer y domeñar el deseo con la razón.

Poder sobre el deseo

Considerando las reflexiones que hiciera Foucault, prácticamente a lo largo de toda su obra, en torno a los vínculos entre saber y poder, y retomando lo que anteriormente dije con respecto del deseo y el saber, podemos hacer una transmutación de conceptos y llegar a la siguiente formulación: todo deseo de poder es deseo de poder sobre el deseo.

Si la razón, en su momento, otorgó un supuesto poder de domesticación del deseo, también se erigió en su sustituto. La indiferencia a la mundanalidad del deseo fue signo de virtud. En cualquier caso, saber y deseo parecen estar, si no, del todo en oposición, al menos en registros diferentes, y es el cuerpo —en tanto posesión de antemano enajenada en el supuesto saber de los sacerdotes de la ciencia natural—, lo que habrá de someterse a ese saber.

Esta acotación que podría estimarse banal, no hace sino insistir en la significación que ha tenido el cuerpo en tanto escenario en el que

se consigna el dominio sobre el deseo. En la época de Platón, este afán de dominio era emblema del temperamento de un buen ciudadano. A decir de Alliez y Feher:

la sumisión del cuerpo a una disciplina rigurosa, que doma sus impulsos sin enajenar sus capacidades, responde a una idea de gracia que, en la época clásica, habita al ciudadano libre y activo. El equilibrio de las proporciones del cuerpo, la medida que informa su aspecto externo y movimientos, son otros tantos criterios que reflejan la excelencia ética de quien los respeta. Todo sucede, pues, como si la impresión de armonía producida por un cuerpo gracioso fuese un signo de su temperancia (1991, p. 50).

Se trata entonces, a través de la voluntad y la disciplina regida por la razón, de que el cuerpo y el comportamiento se configuren de modo que expresen la independencia y moderación necesarias a quien ha de hacerse cargo de ejercer una autoridad sobre los demás, “es decir, a dirigir la propia familia así como asumir responsabilidades políticas en el seno de la ciudad” (Foucault, 1978). Si independencia y moderación son los atributos que, desde la antigua Grecia, conceden socialmente cierta autoridad a quienes así lo muestran a través de su imagen corporal y de la moderación de los apetitos, otro tipo de autoridad rebelde es la que se erige profanando los regímenes a los que el saber pretende sujetar al cuerpo. El eje del combate de este juego de sometimientos de unos y desacatos de los otros, se particulariza en la dimensión de la independencia, puesto que esta última exhibe con mayor descaro los valores que sostienen a una cultura simulada.

Disponer de sí mismo, en el cuerpo propio, no es sino la reivindicación de una cabal independencia. Esta disposición, motivada por la “virtuosa” domesticación del sentir, es también propia de la masculinidad, aunque no

deja de estar sujeta a la lógica del dominio como recurso de apropiación. Dice Foucault:

Esta relación con uno mismo constituye el término de la conversión, y el objetivo final de todas las prácticas de uno mismo, pertenece también a una ética del dominio [...] Esa relación se piensa a menudo sobre el modelo jurídico de la posesión: es uno “de sí mismo” es uno suyo [...] *sui iuris* [...] *potestas sui* [...] gozar de uno mismo como de una cosa que está a la vez en posesión de uno y ante sus ojos (1978, p. 65).

El dominio sobre el cuerpo es un modo de gozar de él. Pero este goce no tendría que implicar estar sujeto, sin embargo, a los riesgos y peligros que predicen los discursos que intentan someterlo a sus fueros. El temor al desastroso futuro previsto perturba su apropiación, lo cual implica volverse hacia el pasado y hacer de la historia personal una propiedad imperturbable en ese sentido. “Aquel que ha llegado a tener finalmente acceso a sí mismo es para sí mismo un objeto de placer” (Foucault, 1990) y, por tanto, objeto de deseo. El cuerpo se vuelve, entonces, historia personal del cuerpo, historia subjetiva. No es más una entidad cuya historia ya está escrita en los decálogos que predicen quienes pretenden domeñarlo. De este modo, cuando lo que falta es, precisamente, una historia personal, parece no haber otro recurso que inscribirse en la historia oficial. Nuevamente dice Foucault:

La inquietud de sí está en estrecha correlación con el pensamiento y la práctica de la medicina. [...] hasta el punto de que Plutarco podrá decir al principio de los *Preceptos de salud*, que filosofía y medicina tratan de “un solo y mismo campo”. Disponen en efecto de un juego nacional común cuyo elemento central es el concepto de “pathos”; (*affectus* en latín) que se aplica lo mismo a

la pasión que a la enfermedad física, a la perturbación del cuerpo que al movimiento involuntario del alma (Foucault, 1978, p. 69).

Etimológicamente, de “pathos” deriva pasión y la pasión es dionisiaca, más aún, demoniaca, y oscurece el pensamiento, por tanto, este último es el que debe tomar las riendas de la vida. Pero el pensamiento no es más monopolio de lo masculino. Se tratará ahora entonces, de ceñirlo a los criterios de lo “correcto”, y la ciencia viene en auxilio de la masculinidad amenazada.

Ahora aparecen con mayor claridad a qué se refieren, en la versión neoliberal, las nociones de independencia y moderación que debe exhibir todo buen ciudadano. La primera implica el sometimiento a una historia ya contada, y la segunda a la regulación de los placeres, aunque ahora es la ciencia, como el logos superior cuyos preceptos garantizan la construcción de una historia virtuosa y sana.

Sin embargo, paradójicamente, los discursos de regulación de los cuerpos desdeñan, implícitamente, el atributo natural en el que supuestamente se fundan. Manipulan su anatomía de acuerdo con normas estéticas, modifican su fisiología en favor de su “salud” e, incluso, le trazan una historia en la que sus vicisitudes sean previsibles. Todo ha de darse dentro de las coordenadas que garanticen la lógica del dominio como si fuera el dominio de la lógica. Solamente parece quedar al sujeto hacerse una historia que restituya su cuerpo como territorio propio, dándole, al mismo tiempo, una inscripción en un imaginario que reniega del impersonal goce al que lo sentencia el logos.

Poder y control son los apellidos de esa lógica que no acepta que haya algo que esté fuera de su alcance, pero estos sólo pueden ser ejercidos bajo la égida de un ordenamiento superior independiente, vale decir, supramundano. Las religiones hicieron lo propio, pero la muerte de

Dios pregonada por Nietzsche, no dejaba motivos para diferir el goce. La ciencia, con su régimen de verdades demostradas, acudió en auxilio, pero pronto disputó sus límites con la astucia del deseo que se acomodaba en los estrechos recovecos de sus relativismos e incertidumbres. El Estado y el dinero fueron erigidos, entonces, como dice Eugene Enriquez en los “mitos modernos”, substitutos de los dioses huidos.

En el mundo posmoderno el dinero garantiza el poder y el control como condiciones de la independencia, entendiéndose esta también en su dimensión afectiva y emocional, y en tanto no sujeta a ningún tipo de régimen externo, emblema privilegiado de la masculinidad. Aspiración narcisista exacerbada que porta en sí misma una condena mortífera. Si el deseo significa dependencia de lo deseado, la cabal independencia sería no desear, es decir, la muerte del sujeto.

Debo añadir, para terminar que, no obstante el modo general y hasta abstracto de mi exposición, no he pretendido que se aplique a casos particulares, tan sólo he intentado dimensionar la magnitud de las catástrofes que están en juego cuando estas abstracciones son situadas en lo concreto de la vida cotidiana.

La masculinidad, independientemente del género que la ostente, tiene referentes identificatorios concretos, pero estos no se ciñen al sentido otorgado por el propio nivel de concreción. Lo concreto es la puesta en circunstancia de muchos sentidos que se operan por esa vía.

Por las vicisitudes de un acontecimiento concreto, transcurren significaciones que no son visibles ni generalizables. En los episodios de la vida cotidiana, por más que desde otro ángulo puedan parecer insignificantes, se reivindicán saldos transgeneracionales pendientes, se cumple con exigencias superyóicas, se satisfacen narcisismos, se combate con fantasmas, se buscan otros referentes, etcétera.

Parafraseando a Lacan refiriéndose al juego infantil, “el juego es un asunto demasiado serio para tomárselo a juego”, análogamente, podemos decir que, lo cotidiano es demasiado trascendente para tomárselo como cotidiano. Es el sujeto todo el que está comprometido en cada uno de sus actos, por muy efímeros y puntuales que puedan parecer y aunque él mismo así no lo reconozca. Después de todo, nada está exento de que podamos darle sentido, pues lo humano no se vive, se construye.

Obras consultadas

Alliez, Eric y Michel Feher (1991), “Las reflexiones del alma”, en Michel Feher, Ramona Naddaff y Nadia Tazi, *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, Segunda Parte, Madrid, Taurus.

Foucault, Michel (1987), *Historia de la sexualidad. La inquietud de sí*, vol. 3, Madrid, Siglo XXI.

_____ (1978), *Historia de la sexualidad. El uso de los placeres*, vol. 2, citado por Alliez y Feher, Madrid, Siglo XXI.

Freud, Sigmund (1990), “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos”, en *Obras Completas*, vol. XIX, Buenos Aires, Amorrortu.

_____ (1990), “La feminidad”, *Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis*, 33ª Conferencia, *Obras Completas*, vol. XXII, Buenos Aires, Amorrortu.

Seidler, Victor, J. (2000), *La sinrazón masculina*, México, Paidós-PUEG/UNAM-CIESAS.

Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica

Gloria Luz Rascón Martínez*

*Más de ochocientos un mil personas deambulan
por las ciudades sin hallar empleo, la tasa de desocupación
a mayo del 2004 es 27% superior en un año.*

LA JORNADA, 23 de junio de 2004

Introducción

En este mundo globalizado, un problema central lo constituye hoy en día el desempleo que, como un fenómeno masivo, poco a poco ha venido deteriorando el tejido social a la par que ha fracturado el sentido de vida de los individuos y de las formas tradicionales de la cultura, dejando profundas marcas traumáticas. Una de las aristas de los muchos problemas que ha generado la pérdida del espacio laboral, es el de los cambios sufridos en la identidad de género que suelen desembocar en trastornos emocionales y sociales.

El paradigma patriarcal del género masculino, paulatinamente se ha visto afectado entre otras cosas debido al movimiento de la política económica mundial que, interesado en la producción y la ganancia, se olvida del

* Psicoanalista. Coordinadora de Grupos de Género.

entorno natural y humano, generando un deterioro múltiple en el estado de las cosas; y provoca el derrumbe económico de los países y empresas que repercute en la transformación de las relaciones laborales y en un creciente desempleo que ha terminado de poner en crisis el imaginario de poder masculino. Es así que en el trabajo cotidiano de la clínica psicoanalítica solemos encontrar cada vez con más frecuencia en los varones, la presencia de diversas sintomatologías relacionadas con la depresión, enfermedades psicosomáticas, crisis de angustia, impotencia sexual, todas ellas enlazadas a los cambios de la situación laboral y la pérdida del trabajo.

Es por todo esto que en este trabajo queremos presentar algunas reflexiones acerca del impacto que produce el desempleo en la transformación de las significaciones del trabajo y su repercusión en el sentido de la identidad masculina.

¿Qué pasa con los hombres de hoy?

Fragmento del discurso de una sesión de análisis de “M”, un joven pasante de 24 años:

Me veo sentado cómodamente, mientras miro a mi hermano mayor haciendo cuentas muy angustiado, jalándose los pelos con impotencia, él ha sustituido a mi padre en esto, y veo también a mi madre que en otro cuarto remoja sus pies hinchados después del trabajo y me digo: y tú aquí mi “reina” aplastado descansando, eres un mantenido y todavía los desprecias porque tú tienes una carrera profesional, pero si ellos son los que te mantienen y tú con tu soberbia llevas meses y ni empleo consigues.

Expresiones como esta suelen aparecer en el discurso de los analizados varones, la idea que acompaña al imaginario del poder masculino

en cuanto a que una carrera profesional es el reconocimiento, la autonomía, el dinero, y con frecuencia se ve frustrada; la ironía de “mi reina” nos deja ver la significación relacionada con la postura imaginaria de la feminidad pasiva con la que el paciente se identifica devaluándose con reproche. Por otra parte, la falla de la función paterna del padre que ha abandonado el rol de portador económico esperado de él, es uno más de los elementos críticos que se juega en el imaginario de masculinidad con el que el paciente ha intentado construir su identidad como hombre.

La escucha de tales conflictos nos ha despertado la inquietud por explorar desde la perspectiva del imaginario social, el tema de la identidad masculina vinculada a las significaciones instituidas del poder y trabajo que el modelo económico vigente ha contribuido a poner en tela de juicio.

Empezaremos por ubicar desde el planteamiento de género el concepto de masculinidad, después, tomando la concepción de Cornelius Castoriadis, trataremos de analizar la construcción imaginaria social de las significaciones que hasta ahora sostienen esa identidad, sin dejar de considerar con ello, algunos factores sociales y psicológicos que paralelamente han conducido a la actual crisis de la masculinidad; a manera de testimonios presentaremos algunos fragmentos de la sesión de pacientes, comentarios de terapeutas y notas de periódico, que en su discurso refieren conflictos laborales como parte de una problemática psicológica y social, todos registrados en el mes de junio de 2004, para finalmente ofrecer reflexiones desde el propio imaginario social en su modalidad de instituyente, es decir, desde la imaginación crítica e innovadora que permite formular nuevas significaciones y con ello pensar caminos para hacer frente a la situación vigente en cuanto a la crisis de masculinidad.

Masculinidad y género

Hacia los años cincuenta John Money propuso la acepción “rol de género”, para describir el conjunto de conductas atribuidas a hombres y mujeres; posteriormente Robert Stoller estableció la diferencia entre sexo y género, donde sexo se determina por la diferencia sexual corporal y género se refiere a los significados que cada sociedad atribuye a la diferencia sexual.

En los años ochenta se constituyen ya los llamados estudios de género, referidos a la producción de conocimientos que se ocupan de las significaciones atribuidas a ser hombre o mujer en cada cultura y en cada sujeto. Una idea fundamental que se ha derivado de dichos estudios es que la manera de ser, pensar y sentir de ambos géneros no deriva de una base natural e invariable, sino se debe a la construcción de significaciones sociales y familiares asignadas de modo diferente para hombres y mujeres.

Consideramos entonces el concepto de masculinidad como una construcción social en la que cada grupo asigna una serie de significaciones, las cuales remiten a los valores y formas de ser, de reconocerse y comportarse de cada hombre en su medio social. Estas significaciones parecen actuar como una ley externa que presiona el psiquismo de cada persona a subordinarse a ella; se puede decir que la constitución del sujeto humano y la identidad basada en la diferencia sexual se producen simultáneamente desde el momento en que la criatura asimila activamente el orden simbólico del lenguaje dado en el hacer y decir.

El sometimiento consiste precisamente en esta dependencia fundamental ante un discurso que no hemos elegido pero que, paradójicamente, inicia y sustenta nuestra potencia [...]. La “sujeción” es el proceso de devenir subordinado al poder, así como el proceso de devenir sujeto (Butler, 2001, p. 12).

Sin embargo, cabe advertir que en la dinámica interna del psiquismo existe la posibilidad, durante su proceso de constitución, de reflexionar y dar un sentido propio al aceptar y/o transformar dichas significaciones.

Diferencia y desigualdad de género, poder masculino

Las diferencias de género se han establecido como producto de un largo proceso histórico; mediante su análisis y estudio se ha descubierto la lógica binaria, que basada en argumentos biológicos opera marcando desigualdades y jerarquías, donde los hombres ocupan una posición superior en tanto que las mujeres quedan desvalorizadas. Esta lógica de la diferencia ha dejado a lo largo del proceso una marca en el ordenamiento de la identidad con desigualdad entre los géneros, justificando en cada etapa histórica la segregación femenina, dando a las mujeres un trato menor en la vida social, intelectual, laboral, sexual.

A partir de la Revolución Industrial, la sociedad urbana, especialmente en la clase media y alta, delimita más claramente las diferencias al asignar el espacio público para los hombres y el privado para las mujeres, estableciendo al mismo tiempo dos áreas de poder: para los hombres la posición activa, el poder físico, racional y económico de la vida en el trabajo, los negocios, la política, y para las mujeres la posición pasiva que sólo tiene el poder de los afectos en la vida de familia, haciendo invisible el trabajo de casa.

En contraste, la respuesta compuesta por los estudios de género, parte del supuesto contrario; es decir, que nada en la constitución física de los seres humanos autoriza la dominación de unos sobre otros [...], no tienen porqué implicar ni la desigualdad social, ni la asignación de roles (Serret, 2001, p. 16).

Desde este orden se comenzó a cuestionar el imaginario de la superioridad masculina y la influencia de la cultura patriarcal que ha determinado sus modos de pensar, sentir y actuar en términos del ejercicio de un poder sobre los otros. La repercusión social dada por los cambios en el proceso histórico de las políticas económicas, junto con los cuestionamientos emitidos por los estudios de género, han puesto en tela de juicio la idea de superioridad, el ejercicio de poder y dominio así como la realización plena de la posibilidad de ser hombres, provocando una repercusión considerable en la estabilidad emocional al poner en crisis las significaciones que sostienen la identidad masculina.

Testimonio de “M”, pedagoga y terapeuta sexual:

Día a día me sorprende el aumento de disfunción eréctil como problema de mis consultantes, pero más el que es referencia obligada la pérdida del trabajo como desencadenante.

Este comentario sugiere que la pérdida o alteración del espacio laboral como lugar de poder deviene en conflicto personal, afectando la sexualidad. Dado que consideramos a las significaciones el elemento que fundamenta la idea de las diferencias de género establecidas, nos apoyaremos para su análisis en los conceptos que al respecto del *imaginario social* nos ofrece el filósofo, psicoanalista y político Cornelius Castoriadis.

Masculinidad e imaginario social

Castoriadis nos proporciona con el concepto de *imaginario social* una herramienta valiosa para la comprensión de las significaciones que se construyen en la sociedad y que orientan a manera de normas, leyes, creencias, los

modos de pensar ser y actuar de los individuos, a partir de las instituciones que organizan a la sociedad. Es imaginario porque las significaciones se originan como un flujo espontáneo en el proceso histórico de la sociedad, es decir, son una “creación” de la imaginación colectiva, que sirve para dar unidad y orden al grupo.

Las *significaciones* imaginarias dan sentido, validez y explicación a las cosas y modos de ser, forman el fundamento de las instituciones que guían a la sociedad, como son la familia, la escuela, la iglesia y el Estado.

Las significaciones imaginarias de la masculinidad se organizaron en la cultura patriarcal, la cual fundamenta la lógica de la diferencia sexual en principios: *a)* biólogos, que suponen que del cuerpo del varón y sus hormonas (testosterona) se derivan instintos como la agresividad, la sexualidad, la fuerza, el impulso de lucha; *b)* en el criterio esencialista, que supone la existencia de algo sustancial e inmutable como el poder y dominio en el ser hombre; y *c)* los criterios que niegan el proceso histórico de los cambios de la subjetividad y la posición social en el ámbito político, económico y social. Con estos argumentos se avalan desde tiempos inmemoriales el ejercicio del poder y la superioridad del hombre sobre las mujeres, de lo cual resulta la distribución social de los roles.

La jerarquía de los hombres sustentada bajo las significaciones imaginarias de más fuertes, valientes, responsables, inteligentes, racionales, creadores, según la tradición occidental encauzan la subjetividad masculina principalmente sobre los valores de la fuerza y la razón, de esa manera se ven llevados a reprimir las expresiones de sensibilidad, amor y ternura para evadir la debilidad y no distraer el pensamiento, haciendo una división cuerpo mente.

Así, se producen razonamientos del tipo: las mujeres, que por naturaleza son más emotivas, pasivas y sensibles que los hombres, resultan más aptas para las

artes, el espacio privado y la educación de los hijos que aquellos quienes en contraste, están orientados por su genética a la agresividad, la inteligencia, la dureza, etcétera, cualidades que los hacen competentes para mandar y manejarse en el mundo público (Serret, 2001, p. 15).

Estos atributos, que sostienen la significación imaginaria de la masculinidad, obligan a los hombres a sostener en forma permanente posiciones ideales de poder y autoridad tanto en el mundo privado como en el público, el cual arbitrariamente se ha asignado como “su territorio”, donde despliegan su subjetividad principalmente en la esfera laboral, convirtiéndose tal significación en una imposición que los determina y delimita en la forma de pensar y de ser. Así, al perder cualquiera de esos atributos y su realización en el espacio público deja al hombre fuera de su territorio y de la posición de poder, colocando en entredicho su masculinidad.

Testimonio de “P”, psicoanalista:

Vengo de un velorio, el papá de mi paciente X se suicidó ayer, dándose un tiro en la cabeza, tenía 50 años, me parece que no pudo soportar la pérdida de su empleo como alto funcionario de una empresa en la cual empezó a trabajar a los 17 años, hizo carrera desde abajo, y de pronto ya no tenía nada, tal vez puso ahí toda su vida.

El sujeto busca los signos de su existencia fuera de sí, en un discurso que es al mismo tiempo dominante e indiferente dentro del sometimiento el precio de la existencia es la subordinación (Butler, 2001, p. 31).

Resulta que la sujeción forma parte de la constitución y socialización de los sujetos. La sociedad mediante sus instituciones impone un ideal de ser hombre lo cual implica identificarse con un padre ideal, un ser poderoso, importante, exitoso, por lo tanto deseado y temido a la vez, ya

que alcanzar la imagen del padre requiere ser duro, violento, arriesgado, poniéndolo entonces en competencia con su propio ideal. Esto lo coloca en una situación de conflicto, pues por un lado hay que superar al padre idealizado para demostrar el poder y alcanzar sus metas, por otro, resulta doloroso descubrir que no siempre el padre alcanza esa imagen ideal. Este conflicto Freud lo ubica entre los problemas de los que fracasan al triunfar.

Testimonio de “V”, paciente de 42 años:

Mi padre fue un tipo duro con sus diez hijos, si fuera por él yo no hubiera hecho mi carrera, quería que le ayudara y me quedara en su negocio, que finalmente quebró, creo que soy como él, él tiene miedo al éxito. Actualmente estoy estancado en mi trabajo, sé que puedo avanzar pero por mis conflictos ahí me quedo.

Observamos que el sujeto se forma en la subordinación al hacer suyas las normas, las significaciones imaginarias de masculinidad, las cuales al operar bajo la lógica de la desigualdad parecen colocar a los hombres en situación de superioridad en relación a las mujeres y en apariencia les han dado mayor libertad y ejercicio del poder, sin embargo, podemos observar que de fondo en realidad se les impone: reprimir los afectos, se les limita a una postura permanente de fuerza y poder, con ello se pone en conflicto el vínculo con el padre y su propia función paterna, además se delimitan sus acciones de valor al espacio público, centradas principalmente en el trabajo. Todo ello nos conduce a interrogar la validez de tales significaciones, así como la significación de la masculinidad.

El problema, nos dice Castoriadis, es que en el proceso histórico las instituciones adoptan una posición determinista, rígida, imponiendo las significaciones como leyes naturales e incuestionables que ponen a los individuos al servicio y adaptación absoluta de las mismas, así lo que

en su inicio fue una creación imaginaria colectiva para tratar de responder a las necesidades humanas, se torna en contra del individuo.

Masculinidad, trabajo y alienación

La sociedad en su proceso histórico tiene cambios políticos y económicos que van transformando las significaciones del trabajo y a la vez, el sentido y los valores de la masculinidad; de ello nos dice Burin y Meler:

Los valores de la masculinidad que encarna el padre y que eran típicos de la era preindustrial, tales como el honor y la fuerza física, se transforman en valores de éxito, el logro económico y el ejercicio de un trabajo que justifique su alejamiento de la intimidad familiar y doméstica, a partir de la sociedad industrial (Burin y Meler, 2000, p. 137).

La sociedad industrializada poco a poco fue incorporando a los trabajadores del campo, a los artesanos, junto con los técnicos y profesionales; así el trabajo personal cambió su sentido de apropiación del espacio, las herramientas, la creatividad, para convertirse en empleo, es decir, en dar un servicio a las órdenes de otro. Son entonces las fábricas, las industrias, dueñas del espacio, la maquinaria, las herramientas, así como de la iniciativa y la autoridad sobre los empleados, a quienes se impone la competencia, el éxito y la producción como valores. Ese espacio laboral generó dos caminos, uno hacia la formación del hombre ejecutivo de éxito, o bien el empleado u obrero altamente burocratizado, pero ambos tenían que aceptar las condiciones laborales impuestas bajo una postura de sometimiento a las leyes de la empresa; así el poder no está en ellos sino en manos de la empresa, por lo que se ven obligados a reprimir su capacidad crítica, su iniciativa,

sus sentimientos hostiles y de frustración. Entonces ese lugar laboral que parecía asignado para ejercer el poder y la fuerza se convierte en un lugar de sometimiento y frustración, con la única compensación de mantener un cierto nivel económico para satisfacer las necesidades familiares y las de consumo que promueve la sociedad capitalista.

El capitalismo, el liberalismo y el movimiento revolucionario clásico comparten el imaginario del progreso y la creencia en que la potencia material y técnica, como tal, es la causa o condición decisiva para la felicidad o la emancipación humana (Castoriadis, 1990, p. 18).

Bajo este orden las personas quedan alienadas bajo lo impersonal de los mecanismos institucionales, pierden su discurso y se modelan vía la educación y el lenguaje, casi de manera natural bajo el orden establecido, así, el imaginario social pasa de la posición de creación en beneficio del grupo social, a imaginario instituido determinado y determinante que fija las leyes e incluso prohíbe su cambio. En la alienación, el discurso de la autoridad de la institución domina al sujeto, habla por él, lo controla bajo las significaciones imaginarias, a tal grado que llega a tomarse por lo que no es, y vive lo imaginario en forma más real que lo real, como natural. Este estado de enajenación en general es desconocido por los sujetos que lo aceptan sin tener conciencia de ello.

Así, posteriormente en el proceso histórico, nos encontramos con el cambio de las viejas fábricas hacia los complejos industriales, y la automatización y el tratamiento electrónico que iban a transformar la labor industrial, repetitiva y alienante, en una posibilidad de expresión y creatividad. Pero no sucedió así, las nuevas tecnologías quedaron en manos de pequeños grupos, y para el resto de los trabajadores el rendimiento y ritmo laboral se someten a un control mecánico e impersonal; en este ámbito el

empleo avanza hacia la decadencia, siendo cada vez más difíciles las oportunidades de trabajo, con la consecuente pérdida de derechos laborales y de remuneraciones justas, afectando aún más la posición de fuerza y poder de los trabajadores, en particular de los varones.

Hacia la década de los noventa las alteraciones de la economía repercuten en diferentes países provocando la quiebra de un gran número de bancos, empresas, industrias; el desempleo hace su aparición a nivel mundial, provocando incluso el éxodo de masas de trabajadores del campo, de la industria e incluso de profesionales indocumentados en busca de oportunidades de trabajo hacia otros ámbitos. La sociedad cada vez ofrece menos posibilidades de bienestar y oportunidades a todos sus miembros; esto ha provocado una repercusión severa en los problemas de desintegración familiar, social, y en particular aumentó el malestar y conflicto al quedar alterados aún más los espacios y valores asignados a la masculinidad.

Testimonio de “P”, estudiante de universidad de 21 años:

Después de 30 años mi papá perdió el trabajo, porque la empresa se acabó y ni siquiera le dieron liquidación, con sólo la primaria y 44 años terminó de chofer de taxi; antes todo era muy estable, nuestra familia era la mejor y todo eso se acabó, desde entonces en la casa nadie puede enojarse y yo tuve que empezar a trabajar para ayudar a la familia, eso me hace menos que mis compañeros y me enoja porque ellos tienen más tiempo para estudiar y divertirse.

Pero además, para preservarse, las instituciones ocultan, niegan y reprimen al individuo su papel activo en la posibilidad del cambio, de una transformación de lo dado que responda nuevamente a sus necesidades, ya que atribuyen el origen del orden y las leyes a algo más allá de lo humano, los dioses, la naturaleza, los mitos, el estado, la costumbre.

Se trata de que las instituciones están ahí [...] para poner en todo instante topes y obstáculos, canalizar las aguas en una única dirección, obrando a fin de cuentas con severidad contra lo que podría manifestarse como autonomía (Castoriadis, 1988, p. 187).

De cómo resistir y no morir en el intento

Siguiendo la breve presentación que hemos hecho podemos observar que la crisis de masculinidad remonta su origen en la misma constitución psíquica y de identidad que llevan implícito el sometimiento a las normas y valores establecidos, para poder acceder al lugar de sujeto social y no divagar en el delirio y la alucinación de la psicosis. La adaptación a las normas hace al sujeto presa fácil del imaginario de masculinidad que lo determina hacia formas preestablecidas de ser en la sociedad, encadenándolo a situaciones de alienación fomentadas por las instituciones, a su vez dominadas por los intereses de las políticas económicas vigentes.

En este sentido de alienación y sometimiento, el psicoanálisis ha insistido en que el sujeto lleva en su propia psique, en el inconsciente, la semilla que se resiste a las exigencias normativas.

Todo aquello que se resiste a las exigencias normativas por las cuales se instituyen los sujetos permanece inconsciente. La psique, por tanto, que engloba al inconsciente, es muy distinta del sujeto: es precisamente lo que desborda los efectos encarceladores de la existencia discursiva de habitar una identidad coherente, de convertirse en sujeto coherente (Butler, 2001, p. 98).

Castoriadis considera que el reto social e individual es la recuperación de esa capacidad psíquica para interrogar y revisar lo ya determinado para

generar algo nuevo, es decir, nos invita a luchar contra la alienación y recuperar lo que él llama *imaginario radical*, el cual se refiere a la capacidad de creación, imaginación, autonomía, que permite cuestionar lo establecido para dar origen a lo que no está, renovando el significado de lo anterior.

En el ser por hacerse emerge lo imaginario radical como alteridad y como origen perpetuo de alteridad [...], es creación de imágenes que son lo que son [...] en tanto figuraciones de significaciones o de sentido (Castoriadis, 1988, p. 327).

En esta tónica podemos pensar en la importancia de analizar las significaciones de género que originan el problema de las relaciones de jerarquía y poder entre los géneros, así como la significación arbitraria que se le ha dado al trabajo, quitándole valor en el mundo familiar, y enajenándolo en el mundo público, para responder más a necesidades de imagen y de consumo que a las auténticas necesidades humanas, aspectos que influyen en la actual crisis laboral y de identidad.

Burin y Meler nos dicen en relación con la subjetividad, que el concepto de “crisis” tiene dos acepciones:

por una parte consiste en el sentimiento de ruptura de una condición de equilibrio anterior, acompañada de una sensación subjetiva de padecimiento; por otra, comprende la posibilidad de ubicarse como sujeto activo, crítico, de aquel equilibrio anterior (Burin y Meler, 2000, p. 123).

La concepción de Castoriadis respecto a la capacidad de imaginación creadora nos permite pensar que la ruptura con lo establecido, implica tomar conciencia de que son los miembros de la sociedad los que crean las significaciones y organizan las leyes, y que por lo tanto tienen el poder para

cambiar el sentido de lo determinado y recuperar la *autonomía política* en la que se inserta la *autonomía individual*; uno de los caminos para alcanzar la toma de conciencia es la formación de los sujetos en una actitud crítica, de constante interrogación del otro y de sí mismo. Es necesario interrogar por un lado la determinación de los paradigmas patriarcales en este caso acerca de las significaciones imaginarias de la masculinidad, ir más allá del esencialismo biologista y el estructuralismo histórico que las fundamenta y que han ayudado a perpetuar las formas de poder, dominio y creencia en la superioridad de lo masculino sobre lo femenino, por otra parte interrogar los valores, normas mitos que apuntalan a la política socioeconómica de nuestra época.

Foucault (1997) nos dice que hoy en día, más que descubrirnos hay que refutar lo que somos, pues es más importante imaginar y desarrollar lo que podríamos ser, para superar el callejón político sin salida de la época actual. Lo importante no es liberarnos del Estado y sus instituciones, sino de las formas de vida y del tipo de individuos que genera, hay que promover nuevas formas de subjetividad rechazando las que se han impuesto durante siglos.

Habría que empezar por delinear un sentido crítico de la cultura patriarcal y reflexionar acerca de que no existe un sólo modelo humano; interrogar las significaciones establecidas en las diferencias de género y pensar que las normas establecidas a las que hombres y mujeres se tienen que ajustar para definir su identidad y por lo tanto sus modos de ser, pensar y actuar en sociedad, pueden ser interrogadas y transformadas; de ese modo al interrogar sus formas de vida pueden identificar de una nueva manera sus necesidades y deseos, replanteando las significaciones del poder, del trabajo dentro y fuera del espacio público.

Una revisión del imaginario de género instituido permitiría destituir la actual división arbitraria de razón para los hombres, afectividad para las mujeres, reconocer la necesidad afectiva que es inherente a lo humano y

que no tiene división de género; al respecto Victor Seidler, filósofo británico estudioso de la problemática de la masculinidad, citado por Burin y Meler nos dice:

dejar de asumir que “son los demás” (mujeres y niños) quienes tienen necesidades emocionales y que “nosotros no las tenemos”, porque eso los lleva a suponer que ellos no necesitan nada, que quienes reclaman afecto son las/los otros (Burin y Meler, 2000, p. 143).

Reconocer los sentimientos (ante sí mismo y ante los otros), da lugar para reflexionar en ellos, ubicar el significado a que están ligados y poner en palabras el malestar que causa la debilidad, la impotencia, la vergüenza, la frustración que se experimentan ante la dificultad de resolver de manera ideal los problemas y conflictos cotidianos, esto da lugar a enfrentar la situación deslindando el peso de la significación y tomar iniciativas de una manera más libre y espontánea.

Es necesario que los hombres realicen cambios en las significaciones de género que permitan formular nuevas formas de ser y actuar en el interior del hogar, en los vínculos conyugales y familiares y en su desarrollo social y político, que formen parte de la subjetividad masculina en el trabajo de amar y cuidar de sí mismo y de los otros.

En el caso de los conflictos laborales, poder pensar y hablar del malestar que produce la sensación de fracaso, humillación e impotencia, puede permitir analizar el sentido interno que dan los valores que avalan las expectativas por las cuales se ve obligado a cubrir y que forman parte de su conflicto y con ello enfrentar el problema de una manera diferente e incluso considerar el plano político del mismo. Es fundamental analizar, especialmente en las clases económicas medias y altas, la imposición permanente de los valores que entre otras cosas han centrado en el trabajo

el medio fundamental para ganar dinero, obtener éxito y adquirir los objetos y situaciones mediante los cuales, según el orden cultural, obtienen prestigio y poder en lo social, que incluso las ha alejado de los vínculos afectivos familiares y de la función paterna.

Para el resurgimiento del proyecto de autonomía, se requieren nuevos objetivos políticos y nuevas actitudes humanas, de lo que ahora los signos son escasos (Castoriadis, 1990, p. 20).

Reflexiones finales

Este trabajo representa un intento inicial de plantear algunas líneas de reflexión acerca de la crisis de masculinidad que se ha acentuado con la actual crisis de empleo, y pone en la mesa de discusión el imaginario de la jerarquía masculina vinculada al trabajo público. La alteración de lo que da sustento al logro de tal imaginario ha alcanzado el grado de enfermar física y psicológicamente a los sujetos, provocando además serios trastornos en la dinámica familiar.

Son varios los elementos que en su conjunto han contribuido a debilitar el sentido de la masculinidad impuesta por la cultura patriarcal, desde los estudios de género que cuestionan la desigualdad, las aportaciones psicoanalíticas en cuanto a la resistencia e imaginación creadora que enfrentan la imposición normativa, las fallas de la función paterna que deterioran la imagen masculina idealizada, las fallas de la función del Estado que con sus políticas ha roto la estabilidad mundial; todo eso en su conjunto, ha roto el sostén de la masculinidad instituida. El desempleo entonces ha sido uno de los factores que termina de poner en crisis lo que ya venía resquebrajándose en relación a las significaciones de la masculinidad, pero esta crisis, como

lo mencionan Burin y Meler, abre el camino que si bien cubierto de desesperanza, conflicto, angustia y a veces de muerte, también permite llevar a la discusión y análisis los valores que imponen las instituciones y la pasividad que adoptan ante ellas los sujetos.

Esta crisis nos invita a interrogarnos, a conocer las significaciones y las instituciones que la sustentan; así como a salir del conformismo, rescatando la autonomía y el poder de la imaginación, de la creación, de la equidad y de la participación colectiva. Esto no debe quedar en simple reflexión o posible utopía, ya que en la actualidad contamos con ejemplos vivos de la lucha por la toma de conciencia y los cambios de sentido y acción en lo social, prueba de ello son los movimientos de las y los desempleados: “Los Piqueteros” en Argentina, la organización de lucha permanente y organización social de los y las indígenas zapatistas de Chiapas México, el ejemplar movimiento de los trabajadores de la fábrica de refrescos Pascual, que con años de lucha lograron integrar una cooperativa y, que valga como referencia, fragmentos de una nota del periódico *La Jornada* del 25 de junio del 2004:

La sociedad cooperativa Pascual entregó una propuesta de reformas a las leyes del Impuesto Sobre la Renta y de Sociedades Cooperativas para que las empresas administradas por los propios trabajadores puedan deducir pago de impuesto [...].

Esperamos que la corte resuelva a nuestro favor, que considere el objeto social de la cooperativa, que es muy importante, porque genera 6 mil 100 empleos y es una de las más exitosas.

Obras consultadas

Burin, Mabel e Irene Meler (2000), *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós.

————— y Emilce dio Bleichmar (1996), *Género, psicoanálisis, subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.

Butler, Judith (2001), *Mecanismos psíquicos del poder*, Madrid, Cátedra.

Castoriadis, Cornelius (1990), *El mundo fragmentado*, Buenos Aires, Altamira.

————— (1988), *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Gedisa, vols. I y II.

Foucault, Michel (1997), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI.

Serret, Estela (2001), *El género y lo simbólico. La constitución imaginaria de la identidad femenina*, México, UAM-A.

III

Algunas repercusiones de los cambios en el panorama laboral sobre diferentes ámbitos

Subjetividad y trabajo en la crisis de la modernidad*

Irene Meler**

Introducción

Este trabajo fue escrito con base en la experiencia vivida durante la grave crisis económica y social que afectó a Argentina durante los años 2001 y 2002. La fragilidad de las inserciones sociales que se creían estables generó gran sufrimiento subjetivo, que se tradujo en patologías orgánicas, accidentes o actos impulsivos de diversa índole y en los casos más favorables, en síntomas de padecimiento emocional. A continuación expondré algunas reflexiones sobre la forma en que se articula la subjetividad de cada periodo histórico con las condiciones políticas, sociales y económicas que prevalecen. También aportaré observaciones clínicas registradas en mi tarea como psicoanalista, que dan cuenta de las relaciones que existen entre las transformaciones sociales contemporáneas y el sistema de géneros.

* Este trabajo fue presentado en el Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, el 25 de abril de 2002.

** Doctorada en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES).

La modernidad en crisis

Podemos caracterizar al periodo actual como una crisis de la modernidad, debido a que algunas de las representaciones y valores que organizaron la mentalidad colectiva durante los tiempos modernos, hoy parecen estar amenazados a desaparecer.

Recordemos que la primera revolución tecnológica se realizó merced a un espíritu de época que reemplazó el fatalismo y el sometimiento a una supuesta voluntad divina que caracterizaron al Medioevo y al antiguo régimen, por la creencia en la capacidad de cada sujeto para generar de forma activa, respuestas ante las dificultades de la existencia.

Las transformaciones tecnológicas y su impacto en el orden económico, han sido solidarias de una modificación política que involucró las subjetividades. El autoritarismo de los regímenes estamentarios implicó una postura despótica por parte de los sectores dominantes y el sometimiento de los dominados. Como contrapartida a ese orden simbólico, el naciente sujeto moderno se consideró a sí mismo como artífice de su destino, y fue a partir de ese proceso de empoderamiento que pudo plantearse interrogantes acerca de cómo controlar las fuerzas de la naturaleza y así generar mejores condiciones de vida. Sin embargo, esta transformación social también inauguró formas novedosas de explotación, en donde las familias rurales que emigraron hacia las ciudades o los centros mineros fueron prácticamente destruidas como tales, en función del trabajo femenino e infantil que continuó en el nuevo contexto —antigua modalidad campesina de participación familiar en las tareas productivas— bajo la supervisión del jefe de familia (Balbo, 1976). Pero la acumulación capitalista finalmente devolvió a las mujeres a sus hogares, de los que volvieron a salir más adelante ya en mejores condiciones, y permitió dejar atrás, al menos en los sectores desarrollados, el trabajo infantil. Occidente

conoció una mayor prosperidad, que en los países avanzados se derramó por un tiempo, hacia los sectores menos calificados. Correlativamente se difundió la mentalidad igualitarista generada en la fallida Revolución Francesa: todos los seres humanos eran en principio, nacidos libres e iguales.

Así fue como las mujeres, un colectivo social subordinado durante siglos, bajo una caución naturalista, aspiraron a una ciudadanía plena y a una paridad en la familia que aún no se logró totalmente pero respecto de la cual hemos disfrutado de avances significativos. Si no fue posible instalar una democratización efectiva al menos la ideología “igualitarista” se instaló y gozó de consenso.

Sin embargo, en la actualidad las murallas de Occidente se están estrechando y muchos que creyeron estar incluidos, ven con dolor que van quedando afuera, entre el número creciente de aquellos que miran con envidia el festín de unos pocos y padecen formas contemporáneas de exclusión, de explotación y hasta de esclavitud. Esta situación resulta particularmente intolerable por que implica un retroceso en el proceso de democratización. La democratización política y económica supone el desarrollo de representaciones sociales que brindan legitimidad a la ciudadanía universal, o sea que permite sostener como ideal que pobres, ricos, varones, mujeres, jóvenes, viejos, nativos y extranjeros, compartan similares derechos humanos.

La revolución tecnológica ha sido excesivamente exitosa por el momento, y en ese éxito paradójico radica su fracaso. Las máquinas capaces de suplir el trabajo humano sólo pueden ser adquiridas por unos pocos, los sujetos o los grupos que han acumulado capital suficiente como para poseerlas. El paraíso prometido, que consistía en consumir objetos en cantidad y calidad creciente, se transforma en la pesadilla de un mundo que se asemeja a una “vidriera tentadora” exhibida ante una

multitud careciente. Los nuevos amos aprendieron pronto a no acumular *stocks*, y bajo la sofisticada denominación del *just in time*, se promovió una forma de producción que crea sobre pedido partidas diferenciadas de productos exclusivos, destinados para los pocos que los pueden adquirir. Cuando se acumulaban mercancías, esto ocurría debido al supuesto de que una producción masiva y accesible se vendería para satisfacer las necesidades y deseos de un colectivo social ampliado. Pero hoy son cada vez menos los que acceden a los distintos círculos del paraíso del consumo diferenciado.

En lo que hace al sistema productivo y al régimen laboral, en lugar de que las nuevas tecnologías facilitaran crear jornadas de trabajo más breves, lo que podría garantizar la paridad de las mujeres y asegurar los cuidados parentales necesarios para los niños, estamos asistiendo a una polarización donde muchos sujetos están forzosamente inactivos y excluidos del consumo más elemental, mientras que otros padecen la superocupación del régimen empresarial *full life*, o sea que entregan su vida a la empresa. También hay quienes se debaten entre situaciones de subempleo y multiempleo, que finalmente requieren también la dedicación de toda su energía vital. En los sectores subdesarrollados, el taylorismo, la organización científica del trabajo, o sea esa metodología fabril fragmentada que fue satirizada por Charles Chaplin en *Tiempos modernos*, continúa teniendo vigencia. Es decir que, mientras los sectores más calificados integran los círculos de control de calidad, lo que los habilita para tener una visión más amplia del proceso de producción; las mujeres jóvenes y los varones poco educados que viven en países pobres pueden optar entre la desocupación, la subsistencia rural premoderna, o la inserción en estructuras productivas que no los califican y los agotan en un contexto de inseguridad y falta de perspectivas de progreso (Hirata y Kergoat, 1997).

Libres de la tutela eclesiástica y de la tiranía del soberano, clamamos en el desierto por un “buen amo”, que se hace difícil de encontrar. Las corporaciones que en la actualidad controlan las economías, sostienen la prosperidad capitalista recurriendo a técnicas medievales. En los países no desarrollados, se utiliza el autoritarismo político y la pobreza ancestral para someter a su población a condiciones agobiantes de trabajo. Buena parte de quienes logran el dudoso privilegio de integrar esa fuerza laboral son mujeres jóvenes, elegidas en virtud de su mayor docilidad, y de ciertas capacidades relativas a la motricidad fina que las tornan aptas para el trabajo en las industrias microelectrónicas (Roldán y Benería, 1987).

Sometidas a *test* de embarazo periódico, pierden su trabajo si esperan un hijo. No se les permite ir al baño en horarios laborales y en algunos casos orinan en bolsas de plástico en su mismo lugar de trabajo. La flexibilidad, que parecía prometer mejores condiciones laborales para las madres de niños pequeños, se traduce en una asignación fluctuante e imprevisible de horarios, de acuerdo con la demanda de producción, que somete a estas trabajadoras a periodos de inactividad no remunerada, que alternan con otros donde se agotan en jornadas interminables, y todo esto hace incompatible el trabajo y la familia. A esa situación se agrega la precariedad de una existencia sin posibilidad de proyecto. En cualquier momento los capitales concentrados migran, desmantelando las estructuras productivas y dejando al país que los alojó sin capacidad instalada para el desarrollo y con su medio ambiente en muchos casos depredado.

Naomi Klein (2000) nos hizo conocer los movimientos sociales de los países desarrollados que denuncian estas metodologías de super-explotación y de connivencia con regímenes autoritarios por parte de las grandes corporaciones, los nuevos dueños del mundo. En última instancia, se trata de los límites del capitalismo. Ya en la década de los ochenta, Claude Meillassoux, un antropólogo marxista, autor de la conocida obra *Mujeres*,

graneros y capitales (1984), planteó que el modo de producción capitalista se sustenta y apoya en formas no capitalistas de producción, que son las que genera la unidad doméstica. La semejanza entre el trabajo no remunerado de las esposas y el trabajo obtenido en condiciones de superexplotación en los países pobres y autoritarios, resulta clara, y nos muestra la alianza que se plantea entre los reclamos por la paridad entre los géneros y la creciente conciencia acerca de la inequidad del capitalismo avanzado.

Las feministas liberales (Friedan, 1981), consideran que la condición de las mujeres ha mejorado en las sociedades desarrolladas y que basta con seguir el sendero del desarrollo económico y del perfeccionamiento de la democracia para lograr la igualdad de derechos entre los géneros. La acción política feminista se limitaría según esta corriente de pensamiento, a hacer *lobby* en defensa de los intereses específicos del colectivo de las mujeres, para que no queden relegadas en el proceso de modernización. Sin embargo, la comprobación de que el capital usufructúa todas las diferencias sociales con el fin de maximizar sus beneficios, y que las mujeres jóvenes y los niños son víctimas de formas postmodernas de esclavitud, arroja dudas acerca de esta visión optimista de un desarrollo para todos.

Si elevamos más todavía el nivel de abstracción de este planteo, la pregunta acerca de los límites del capitalismo se puede formular como interrogantes acerca de la índole de las relaciones de poder. Podemos preguntarnos cuál es la diferencia entre formas de acumulación y delegación de poder que generan liderazgos instrumentales y que garantizan la paz entre los grupos humanos y otras modalidades que resultan opresivas y que en lugar de promover el interés general, potencian la inequidad y la polarización social. Esta pregunta tiene especial actualidad en un periodo de crisis donde la legitimidad de las instituciones políticas está en entredicho y se intenta gestar contratos alternativos que brinden algunas garantías para los intercambios sociales.

El malestar contemporáneo y el sistema de géneros

Aunque podría parecer que este planteamiento se relaciona más con cuestiones vinculadas a la estratificación social que a las relaciones de género, aparecen nexos entre la condición social de mujeres y varones, y sus modalidades específicas de malestar en la cultura, con los procesos tecnológicos, económicos y políticos que nos conmueven en la actualidad.

Por un lado, las mujeres jóvenes constituyen uno de los sectores más desfavorecidos, ya que suelen estar empleadas en sectores tradicionales de la economía en donde no tienen posibilidad de progreso. Por el otro, la cuestión de la ética subyace a todo pacto social posible, y es la ética masculina, hegemónica en el ámbito público, la que ha revelado sus aspectos antes desmentidos y hoy siniestros. Lo que se presentó como un acuerdo entre partes, donde se procuraba el beneficio general, fue develado como una brutal pugna entre sectores, donde hay relaciones de despojo y exacción. En el libro *Varones. Género y subjetividad masculina* (Burin y Meler, 2000), dediqué un capítulo a la discusión del Super Yo masculino, donde cuestioné la caracterización freudiana acerca de un Super Yo masculino abstracto, impersonal y sometido al reconocimiento de una legalidad general, contrapuesto a un Super Yo femenino constituido en el ámbito privado, más dispuesto a hacer excepciones y a transgredir la ley de acuerdo con los afectos involucrados. En esa ocasión destacué que la legalidad abstracta, característica de la mentalidad masculina hegemónica, tiende a encubrir la mortífera rivalidad narcisista. El semejante, que es percibido como rival, tiene como destino la aniquilación o el sometimiento. Esa es la lógica confrontativa, propia del darwinismo social.

En la actualidad, merced a la crisis mundial, surgen tendencias que buscan integrar dos aspiraciones que es difícil hacer compatibles, más allá de lo declarativo: la igualdad y la libertad. Sin la búsqueda de la equidad,

una versión contemporánea del ideal igualitarista, la libertad se asemeja a la del Zorro en el gallinero. Sin el resguardo de la iniciativa de los sujetos, el Gran Hermano vigila.

Es por ese motivo que existe una búsqueda de nuevos acuerdos éticos, que considero deberán integrar las experiencias sociales y subjetivas disímiles de mujeres y varones. El respeto por las libertades individuales debe hacerse compatible con el cuidado de los más débiles, para permitirles crecer e interactuar sólo entonces, bajo la misma ley. Recordemos la perspectiva que Amartya Sen —un autor hindú, al que le fue otorgado el Premio Nobel en Economía— (Iguíñiz Echeverría, 1998) propone acerca del desarrollo. Considera que un indicador confiable es la capacidad humana que genera, es decir, que debemos evaluar si los sujetos económicos emergen de los procesos productivos con un aumento de su capacitación o por el contrario, si el trabajo los despoja de su energía y los empobrece emocional y cognitivamente.

Una vez planteada una perspectiva de género en lo que hace a la crisis y reestructuración de la mentalidad colectiva, pasará a describir algunos avatares subjetivos que me fue posible observar en un contexto de desempleo, parálisis económica y recesión.¹ Son algunas observaciones que aspiran a estimular una reflexión que permita ensayar el develamiento de los complejos nexos entre la subjetividad y el contexto socioeconómico y cultural.

La claudicación de los varones o una feminización anhelada

Hace poco tiempo un varón de edad madura y clase media me sorprendió con el siguiente comentario: “Yo estoy con muy poco *laburo*² en este

¹ Tal fue la situación argentina entre el año 2001 y el 2002.

² Expresión de origen italiano que integra el dialecto porteño; significa trabajo.

momento. El otro día, despedí como de costumbre a mi mujer que se iba a trabajar temprano. En ese momento pensé: ‘Si yo encontrara un buen proveedor, un tipo que aporte para las necesidades de la casa, la verdad es que agarro, acepto el contrato’”.

Lo que sorprende de esa declaración o expresión de deseos, es que hasta ahora, el rol femenino fue descrito como la situación más temida por los hombres. Que tal como lo relatan los expertos sobre masculinidad, deben demostrar que no son mujeres, ni bebés, ni homosexuales para reafirmar su virilidad. ¿Qué explicación podemos ofrecer entonces para esta postura expresada por un hombre masculino en el sentido convencional del término y tan homosexual como cualquier otro, pero para nada consciente de deseos homoeróticos? Mi hipótesis es, que la falta de trabajo es experimentada como una situación de pérdida de masculinidad, o sea, en términos psicoanalíticos clásicos, una castración. Pero es tal la sensación de impotencia que la carencia generalizada de trabajo genera, que esa situación se procesa con el viejo recurso del masoquismo erógeno, es decir, hacer de necesidad virtud, erotizar la situación traumática para poder ligarla y evitar de ese modo que desestructure el aparato psíquico. Esta dolorosa situación tiene el mérito de demostrar la inexistencia del masoquismo denominado por Freud como “femenino” (Freud, 1980; Meler, 1987). Puede verse que cualquier sujeto en situación de impotencia recurre a la coexcitación erótica como expediente defensivo ante los traumas.

La pasividad y la dependencia, tan temidas por el hombre moderno promedio, resultan así deseadas, como una forma de refugiarse en la esperanza de una figura poderosa y auxiliadora. Si él ya no puede estar en el lugar del hombre proveedor, si el placer de proteger y ser amado y respetado por ese motivo se le hace inalcanzable, juega con asumir otra postura subjetiva, la del niño o de la mujer tradicional y disfrutar desde ese lugar psíquico y social.

Para avanzar en el análisis de la relación que sugiero entre la construcción subjetiva y la vida cotidiana, es útil recordar que existen estudios realizados en Estados Unidos de América en la década de los setenta, donde se exploró lo que en aquellos tiempos se denominaba la “personalidad básica” de la comunidad afroamericana, y se realizó una discriminación según el género. En ese entonces se describió a las mujeres negras como fuertes, matriarcales, sostenes de sus hogares, contenedoras y responsables. Los varones, por el contrario, eran presentados como irresponsables, poco trabajadores, bebedores e infieles. Estas características subjetivas, semejantes a las que se describen para las parejas que denominadas “contraculturales” (Meler, 1994), se corresponden con el hecho de que la comunidad afroamericana, debido a su historia de esclavitud, todavía estaba y está en desventaja para integrarse al mundo productivo moderno y sólo sus mujeres, consideradas más dóciles y menos peligrosas, podían acceder a ocupaciones que si bien son serviles, les permitieron generar recursos con los que se transformaron en sostenes económicos de sus hogares. Es decir, que las tendencias subjetivas no pueden decodificarse sólo en clave pulsional, defensiva, o familiarista, sino que también debemos recurrir a las condiciones sociales de vida para comprenderlas.

Sobre la base de esa experiencia podemos pensar que, si continúa la retracción del empleo y no surgen fuentes alternativas que brinden ocupación, ingresos, prestigio y generen así la posibilidad de desempeñar roles adultos, es posible que nuestros varones, antes machistas, se vayan transformando paulatinamente en frívolos “gigolós”³ y nuestras damas antes tan femeninas, desarrollen actitudes matriarcales.

³ Me refiero a los varones que viven del trabajo de las mujeres, ya se trate de trabajadoras sexuales o de trabajadoras de cualquier rama de la actividad productiva.

Resulta de interés contrastar este planteamiento con hipótesis psicoanalíticas que se refieren a dificultades subjetivas frente al imperativo del trabajo. David Maldavsky (1997) se refiere a una característica de las personalidades fóbicas, consistente en una renuencia a renunciar a deseos pasivos vinculados con la figura de un padre nutricional. El sujeto (masculino) añora un padre proveedor, y no se resigna a aceptar una figura paterna que brinde sólo palabras, por lo cual se impone el imperativo de trabajar. Maldavsky asigna gran importancia a la erogeneidad específica donde cada sujeto se ha fijado, y considera que las defensas utilizadas en relación con esas fijaciones eróticas determinan estructuras preconscientes específicas. El autor se refiere a deseos pasivo-receptivos respecto del padre, que generan dificultades ante el trabajo. He encontrado casos en que los deseos pasivos se desplazan sobre la pareja, y en esas situaciones el varón depende de algún modo de su compañera, ya sea para conseguir trabajos, o para la subsistencia. Este tipo de vínculo se encuentra en relaciones de pareja que he denominado contraculturales (Meler, 1994), porque existe una inversión de los roles de género tradicionales.

Ahora bien, es difícil determinar en cada caso cuál es la contribución relativa de los obstáculos intrapsíquicos de origen infantil y las limitaciones derivadas de factores extrasubjetivos. Sugiero que en ocasiones tales como la actual retracción del empleo, el factor actual desencadena una regresión hacia la añoranza de satisfacciones pasivas, que había sido exitosamente superada por algunos sujetos. En un contexto de crisis, erotizan defensivamente la pasividad, con el fin de sobrevivir psíquicamente al impacto del desempleo. En el caso de las mujeres, esta regresión está muy facilitada por la pervivencia de la división tradicional del trabajo: el refugio en lo privado resulta moralmente autorizado. Pero el aumento de los hogares con jefatura femenina debido al divorcio, la desertión de los hombres o las maternidades precoces, confronta a muchas mujeres con la necesidad de

satisfacer las demandas de los niños. El carácter acuciante de esas demandas las impulsa a elaborar estrategias de supervivencia que requieren la implementación de actitudes activas, cualquiera haya sido su subjetivación con respecto del trabajo extra doméstico.

Mujeres en primera línea: heroínas a pesar suyo, o la autoconstrucción de un sujeto afirmativo

En el caso de las mujeres, es ya conocido que en épocas de crisis transgreden la normativa tradicional para su género y ocupan espacios en el ámbito público que luego abandonan, aunque nunca totalmente. Las mujeres de sectores populares, que por lo general están recluidas en la unidad doméstica para cuidar a sus hijos y sus escasas pertenencias, son quienes más participan en los comedores barriales en momentos de crisis agudas, los roperos comunitarios, las actividades rurales que estimula el INTA,⁴ etcétera.

Las esposas de clase media, preparadas para la domesticidad o para desempeñar un trabajo de tiempo parcial y acorde con la tradicional división sexual del trabajo, o sea en el ámbito de los servicios feminizados, se encuentran en muchos casos con que esa ocupación debe generar el ingreso principal y sostener la supervivencia familiar. Comienzan a trabajar dos turnos, como ocurre con las docentes, o a combinar dos o más ocupaciones.

Esa situación se experimenta como padecimiento, porque no fue buscada ni responde a las representaciones que comparte la pareja acerca de los roles de género. Sin embargo, observamos un proceso a través del cual, en la práctica obligada de la generación de recursos y de la participación

⁴ Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria de la República Argentina.

comunitaria, se produce un empoderamiento subjetivo que más adelante es apreciado por las mujeres y al que no desean renunciar.

En términos generales, el estilo con el cual los sujetos se posicionan respecto de su género, se construye en la primera infancia pero experimenta variaciones a lo largo del ciclo vital. Así como las madres de hijos pequeños adoptan actitudes más tradicionales, en función de las demandas de la crianza, las mujeres en conflicto conyugal desarrollan posturas innovadoras que las auxilien en su proyecto de ruptura de una unión que, según su criterio, se ha tornado insostenible.

Estas observaciones nos sugieren entonces que la construcción del género es reiterada y maleable dentro de ciertos límites de acuerdo con los avatares del entorno. La crisis económica es una circunstancia que puede estimular la modernización en cuanto al género, aunque sea por malas razones y de modo forzado.

Sin embargo, conviene plantear como interrogante: ¿Existe un nexo entre la subordinación étnica o nacional y la inversión de los roles de género? Si la masculinidad constituye una respuesta colectiva ante momentos difíciles (Gilmore, 1994), ¿qué ocurre en los sectores donde esta respuesta se hace imposible? La complejidad de las relaciones entre las variables referidas al sector social, a la etnia y al género destacan la importancia de no confundir la claudicación e impotencia de los hombres con la liberación de las mujeres.

Evitar la confusión entre precariedad y liberación

Ocurre que es el empleo masculino tradicional, el más afectado por las transformaciones tecnológicas. El trabajo a tiempo completo, “en

blanco”⁵ está en vías de desaparición para dar lugar al autoempleo, la tercerización de servicios y otras modalidades innovadoras de trabajo cuya evolución e impacto habrá que observar. Los hombres que hicieron de su inserción ocupacional el eje de su identidad social, atraviesan por una crisis que conmueve no sólo su subsistencia y la de la familia, sino su sentimiento de sí y su estima de sí mismos. En este contexto resulta muy importante no confundir el proceso de precarización y pauperización con la liberación femenina. Hace años, la socióloga brasilera Eunice Durham (1980) publicó un trabajo en el cual comentaba su sorpresa ante la ideología conservadora que en materia de roles de género presentaban los sectores populares. Ofreció la siguiente explicación: en las clases bajas, cuando las mujeres deben trabajar es por que el sueldo del marido no alcanza. Y eso significa que el proceso de extracción del plusvalor se ha intensificado, de tal modo que las necesidades familiares no pueden ser cubiertas por el padre. Las mujeres se incorporan en esas situaciones al trabajo remunerado mediante empleos precarios y sin contar con recursos institucionales que protejan a sus hijos del desamparo. De modo que es necesario captar la complejidad de las transformaciones del mercado laboral y los efectos que tienen sobre la estratificación social y sobre el sistema de géneros. En este contexto, vemos que la subjetividad aparece como una construcción reiterada, al estilo de lo que plantea Judith Butler (1993), que si bien reconoce estructuras diferenciales cristalizadas en la infancia, se ve sujeta a transformaciones de acuerdo con el contexto cambiante, cuyo rumbo es necesario observar.

En algún sentido, todos nosotros somos objeto de una especie de situación experimental sociocultural. Ya que no podemos evitar participar de la misma y padecerla, al menos podemos extraer conocimientos de esa experiencia, que nos permitan refinar nuestros instrumentos teóricos y

⁵ Esta expresión alude al trabajo formal, con seguridad social y cobertura de salud.

a la vez comenzar a construir nuevos recursos para afrontar las situaciones cambiantes.

Migraciones y dominación masculina

Aunque la predominancia masculina al interior de la familia está puesta en juego por la crisis del capitalismo tardío, en muchos hogares de sectores medios, es el varón quien se desempeña todavía como proveedor principal. En esas situaciones, cuando surge una oportunidad de trabajo en el contexto de la globalización, la familia debe seguir al jefe, y toda ilusión de paridad entre los esposos queda postergada para mejores tiempos.

Podríamos discutir si consideramos al hombre que traslada a su familia como dominante o dominado, porque en realidad él a su vez está siendo objeto de nuevas tecnologías de dominación, que lo colocan en la disyuntiva de migrar o quedar sin trabajo. En última instancia no hace sino replicar al interior de su familia, la situación de la que es víctima. Pero, lo cierto es que la esposa debe desarraigarse, interrumpir sus estudios o su trabajo, que aunque en esos casos suele ser poco significativo en cuanto a la generación de ingresos, representa su proyecto de autonomía personal, después de haber dedicado los primeros años de su juventud a la crianza de los hijos. Ambos suponían que luego le llegaría su turno de despegar en cuanto al proyecto laboral, pero en estos casos, lo que parecía ser una estrategia temporaria, se transforma de modo forzado en una alternativa permanente.

Para la construcción de esta situación, confluyen diversos factores. Por un lado, la división sexual del trabajo ha determinado que sea la mujer, en la mayor parte de los hogares, quien dedica más energía a la crianza de los niños y esta responsabilidad compite con sus proyectos personales

de carrera. Otro modo en que persiste el dispositivo de división sexual es a través de la elección vocacional. Ellas prefieren tareas más vinculadas con la subjetividad, tales como servicios educativos, de atención de la salud o de belleza, mientras que ellos se abocan a la producción de objetos o a las actividades financieras. La dominación masculina no emerge de esas preferencias diferenciales, sino que las preexiste. De otro modo no se explicaría que las competencias educativas o asistenciales coticen menos en el mercado laboral que los saberes productivos de bienes o los servicios relacionados con el comercio. Al igual que la pobreza, la subordinación se recicla a sí misma de modo circular.

Determinadas inserciones laborales masculinizadas, tales como la actividad de los geólogos dedicados a la exploración del subsuelo en busca de petróleo, la gerencia de algún sector que forma parte de compañías multinacionales, o la marina mercante, reclaman la existencia de arreglos conyugales tradicionales donde, al estilo de los diplomáticos, mujeres y niños siguen al jefe del hogar. Que esta situación crea problemas específicos lo revela el hecho de que las esposas de diplomáticos integran asociaciones civiles destinadas a asistirles en sus dificultades. Pero aunque se construyan redes de apoyo para la búsqueda de casas y colegios para los hijos, difícilmente se puede poner de manifiesto el hecho de que el proyecto personal de estas mujeres queda seriamente obstaculizado por su estatuto dependiente. En algunos casos, sin embargo, se ingenian para que su pasaje por otros países les permita realizar estudios de postgrado que enriquezcan su formación y las habiliten para recuperar el tiempo laboral perdido, una vez que reconquisten alguna estabilidad. Una de las situaciones más dramáticas donde he debido asistir como psicoterapeuta, ocurrió cuando una mujer en esta situación, que se postergó en función del proyecto de familia, enfrentó un divorcio no deseado en el momento en que creía alcanzar la estabilidad y la posibilidad de reconectarse con su entorno nacional. Aquí resulta claro

que alienarse en función de otros es una postura vital de dudoso resultado en el mundo actual.

Como puede verse, la globalización, la revolución tecnológica y el capital concentrado tienen efectos dispares en las relaciones entre los géneros. Estos efectos se articulan de modo complejo con las relaciones de clase y la subcultura étnica. No siempre la paridad y la abundancia van de la mano. En ocasiones, la pobreza facilita la asunción subjetiva de un mayor poder por parte de las mujeres y también vemos que el ascenso social se paga en ocasiones con un descenso de estatuto dentro del género, donde mujeres que proyectaron ser autónomas quedan en situación de subordinación.

Finalmente, es pertinente plantear algunos interrogantes: ¿Cumplirá el liberalismo con sus promesas de derramar prosperidad sobre los sectores menos modernizados o por el contrario, los excluirá condenándolos a elegir entre la extinción o la violencia? Y en lo que hace a las relaciones de género, ¿facilitará la inserción de mujeres en los distintos niveles laborales y estimulará la democratización de las familias? O por el contrario, ¿pondrá a las mujeres en nuevas situaciones de dependencia o les ofrecerá como alternativa el desamparo y la crianza de sus niños en soledad? Estos interrogantes deben ser sostenidos con una perspectiva abierta al debate contemporáneo, donde las cuestiones de género no pueden quedar excluidas.

Obras consultadas

Balbo, Laura (1976), *Stato di famiglia. Bisogni privato collettivo*, Milán, Etas Libri.

Burin, Mabel e Irene Meler (2000), *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós.

- Burin, Mabel e Irene Meler (1998), *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.
- , Emilce Dio Bleichmar, Clara Coriz, Dolly Carreño, Susana Velázquez, Irene Meler e Inés Castro (1987), *Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental*, Buenos Aires, GEL.
- Butler, Judith (1993), *Bodies that Matter. On the Discursive Limits of "Sex"*, Nueva York, Routledge.
- Durham, Eunice (1980), "A familia operária. Consciência e ideologia", *Revista de Ciências Sociais*, vol. 23, núm. 2.
- Freud, Sigmund (1980), "El problema económico del masoquismo", *Obras Completas*, vol. XX, Buenos Aires, Amorrortu.
- Friedan, Betty (1981), *La segunda fase*, Barcelona, Plaza y Janés.
- Gilmore, David (1994), *Hacerse Hombre*, Barcelona, Paidós.
- Hirata, Helena y Danièle Kergoat, con la participación de Marie-Hélène Zylberberg-Hocquard (1997), *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio*, Asociación Trabajo y Sociedad (Buenos Aires), CEM (Chile) y Piette del Conicet (Buenos Aires).
- Iguíñiz Echeverría, Javier (1998), "Desarrollo y experiencias de género. Apuntes desde la perspectiva de Sen", en Eliana Largo (ed.), *Género en el Estado. Estado del Género*, núm. 27.
- Klein, Naomi (2000), *No Logo. El poder de las marcas*, Barcelona, Paidós.
- Maldavsky, David (1997), *Sobre las ciencias de la subjetividad*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Meillassoux, Claude (1984), *Mujeres, graneros y capitales*, México, Siglo XXI.
- Meler, Irene (2000), "Creación cultural y masculinidad", en Mabel Burin e Irene Meler, *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós.

Meler, Irene (1998), "Amor y convivencia entre los géneros a fines del siglo XX", en Mabel Burin e Irene Meler, *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.

————— (1994), "Parejas de la transición. Entre la psicopatología y la respuesta creativa", *Actualidad Psicológica*.

————— (1987), "Identidad de género y criterios de salud mental", en Mabel Burin *et al.*, *Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental*, Buenos Aires, GEL.

Roldán, Martha y Lourdes Benería (1987), *The Crossroads of Class & Gender*, Chicago, The University of Chicago Press.

Reflexiones sobre las relaciones de autoridad en las familias a partir de los cambios en el panorama laboral

María Cristina Ravazzola*

Introducción

Desde nuestra perspectiva de terapeutas familiares sistémicos¹ que incluimos una mirada de género en nuestro trabajo, nos preguntamos acerca de los cambios en las relaciones familiares producidos a partir del panorama laboral sustancialmente modificado en los últimos diez años en nuestro país (Argentina) y en otros países de Latinoamérica. Si bien tomamos en cuenta que existen importantes diferencias entre quienes pertenecen a distintas clases sociales, queremos no obstante reflexionar sobre lo ocurrido a partir de los cambios laborales con las líneas de autoridad en las relaciones familiares, que en su momento, habían sido detentadas

* Médica psiquiatra y terapeuta familiar, especializada en temas de género y de violencia en las familias.

¹ El pensamiento sistémico comienza a tomar forma en los años cincuenta, a partir de experiencias terapéuticas en las que se incluye a la familia de las personas con trastornos, estableciéndose como un abordaje nuevo, basado en la definición de la importancia de los sistemas sociales a los que pertenecen las personas, en especial sus familias. Ha ido desarrollando un cuerpo de teoría con aportes del construccionismo social y del pensamiento complejo, y también de múltiples y diversas prácticas, siempre teniendo en cuenta los contextos, la pluralidad causal y la importancia de las conversaciones en la creación de realidades compartidas.

mayoritariamente por los hombres: padres, cumpliendo con la “función tradicional de proveedores”.

Nos preguntamos: ¿qué destino ha tenido la gestión de las relaciones de autoridad en la familia en tanto los padres en desempleo no pueden cumplir la exigencia de ese rol de proveedor?, ¿cuánto han negociado y accedido a ejercerla las mujeres-madres?, y especialmente ¿cuánto esa autoridad ha sido delegada en los y las hijas adolescentes y con qué consecuencias? También nos preguntamos sobre: ¿cuál ha sido y es el conjunto de valores que se sostiene en nuestras familias y comunidades? Si es que los valores de consumo y de mercado, se han entronizado de tal manera que impiden que los hombres desempleados puedan afirmar y profundizar posiciones de prestigio social más allá de sus aportes económicos y cuáles y cómo podrían ser algunas gestiones de autoridad diferentes, basadas en el amor y el respeto a las personas y no necesariamente ligadas al “poder” y dominio sobre los otros. Intentamos reflexionar acerca de claves en las concepciones de las masculinidades que “justifican” la violencia de género (familiar y social) y todo tipo de abusos a partir de formas del ejercicio del poder y la autoridad como supuestos atributos que algunos poseen por sobre otros, concepciones que impiden la construcción conjunta de acuerdos colaborativos en las familias.

Cambios en las familias

En nuestros países de América del Sur, entre los cambios en las condiciones de vida de las familias de los últimos cinco años, el desempleo del padre, esposo, es un tema importante, con algunas diferencias según las clases sociales. Los cambios a los que hacemos referencia son en general, los siguientes: cambios laborales con crisis de desocupación creciente que

afecta de manera especial a los hombres; históricamente ellos fueron los indiscutidos “jefes del hogar”, con su autoestima muy ligada al papel de proveedor, mayor autonomía de adolescentes y jóvenes, más población de mujeres que trabajan fuera del hogar para ganar dinero, mejor reconocimiento de opinión y gestión de las mujeres, cambios en la modalidad de las relaciones sexuales (sexo permitido con parejas ocasionales, uso de distintos métodos anticonceptivos, casi desaparición de la preocupación porque las mujeres lleguen vírgenes al matrimonio; desacople del sexo y la procreación con aumento en la cantidad de parejas que deciden no tener hijos y de parejas que deciden tener hijos sin vivir juntos, variedad de acuerdos de parejas como las que acuerdan vivir juntos sin casarse, mayor porcentaje de familias monoparentales mujeres u hombres que crían solas y solos a su descendencia), mayor población de personas que se divorcian o enviudan y deciden convivir en pareja con otra persona compartiendo la casa y las hijas o hijos de ambos, si los tienen (no se ha definido un nombre para estas organizaciones; se las llama familias “ensambladas”, “reconstituidas”, “binucleares”, etcétera), parejas que conviven con padres y hermanos de alguno de los cónyuges, que crían a las hijas e hijos asociadamente (familias “ampliadas”), padres que continúan conviviendo con hijos ya adultos que no se van de la casa, en parte por dificultades laborales, hijos que son criados por abuelas y/o abuelos, vecinas y/o vecinos, creando también arreglos y configuraciones diversas, generalmente ante situaciones de fallecimiento de padres y madres, y de países con regímenes dictatoriales, guerras, pandemias como el sida, situaciones creadas por las nuevas tecnologías reproductivas como la fertilización asistida y la reproducción “in vitro” o de probeta (hijos que son genéticamente de donantes o de uno sólo de sus padres), familias con padres o madres homosexuales; tendencia a familias de menor tamaño, con uniones a edades tardías, disminución de la diferencia de edad entre

los cónyuges y pautas nupciales complejas que, por ejemplo, especifican el destino del patrimonio de cada uno.

Además, las familias enfrentan nuevos desafíos con los que lidiar, como el uso generalizado de drogas y alcohol; o temas como la pobreza y la criminalización, es decir, familias que dependen para su supervivencia del trabajo legal o delictivo de sus hijas e hijos, niños y adolescentes. Un fenómeno particular y creciente es la idealización cultural —sobre todo en medios urbanos— de la etapa adolescente, corriente en la que quedan atrapados incluso los adultos que los imitan y no pueden entonces asumir funciones adultas de puesta de límites, de educación, etcétera. A esto se suma el papel de los medios de comunicación, en especial de la televisión, que se ha colocado en un lugar central y sus personajes forman parte de las conversaciones familiares. Creemos necesario tener presentes estos cambios, no para imaginar que las familias se destruyen o se termina la vida en familia, sino para aceptar que las familias cambian y que, al mismo tiempo, pueden seguir siendo una red social de sostén y apoyo afectivo y material.²

La grave crisis económica de finales del 2001 en Argentina, que describiré más adelante, incidió especialmente en la organización de las familias de clases sociales medias. Eran en particular estas familias las que venían tratando de responder al supuesto “ideal” tradicional de vida familiar con padre proveedor de tiempo completo y madre ocupada en tiempos parciales o totales en tareas del hogar y en los cuidados para el desarrollo y el bienestar cotidiano de todos los integrantes (hijos, marido y otras personas dependientes de la estructura familiar). Las clases populares, en cambio,

² Enumeración propuesta por la autora en *Familias Construyendo Relaciones Democráticas* (Cuaderno núm. 6), de la Serie Cuadernos de Reflexión Acción: recursos para una convivencia democrática en las familias. Coordinación General del Programa: Doctora Beatriz Schukler, Inmujeres/PNUD, 2004.

suponemos que dejaron de apostar a este “ideal” hace mucho más tiempo, en caso de haberlo hecho alguna vez. Ya en las encuestas a familias de clases populares de los años 1984 y 1985 obteníamos las respuestas sobre la ocupación del padre señalando que hacía tiempo no tenían noticias de él.³ ¿Cómo interpretamos este dato, que nos sorprendió al cotejar las encuestas con las entrevistas a cada familia? Vemos que el “ideal” familiar tradicional mantenía y mantiene algunas creencias: primero, que sin padre no hay familia; y segundo, que se asume la importancia de la presencia y práctica de la autoridad ejercida por “una figura masculina” como una garantía valorativa de crecimiento de los hijos, encuadrados de esa manera en una ley social confusamente encarnada en la figura del varón padre, representativa de un orden “¿patriarcal?” tranquilizador.⁴ En otras palabras, la creencia de que los hijos desarrollarán conductas de consideración hacia los otros y respeto de la ley social, cuya atribución era y muchas veces se da por consensos profesionales al ejercicio de una autoridad masculina en la familia. Esta premisa opera de modo que, en el caso de no estar el padre presente, supuestamente esta figura masculina “esencial” puede ser asumida por un hermano de la madre u otro varón de la familia. Volveré sobre esta discusión más adelante.

Masculinidades y violencia en la familia

En cuanto a nuestras exploraciones sobre masculinidades, estas forman parte de las profundas reflexiones conceptuales que propiciamos desde

³ Beatriz Schmukler (coord.) (1984-1986), *Investigación Relaciones de Autoridad Familias-Escuela*, Flacso .

⁴ En “La deconstrucción del padre esencial”, *Sistemas familiares*, noviembre de 2000, año 16, núm. 3, Louise Silverstein y Carl Auerbach despliegan y cuestionan este paradigma esencialista.

nuestros foros de debate. Como profesionales de temas de salud mental,⁵ trabajamos para mejorar y modificar situaciones críticas como son la violencia y los abusos en la familia, situaciones que en sí mismas cuestionan las creencias acerca de la garantía de bienestar que proveen los “ideales” familiares. Esto nos lleva a proponer permanentes revisiones a estos supuestos “ideales”, a tomar en cuenta aportes provenientes de los estudios de género que deconstruyen creencias esencialistas acerca de lo que corresponde a las mujeres y a los varones, y a explorar en contexto las nociones del rol del padre como supuestamente normativo y el de la madre como predominantemente nutricional. También proponemos perturbar la asociación automática entre la pareja y la familia, vistas como estructuras inseparables y consistentes (Ravazzola, 2004).

Desde diferentes estudios y prácticas, creemos que las formas en que las culturas socializan a los varones como centrados en sí mismos y entrenados para el ejercicio del control y el poder, y a las mujeres centradas en los otros y en las relaciones, así como el énfasis en las diferencias de aprendizajes sociales que implican que los varones deban crecer casi en oposición a la posibilidad de identificarse con las mujeres, generan las bases para la violencia de género (Kaufman, 1989).

¿De dónde partimos y hacia dónde vamos en esta revisión de la importancia de estos pilares en la construcción de un sujeto varón? Pierre Bourdieu, en *La Domination Masculine* (1998) dice que para alabar a un hombre basta decirle: eres un “verdadero hombre”. También dice que ser hombre significa estar instalado por derecho propio en una situación que implica “Poderes”. Bourdieu habla de la *illusion virile*.

⁵ Me refiero a los equipos de profesionales que conforman PIAFF (Programas de Investigación, Asistencia y Formación en Familias), un departamento de la Fundación Proyecto Cambio, ONG para la rehabilitación ambulatoria grupal y familiar de la drogadicción.

Ya en los años setenta comienzan intentos de los hombres para librarse de esa *illusion virile*, construida sobre la idea de que el hombre es alguien que tiene que *saber*, debe *ganar*, requiere demostrar algún *plus* por encima (de las mujeres), ha de conservar a cualquier costo un lugar central y superior en las relaciones con otros y otras.

Ser humano ha sido por siglos igual a ser el macho de la especie. Josep Vincent Marqués dice a su modo, pleno de humor: ser varón es ser “importante”. Pero también es cierto que éstos y otros autores y autoras traen a la mano las desventajas y desventuras de esas características, aportando la otra cara de esta moneda supuestamente tan favorable a la masculinidad ubicada como categoría superior (Kaufman, 1989; Batres, 1999). También hay autores⁶ que demuestran la pluralidad de modelos masculinos coexistentes, sin dejar por eso de pensar que las tradiciones siguen teniendo su peso.

Es evidente que los rasgos del modelo masculino tradicional, hegemónico, hasta hace un tiempo dominante, ha quedado desfasado frente a los avances de las mujeres en muchos campos y, esto se acentúa en los últimos tiempos frente a la caída del empleo, y con él se derriba uno de los pilares de la identidad masculina como es, el ser hombre equivale a ser el proveedor familiar (con trabajo, salario o bienes).

Vemos consistentemente que para que la violencia se produzca y se reproduzca en forma repetitiva, los miembros de las asociaciones familiares afectadas mantienen acuerdos, en los que los varones pueden ejercer y justificar actitudes agresivas si no ven cumplidas sus expectativas. En las

⁶ En *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, antes citado, el artículo de M. Viveros “Quebradores y cumplidores: biografías diversas de la masculinidad” y de M. Kimmel, “El desarrollo (de género) del subdesarrollo (de género): la producción simultánea de masculinidades hegemónicas y dependientes en Europa y Estados Unidos”.

familias en las que se repite la violencia, esos contextos de justificación son sostenidos tanto por los hombres como por las mujeres (Ravazzola, 1997).

Funciones de autoridad en las familias

Volvamos a nuestra preocupación sobre los temas del ejercicio de las funciones de autoridad en las familias.

Nos llamó la atención el hecho de que en los últimos años hemos visto multiplicadas las consultas sobre conductas antisociales de adolescentes, en condiciones tales que dicho comportamiento involucra adolescentes que ejercen funciones de autoridad en sus familias. Es decir, son estos adolescentes-problema quienes deciden y definen lo que se puede o no hacer en sus familias. En muchas de ellas, se produce la siguiente configuración: no hay un padre presente que ejerza la función de autoridad familiar, o ese padre ha quedado desprestigiado por haber perdido su rol de proveedor. Pero tampoco las madres se asumen como autoridad, y son los hijos quienes se encaraman a esa posición, sin poder refrendarla con su experiencia.

Encuentro que es importante el análisis de estas gestiones de la autoridad familiar, su relación con los lugares de prestigio de los padres varones (disminuidos por lo que consideran el fracaso de su papel social) y la posición de las madres que creen que la autoridad debe ser ejercida por el padre varón y se autoinhiben para el ejercicio de esa función.

Parto de dos tipos de experiencias para analizar este planteamiento:

- a) Tratando de encontrar formas de prevención para las consecuencias violentas de algunas asociaciones familiares, desde hace años, hemos estado trabajando en coordinación con la doctora Beatriz Schmukler en

México en programas de democratización de las relaciones familiares. Si bien es muy compleja su descripción formal,⁷ podemos decir que se trata de una estrategia a implementar en las políticas públicas para que los y las agentes de dichas políticas y programas puedan trabajar consigo mismos y con las familias a su cargo en la construcción consensual de concepciones menos estereotipadas de la familia, de los roles parentales y de las funciones y expectativas acerca de los mismos. También se trata de construir modalidades más flexibles y complejas del ejercicio de la autoridad en la familia, mejorando las conversaciones y la comunicación entre sus miembros.

- b) El desarrollo de distintos trabajos de los equipos interdisciplinarios que coordino, en consonancia con las experiencias de democratización familiar que también apuntan a la creación de modalidades alternativas de autoridad familiar. Se trata de experiencias de grupos terapéuticos y talleres con madres y también a veces con padres, algunos en el campo de la práctica privada y otros como parte de programas de intervenciones psicosociales (en especial de rehabilitación de drogadictos). En esos grupos propiciamos y ensayamos prácticas de autoridad familiar compatibles con el amor y posibles de ser practicadas por las mujeres y también por hombres que han sido capaces de “maternizar” sus vínculos con sus hijos.

En el transcurso de estos trayectos nos hemos visto desbordadas/os por los acontecimientos derivados de la crisis de fin del 2001 en Argentina.⁸

⁷ Véanse los artículos: Schmukler (2004), Ravazzola (2004) y Di Marco (2005).

⁸ En los últimos días del año 2001 se concretó una maniobra financiera por la que las entidades bancarias bloquearon a sus clientes el acceso a sus propios depósitos. Esto ocurrió al mismo tiempo que dejaba de tener vigencia el valor del peso argentino equiparado al dólar, con lo que los ahorristas perdían por lo menos dos tercios de sus capitales cuando no más.

Esta crisis arrastró y arrastra a familias de clase media, profesionales e industriales, y con ella aparecieron fenómenos relacionados con el tema, que nos produjeron gran impacto:

1. En el hombre, depresiones graves con intentos y concretos suicidios de varones que se han desempeñado como exitosos proveedores y deben enfrentar la imposibilidad de seguir siéndolo.
2. En adolescentes y jóvenes, crisis de desbordes conductuales que ya eran problema desde hace más de una década pero que se agudizan y multiplican: adicción a drogas y a veces conductas delictivas en adolescentes varones de familias de todas las clases sociales, cuyo padre ha perdido un lugar de autoridad en la familia, ahora aun más desprestigiado por no poder ser el proveedor.

Aclaro que nuestras exploraciones e indagaciones no se inscriben en un marco cuantitativo de investigación, sino que se basan en observaciones a partir de nuestro trabajo con distintos grupos y talleres: “grupos de madres”, “talleres de amor y autoridad”, y en trabajos grupales con padres y madres de adolescentes y jóvenes adictos. Hemos tomado a estos grupos como “grupos homogéneos de discusión” de los temas que nos preocupan.⁹

Es así que hemos podido observar, en los últimos años, un fenómeno de cambio en el ejercicio “tradicional” de la autoridad familiar. El hombre-padre ya no se siente la autoridad legítima de su familia. Lo era en algún momento (mientras fue proveedor). Era el “jefe” y quien imponía reglas de acción a su mujer y sus hijos, pero ya no lo es más. El hijo adolescente que no responde más a esa autoridad paterna, se arroga ahora, como si fuera una consecuencia lógica por ser varón un lugar de autoridad en su

⁹ Ken Gergen (1991), Mary Gergen (1991) y Josep V. Marqués (1998) entre otros, señalan esta asociación grupal y sus conversaciones como un sustrato válido de investigación.

familia que su madre, por ser mujer, no le disputa. Es decir que, en nuestra experiencia, nos enfrentamos ante el hecho de que ese lugar vacío de autoridad en la familia puede tener consecuencias francamente negativas en el crecimiento de los hijos adolescentes. Sus madres, que seguramente han ejercido funciones de autoridad en la infancia de los hijos, parecen, sin embargo, sentirse no habilitadas para hacerlo en la adolescencia: ¿por qué?, ¿qué piensan?, ¿qué temen?, ¿qué necesitan?, ¿tendrá que ver esta inhibición con el temor a favorecer un desarrollo supuestamente poco masculino en su hijo varón si este debe obedecer a una autoridad ejercida por una mujer, en un contexto sociocultural altamente homofóbico?

Nos preguntamos, y hemos trabajado en Argentina y en México en esta línea: ¿cuáles son los estilos posibles del ejercicio de la autoridad? Hay autores que describen una autoridad como “masculina” relacionada con el ejercicio del poder y una autoridad “femenina”, relacionada con el cuidado y con los derechos.

Vuelvo a plantear nuestra visión como básicamente no esencialista en materia de las atribuciones de género, y creo que los distintos aspectos de la función de autoridad pueden y deben ser ejercidos a través de consensos y debates, por ambos progenitores. Para ampliar estas reflexiones quiero citar aquí algunas frases de adolescentes que entran a un programa de rehabilitación ambulatoria de la drogadicción:

Un joven dice: “Mi padre no me ponía ningún límite. ¿Qué me podía decir él que antes de perder su empleo era altanero y ahora se la pasa llorando por los rincones sintiéndose un fracasado?”

Otro: “Aun cuando caía en cana (prisión), mi vieja a mi papá no le contaba nada. Si él ya no servía para nada, especialmente después de que lo echaron del laburo (trabajo)”.

Otro: “Mis viejos son totalmente impotentes para controlarme. Me controlo porque quiero. A mi vieja la manejo. Mi viejo, me doy cuenta de que no me cree aunque no dice nada, pero a ella le vendo un buzón”.¹⁰

Relaciones familiares y crisis laboral

Dado que nuestro enfoque sistémico-relacional prioriza las relaciones y las subjetividades relacionales, vemos a esta profunda crisis laboral que tanto afecta a la posición tradicional del varón —padre—, como una oportunidad en la posibilidad de construir nuevas relaciones de autoridad en la conyugalidad y en las relaciones familiares en general, ahora con características diferentes de las tradicionales. Consideramos que la pérdida de la seguridad laboral ha tenido terribles consecuencias emocionales. Seguimos el pensamiento de Cecilia Ros,¹¹ que a su vez se inspira en Robert Castel (1997) para describir las vicisitudes de las inserciones que ha producido la precarización laboral; ella ha descrito tres agrupamientos, que expresan diversas condiciones del “estar” en el mundo:

Un primer grupo lo conforman aquellos que tienen trabajo, a quienes ha dado en llamar “integrados”. Si bien este grupo incluye una gama muy diversa de situaciones, podemos plantear de manera general que los mismos, aunque parecen escapar a las consecuencias del desempleo, se encuentran sometidos a las nuevas formas de flexibilización laboral. Están insertos en el mercado laboral bajo formas de contratación muy heterogéneas, que a pesar del escenario de globalización resultan de negociaciones

¹⁰ Expresión que en Argentina se refiere a que les creen hasta las cosas más absurdas, que nadie podría creer.

¹¹ Psicóloga, investigadora de la Universidad Nacional de la Plata. Miembro de la Fundación Red de Dignidad (FundaReD).

y acuerdos descentralizados, a veces hasta individuales, entre el empleador y el empleado, sin correlato de convenios colectivos de trabajo o acuerdos por empresa. Este grupo experimenta, en muchos casos, una fuerte disciplina y criterios de exigencia en ocasiones desmedidos (dedicación *full time*, sin división entre el tiempo privado y el público). De acuerdo con el estrato en el que se ubique el trabajador, las exigencias podrán ser las de un especialista (en los puestos de mayor nivel) o a la inversa las de un polivalente (en los puestos de menor calificación: entre los cuales no sólo se encuentra inserto el sector de servicios sino fundamentalmente los trabajadores que antes formaban parte del amplio sector industrial) (Castel, 2004, p. 60).

Un segundo grupo que refleja otra manera de “estar” en el mundo es el representado por los llamados “vulnerables”. La vulnerabilidad se asocia a la incertidumbre. El tipo de inserción laboral está caracterizada por el trabajo precario, en general dentro del sector informal; trabajo discontinuo, diverso, poco calificado, sin seguridad social ni cobertura de salud, con contrataciones leoninas, ajustables de acuerdo al “libre juego” de la oferta y la demanda. “Estas diferencias de condición no pueden menos que traducirse en diferencias de ‘percepción’ y de ‘modos de ver las cosas’ que dificultan la constitución de identidades colectivas [...] pérdida de identidad y aislamiento social” (Tenti, 1993, p. 250).

Tenti Fanfani señala que la modificación actual en las estructuras sociales objetivas se expresa en diferencias subjetivas que aún no llegan a traducirse en “esquemas mentales” o “representaciones colectivas”. Sin embargo, ciertas nuevas categorías laborales (incluidas bajo el trabajo precario) introducen elementos distintivos que operan como nuevos sistemas clasificatorios: “nombrados” versus “contratados”, “estables” versus “interinos”.

Por último, un tercer grupo está constituido por los “desafiliados”. Desafiliación, como afirma Castel, alude a un proceso de exclusión, a un recorrido. No sólo a un estado de cosas. Forman parte del numeroso grupo

de los que “no son ni siquiera explotados”, ya que no tienen un “saber hacer” convertible a los valores del mercado o lo tienen “anestesiado” por la falta de oportunidades para desarrollarlo. “Los excluidos son colecciones (y no colectivos) de individuos que no tienen nada en común más que compartir una misma carencia” (Castel, 2004).

Este grupo, que Bauman (2000, p. 103) ha dado en llamar la “clase marginada”,¹² aparece como fuera de toda jerarquía, sin oportunidad de integración, “caído del mapa”. El mismo ha integrado —según este autor— últimamente un conjunto de trayectorias vitales que no necesariamente o solamente comparten la pobreza, sino también los márgenes de lo deseable y esperable para una sociedad. También, la falta de lugar en el mercado laboral resulta en una descalificación cívica y política.

Cuando uno ha edificado su identidad social sobre una base que se desmorona, es difícil hablar en nombre propio, aunque sea para decir no. La lucha supone la existencia de un colectivo y de un proyecto para el futuro (Castel, 1997, p. 416).

Como vemos, estos cambios del panorama laboral nos abarcan a todos y a todas. Con todo, aquí queremos incluir la perspectiva de género, y analizar otras consecuencias de las modificaciones en el ámbito laboral que afectan a los hombres de manera específica, en la medida en que las creencias en los ideales familiares estereotipados y patriarcales que siguen vigentes, crean expectativas y continúan marcando lo aceptable y lo repudiable, más allá de las revisiones que se hagan, y aun cuando las condiciones de cumplimiento de algunos roles son obviamente imposibles para una gran mayoría.

¹² Distinguible de la “clase baja”, que se caracteriza por “personas arrojadas al nivel más bajo de una escala pero que todavía pueden subir y abandonar su transitoria situación de inferioridad”.

Si bien es importante y necesario, desde escenarios sociales y políticos estudiar las formas y las consecuencias de un nuevo orden laboral, insistimos en la idea de que es posible repensar y renegociar un orden familiar con nuevos acuerdos de autoridad que lesionen menos y permitan a los hombres reinstalarse en sus hogares y en sus sistemas sociales desde lugares dignos y aceptables para todos.

Crisis y modalidades de afrontamiento desde las relaciones familiares

Considero e incluyo ideas de Dora Fried Schnitman, en su artículo “Afrontamiento de crisis y conflictos desde una perspectiva generativa” (2005) en relación a las crisis y a las posibilidades de resolución de las mismas a través de las conversaciones entre los miembros de las familias afectadas, y tengo en cuenta que frente a una situación de estrés y crisis se produce una desorganización que implica que los miembros de la familia en algo han perdido el repertorio compartido de entendimientos, tradiciones, rituales, presuposiciones, secretos, narraciones y su capacidad para coordinar acciones que les permitían funcionar en formas que constituían la textura de la vida familiar. Habitualmente entonces las formas de comunicación que fueron operativas ya no lo son. La trama que la familia ha tejido en su trayectoria y que le brinda identidad y predictibilidad, comienza a resquebrajarse. Por lo que respecta a nuestras preocupaciones acerca de la crisis que deben enfrentar las familias en las que el padre-proveedor ha perdido su inserción laboral, vemos que las narraciones ligadas a los valores y al reconocimiento por los desempeños de cada uno tienen que variar e incluir apreciativamente otras formas de realizar tareas y funciones útiles a las necesidades familiares.

También deben modificarse las ideas relacionadas con los prestigios personales de los hombres, para no asociarlos únicamente con sus funciones como proveedor de bienes de consumo sino también con funciones de proveedor de conocimientos, de experiencia y de gestor de actividades concretas que beneficien a su mujer, a sus hijos y a sí mismos en formas de organización familiar más democráticas y equitativas.

Prosigue Schnitman:

Aun en momentos de grave desorganización, las familias y sus miembros pueden reorganizarse a través de construcciones compartidas sobre los eventos críticos estresantes y cómo enfrentarlos [...].

Estas síntesis parciales son construcciones que emergen como respuesta activa de afrontamiento en situación de crisis. Están ligadas a los propios esfuerzos de la familia para restaurar su integridad y pueden promover núcleos activos para el cambio.

En un proceso exitoso, la familia encuentra una alternativa, un núcleo de premisas y patrones nuevos que le permiten al mismo tiempo encontrar maneras efectivas de resolver la crisis, modificarse y recuperar consenso, entrando así en un estado caracterizado por un proceso de creación de un núcleo alternativo al anterior, donde una posibilidad que regula el sistema de creencias y las intervenciones se amplifica y establece progresivamente una reorganización familiar acompañada de modificaciones más o menos significativas en el accionar conjunto y en sus premisas básicas. Pero este nuevo núcleo no se establece en un solo movimiento: hay tensión entre procesos tendientes a la estabilización de patrones y premisas previas, y procesos tendientes al establecimiento de nuevas alternativas. Fried Schnitman remarca el papel constructivo del lenguaje y los procesos emergentes, y la importancia del campo conversacional como espacio social

privilegiado donde se perciben y construyen las semejanzas, se dirimen las diferencias y se construyen las posibilidades y las perspectivas.

Una de las propuestas importantes de su enfoque señala que en este contexto: el afrontamiento de crisis, conflictos y el cambio productivo en sistemas humanos se centran no sólo en la idea de carencia, pérdida, conflicto o desintegración, sino también en los recursos existentes, y en la expansión de alternativas. Se utiliza una perspectiva que aprecia lo existente, aquello que funciona, nutriendo el aprendizaje y creando oportunidades de cambio positivo que permitan reconstruir el sentido y la esperanza en un futuro posible. En las situaciones de conflicto y crisis, alejadas del equilibrio, el azar, la ruptura del orden establecido, las variaciones y los procesos de auto-organización, si bien en muchas ocasiones expresan el desconcierto, también resultan útiles para la creación de nuevas posibilidades.

La autora brinda así su experiencia en cuanto a un posicionamiento necesario ante las crisis que se ejercite en el marco de conversaciones, a través de modalidades apreciativas, en este caso entre los miembros de las familias: El espacio conversacional es aquel en el que se ejercita lo conocido, lo establecido por medio de la historia de interacciones conjuntas de la familia.

La conversación es un proceso co-constructivo, un acto comunicativo que adquiere significado cuando es registrado como tal por otro en un continuo proceso. La capacidad de producir acciones significativas resulta de coordinaciones con palabras y acciones de otros. Aunque toda comunicación crea la posibilidad de construir nuevos significados (tiene un valor prefigurativo), el uso histórico establece constricciones contextuales, y permite y bloquea algunas combinaciones dentro de la cultura y tradiciones que componen el paradigma familiar. Por eso la flexibilización de los sistemas explicativos puede favorecer el manejo de conflictos y crisis, sorteando las constricciones habituales o esperables.

Con todo, y siguiendo esta propuesta, pensamos que para dar lugar a las oportunidades que asoman a esta crisis que nos ocupa, los debates sobre las funciones familiares de madre y padre, y sobre las prácticas concretas de autoridad familiar, necesitan ser parte de nuestras actividades como profesionales. Nosotros, los profesionales de distintas disciplinas¹³ que interactuamos en estas temáticas, somos quienes tenemos que visualizar estas nuevas realidades, no sólo para buscar soluciones en terreno concreto sino también como oportunidades para revisar y cambiar regulaciones y estructuras injustas y contribuir a una construcción conjunta de subjetividades flexibles y plurales dentro y fuera de las relaciones familiares.

Nos queda mucha tarea por delante. Y muchas preguntas por formularnos para investigar en nuestros campos de acción. Los siguientes son un ejemplo de algunas interrogantes: ¿Sólo la capacidad de proporcionar bienes de consumos a sus familiares ha dado esa importancia jerárquica a los padres de familia? ¿Su prestigio se ha basado sólo en valores económicos? ¿Dónde y en qué lugar quedan los valores relacionados con los afectos? ¿Tenemos siempre que situarnos en relaciones verticales en las que algunos estén situados por encima y otros por debajo? ¿Existen otras formas relacionales y si es así, en qué se sustentan? ¿Cómo contribuimos a construir esas otras relaciones? ¿Cómo podemos contribuir desde nuestras profesiones a que las crisis no desemboquen en desenlaces indeseables que perjudiquen a hijos y padres, y cómo podemos aprovechar la oportunidad para replantear supuestos valores familiares poco equitativos y perjudiciales para todos? Por último, ¿cómo podemos construir nuevas fuentes de apoyo a autoridades consensuadas y colectivas?

¹³ Psicoterapeutas, médicos y psicólogos, pediatras, psiquiatras, docentes, abogados, jueces, etcétera.

Obras consultadas

- Batres Méndez, Gioconda (1999), *El lado oculto de la masculinidad*, San José, ILANUD.
- Bauman, Zygmunt (2000), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa.
- Bourdieu, Pierre (1998), *La Domination Masculine*, París, Seuil.
- Castel, Robert (2004), *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?*, Buenos Aires, Manantial.
- _____ (1997), *La Metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós.
- De Keijzer, Benno y Luis Gerardo Ayala Real (2004), *Hombres construyendo democracia en las relaciones familiares*, en Beatriz Schmukler (coord.), Serie Cuadernos de Reflexión Acción: Recursos para una convivencia democrática en las familias, núm. 5, México, Inmujeres.
- Di Marco, Graciela (2005), *Democratización de las familias. Estrategias y alternativas para la implementación de programas sociales*, Buenos Aires, J. Baudino Editores, UNSAM.
- Fried Schnitman, Dora (2005), “Afrontamiento de crisis y conflictos: una perspectiva generativa”, *Sistemas Familiares*, núm. 21, pp. 1-2.
- Gergen, Kenneth J. y Mary M. Gergen (1991), “Toward Reflexive Methodologies”, en Frederick Steier (ed.), *Research and Reflexivity*, Londres, Sage.
- Kaufman, Michael (1989), “La construcción de la masculinidad y la tríada de la violencia masculina”, en Lucrecia Oller (coord.), *Hombres, placer, poder y cambio*, Programa de Prevención de Violencia Doméstica.
- Kimmel, Michael (1998), “El desarrollo (de género) del subdesarrollo (de género): la producción simultánea de masculinidades hegemónicas y dependientes en Europa y Estados Unidos”, en Teresa Valdés y José

- Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso.
- Marqués, Josep Vicent (1998), Comentario al Capítulo 1 “Construcción social de la masculinidad en América latina”, en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso, pp. 69-73.
- Ravazzola, María C. (2004), “Familias construyendo relaciones democráticas”, en Beatriz Schmukler (coord.), *Acción: recursos para una convivencia democrática en las familias*, Serie Cuadernos de Reflexión, núm. 6, México, Inmujeres.
- _____ (1997), *Historias infames: los maltratos en las relaciones*, Buenos Aires, Paidós Terapia Familiar.
- _____ (1993), “No somos siempre los mismos. Los cambios en los roles familiares”, Seminario *Qué mujeres, qué hombres, qué familia. Una mirada al siglo XXI*, Montevideo, FEMSUR, 18 y 19 de octubre, apoyado por el capítulo uruguayo de la SID, UNICEF y Comisión de las Comunidades Europeas.
- Ros, Cecilia (2006), “El colectivo laboral: un agente de salud”, en Elina Dabas (comp.), *Viviendo redes*, Buenos Aires, Ediciones Ciccus.
- Schmukler, Beatriz (coord.) (2004), *Acción: recursos para una convivencia democrática en las familias*, Serie Cuadernos de Reflexión, núm. 6 México, Inmujeres.
- Schmukler, Beatriz y Graciela Di Marco (1997), *Madres y democratización de la familia en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, Biblioteca de las Mujeres.
- _____ (coord.) (1984-1986), *Investigación Relaciones de Autoridad Familias-Escuela*, Flacso.
- Silverstein, Louise y Carl Auerbach (2000), “La deconstrucción del padre esencial”, *Sistemas familiares*, año 16, núm. 3, noviembre.

Tenti Fanfani, Emilio (1993), “Cuestiones de exclusión social y política”, en Alberto Minujin (ed.), *Desigualdad y exclusión*, Buenos Aires, UNICEF y Losada.

Valdés, Teresa y José Olavarría (eds.) (1998), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso.

Viveros Vigoya, Mara (1998), “Quebradores y cumplidores: biografías diversas de la masculinidad”, en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso.

Desempleo y violencia masculina. Recuento de una relación perversa

Patricia Valladares*

Introducción

El modelo económico prevaeciente en la economía mundial globalizada y en particular en las economías latinoamericanas actuales, se caracteriza por una creciente desigualdad entre pequeños grupos hegemónicos (dueños de la mayor parte de la riqueza mundial) y los crecientes grupos de personas empobrecidas. Uno de los problemas más graves en los países *subdesarrollados* es la crisis del empleo y sus secuelas más negativas referidas a la incapacidad para atender las necesidades de desarrollo económico y social de sus ciudadanos. Otro impacto negativo es la multiplicación de la violencia, la inseguridad y la delincuencia. El objetivo del presente trabajo es analizar la relación que existe entre el desempleo masculino y la violencia de pareja. La complejidad de este fenómeno nos obliga a analizarlo desde diferentes ejes de análisis tanto estructurales, institucionales, subjetivos y familiares.

Se considera que la crisis de empleo es una crisis de masculinidad debido a que culturalmente se valora la posición de los hombres por su

* Maestra en Psicología. Coordinadora del Programa Interdisciplinario de Atención a la Violencia Sexual y los Estudios de Género, Facultad de Estudios Superiores FES-Iztacala/UNAM.

capacidad laboral para proveer la subsistencia económica de las familias. En este poder económico, está sustentado su posición de autoridad dentro del núcleo familiar. Cuando un varón no es capaz de cumplir con estos mandatos genéricos, la frustración personal muchas veces deviene en violencia familiar. En México, la violencia familiar es un serio problema de salud pública por su alta prevalencia. Según datos de la Encuesta Nacional de la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (Endireh, 2003) realizada por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), en 47% de los hogares mexicanos existe algún tipo de violencia familiar y señala que un porcentaje considerable de episodios de violencia masculina fue motivada por problemas económicos y desempleo. De acuerdo a esta encuesta 29% de los casos los incidentes de violencia estuvieron motivados por problemas económicos y 12.5% por el desempleo del varón. Queremos resaltar que el desempleo por sí mismo no genera violencia, pero es un factor de riesgo, que se debe reexaminar.

Por lo tanto, el objetivo del presente trabajo es analizar cómo influye el desempleo masculino como factor de riesgo para provocar violencia familiar y cómo este tipo de violencia, que puede ser en algunos casos abierta y descarnada en términos de violencia física, se ejerce a través de diversos mecanismos de control y dominación masculina conocidos como micromachismos (Bonino, 1995). Señalaremos cómo la crisis provocada por el desempleo masculino exacerba la ocurrencia de violencia de pareja debido a la pérdida de poder masculino, económico y subjetivo, y cómo el ejercicio de la violencia dificulta a su vez la posibilidad de transitar en un ambiente familiar de apoyo solidario que permita mitigar el sufrimiento emocional de la pareja. Es decir, que partimos del supuesto de que hay una relación perversa entre el desempleo masculino y violencia en donde éstos se alimentan mutuamente de malestares subjetivos e intersubjetivos obstaculizando la solución efectiva de las crisis.

Al inicio de este trabajo se revisarán algunos conceptos sobre la carga social que implica la violencia y algunos de sus mecanismos de reproducción y cómo estos se encarnan en la construcción de la masculinidad y en el ejercicio de la violencia en la pareja y cómo las personas y la sociedad están dispuestas a justificar o invisibilizar esta violencia por diferentes motivaciones incluido el desempleo. Al final se discutirá también sobre los necesarios cambios estructurales políticos, económicos y sociales para enfrentar la violencia masculina. Se privilegiará la importancia del análisis sobre la construcción de las subjetividades genéricas tanto masculinas como femeninas que mantienen y reproducen este fenómeno social y la importancia de la reflexión abierta entre la pareja para dismantelar la violencia como mecanismo de control y dominación.

Violencia y agresión

La violencia es un fenómeno social omnipresente en la historia de la humanidad. La historia moderna es la historia de la violencia. Guerras mundiales, narcotráfico, secuestros, terrorismo y tortura han sido constantes en el devenir del siglo XX y los inicios del tercer milenio. La violencia es una manifestación de poder y dominación con la intención de controlar a los otros(as), ya sean individuos, grupos y/o naciones; su utilización ha pretendido ser justificada por la obtención de los fines que se persiguen, ya sean estos intereses políticos, territoriales, nacionalistas, étnicos o de grupo (Valladares, 1993).¹

En el primer informe mundial sobre la violencia y la salud de la Organización Mundial de la Salud (OMS) se aborda el fenómeno de

¹ Véase <www.who.int/violence_injury_prevention>.

la violencia como un problema de salud pública en el mundo. Según la directora de la OMS, doctora Gro Harlem Brundtland:

[...] cada año mueren 1.6 millones de personas en el mundo por violencia, que representan sólo la punta del iceberg, puesto que la mayoría de los actos violentos ocurren puertas adentro y se quedan sin registrar.

Aparte de las muertes, millones de personas resultan heridas a consecuencia de la violencia y sufren problemas físicos, sexuales, reproductivos y mentales. En algunos países los costos sanitarios por la violencia representan 5% del Producto Interno Bruto.

En este informe se afirma que las muertes y las discapacidades causadas por la violencia, la convierten en uno de los problemas de salud pública en el mundo. La violencia es una de las principales causas de muerte entre la población de 15 y 44 años y es responsable de 14% de las defunciones entre la población masculina y 7% de la femenina.

En un día cualquiera, 1 424 personas mueren por homicidio, casi una persona por segundo. Cerca de 35 mueren cada hora como consecuencia directa de los conflictos armados. Una persona se suicida cada 40 segundos.

Se calcula que en el siglo XX, 191 millones de personas perdieron la vida como consecuencia directa o indirecta de un conflicto y bastante más de la mitad eran civiles.

La violencia en nuestro país es uno de los problemas sociales más graves que afectan su desarrollo. En México la criminalidad es altamente violenta, según informes de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la Organización Internacional de Policía Criminal (Interpol) y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), en un análisis de los delitos ocurridos en el 2000 citados en *La Jornada*

(7 de noviembre de 2002, p. 46) se destaca que México ocupa el tercer lugar internacional de robo con violencia, que equivale a 42% de los delitos denunciados, el octavo lugar mundial en homicidios y el sexto lugar en violaciones. Los delitos violentos son tres veces mayores en México (36%) que el promedio mundial de 12%.

Las mujeres han estado históricamente excluidas del poder y han sufrido constantemente los abusos del mismo, cuestión que se manifiesta en violencia de género, discriminación económica, política y sexual.

La violencia de género es un problema complejo y multideterminado y también uno de los flagelos sociales que obstaculizan el desarrollo armónico de la sociedad. Según la ONU (1993).²

La violencia de género es cualquier acto que resulte o pueda resultar en sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer; incluyendo amenazas de dichos actos, coerción y/o privaciones arbitrarias de la libertad, ya sea pública o privada.

Se estima que tanto en los países industrializados como en los países en desarrollo, las mujeres entre 15 y 44 años pierden de uno a cinco años de vida saludable debido a violaciones y a la violencia doméstica. La carga a la salud que representa el maltrato a la mujer es comparable con la carga que representan enfermedades como el virus de inmunodeficiencia adquirida (VIH), la tuberculosis, el cáncer y las enfermedades cardiovasculares (Heise, Pitanguy y Germain, 1994). El 30% de las mujeres en México y en el resto del mundo han sufrido algún tipo de abuso sexual y/o familiar (UNIFEM, 2000). En este sentido Amartya Sen (2002), Premio Nobel de

² En la declaración de Naciones Unidas sobre la eliminación de la violencia contra la mujer, 3 de diciembre de 1993, artículo 1.

Economía en 1988, plantea que la misoginia representa un serio problema de salud pública en el mundo.

Otro dato relevante son las cifras oficiales de atención recibidas por las receptoras de la violencia de género en las procuradurías: según la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF) en el año 2002, se atendieron 68 747 casos, de los cuales 20 426 son de violencia familiar.³ Por otra parte en el Centro de Atención al Maltrato Intrafamiliar y Sexual (CAMIS) de la Procuraduría General de Justicia del Estado de México (PGJEM) se atendieron 46 695 personas, 7.6% más que el año anterior. Es decir que sólo en la Ciudad de México y en el Estado de México, en el año 2002 se atendieron en estos dos centros gubernamentales a 115 442 personas. Según la Endireh (2003) en 47% de los hogares mexicanos existen actos de violencia. Según los resultados de la Encuesta Nacional sobre Violencia Contra las Mujeres 2003 (Envim, 2003), que realizó la Secretaría de Salud (SS), se establece que cada año mueren 12 mil mujeres en el país por violencia. Quintana Roo, Coahuila, Distrito Federal y Campeche, son las entidades que registran el mayor número de agresiones. Sólo en el Distrito Federal 128 mujeres fueron asesinadas en el último año (*La Jornada*, 26 de noviembre de 2003).

Antecedentes teóricos de la violencia de género

La violencia es una manifestación de poder y dominio con la intención de controlar a las(os) otros, que se manifiesta a través de la agresión: entendida esta como la conducta con la finalidad de dañar física o psicológicamente a otras personas.

³ Según la subprocuradora de atención a víctimas de la PGJDF, 18 de mayo de 2003. Conferencia de prensa.

Goldstein (1978) argumenta que para agredir es necesario que existan los siguientes elementos

- El impulso de agredir. Que tiene que ver con las cogniciones, creencias, valores y prejuicios que adquieren las personas durante el proceso de socialización. Es común que los agresores devalúen a sus víctimas para justificar la agresión, por ejemplo, las Naciones devalúan al país que van a invadir con acusaciones genocidas, narcotraficantes, entre otras; a las personas se les desvaloriza ya sea por su color, su estatus económico o por su género.
- Factores situacionales. En términos de la oportunidad y la capacidad de agredir, la existencia del blanco, del uso de alcohol o drogas y de la disponibilidad de armas.

Según este autor los delitos más violentos son efectuados por personas que conocen a las víctimas, y los más sangrientos son los realizados entre cónyuges, efectuados principalmente por el esposo. Encontró que los ambientes familiares desinhiben el impulso a agredir.

Hay más probabilidades entonces de que se agrede en ambientes familiares y a personas conocidas, especialmente si hay consumo de alcohol o drogas y si se tiene acceso a armas.

Violencia de género

Si partimos del supuesto de Goldstein de que para agredir se necesita tener prejuicios, valores y creencias determinadas, no es de extrañar que se violente a los grupos sociales que están en una posición de *inferioridad social*, según los valores del sistema social dominante en una época histórica determinada. En este sentido, dentro del Sistema estructural conocido

como *sistema patriarcal*, han sido las mujeres y los infantes las víctimas más frecuentes de la violencia. Según esta aproximación, es claro que la violencia se ejerce en contra de los excluidos del poder y del desarrollo: los pobres, los grupos indígenas, los discapacitados y los ancianos.

El análisis de la violencia sexista ha sido uno de los objetivos principales de las investigadoras feministas, ya que consideran que esta, representa de manera real y simbólica la “punta del iceberg” de la discriminación hacia las mujeres. De acuerdo a esta aproximación feminista, se considera que la violación sexual es la manifestación del poder entre los géneros. Es producto del papel de subordinación y opresión del cual las mujeres son objetos y sujetos dentro de un sistema cultural ideológico patriarcal, entendiéndolo como el sistema social en el cual se asignan comportamientos, atribuciones y actitudes diferenciales y contrapuestos para cada género. A partir de este, el género masculino es sobre valorado socialmente, y la toma de decisiones, políticas, sociales y familiares está en función de los intereses prioritariamente masculinos. Marta Lamas (1986) establece que una manera más acertada de aproximarse al fenómeno de la subordinación femenina es a través del estudio de la *categoría de género*, ya que esta permite delimitar con más claridad y precisión cómo la diferencia genérica se transformó en desigualdad asimétrica y cómo estas diferencias no son naturales sino que son una construcción social y por lo tanto, modificables.

Marcela Lagarde (1997) dice que la violencia sexual es motivada por las diferencias genéricas, como una manifestación de poder que sintetiza varios poderes: el que da el género, la edad, la fuerza y el emanado de la autoridad.

Otro factor etiológico de la violencia de género es la formación y/o deformación de la sexualidad en los seres humanos, en la que existen pautas de socialización diferencial y contrapuesta para los dos géneros.

La mayoría de las autoras feministas (Brownmiller, 1975; Lamas, 1986; Hierro, 2003; en Valladares 1993) plantean que existe un doble código moral sexual, en donde a los varones se les estimula y refuerza para ser conquistadores, agresivos y promiscuos. En cambio a las mujeres se les inculcan valores como la virginidad y la monogamia. Todavía en muchas comunidades de nuestro país, la valoración social de las mujeres se centra casi exclusivamente en la pureza virginal y posteriormente en la fidelidad conyugal.

Otro de los factores que influyen en el desarrollo de la violencia de género, es la aceptación exagerada de los roles sexuales tradicionales y contrapuestos. Esto es, la conceptualización de las mujeres como seres humanos frágiles y débiles, y como objetos sexuales para el uso de otros, es decir, como seres humanos de segunda categoría. Además, se estereotipa a los hombres como fuertes, violentos y agresivos con derechos de propiedad sobre las “mujeres-objeto”. La raíz de la violencia de género está en los *mandatos ideológicos que promueven una valoración negativa de lo femenino y de los excluidos* en un sistema patriarcal.

Pensamos que la violencia contra las mujeres es un problema complejo y multideterminado, cuya ocurrencia depende de la interrelación entre: 1. factores ideológicos, educativos y sociales; 2. de las características psicológicas de las receptoras de la violencia y de los agresores; y 3. de factores situacionales, lo que se conoce como la Tríada Violatoria (cuadro 1).

Violencia masculina

En las últimas décadas el estudio sobre la violencia de género y en especial sobre la violencia familiar o violencia en la pareja, se centró en el análisis de las condicionantes sociales basadas en el modelo patriarcal que prohijaban, favorecían o permitían socialmente estas conductas, así

Cuadro 1
Modelo explicatorio de la violencia de género:
Triada Violatoria (Valladares, 1993)

Sistema patriarcal. Sexualización del poder. Socialización de género. Institucionalización de la violencia. Impunidad legal		
Receptoras	Situaciones	Agresores
<p>Exclusión social: Bajo poder social:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Indefensión o vulnerabilidad por: género, edad, fuerza física y/o estatus socioeconómico. <p>Déficits en habilidades de:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Autoprotección • Escape/evitación • Sociales • Déficit en información sobre derechos humanos. 	<p>Ambientes riesgo:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Cerrados • Familiares • Disponibilidad abierta de tiempo entre agresor y víctima • Sin apoyo externo familiar, social, legal, etcétera • Ataques premeditados. <p>Lugares abiertos:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Circunstanciales • Con deficiencias de seguridad pública 	<p>Poder social:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Autoridad sobre la víctima • Manifestación exagerada de roles sexuales <p>Déficits en habilidades sociales:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Agresión • Excitación desviada

Fuente: elaboración propia.

como también en el análisis de las características de las receptoras de esta violencia. Sin embargo, se había dejado de lado a los generadores de esta violencia, que casi siempre eran los varones. Es hasta mediados los años noventa, que en todo el mundo se inician los trabajos centrados en la violencia masculina y su relación con el modelo masculino tradicional.

Diferentes autores como Corsi (1994) y Badinter (1993) han desentrañado la construcción de la masculinidad en el modelo tradicional:

La identidad masculina tradicional se construye sobre la base de dos procesos psicológicos simultáneos y complementarios: el hiperdesarrollo del yo exterior (hacer, lograr, actuar) y la represión de la esfera emocional. Para poder mantener el equilibrio de ambos procesos, el hombre necesita ejercer un permanente autocontrol para regular la exteriorización de sentimientos tales

como el dolor, la tristeza, el placer, el temor, el amor, como una forma de preservar su identidad masculina (Corsi, 1994, p. 15).

Estas características se traducen en conductas afectivas restringidas, actitudes de control, competencia y ejercicio de poder, así como dificultades para cuidar su salud. Este modelo supone que el triunfo masculino está anclado en el éxito laboral y económico. Estos mandatos genéricos establecen también la estimulación de comportamientos competitivos y violentos. Vale la pena resaltar que la segunda causa de muerte masculina está relacionada con los accidentes y la violencia (INEGI, 2004). Estos mandatos se reproducen dentro de la familia, donde el rol primordial de jefe de familia genera la exigencia de cumplir con el sostenimiento económico.

Las nuevas condiciones económicas producidas por el modelo neoliberal, caracterizadas por un desempleo masculino creciente y la inserción de las mujeres en el mercado laboral, ya sea por las luchas feministas por un lado y por las demandas económicas familiares han producido cambios dramáticos en la economía laboral. Las mujeres representan 37% de la Población Económicamente Activa (PEA) nacional. Es una realidad que ante el desempleo masculino las mujeres están más dispuestas a emplearse por bajos salarios para subsanar las necesidades más básicas de la familia. Este fenómeno se conoce como feminización de la pobreza.

Hombres violentos

Cuando hablamos de hombres violentos hacemos referencia a los varones que abusan física, psicológica, sexual y económicamente de otras personas con la intención de provocar algún tipo de daño. Las investigaciones concuerdan en que la motivación principal es el abuso del poder y del control. En este trabajo

nos centraremos en el fenómeno de los hombres violentos con sus parejas y muchas veces con sus hijos. Muchos de estos hombres provienen de hogares violentos, tienen muy introyectados los roles sexuales tradicionales y tienen una inhabilidad para expresar sentimientos. Cuando se sienten amenazados, se sienten sin poder o han perdido el control de una situación, se afirman a través del uso de la violencia, en cualquiera de sus formas. La pérdida de empleo es una de las maneras más evidentes de pérdida de estatus familiar y social. Esta pérdida implica sentimientos de enojo, tristeza y frustración. Ante la imposibilidad de expresar su tragedia, la conducta masculina más común es a través del ejercicio de la violencia. Sobre todo cuando hay una suerte de impunidad para ejercerla. Es más fácil violentar a su pareja o a los hijos, que liarse a golpes con un extraño. Se ejerce violencia porque funciona. En la violencia social y sobre todo en la violencia familiar hay un nivel bajo de denuncia y por lo tanto impunidad.

Estamos de acuerdo que las causas de la violencia familiar están ancladas en las sociedades sexistas en donde se reproducen las desigualdades entre mujeres y hombres, y también donde se institucionalizan el poder, el control y la violencia en el ámbito de lo privado.

Desempleo masculino y violencia familiar

La ira es como el fuego, te quema y quema a los demás.

Para la investigadora en Derechos Humanos Elina Aguiar (1998), el desempleo o la amenaza de quedar sin trabajo remite a una angustia de muerte física, psíquica y social, ya que cercena la continuidad del proyecto de vida de la pareja, dando lugar a la incertidumbre. Es decir que la desocupación

enfrenta a la pareja a la desesperanza y a la angustia catastrófica, tambaleando el marco estable sobre la que se apoyaba.

La desocupación *desencadena una situación traumática* que ataca los tres espacios psíquicos de las personas desocupadas o amenazadas por la desocupación. La desocupación margina *socialmente*, genera profundas crisis personales y *familiares*, repercute *corporalmente* en accidentes y enfermedades psicosomáticas, dado que genera una carga de tensiones y violencia que se manifiestan contra los otros o contra sí mismo, de efectos impredecibles.

Es decir, que la sobre carga de frustración e incertidumbre recae en la pareja y en la familia provocando violencia y malestar. Esta situación en el hombre, muchas veces corporizado a través de padecimientos emocionales como la depresión, el alcoholismo o la drogadicción, que en última instancia son formas de violencia volcada hacia sí mismo y/o trasmuadas en conductas violatorias hacia otros, especialmente a la mujer y los hijos.

Como ya apuntábamos en la introducción de este trabajo, la violencia en nuestro país se presenta de una manera alarmante y representa un serio problema de salud pública. Según datos de la Endireh, 2003 realizada por el INEGI, en 47% de los hogares mexicanos existe algún tipo de violencia familiar, un porcentaje considerable de episodios de violencia masculina fue motivada por problemas económicos y desempleo. Según esta encuesta en 29% de los casos los incidentes de violencia estuvieron motivados por problemas económicos y 12.5% por el desempleo del varón. Señalamos también que esta violencia puede ser en algunas casos abierta y descarada, manifestada como violencia física. Sin embargo, la mayoría de nosotros nos inclinamos a pensar que un hombre desempleado no estaría en condiciones de ejercer violencia precisamente por que dada su condición

de “vulnerabilidad” temporal por la pérdida de poder por el desempleo, estaría más deprimido y angustiado que violento. Sin embargo, existe otro tipo de violencia más sutil, casi invisible, que es igual de violatoria, conocida como *micromachismos*, es decir, mecanismos de control y dominación masculina que ocurren en la vida cotidiana.

Luis Bonino (1995), acuñó el término *micromachismos* para referirse al abanico de maniobras interpersonales que realizan los varones para mantener el dominio y su supuesta superioridad sobre la mujer y que son microabusos y microviolencias que atentan contra la autonomía de la mujer y que están inscritos dentro del “orden social”.

Según este autor, estos micromachismos brindan “ventajas” para los varones pero generan efectos dañinos para las mujeres y a largo plazo impiden establecer vínculos armoniosos con la pareja ya que producen resentimiento y distanciamiento. Señala también que existe una categoría llamada *micromachismo en crisis* que suele utilizarse en momentos de desequilibrio en el estable desbalance de poder en las relaciones, tales como el aumento de poder en la mujer o en el desempleo masculino. En estas etapas, el hombre al sentirse amenazado puede aumentar la intensidad de la microviolencia para restablecer su estatus.

A continuación describiremos por medio de ejemplos, algunas estrategias de *micromachismo en crisis* que parecen tener lugar cuando hay desempleo:

Seudoapoyo. Son los apoyos que se enuncian sin ir acompañados de acciones cooperativas, con este se evita el enfrentamiento pero no se comparte con la mujer las cargas domésticas o de tiempo.

Dar lástima. Consiste en involucrarse en comportamientos autolesivos como accidentes, adicciones, amenazas de suicidio para manipular a la mujer o generarle culpa. En el mismo lugar estarían comportamientos masculinos de distanciamiento emocional y reproches.

La experiencia clínica y la revisión bibliográfica nos hablan también de que el desempleo exagera comportamientos violentos que seguramente ya eran parte de la dinámica familiar pero que se ven acrecentados, como la celotipia, la intromisión en la vida de las mujeres o la hipercrítica sobre el comportamiento de las esposas. La persistencia de estos comportamientos negativos pueden producir un incremento de violencia de parejas con consecuencias lamentables tanto para la mujer como para el hombre o los hijos.

Para finalizar quiero resaltar que el desempleo como el alcoholismo por sí mismos no producen violencia, pero sí son factores de riesgo que probabilizan la ocurrencia de este fenómeno. El problema en lo individual no sólo es la cólera y la frustración que produce el desempleo, sino la manera que *eligen* los hombres violentos para enfrentar estas crisis.

Para Bonino estos comportamientos *son responsabilidad de los hombres*, a ellos les compete reflexionar sobre el manejo de la frustración y sus necesidades de control y dominación. Sin embargo, somos consientes que para acceder a este espacio de reflexión y análisis de sí mismo y con la pareja muchas veces es necesario pedir ayuda, ya sea con profesionales o con grupos de apoyo.

Llama la atención que una de las quejas más frecuentes en la psicoterapia son los relacionados con problemas de pareja. Ya dijimos que en casi 50% de los hogares mexicanos existe violencia familiar. Sabemos también que los varones que pierden su empleo, tienen una carga de frustración. Estudios recientes empiezan a encontrar la relación entre depresión y desempleo. Por tal motivo no es extraño, que muchos varones decidan resolver sus conflictos en forma violenta.⁴ Recordemos que la violencia no es sólo física, sino sobre todo psicológica, en forma de amenazas,

⁴ Fernando Savater plantea que una de las características que nos hace humanos es el derecho a elegir, aunque muchas de las elecciones estén acotadas por diferentes condicionantes sociopolíticos; por lo que habría que reivindicar nuestro derecho a elegir.

descalificaciones y silencio acusatorio hacia las mujeres que se convierten en proveedoras familiares, lamentablemente esta violencia muchas veces tiene también un componente sexual.

A manera de conclusión

El problema de la violencia masculina es complejo y obedece a factores estructurales, institucionales, familiares y subjetivos. De la misma forma, las recurrentes crisis económicas, así como la instalación salvaje del neoliberalismo globalizado han producido diferentes secuelas negativas que obstaculizan el desarrollo personal y ciudadano. Aceptemos la complejidad de los fenómenos. De tal manera que el enfrentamiento de la relación perversa desempleo-violencia masculina, debe abordarse desde diferentes niveles. El primero está referido a las obligaciones del Estado, ya sea para garantizar la seguridad de sus ciudadanos como el acceso a un empleo digno. Y por otro lado están las responsabilidades personales para desactivar el uso de la violencia para dirimir conflictos y la acción de las mujeres para limitar los abusos masculinos.

En primer lugar es necesario impulsar políticas públicas con perspectiva de género, que refieran al conjunto de acciones, principios y mecanismos dirigidos a alcanzar el establecimiento de relaciones más equitativas entre hombres y mujeres que beneficien a la sociedad en su conjunto. Estas implican una ética basada en el reconocimiento de las desigualdades entre los géneros, las etnias, las clases sociales y las razas.

Es a través de las políticas públicas que los gobiernos desarrollan programas y asignan recursos para corregir dichas desigualdades sociales. En este sentido el objetivo esencial de estas es el diseño, la instrumentación y la ejecución de acciones que mejoren el bienestar social de la población

con una visión de equidad y justicia social. Según el Plan Nacional de Desarrollo (PND) 2001-2006 (Presidencia de la República, 2001) todas las políticas gubernamentales deberán incluir la perspectiva de género en sus planes. Ya que el Estado es el responsable de garantizar la seguridad de sus ciudadanos. De la misma manera, es el Estado el que debería proporcionar empleo a sus ciudadanos. Tan violentos son los “maltratadores” como el Estado que no provee los medios que garanticen las condiciones económicas necesarias para lograr un desarrollo con dignidad.

El Estado debería pues implementar sistemáticamente políticas públicas que erradiquen la violencia de género, no sólo porque una de las funciones ineludibles del Estado es garantizar la seguridad de sus ciudadanos; también porque si se combate decididamente a la violencia, se estará combatiendo el abuso del poder y a la impunidad. De esta manera se logrará formar una ciudadanía respetuosa del Estado de Derecho. Una ciudadanía que participa y confía en las autoridades.

Creo que el abordaje del problema deberá incluir diferentes niveles de acción:

1. *Valorar la importancia de la violencia de género en la sociedad.* A lo largo de este trabajo hemos analizado el impacto social negativo que acarrea a la sociedad, no sólo por el daño a largo duración de las víctimas y sus familias; si no porque la violencia obstaculiza el desarrollo democrático de la sociedad. La erradicación de la violencia de género debería de ser considerado un problema de Estado. Es decir un problema político.
2. *Modificaciones estructurales.* La raíz de la violencia de género reside en los *mandatos ideológicos que promueven una valoración negativa de lo femenino y de los excluidos* en un sistema patriarcal. En el cual no sólo las mujeres, sino los infantes, los ancianos, los indígenas y los pobres son considerados inferiores, vulnerables o incapaces.

3. *Modificaciones en la construcción de las subjetividades masculinas y femeninas.* Me parece que además de los cambios estructurales e institucionales es necesario abocarnos a la reconstrucción de nuevas subjetividades genéricas ancladas en una ética que se sostenga en valores tales como: democracia, tolerancia y alternancia en el poder tanto en las relaciones privadas como en la relación con los otros. Los varones por su parte, deberían reelaborar una masculinidad dirigida hacia la integración, la tolerancia, la expresión de sentimientos y la negociación. Ser vulnerable no implica minusvalía. Ser vulnerable implica la posibilidad de aprender nuevas estrategias para enfrentar la crisis.

Vale la pena reiterar que la violencia masculina en la pareja es un fenómeno complejo, en donde el desempleo es un factor de riesgo que exacerba el malestar psicológico de la pareja. Es decir, que la crisis provocada por el desempleo se “encarna” en las personas que lo padecen, hombres y mujeres. Sin embargo, la experiencia clínica nos indica que la reacción social y familiar común es minimizar estos hechos de control y dominación masculina conocidas como *micromachismos* y como socialmente se tiende a justificar la violencia masculina, ya que el hombre esta en “crisis”.

La tragedia de los *hombres-desempleados-violentos* es que están condenados a reciclar su malestar compuesto de frustración, ira, reproches y resentimiento, que los llevará hacia la enfermedad, la soledad y el aislamiento. Víctimas del sistema económico se tornan victimarios inconscientes de sí mismos y de sus cercanos.

Además de las responsabilidades del Estado y de su ineficiencia para garantizar un empleo digno a sus ciudadanos, esta la responsabilidad de los hombres para hacerse responsables de sus elecciones no sólo por el respeto que deberían de tener con los otros, sino también por el valor que tiene la adquisición de comportamientos pacíficos para su propia sobrevivencia.

Sin embargo, mientras se siga considerando a la violencia como natural e irremediable, en donde el daño a los otros(as) funcione como una manera efectiva para lograr poder o para descargar enojo, la violencia de género seguirá ocurriendo y las esperanzas de su eliminación seguirán siendo utópicas.

Me parece que debemos apostar a la reflexión de nuestras responsabilidades como generadores o receptoras de violencia familiar como una alternativa de resistencia personal y política que nos permita re- pensar nuestro ejercicio de poder en la cotidianidad de la pareja y de nuestras relaciones sociales.

Obras consultadas

- Aguiar, Elina (1998), “Violencia y pareja”, en Inés Izaguirre (comp.), *Violencia social y derechos humanos*, México, Eudeba.
- Badinter, Elisabeth (1993), “Identidad y preferencia sexual”, en *XY. La identidad masculina*, Madrid, Alianza Editorial.
- Bandura, Albert y Emilio Ribes Iñesta (1977), *Modificación de conducta: análisis de la agresión y la delincuencia*, México, Trillas.
- Bonino Méndez, Luis (1995), “Develando los micromachismos en la vida conyugal”, en Jorge Corsi, *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y modelos de intervención*, Buenos Aires, Paidós.
- Bunch, Charlotte, Claudia Hinojosa y Niamh Reilly (2000), *Los derechos de las mujeres son derechos humanos. Crónica de una movilización mundial*, México, Rutgers y Edamex.
- Brownmiller, Susan (1981), *Contra nuestra voluntad. Hombres, mujeres y violación*, Barcelona, Planeta.

- Cahill, Ann J. (2001), *Rethinking Rape*, Ithaca, Cornell University Press.
- Corsi, Jorge (1994), *Violencia masculina en la pareja, una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*, Buenos Aires, Paidós.
- Eisler, Riane (2000), *Sexo, mitos y política del cuerpo*, México, Editorial Pax.
- Ferreira, Graciela (1996), *La mujer maltratada*, México, Editorial Hermes.
- _____ (1995), *Hombres violentos: Mujeres maltratadas*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Fisas Armengol, Vicenç (1998), *El sexo de la violencia. Género y cultura de la violencia*, Barcelona, Icaria Editorial.
- Gargallo, Francesca (1990), “En busca del origen de la violencia sexual contra las mujeres”, *FEM*, año 14, núm. 88, p. 7.
- Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, Presidencia de la República (2001), *Plan Nacional de Desarrollo 2001*.
- Goldstein, Jeffrey (1978), *Agresión y delitos violentos*, México, Manual Moderno.
- Groth, A. Nicholas (1979), *Men Who Rape. The Psychology of the Offender*, Nueva York, Plenum Publishing Corp.
- Guerrero Caviedes, Elizabeth (2002), *Violencia contra las mujeres en América Latina y el Caribe español 1990-2000: balance de una década*, Santiago de Chile, Isis internacional y UNIFEM.
- Heise, Lori, Louise J. Pitanguy y A. Germain (1994), *Violencia contra la mujer: la carga oculta sobre la salud*, México, OMS y PUEG/UNAM.
- Hierro, Graciela (2003), *Ética y feminismo*, México, PUEG/UNAM.
- Informes Programa Interdisciplinario para la Atención de la Violencia (PIAV) Iztacala (1989-2002), *Archivos PIAV*, México, ENEP Iztacala/UNAM.
- Informes Programa Interdisciplinario para la Atención de la Violencia (PIAV) Estado de México (1991), *Archivos PIAV*, Estado de México, Procuraduría General de Justicia del Estado de México.

- Lagarde, Marcela (1997), *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, Dirección General de Estudios de Posgrado/UNAM.
- Lamas, Marta (1986), “La antropología feminista y la categoría de género”, en “Nueva Antropología. Estudios sobre la mujer, problemas teóricos”, *Revista de Ciencias Sociales*, vol. 8, núm. 30.
- Pérez Conchillo, María y Juan José Borrás (1996), *Sexo a la fuerza*, Madrid, Aguilar.
- Savater, Fernando (2004), *El valor de elegir*, Barcelona, Ariel.
- Sen, Amartya (2002), “Desigualdad de género”, en *Sexo y poder*, México, *Letras Libres*, año IV, vol. 4, núm. 40, septiembre, pp. 12-21.
- Tordjman, Gilbert y J. Gorbea (1981), *La violencia, el sexo y el amor*, Barcelona, Gedisa.
- Thurman, Robert (2006), *Ira (Los siete pecados capitales)*, Barcelona, Paidós.
- Valladares, C. Patricia (2002), “Empoderamiento femenino. ¿Para qué?”, *Equidad de Género*, Revista semestral IMEM, junio, año 1.
- _____ (1993), *Estudio epidemiológico de la violencia sexual*, México, FES-Iztacala/UNAM, Proyecto PIAV, tesis de maestría en Psicología.

Hemerografía

Doble jornada, 4 de noviembre de 2002, p. 4.

La Jornada, Sociedad y Justicia, 26 de noviembre de 2003, pp. 48-52.

Sitios de Internet

Amnistía Internacional (2003), Comunicado de prensa, <www.edai.org/centro> (consultado el 11 de agosto de 2003).

- Amnistía Internacional (2003), *Stop Violence Against Women. Amnesty Prepares to Launch Worldwide Campaign*, <www.amnesty.org_library>.
- Comunicación e Información de la Mujer, A. C. (CIMAC) (2003), <www.cimac.org.mx>.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) (2004), *Mujeres y hombres 2004*, <www.inegi.gob.mx>.
- Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres) (2003), <www.inmujeres.gob.mx>.
- Instituto Social y Político de la Mujer (2000), *La respuesta desde la salud*, <<http://www.ispm.org.ar/violencia/images/respuestas/r-salud.html>>.
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (2003), *Informe mundial sobre violencia y salud*, <www.who.int/violence_injury_prevention>.

Pensar la violencia en los contextos de vida

Marta Lucioni*

*Pero el hecho de ser dos, todo lo cambia. Y no es
que la tarea se vuelva dos veces más fácil, no:
de imposible se vuelve posible.*

RENÉ DAUMAL, *El monte análogo*

Introducción

En este trabajo propongo acercarme a una mayor comprensión de la complejidad de la violencia practicada por los hombres en el ámbito familiar, problema lamentablemente acuciante en nuestro país y en muchos otros. Articularé diferentes conceptos desde una perspectiva interdisciplinaria y transdisciplinaria, vinculada a la interrelación entre masculinidad, violencia y crisis económica desarrollada en nuestro país en los últimos años (Lucioni, 2004).

El lugar desde el cual quiero hablar, es como coordinadora de grupos de hombres con problemas de violencia dirigida hacia su pareja y a veces, aunque no siempre al menos en forma directa, hacia sus hijos.

Coordino grupos de reflexión transformadora de la conducta violenta en la ciudad de Buenos Aires, Argentina desde el año 1996. Creo ser una

* Centro Integral de Salud Psicológica Masculina, Buenos Aires, Argentina.

de las pocas coordinadoras mujeres de este tipo de grupos, es por eso que quiero compartir mi experiencia, que tiene sus propias características al no ser yo ajena a toda la problemática de género que en nuestra sociedad se plantea. La experiencia profesional me ha enseñado que el grupo abre un espacio en donde las prácticas culturales y la biografía singular se pueden trabajar dando lugar a importantes transformaciones de los participantes.

Sé muy bien que pensar en las propias prácticas implica riesgos, angustias, inseguridades y también que nos abre la posibilidad de encontrarnos con la novedad, con el placer de la producción, con la posibilidad de enriquecer la experiencia. Es por ello que me atrevo a compartir mi trabajo con el deseo de que mi aporte teórico resulte de utilidad para la práctica.

Desarrollo

Esta perspectiva de trabajo hace que me incluya desde una posición que no es aséptica, que no esconde al ser humano existente en la persona del terapeuta ni en la del paciente detrás de un eslogan o de un dogma preestablecido.

No analizo la construcción de las subjetividades con criterios esencialistas, ahistóricos e individualistas relacionados con el modelo atomista de las ciencias exactas, acorde con el modelo positivista de la época moderna. Estas perspectivas no consideran la complejidad humana porque no hacen referencia a las particularidades de cada cultura, de cada momento histórico y de cada situación específica; no aparece la heterogeneidad de los sujetos ni sus singularidades. Pienso en un sujeto que no “es” sino que “adviene” y “deviene” no de una vez y para siempre, sino que deviene sujeto de modo constante en los juegos de los intercambios sociales del ambiente en los que participa.

Considero que las personas se van constituyendo a través de sus relaciones intersubjetivas, producidas dentro de una compleja red de prácticas histórico-sociales y político-económicas. Todavía hoy muchos siguen pensando a las personas como individuos aislados, con una subjetividad congelada y achatada, y no como sujetos que forman parte de múltiples redes de interacciones familiares, de amistad, laborales, recreativas, culturales y muchas otras. Recién había en las últimas décadas un giro epistemológico hacia la complejidad que permitió que comenzáramos a dar cuenta de la multidimensionalidad que se abre cuando pasamos de un pensamiento reduccionista a un pensamiento complejo, que toma en cuenta las interacciones dinámicas y las transformaciones.

Toda formulación sobre el tema violencia que no considere la categoría de género se convierte en un enfoque incompleto, porque no toma en cuenta un aspecto generador de violencia en los vínculos familiares. Tomar la perspectiva de género, entendida como relacional, hace más rica la investigación y nuestros modos de intervención se ven favorecidos.

Roxana Ynoub, investigadora de la Universidad de Buenos Aires, plantea que la perspectiva de género posibilitó la puesta en tensión de muchas de las “dimensiones teóricas” que estaban consolidadas al interior de distintas prácticas y disciplinas. La categoría de género exigió la revisión de aspectos no sólo operacionales, sino que también se remontó a los aspectos instrumentales y de procedimientos que están en la génesis misma de la producción de información (Ynoub, 1996).

Aún hoy en nuestra cultura los modos de estar en todo tipo de relación son diferentes según se pertenezca al género femenino o masculino o se pertenezca a diferentes generaciones. Sacar la violencia de la gramática del ser (que alude a innatismo, a fijeza interior) y ponerla en el lenguaje de los modos de relación, nos permite un trabajo fecundo hacia la transformación de los vínculos.

Cuando el concepto de género se usa de modo totalizador nos impide dar cuenta de la singularidad de cada situación. Las creencias matrices de “lo que debe ser un varón” en nuestra sociedad se interiorizan en las relaciones intersubjetivas de un *modo singular*.

La mayoría de los autores y autoras que trabajan masculinidad están de acuerdo en afirmar que la misma es multidimensional; está compuesta por múltiples capas y se deben tener presentes aspectos como la etnia, la religión, la orientación sexual, la clase social y todos los elementos que se conjugan para darle identidad.

La masculinidad no puede ser definida como un carácter de tipo natural, una conducta promedio, una norma, sino que es al mismo tiempo la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y las mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y la cultura (Connell, 1997).

Si bien me parece interesante tomar en cuenta que hay situaciones como el aislamiento social, el alcoholismo, el estrés económico o el desempleo, que pueden propiciar índices mayores de violencia en el ámbito privado en sus múltiples formas y grados, hay una tendencia a creer que la violencia surge de manera determinista, causal por alguna o algunas de las variables mencionadas. Considero que puede resultarnos más interesante no tomar tal presupuesto como una verdad revelada sino *sólo como una herramienta teórica de trabajo*.

Las formas de pensamiento simplista, fácilmente nos llevan a generalizaciones riesgosas, resultado de la búsqueda de un origen, de síntesis y explicaciones acabadas, por el contrario, un pensamiento complejo nos conduce a la búsqueda de comienzos, de procedencias. Por ejemplo: aunque la mayoría de los hombres que ejercen violencia tuvieron una infancia en la que fueron sometidos a malos tratos, no se puede decir que

sea así en todos los casos. Otro ejemplo lo encontramos cuando se dice que la mayoría de los hombres tiende a repetir su práctica violenta con otras parejas; la experiencia nos muestra que esta conducta no se presenta en la totalidad de los hombres.

En el problema del maltrato dentro del ámbito familiar, cada variable (por ejemplo, violencia en la familia de origen de los varones, estrés económico, aprendizaje de resolución violenta de conflictos u otras), se relaciona de múltiples maneras en cada situación. No se puede transpolar mecánicamente. *Los parámetros adquieren significado en un contexto de vida determinado.*

Los grupos de varones que yo misma entrevisté me sorprendieron, ya que fueron bastante unánimes en sus respuestas al no considerar linealmente la relación crisis económica-violencia; hacían hincapié en la dificultad para poder llegar a acuerdos con la pareja en relación a los gastos y en la dificultad de hablar no sólo de los hechos concretos sino de lo que sentían ante la situación. Algunos de los comentarios fueron: “La violencia puede aparecer con plata o sin plata”. “Yo fui violento en mi niñez, en mi adolescencia y siendo adulto, yo aprendí a ser violento”. “Se dice que hay insatisfacción por lo económico, pero yo creo que es por otras insatisfacciones”.

Se han producido modificaciones en la representación que tiene para los varones, en la actualidad, el rol de proveedor económico en sus respectivas familias, tomando como referencia lo que significaba para sus padres. En ese aspecto ya no tiene la misma significación, se ha ido perdiendo un modo legitimado de proveedor económico, aunque en la actualidad coexisten el viejo y nuevos modelos en medio de un debate aún lejos de resolverse.

En el grupo con el que trabajé formulé una pregunta sobre qué significaba para ellos ser un hombre proveedor. Uno de ellos dijo:

Ser proveedor es una antigua forma de familia, para mí ya está caduco. Caduco como forma pero yo me siento antiguo en algunas cosas. Yo estuve con gente mayor que me contagió de cosas antiguas, de modismos ya no vigentes y los llevo aún hoy adentro mío, aunque parezca mentira”. Otro dijo: “Un hombre proveedor... y bueno es algo muy pesado, duro; ¿proveer qué? ¿los valores, lo económico, lo espiritual? No me siento un proveedor absoluto. Me siento un proveedor que colabora proveyendo cosas a mi familia. Proveer a una persona es proveerle salud, buenos ejemplos, proveerle comida todas las mañanas, darle caricias. Si por proveer lo que la generalidad dice que es lo económico yo no me siento un proveedor para nada”. Otra respuesta fue: “Yo me siento un proveedor, siempre me presenté como proveedor y hoy no me gustan los hombres proveedores. Hoy veo que a un hombre le hace mal proveer porque veo que se pierde la mejor parte y se pierde lo mejor que es disfrutar de la vida con o sin plata. Cuando a la plata se le da más importancia de la que tiene es perjudicial.

Los hombres entrevistados comenzaron a reflexionar sobre lo que implica en sus vidas el ser hombres de tal o cual manera. Se plantean preguntas que sus padres no se hacían o que por lo menos no se planteaban de la misma manera. Indudablemente las configuraciones de género han sufrido fuertes sacudidas en los últimos tiempos, lo que también influye en estas subjetividades. Los límites demarcatorios sobre qué es ser un hombre se han vuelto más confusos y flexibles. Pero esta flexibilidad no indica que sea igual en todos los entornos, por el contrario, se caracteriza por ir emergiendo a velocidades distintas y no necesariamente en la misma dirección. Es por esto, también, que la relación violencia masculina y hombre proveedor no se configura de igual manera en todos los contextos.

Se puede decir, asimismo, que el discurso tradicional, antiguo, sobre las relaciones de género ha sufrido cambios. Aunque algunos mantengan *puertas adentro* las prácticas tradicionales de masculinidad, ya no todos los

varones lo pueden enunciar tal como lo hacían antes. Ya no se proclama que las mujeres no tienen los mismos derechos, o que los hombres sólo se caracterizan en su rol de proveedor. En la actualidad estamos asistiendo al despliegue de múltiples modos de configuración de los lazos sociales y de la producción de subjetividades.

Resulta interesante observar que los conceptos de estos mismos hombres entrevistados cambian cuando, por ejemplo, se encuentran frente a sus pares varones y no cuentan con los recursos económicos que, supuestamente, debe corresponderles por pertenecer o querer pertenecer a una determinada clase social. En esas situaciones aparece un agudo malestar; las jerarquías de poder no se configuran sólo entre los géneros, sino que también cobran existencia entre distintos grupos de hombres y también entre diferentes masculinidades (Kaufman, 1997).

Es evidente que el deterioro en el nivel de ingresos económicos afecta a las personas, más aún cuando la construcción de su subjetividad ha girado en torno a ser proveedores económicos, pero también se hace evidente, que *todo cambio que se produce dentro del sistema familiar o el sistema social o incluso los cambios individuales, no repercuten de manera lineal en los demás sistemas o dimensiones* (Ynoub, 1996).

El género o cualquier otra categoría exigen dar cuenta de su especificidad en los distintos niveles de sociabilidad. Cada uno de los niveles, el macrosistema o el microsistema puede tener su propia dinámica de poder intergenérico o intragenérico y su propia dinámica de transformación que no influye mecánicamente en otros sistemas. No se trata que cada nivel tenga por sí mismo mayor grado de incidencia que otro, sino de ubicarlo según el grado de implicación que tenga en cada contexto y situación particular. Al respecto son importantes el Informe de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de 1995, como también el Informe Argentino de Desarrollo Humano de ese mismo año, en su intento

de una búsqueda orientada a captar y describir el tema en sus múltiples niveles de determinación.

En un entramado vital no hay algo que sea en sí mismo el objeto y el contexto que lo rodea. En la red, según cual sea nuestra peculiar manera de relacionarnos y cual sea nuestro objetivo, vamos distinguiendo focos de atención y atravesamos significados contextuales. El contexto no es un ámbito separado e inerte, sino el lugar de los intercambios y a partir de allí el universo entero puede ser considerado una inmensa “red de interacciones”, donde nada se define de manera absoluta e independiente.

Ninguna variable tiene sentido por sí misma; toda transformación contextual afecta a una particular configuración familiar de manera diversa; habría que preguntarse *cuáles son las variables que los afectan y qué significan para esta configuración*. Los cambios económicos y políticos de los últimos años en Argentina no modificaron el contexto de todos los sectores sociales de la misma manera. En este último caso es interesante observar, como relata uno de los entrevistados, que los cambios en su familia, se debieron a las modificaciones que tuvieron que hacer otras familias debido a la crisis económica; por ejemplo sus hijos se vieron afectados por el cambio de colegio de sus compañeros; las salidas de esparcimiento de la pareja con amigos en común ya no pudieron realizarse con la misma frecuencia. Puede ser que el aislamiento en estas familias los sitúe en un estado emocional que genere episodios de violencia.

En el otro extremo hay hombres que se vislumbraron presionados por la crisis económica; imposibilitados para generar respuestas adecuadas y cayeron en frecuentes episodios de violencia. Estas conductas confirman lo acertado de muchos estudios que hablan de la importancia que tiene la situación social en cuanto al tipo de vínculos que se establecen en el interior de las familias. Por ejemplo, otro hombre del mismo grupo manifestó:

A mí me pasa que me siento desestabilizado. En ese rol de proveedor, tomado como forma de vida, uno está acostumbrado. A ese rol uno lo tiene incrustado, le parece que va a sufrir mucho para llevar a la casa lo que necesita para vivir. Me desestabiliza. Yo me pongo todo adentro, es decir que yo tendría que poder resolver, que salvar la crisis, que buscar el antídoto como para salir; me hago cargo yo.

En la actualidad en la Argentina nos hallamos frente a una crisis socioeconómica que nos lleva a tener que *distinguir más sutilmente sobre los orígenes de las manifestaciones violentas producidas en los hogares*. En este sentido pueden aparecer de modo sincrónico, en algunas familias, diversas situaciones provenientes del contexto que provocan un alto nivel de estrés, dando lugar a la aparición de conductas violentas. Esta violencia lejos está de tener su origen en factores históricos que hacen a la subjetividad singular masculina, como por ejemplo, violencia en la infancia o socialización por género. Podemos considerar la gran cantidad de excluidos que ni siquiera pertenecen a los márgenes de la sociedad porque se encuentran afuera de la misma. Ignacio Lewkowicz describe acertadamente nuestras condiciones actuales:

Si el modo de exclusión de la locura era la reclusión, el modo de exclusión de los no consumidores es la expulsión. Del sitio de reclusión no se puede salir; los expulsados de la red no pueden entrar (Lewkowicz, 2004).

La violencia social que hoy está instalada en nuestra sociedad en sus variadas manifestaciones no es ajena a las violencias que se presentan en el ámbito privado. En este caso, ¿nos encontramos con subjetividades con características violentas? ¿Son violencias emergentes como consecuencia de una determinada situación social? ¿O pueden entramarse ambas situaciones?

La violencia consigue aparecer no sólo por las historias de vida que pueden tener estos varones, sino por los entramados situacionales que se van configurando. Un ámbito en el que se puedan establecer lazos sociales ayuda a los hombres a no ejercer la violencia que en otros momentos podría haber aparecido.

Resulta difícil comprender las diversas manifestaciones de violencia si queremos reducirlas a una explicación causal (ya se trate de una única causa o suma de ellas). El abordaje de la complejidad intenta salir de la trampa causal pensando las condiciones de emergencia, los factores coproductores que se relacionan con la aparición de violencia y por tanto permiten una comprensión más amplia sin pretender agotar el fenómeno siempre abierto.

Puede resultar interesante para el análisis del tema, tomar dos películas de los últimos tiempos que ayuden a pensar en dos contextos diferentes de los cuales emergen distintas configuraciones. Esto permitirá no quedar atrapado en categorías abstractas. Hoy, distintas corrientes psicológicas se ocupan del problema de la violencia familiar. Es útil señalar los riesgos de las clasificaciones categoriales que cada corriente aporta al tema. Las clasificaciones desembocan en la creencia de que lo clasificado representa la realidad. Esto en parte surge porque en la clasificación se dejan de lado necesariamente una infinidad de aspectos que resultan “molestos” o “irrelevantes” desde el punto de vista que se trabaja de tal modo para arribar a una clasificación que resulte “clara y recordable”; así se disminuye la cantidad de posibilidades que entran en juego en las relaciones intersubjetivas y entre estas y la sociedad.

Comienzo mi análisis con la película *Los lunes al sol*, España 2002 del director Fernando León de Aranoa. El filme cuenta la vida cotidiana en los escenarios reales de una ciudad costera del mar Cantábrico. Unos obreros desempleados a consecuencia del cierre del Astillero Aurora que dejó a 200 trabajadores en la calle, son personajes que flotan a la deriva sin encontrar

salida del atolladero en el que viven. El guión y la dirección de León De Aranoa siguen con precisión el itinerario circular hacia ninguna parte, el paseo errante y desquiciado de unos hombres en conflicto con su mundo, su viaje cotidiano por las rutas del absurdo, su dar vueltas a diario alrededor de un eje de nada. Porque nada le sucede a esta gente, y esta nada es en ellos una forma enérgica y devastadora de suceso, una desventura convertida en aventura. La historia hace foco en una de las tantas paradojas humanas: “trabajadores” sin trabajo.

De Aranoa va pintando sus personajes de a uno, hasta conseguirle a cada cual su propio perfil. Santa, el protagonista, con su dignidad herida, con su orgullo siempre a flor de piel, conserva cierto humor y cierta irreverencia que no pasa inadvertido para las mujeres del barrio. Los amigos de Santa son más oscuros, más tristes, como José, que sabe que la relación con su mujer se está destruyendo día a día, y no logra hacer nada para evitarlo, salvo inspirarle piedad a ella. O Lino que no se resigna a que a sus 49 años ya no pueda conseguir otro trabajo, y que insiste en sus torpes intentos por ocultar el paso del tiempo, tiñéndose las canas o tomando prestada la ropa de su hijo. Amador, figura solitaria, que no sólo quedó fuera del mundo laboral sino que tampoco puede cumplir con el mandato que le impone su nombre, después de haber sido abandonado por su mujer. Rico —su nombre parece no ser casual— supo invertir a tiempo su indemnización: en el bar de su propiedad alberga a sus ex compañeros de fábrica y les escucha expresar sus desilusiones y sueños.

La otra película que elegí, y que considero va a ser útil para mostrarnos los distintos modos de interconexiones subjetivas que pueden existir, es *The Full Monty* (a veces traducida como “Ir por todas”, “Hasta el límite”, “Todo o nada”), expresión que remite a diversos orígenes (Gran Bretaña, 1997), dirigida por Peter Cattaneo y guión de Steven Beaufoy. En este largometraje se puede observar cómo la situación del desempleo permite

moverse de los lugares preestablecidos, a diferencia de *Los lunes al sol*, en que la pérdida del empleo es vivida como un hecho irreparable.

Se puede ver en la película, con mucha ironía y humor, las aventuras y desventuras de un grupo de desocupados de Sheffield, trabajadores del acero, a la hora de poner fin a su desesperada situación económica. Gaz, el protagonista, es un padre separado que se avergüenza frente a su hijo cada vez que intenta conseguir dinero infructuosamente. Dave, su mejor amigo, es el gordo inseguro que se atormenta inventándole amantes a su mujer. Gerald, que fue capataz de los otros en la acería hace seis meses que le oculta su situación de desocupado a su mujer, mientras ella usa y abusa de la tarjeta de crédito. Lomper, en tanto, cuenta al suicidio como el último eslabón en la cadena de intentos frustrados que constituyen su vida gris. Gaz, debido a su carácter intrépido, y a pesar de que el estado de ánimo en el que se encuentran todos es deplorable, trama una solución descabellada para que él y sus amigos ganen mucho dinero rápidamente: hacer un *striptease* masculino para levantar pasiones y llenarse los bolsillos, ¡Full monty! No tienen cuerpos que asombren, ni son buenos actores y por eso tienen reparos en hacerlo porque los años han pasado, algunos se ven excesivamente delgados, otros no pueden olvidarse de su barriga cervecera y no faltan los calvos ni los que se sienten demasiado mayores. Los problemas de pareja no están ausentes; aun así consiguen vencer sus miedos y sus frustraciones. La capacidad para levantarse de las caídas, la vocación de empezar de nuevo, el combate incansable contra las circunstancias amargas, se perfilan como la sutil metáfora de la historia.

Pensar en hombres sin trabajo rápidamente nos lleva a sacar conclusiones de tipo apocalíptico. Esta posición nos impone un mundo absoluto, relaciones inmóviles, existencias cerradas, determinadas y definidas. Si nuestro pensamiento se abriera a lo dinámico, al cambio, a la diversidad,

nos encontraríamos con vínculos, encuentros móviles que nos conducirían a otros mundos, a “multimundos”.

¿Cómo podemos pensar la singularidad de cada situación en su genuina diferencia y evitando la polémica que implica la generalización? Para ello debemos trabajar cada circunstancia, escenario y configuración, sin caer en totalidades esenciales. ¿Podemos conocer sin entrelazarnos como sujetos particulares en un contexto determinado?, ¿es posible conocer sin quedar atrapados en una disciplina, que seguramente nos hará sentir cómodos, pero que nos lleva a hacer sólo algunos recorridos, algunas conexiones?

En las dos películas desaparecen las formas de trabajo institucionalizado, típicas de la modernidad. Ya no hay margen para mantener la ilusión de recuperar un lugar perdido. Son hombres que pertenecen a la categoría de “desocupados” pero cada uno construye mundos diferentes, diferentes modos subjetivos de resolver las dificultades.

Ignacio Lewkowicz (2004), historiador argentino que se dedicó a pensar este nuevo tiempo, coincidiendo con Bauman (2003) sostiene que la actual es la *era de la fluidez*. Según esta visión estamos asistiendo a la desaparición de los vínculos sólidos y estables que forjaban las instituciones entre sí, organizadas en torno de la *metainstitución* estatal proveedora de sentidos y marcos al conjunto social. Debilitada la institución estatal como instancia reguladora y dadora de sentido, quedan afectadas también las formas en que las organizaciones civiles se relacionan, producen, se vinculan, se comunican.

En *The Full Monty* está la oportunidad de relacionar el desempleo con cambios de roles que deshabiliten la violencia, no sólo intergenéricos —las mujeres se presentan vitales, acompañándolos o dejándolos— sino también intragénero —las microviolencias son superadas en el afán de salir de la situación devastadora de la desocupación—. A pesar de sentirse malogrados

en su carácter de proveedores económicos, en lo que han sido subjetivizados, se establece en esta situación una red social basada en la creatividad.

En la película *Los lunes al sol* los personajes se acompañan con un modo de lazo social desvitalizado, se juntan en la desgracia; todo el clima vincular va siendo violento realimentándose por estos lugares fijos de sujetos a la deriva. Una frase los envuelve: “si cae uno caemos todos”. En las interconexiones emergen, co-emergen violencias, no sólo entre los varones sino hacia las mujeres, quienes se caracterizan por subjetividades dependientes afectivamente. Destrucción, violencia de personas hacia afuera y hacia adentro, que culmina una de ellas en suicidio. En *The Full Monty* la idea de muerte puede disolverse y hasta se manifiesta lo que se había mantenido oculto: la relación íntima entre dos hombres.

Un modo de lazo desvitalizado no es el único posible. No hay un modo único de conexión de desempleo masculino y violencia, *hay múltiples configuraciones que se pueden entramar a través de distintas dinámicas vinculares en situación, todo es situacional, nada es en sí mismo*. Los obstáculos también se pueden convertir en medios, puede ser la ocasión para la aventura de nuevas posibilidades, para la creación; aquella que quedará habilitada en la existencia será la mejor combinación posible para ese momento.

Conclusiones inconclusas

La violencia masculina demanda estudiarse con múltiples articulaciones y determinaciones. Es una realidad compleja en la que confluyen motivaciones psicológicas subjetivas e influencias socioculturales que se superponen y refuerzan. Desde una perspectiva actual los fenómenos de violencia familiar no se pueden pensar desde la enfermedad, unidos a la idea de orden y desorden.

Algunas preguntas nos irán abriendo el camino para explorar las múltiples facetas y dimensiones de la problemática: ¿cuándo estamos ante una situación violenta?, ¿qué es lo que se ha alterado en estas familias?, ¿qué lugar y posicionamiento ocupan tanto víctima como victimario?, ¿cómo pensar a aquellos que en los últimos años de la Argentina de la globalización han quedado excluidos?, ¿violencia familiar, una “locura” que impregna una realidad cotidiana en todas las clases sociales, con una estadística relevante que pierde el carácter de anormalidad para convertirse en una costumbre aceptada y protegida por la mayoría?

Otro punto que merece resaltarse es si, acercarnos a la problemática de la violencia ejercida por los varones, de un modo complejo, es acercarse sin “modelos *a priori*”. Si tengo *a priori* un sistema de categorías ya sé de antemano lo que voy a encontrar. Como dice Denise Najmanovich:

La noción clásica de “método”, fundamental para la perspectiva cognitiva de la simplicidad, resulta hoy un chaleco de fuerza que traba el desarrollo del pensamiento complejo. Renunciar a la idea de un método único que nos conduzca siempre a la verdad, y que la garantice, no implica de ninguna manera que estamos dispuestos a desistir de la utilización de instrumentos o dispositivos, técnicas y procedimientos. Renunciar al método único no implica caer al abismo del sin sentido. Sólo implica que no antepondremos el método a la experiencia, que no creeremos que haya un solo camino o un solo dispositivo adecuado para pensar, explorar, inventar...conocer. Renunciando al fetiche del método, podremos desplegar infinidad de dispositivos (Najmanovich, 2002).

Hace veinticinco años el tema de la violencia familiar no estaba referido ni siquiera en parte, en la sociedad argentina; ninguna disciplina abordaba el problema. Hoy puede decirse que los avances fueron importantes en las diferentes áreas (psicológicas, médicas, legales, etcétera) e incluso

se pusieron en marcha numerosas políticas sociales y algunas políticas públicas relacionadas con la problemática.

María Inés Bringiotti y Corina Samaniego (2003), investigadoras en “Infancia maltratada”, en un interesante artículo, plantean que:

La violencia como tema de reflexión e investigación debe ser redimensionada en un análisis más amplio. [...] Los aportes de la investigación en el tema, hoy se tornan imprescindibles para establecer adecuadas estrategias de prevención y asistencia, para optimizar recursos y orientar políticas públicas y sociales.

Considero necesario, en este momento, crear una caja de herramientas más rica para poder pensar la violencia familiar y dentro de ella la violencia practicada por los hombres hacia las mujeres y/o sus hijos, dando lugar a la complejidad que está presente en los ámbitos reales en donde ocurre la vida de los sujetos. Aceptar este desafío implica saltar las vallas conceptuales creadas por las disciplinas modernas, regidas por la pretensión metódica, y abrir un espacio de pensamiento multidimensional capaz de producir sentidos ricos y fértiles, sabiendo que estos sentidos no son garantía de un saber absoluto.

Obras consultadas

Bauman, Zygmunt (2003), *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Bringiotti, María Inés y Corina Samaniego (2003), “La crisis estructural argentina y su impacto sobre la infancia”, *Bienestar y Protección Infantil*, vol. II, núm. 1, diciembre, p. 79.

- Connell, Robert W. (1997), “La organización social de la masculinidad”, en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades, poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional y Flacso.
- Kaufman, Michael (1997), “Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”, en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades, poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional y Flacso.
- Lewkowicz, Ignacio (2004), *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*, vol. 10, Buenos Aires, Paidós.
- Lucioni, Marta Inés (2004), “Desnaturalizar la violencia masculina”, *Jornadas Internacionales de Actualización del Foro de Psicoanálisis y Género*, Buenos Aires, 5 y 6 de noviembre.
- Organización de las Naciones Unidas (1995), *Situación de la mujer en el mundo, 1995. Tendencias y estadísticas*, Nueva York, ONU.
- Najmanovich, Denise (2002), “La complejidad. De los paradigmas a las figuras del pensar”, *Emergence*, vol. 4, núm. 1.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (1995), *Informe sobre Desarrollo Humano 1995*, México, PNUD.
- Valdés, Teresa y José Olavarría (eds.) (1997), *Masculinidades, poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional y Flacso.
- Ynoub, Roxana Cecilia (1996), “Cuestiones epistemológicas en torno a la producción de indicadores de género”, en *Jornadas Relaciones de género y exclusión en la Argentina de los 90*, 5 de octubre, Buenos Aires, Espacio.

Problemas afectivos relacionados con la pérdida, disminución y riesgo de pérdida del empleo en varones

Olivia Tena Guerrero*

Las transformaciones económicas relacionadas con la globalización han propiciado cambios en las perspectivas que se tenían sobre la seguridad del empleo a largo plazo, dando lugar al desempleo como experiencia vivida, a la disminución del empleo con la percepción de inadecuación y al empleo inseguro como riesgo constante de perderlo. Las consecuencias de lo anterior en los individuos han sido tanto económicas como psicológicas. Aunque la separación de dichas implicaciones es inconcebible, en este trabajo pretendo realizar un análisis del tema enfatizando en las consecuencias psicológicas de los problemas de empleo en varones, particularmente consecuencias relacionadas con malestares de tipo afectivo (estados de ánimo, emociones y sentimientos) ligados al estrés y depresión, malestares que en ocasiones los varones no relacionan de manera consciente con los factores que los propician y, por tanto, no se está en condiciones de modificarlos en lo inmediato. Los malestares afectivos se entienden no sólo como consecuencia de las desventajas económicas sino vinculados con una construcción de la masculinidad como deberes que exigen la demostración de capacidades de manutención y superioridad económica, de seguridad y protección a la familia en tanto figura

* Doctora en Sociología. Miembro del Programa de Investigación Feminista del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades CEIICH/UNAM.

de autoridad, que implica la negación abierta de temores y malestares por concebirse signos de debilidad asociados con el ser femenino. El trabajo se desarrolla, por tanto, desde una perspectiva de género, concebida como construcción social que define los papeles asignados a hombres y mujeres y los mecanismos de socialización asociados a estos.

Se hace una revisión crítica de algunas teorías psicológicas que han intentado explicar los efectos psicológicos del riesgo, pérdida y disminución del empleo, se enfatiza la importancia de enfocar el problema desde un punto de vista sociocultural que delinee, tanto las discrepancias entre las expectativas esperadas socialmente hacia los varones y las posibilidades reales de cumplirlas, así como las atribuciones causales subjetivas relacionadas con los malestares afectivos.

Introducción

El crecimiento del desempleo abierto es uno de los problemas que más aqueja a nuestro país en la actualidad. Cifras expuestas por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI, 2005a), basadas en la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) revelan que la tasa de desocupación abierta en el tercer trimestre (julio-septiembre) de 2005 fue de 3.8% de la Población Económicamente Activa (PEA), superior a la registrada en el mismo trimestre de 2002, cuando se colocó en 2.8%.¹ Estos porcentajes se refieren a las personas de 14 años y más que no trabajaron

¹ La ENOE entró en vigor el primero de enero de 2005. Los resultados de los trimestres anteriores se obtuvieron de aplicar los criterios de esta nueva encuesta a las bases de datos de la Encuesta Nacional de Empleo (ENE) vigente hasta entonces (INEGI, 2005c).

una sola hora en las últimas cuatro semanas pero manifestaron su disposición o hicieron alguna actividad para hacerlo en la última semana.

La apertura comercial iniciada en 1994 con grandes promesas hacia el incremento de exportaciones y el aumento gradual de la inversión extranjera no redundó en beneficios económicos traducidos en la creación de nuevos empleos en la población. Por el contrario, cada vez es más común escuchar de nuevos recortes en las plazas de la Administración Pública Federal o de personal adscrito a empresas privadas en su proceso de integración transnacional o el despido masivo de empleados por el cierre de empresas. Esta situación ha sido frecuente en las localidades urbanizadas como el Distrito Federal y Nuevo León, donde se encontró una tasa de desempleo de 6.4% y 5.9% respectivamente (INEGI, 2005a).

Aunado a esto, las cifras de desempleo mostradas no permiten una visión clara del problema al no considerar que en 2005, 7% de la PEA era subocupada, 28.2% era ocupada en el sector informal (INEGI, 2006) y en 2004, 31.7% tenía ingresos de hasta dos salarios mínimos (INEGI, 2005b).

Si bien lo anterior se refleja en la calidad de vida de la población en general, vale la pena analizar en particular su impacto en la salud de varones adultos, tema aun poco explorado, pero de gran relevancia, si consideramos que gran parte de su identidad gira alrededor de un empleo remunerado más allá de su significado como medio de subsistencia. El tipo de empleo en el que los varones se ocupan puede haber sido elegido o puede ser simple respuesta a la oferta existente, pueden realizarlo sólo para subsistir o para progresar, pero, en cualquier caso, es un deber asignado socialmente en su calidad de proveedores, a la vez que es un derecho no cubierto cabalmente en nuestro país.

Así pues, aunque el empleo puede ser considerado en su dimensión socioeconómica, que afecta y es afectado por la estructura de todo un país y actualmente del mundo globalizado, indudablemente tiene repercusiones

en la vida cotidiana de los varones, consecuencia de la confrontación de identidades individuales y sociales (Lazarus, Millor y Folkman, 1986), es decir, de las propias expectativas de los varones y las expectativas sociales, en contraposición con las posibilidades reales de empleo seguro.

Plantear el tema del trabajo masculino desde esta perspectiva, implica considerar la asignación social de la función de proveedores y su desempeño exitoso como medida de valor y masculinidad al margen de la vida afectiva de los varones, lo cual puede ser fuente de tensión no manifiesta.

Al considerar un rango de edad de los 12 a los 34 años, las mujeres económicamente activas en diciembre de 2004 mostraron tasas mayores de desempleo (un promedio de 7%), en comparación con varones del mismo rango de edad (un promedio de 5.5%), lo cual pudiera ser un indicador de la desigualdad de género que en este campo prevalece a lo largo de la edad reproductiva de las mujeres (INEGI, 2005c). Sin embargo, esta tendencia se invierte tomando a la PEA mayor de 34 años ya que en este rango las tasas de desempleo en este mismo año disminuyen considerablemente en las mujeres (un promedio de 1.5%), siendo inferiores a las tasas de desempleo de los varones de la misma edad (un promedio de 2.1%).

Si bien no es en este rango de edad en el que se identifica la mayor tasa de desempleo en varones, la cifra es alarmante si se considera que es justo en estas edades cuando en su mayoría han establecido una familia, de la cual se espera sean ellos los sustentadores como jefes económicos. Se considera que el trabajo asalariado es una prolongación de su naturaleza masculina, lo cual los lleva con frecuencia a enfrentar “conflictos entre las aspiraciones culturalmente prescritas y los caminos de que dispone dentro de la estructura social para satisfacerlas” (Lazarus, Millor y Folkman, 1986, p. 257).

Este es un ejemplo del tipo de conflictos que pueden suscitarse entre el entorno social del individuo y su subjetividad. Dichos conflictos pueden

ser abordados a partir de diferentes niveles de análisis que convergen al tratar de dar cuenta de ellos y sus posibles efectos.

Aunque este trabajo privilegia un análisis del impacto de la pérdida de empleo en los varones, su disminución y riesgo, se contemplan dichas situaciones para el bienestar individual y social enmarcado en el contexto socio-cultural y económico-estructural que lo dimensionan, enfatizando en la construcción social del género como categoría analítica. Finalmente, este trabajo pretende aportar elementos a la discusión sobre la construcción de las masculinidades que, por sus características, se enmarca en los fenómenos económicos vinculados con el proceso de globalización y la división del trabajo, siendo los problemas vinculados al empleo, como los malestares afectivos en varones, tan sólo una manifestación o síntoma social digno de atenderse en todos sus niveles de determinación.

Presiones socioeconómicas y crisis de la masculinidad

Si bien es cierto que los cambios ocurridos en nuestra sociedad en los campos cultural y social han propiciado ciertas transformaciones o matices en el ejercicio de la masculinidad hegemónica, también lo es que han sido las transformaciones socioeconómicas vividas como presiones o amenazas hacia el varón, las que en mayor medida han propiciado dichas transformaciones, las cuales suelen ser nombradas en términos de “crisis de la masculinidad” (Hardy y Jiménez, 2001).

Como lo señala Piña Arce (1997, pp. 392-397), los cambios globales no se reflejan de manera automática en los cambios familiares e individuales, ya que son transiciones mediadas por las creencias y valoraciones anteriores aún vigentes, “los cuales no necesariamente cambian al mismo ritmo que las estructuras”.

Así, hablar de los cambios suscitados en las formas de vida de los varones a partir de los cambios económicos-estructurales propios de un proceso de globalización, implica no sólo mencionar las formas de vida prevalecientes, sino también analizar los conflictos que experimentan como oposición a lo nuevo que se gesta por mantener las creencias y valores tradicionales y, como oposición a lo anterior que se tiende a abandonar.

Tomando esto en consideración, hablar de “crisis de la masculinidad” implica partir de los siguientes supuestos:

1. El significado del “ser hombre” se ha construido social y culturalmente y constituye creencias y valores tradicionales que cruzan en lo cotidiano el deber ser y el deber hacer, tanto masculino como femenino, tanto social como subjetivamente. “Ser hombre”, desde la perspectiva de género, es mucho más que el tener genitales masculinos: es parte de un entramado de creencias y prácticas valoradas, propias de lo que Lipovetsky (1994) dio por llamar “la cultura del deber”.
2. Este significado como “sentido común” ha constituido una masculinidad hegemónica que, entre otras cosas, demanda del varón el cumplir con la función de proveedor o jefe económico de familia como una prueba más de éxito social.
3. Los cambios económico-estructurales (intrínsecos al proceso de globalización económica) y el consecuente aumento del riesgo de pérdida de empleo, su pérdida real o su disminución, representan un obstáculo para el desempeño exitoso de las funciones masculinas asignadas socialmente.
4. Lo anterior, aunado a las propias luchas feministas, se refleja en una cada vez mayor incursión de las mujeres en los centros laborales.
5. Los cambios estructurales, el riesgo, pérdida o disminución del empleo y los cambios en las mujeres, no aseguran un cambio en creencias y

valoraciones sobre el significado del ser varón aunque se observen cambios obligados en el discurso y ejercicio sobre las formas de ser hombre, mismas que tienden a diversificarse.

6. En este sentido se puede hablar de una crisis de la masculinidad, si esta se entiende como una falta de correspondencia entre las creencias y prácticas valoradas sobre el deber ser masculino, que en otro tiempo se vivieron como naturales y los nuevos tiempos en que las condiciones objetivas dificultan su cumplimiento. Es decir, se habla de crisis en el sentido de que a los varones se les quita la posibilidad de cumplir con sus deberes asignados, aun cuando ellos sigan considerando que esos deberes les corresponden.
7. Por último he de señalar que hablar de crisis de masculinidad no debe ser entendido únicamente en términos de que son los hombres concretos en situación de crisis laboral quienes padecen este tipo de conflictos, que esta crisis implica también a las mujeres y a otros varones, quienes también continúan con la creencia de que es a ellos a quienes les corresponde la manutención total o principal de una unidad doméstica. Particularmente este deber asociado a la masculinidad, aún permea las expectativas de varones y mujeres de diferentes sectores sociales en nuestro país.

Con base en las anteriores premisas, se puede concluir que las presiones económicas y sociales generan una crisis de la masculinidad, que a su vez se traduce en conflictos de hombres concretos. A esto se le puede llamar crisis de los varones, pues incluye una posible crisis de la identidad masculina, misma que no siempre es reconocida por ellos, ni como crisis de masculinidad ni como crisis de identidad, mucho menos están conscientes de su origen.

Como señala Figueroa (2001), el que algunos varones estén en crisis y no se den cuenta, representa una desventaja con respecto a alguien que se

reconoce en crisis, pues este último es más probable que busque formas de transformar sus parámetros de referencia como el de la masculinidad tradicional. El no hacerlo, propicia un sentimiento de malestar que los lleva a replegarse en sí mismos con sus consecuentes riesgos para su salud y la de otros y otras.

El desempleo es nocivo para la salud masculina en una sociedad patriarcal con una economía neoliberal

En términos epidemiológicos, la década de los años noventa, última del milenio, se caracterizó por un aumento considerable en la tasa de enfermedades cardiovasculares en los países de la antigua Unión Soviética y en otros países que habían transitado de un sistema comunista a uno de libre mercado, con un desproporcionado ascenso en varones adultos en edad de trabajar (30 a 49 años), lo cual puede estar relacionado con los cambios sociales, políticos y económicos sufridos por dichos países (Barrett-Connor, 2002) marcados por altas tasas de desempleo e inflación.

La esperanza de vida en estos países declinó a partir de dichos cambios y la distancia entre varones y mujeres se amplió, siendo las mujeres quienes mantuvieron una esperanza de vida semejante a la anterior. Esta distancia entre géneros se amplió aún más considerando cifras sobre esperanza de vida saludable en desventaja para los varones (Weidner, 2002).

Hertzman, Siddiqui y Bobak (2002) encontraron que en países como Rusia, después de 1989, se observaron los niveles más altos de inequidad en los ingresos económicos y este mismo país fue el que mostró el más alto declive en los niveles de salud en la población comparativamente con otros países de Europa del Este. La autoevaluación de los rusos sobre este tema indicó que ellos lo relacionan principalmente con privación material

y desconfianza en las instituciones. En Europa del Este, los factores psicosociales que predicen las muertes cardiovasculares se relacionan con depresión, inequidad del ingreso y aislamiento social (Schwarzer y Reickman, 2002), encontrándose datos similares en Hungría en 1995 (Kopp, Skrabski y Székely, 2002), donde además se observa una relación estrecha entre los síntomas depresivos y el beber alcohol en exceso.

Collins (2002) muestra datos que señalan que los varones enfrentan a través del alcohol, el estrés relacionado con los cambios sociales y políticos ocurridos en Europa del Este durante la pasada década, estrategia que sin duda es influida por los roles de género asignados, entre los cuales se encuentra la imagen masculina del “macho” (Waldron, 2002).

Vinculado esto con los problemas de riesgo y pérdida laboral, se observó que en Rusia, a finales de 1990 una de las poblaciones de más alto riesgo de muerte cardiovascular fue la de los varones desempleados (Kopp *et al.*, 2002).

Todo lo anterior hace más que evidente que los cambios económicos, políticos y sociales, dirigidos hacia una economía de mercado traen aparejados diversas alteraciones en los estilos de vida de la población, que incluye la dificultad para ejercer roles sociales con un sentimiento asociado de inequidad, exclusión social y desconfianza en las instituciones, lo cual ha mostrado tener relación con potenciales problemas de salud física y mental que difieren de acuerdo con el género y con la disponibilidad de apoyo social. Esto corresponde con transformaciones simbolizadas por la caída del Muro de Berlín que dio auge a las ideas neoliberales que se fueron aplicando cada vez en más naciones.

Cambios semejantes, aunque de forma menos abrupta, se han experimentado en México, donde se documenta un desempleo creciente, la precariedad y la inestabilidad de empleos existentes, así como la cada vez mayor inequidad en los ingresos entre los dueños del capital, el grupo privilegiado

que opera el nuevo sistema y muy distantes de ellos, los asalariados, quienes experimentan una profunda crisis ante el avance de la globalización.

Ante este estado de cosas, la vida cotidiana se altera: la sociedad se disgrega, se resienten los lazos sociales y con estos las fuentes de apoyo y solidaridad; se acrecienta el individualismo y no es extraña la sensación subjetiva de soledad. Estos son síntomas de un deterioro social que a su vez se relaciona con malestares de tipo afectivo como el estrés y los síntomas depresivos. Aunque estos malestares se presentan tanto en mujeres como en varones, siendo incluso la incidencia de síntomas depresivos mayor en las primeras, es en los varones a los que se relaciona con conflictos de tipo laboral y en quienes suelen desencadenar problemas de salud como son las alteraciones cardiovasculares.

Problemas de empleo y trastornos afectivos

Entre los trastornos afectivos, también conocidos como trastornos del humor, se encuentran los estados de ánimo depresivos, que se caracterizan por sentimientos de soledad y desesperanza, dificultad para dormir, estar a punto del llanto, tristeza, preocupación, pérdida de concentración, autoestima, energía, incapacidad para sentir placer y en casos extremos, ideas o intentos suicidas.

Si el problema no es catalogado como una depresión mayor, el individuo deprimido puede mantener ciertos niveles de productividad y cierta relación con su entorno social. Este se puede considerar un problema de salud pública, tomando en cuenta que en el año dos mil, 250 mil mexicanos padecieron algún tipo de depresión, cifra que va en aumento, sobre todo en adultos entre 40 y 45 años. Aunque se reconoce que el origen de la depresión es multifactorial, uno de los factores psicosociales que la pueden

desencadenar es el estrés y puede ser resultado de circunstancias como la falta de éxito en el trabajo o en las relaciones sociales, entre otros (Medina Mora *et al.*, 2003).

De acuerdo con la Encuesta Nacional de Epidemiología Psiquiátrica (ENEP), Medina Mora muestra que las cifras indican una mayor frecuencia en mujeres (11 millones la han padecido al menos una vez en su vida), pero lo cierto es que las cifras de varones (7 millones) pudieran no ser exactas, pues por cuestiones culturales asociadas al género, ellos difícilmente reconocen este tipo de problemas relacionados con debilidad y mucho menos es probable que soliciten ayuda profesional, mientras que en las mujeres es más aceptada la expresión abierta de sus malestares de ánimo.

Las consecuencias en los varones por crisis de empleo pueden tomar diversas formas, sin embargo, los estudios han mostrado distintas estrategias que ellos, dada su condición de género, suelen utilizar. Como una forma de revertir el estrés causado por situaciones de presión laboral, ya sea por su ausencia, riesgo o precariedad, aunque sin duda cada situación tenga sus peculiaridades, los varones son más proclives a evadir, más que a enfrentar sus malestares a través de prácticas de riesgo para la salud. No es de extrañar, entonces, que las cifras obtenidas a través de la ENEP muestren un mayor porcentaje de varones en zonas urbanas con abuso/dependencia al alcohol (9.3%) en comparación con las mujeres (0.7%).

Esta tendencia de los varones a evadir situaciones generadoras de estrés y depresión asociadas con problemas de empleo fue documentada en el caso extremo de “Los sin techo” en Argentina (Saizar, 2002), en donde ha sido frecuente el abandono del hogar por parte de los varones cuando no pueden desempeñar el papel de proveedores debido a los bajos salarios, el desempleo y el alcoholismo, dando como resultado la formación de unidades domésticas dirigidas por mujeres. Estos casos de abandono como evasión también han sido documentados en familias mexicanas.

Otra forma de evasión masculina se relaciona con la mortalidad derivada de su incapacidad para cuestionar los estereotipos; se trata de varones que recurren al suicidio como forma de evasión por no poder cumplir con el rol asignado de proveedor.

El desempleo en suma, se asocia en el caso de los varones con estados de ansiedad, depresión y tensión, y con disminución en la participación positiva y sentido de autonomía personal; además se une con sentimientos de exclusión del rol asignado sin posibilidades cognitivas, en muchos casos, el cual no se suple por roles alternativos. Entre algunas de las consecuencias de la pérdida de empleo se encuentran las siguientes:

1. *Pérdida de la fuente de ingresos.* Esta consecuencia pudiera parecer obvia, pero no lo es si se considera que algunos países aún mantienen que es responsabilidad del Estado el bienestar social de los ciudadanos, lo cual no sucede en México. En este país no hay seguros de desempleo, ante lo cual se han diseñado programas paliativos como el “Chambatel”, que en el mejor de los casos trae consigo una disminución del empleo, al aceptarse trabajos de menor paga y que no corresponden con la formación profesional y experiencia del trabajador.
2. *Se adquiere el estatus de desempleado.* Esta consecuencia también es obvia, pero el estatus de desempleado en una cultura que exige éxito masculino en todos los órdenes, adquiere un matiz peyorativo. Si un hombre no tiene un trabajo remunerado se convierte en un fracasado, no sólo en su profesión u oficio sino en sus obligaciones ante la familia y la sociedad, incluyendo la valoración negativa de otros hombres que se alejan del desempleado como si se tratara de una situación contagiosa y de otras mujeres.
3. *Percepción social de la búsqueda de empleo como actividad humillante.* Aunque es evidente que para encontrar empleo es necesario buscarlo,

esta actividad ha llegado a significar una muestra de debilidad masculina, ha adquirido un significado de debilidad sobre todo cuando se hace sin buscar más pretensiones que lograr un salario, haciendo a un lado las expectativas relacionadas con el éxito o desarrollo personal y el progreso familiar. Sus implicaciones son obvias en un mundo en el que “la competencia económica y las nuevas exigencias de la organización del trabajo han actuado conjuntamente para crear una cultura en la que el logro individual está en todas partes y los deberes hacia uno mismo en ninguna” (Lipovetsky, 1994, p. 127).

4. *Replanteamiento de funciones sociales ante la familia, la sociedad y de la propia identidad.* La pérdida, no sólo de poder económico sino también de poder simbólico en el varón ante el desempleo, se traduce en pérdida de autoridad ante la familia y de otros grupos de referencia. Esta pérdida puede ser real o percibida por el varón, pero sin duda puede llevar a un replanteamiento de las formas de ser pareja, padre, compañero, etcétera, una vez que se ha transitado por el camino doloroso de la ansiedad, depresión y diversas formas de evasión.

Con lo antes expuesto, se observa que las implicaciones del desempleo masculino requieren de un análisis más allá de lo económico, pues conlleva pérdidas que van desde pérdidas de control, poder, autoestima, relaciones, placer, deseo, estructura del tiempo y el espacio, estatus, reconocimiento social, etcétera. Un rasgo característico de los problemas de tipo afectivo es la disminución de la actividad por pérdida de sentido, lo cual se vincula con el hecho de experimentar pérdidas. Las pérdidas narradas se acercan a la pérdida más relevante en un ser humano, que es la identidad construida a través del cumplimiento de funciones asignadas que distinguen al varón de su contraparte femenina definida por sentimientos de vulnerabilidad y dependencia. En este contexto, los varones con problemas de empleo, ya

sea por el miedo a perderlo o por haberlo perdido, pueden ser considerados como individuos en situación de riesgo para su salud, tanto mental y física como se ha documentado.

En psicología se denomina *burnout* al estrés laboral. El significado literal de este término es “consumirse, apagarse” y se relaciona con situaciones constantes de crisis, ante las que los individuos se esfuerzan por controlar sus propios estados emocionales (Lazarus, Millor y Folkman, 1986). Podríamos decir que este tipo de situaciones son a las que se enfrentan los varones por esta exigencia constante en sus vidas, no sólo en el trabajo pero principalmente en él. Si el individuo se siente incapaz o tiene dificultades para controlar sus emociones desarrolla sentimientos de fracaso o incapacidad. También, como se señaló anteriormente, las diferencias entre las expectativas y la realidad pueden generar estas situaciones de estrés, lo cual es característico en situaciones de disminución laboral.

Explicaciones psicológicas tradicionales (riesgos de algunas explicaciones psicológicas sobre el desempleo)

Modelos explicativos de la relación salud-empleo:

1. Teoría de la relación salud-empleo. Este modelo demuestra que un individuo con problemas de salud, al no poder cumplir con las expectativas de productividad que se demandan en un centro de trabajo, probabilizará el ser despedido para ser suplido por alguna persona más saludable. Este tipo de explicaciones no consideran la posibilidad inversa, es decir que las situaciones de empleo poco favorables o su pérdida son riesgosas para la salud y que un individuo puede llegar a

enfermarse debido a dichas situaciones, mismas que lo pueden llevar a la condición de desempleado.

2. Teoría de la deprivación relativa (Winefield, 2002). Este modelo describe como una situación de empleo con consecuencias adversas, aquella en la que el individuo percibe una discrepancia entre el estatus actual y el que espera y piensa que tiene derecho a tener. El énfasis se hace en la percepción del sujeto mas no en las condiciones reales del empleo.
3. Teoría de la inequidad del ingreso. De acuerdo con esta teoría, el incremento en estas inequidades tiene consecuencias negativas para la salud en todos los miembros de la sociedad, pues rompe la cohesión social propia de las sociedades igualitarias saludables, donde hay una fuerte vida comunitaria y la gente se involucra con más facilidad en actividades sociales y voluntarias.
4. Desbalance entre el esfuerzo y la compensación. Este modelo, desarrollado por Siegrist (2002), identifica tres tipos de compensaciones importantes que se espera obtener a través del empleo: dinero, estima y oportunidades de desarrollo. La falta de reciprocidad costo beneficio en términos del esfuerzo dedicado al trabajo y la carencia de este tipo de compensaciones define un estado de estrés emocional con respuestas biológicas. Un tiempo prolongado en este estado en la edad adulta, dice el autor, atenta contra las tres funciones autorregulatorias que dependen de un ambiente social favorable: la autoeficacia, la autoestima y la autointegración o pertenencia. La afeción de estas funciones provoca fuertes emociones negativas con efectos adversos para la salud en el largo plazo. La experiencia estresante sólo puede mitigarse compensando la pérdida o exclusión de los roles tradicionales con la adquisición de roles nuevos. Sin embargo, lo discutido en este trabajo permite concluir que escasamente los varones tienen disposición para

implementar este tipo de estrategias por la propia construcción social de la masculinidad hegemónica. De hecho este modelo explicativo es aplicable al caso de la relación de los varones con su trabajo por el alto valor asignado al control del estatus ocupacional y por contar con menos opciones para la compensación de roles.

Discusión

En este trabajo se pretendió hacer una propuesta de análisis sobre los problemas afectivos de los varones relacionados con malestares en sus empleos. Este tipo de problemas tiene que ver con dos grandes estructuras de poder que inciden en las vidas cotidianas de varones y mujeres: el sistema económico globalizado de reciente emergencia y los esquemas hegemónicos sobre lo masculino y lo femenino que permanecen arraigados en su esencia, a pesar de observarse cambios aparentes.

El hecho de poner al descubierto los riesgos hacia los propios varones por estos modelos, pretende contribuir a evitar el ejercicio de poder que estos en su mayoría manifiestan, mismo que resulta dañino para sí mismos y para otros y otras.

La situación de desempleo es un ejemplo claro de daño a la salud por el ejercicio desigual de poderes, tanto a escala global, institucional, como individual. Las diferentes determinantes de los problemas de empleo, al probar ser atentatorios para la salud de los varones, resultan un obstáculo para el logro de dos derechos: el derecho al trabajo y a la salud.

Por tanto, es indispensable atender el problema, no sólo a nivel psicológico, dadas las limitaciones de los modelos que lo explican, ya que el problema no se puede analizar completamente como un asunto de la psicología o desde la economía. Este fenómeno requiere ser contemplado tanto

en su dimensión económica como política y en términos macrosociales, mismos que son cruciales en su desarrollo.

Este trabajo es una llamada de atención para que se desarrollen políticas donde se promueva la responsabilidad social y la reciprocidad como factores atenuantes de problemas de salud en los individuos, atacando las causas que subyacen al problema en sus diferentes niveles, reduciendo con esto la exposición a los factores de riesgo, aun considerando que hubiera personas de alto riesgo como lo consideran algunos modelos psicológicos.

Obras consultadas

- Barrett-Connor, Elizabeth (2002), "Foreword", en Gerdi Weidner, Mária S. Koop y Margareta Kristenson (eds.), *Heart Disease: Environment, Stress and Gender*, Budapest, IOS Press.
- Collins, R. Lorraine (2002), "Alcohol Consumption, Coping and the Gender Gap in Cardiovascular Disease", en Gerdi Weidner, Mária S. Koop y Margareta Kristenson (eds.), *Heart Disease: Environment, Stress and Gender*, Budapest, IOS Press.
- Figuroa, Juan Guillermo (2001), "Los procesos educativos como recurso para cuestionar modelos hegemónicos masculinos", *Diálogo y debate de cultura y política*, número especial sobre Política y Género, año 4, núm. 15-16, pp. 7-32, México, Centro de Estudios para la Reforma del Estado.
- Hardy, Ellen y Ana Luisa Jiménez (2001), "Masculinidad y género", *Revista Cubana de Salud Pública*, vol. 27, núm. 2, pp. 77-88.
- Hertzman, Clyde, Arjumand Siddiqui y Martin Bobak (2002), "The Population Health Context for Gender. Stress and Cardiovascular Disease in Central and Eastern Europe", en Gerdi Weidner, Mária S.

- Koop y Margareta Kristenson (eds.), *Heart Disease: Environment, Stress and Gender*, Budapest, IOS Press.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2006), *Indicadores oportunos de ocupación y empleo. Cifras preliminares durante diciembre de 2005*, <www.inegi.gob.mx/inegi/contenidos/espanol/prensa>.
- _____ (2005a), *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*, <www.inegi.gob.mx>.
- _____ (2005b), *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares*, <www.inegi.gob.mx>.
- _____ (2005c), *Encuesta Nacional de Empleo Urbano. Cifras durante diciembre de 2004*, <www.inegi.gob.mx/inegi/contenidos/espanol/prensa/boletines>.
- Kopp, Mária S., Árpád Skrabski y András Székely (2002), “Risk Factors and Inequality in Relation to Morbidity and Mortality in a Changing Society”, en Gerdi Weidner, Mária S. Koop y Margareta Kristenson (eds.), *Heart Disease: Environment, Stress and Gender*, Budapest, IOS Press.
- Lazarus, Richard S., Manuel Millor Valdés y Susan Folkman (1986), *Estrés y procesos cognitivos*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca.
- Lipovetsky, Gilles (1994), *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona, Anagrama.
- Medina Mora, María Elena *et al.* (2003), “Prevalencia de trastornos mentales y uso de servicios: Resultados de la Encuesta Nacional de Epidemiología Psiquiátrica en México”, *Salud Mental*, vol. 26, núm. 4, agosto.
- Piña Arce, Federico (1997), “La familia, las políticas públicas y la transición de fin de siglo”, *Debate feminista*, año 8, vol. 16, pp. 389-397.
- Saizar, Mercedes (2002), “Los sin techo, de excluidos sociales en Buenos Aires”, *Scripta Ethnologica*, vol. XXIV, Bs. As., pp. 59-80.

- Schwarzer, Ralf y Nina Reickman (2002), "Social Support, Cardiovascular Disease, and Mortality", en Gerdi Weidner, Mária S. Koop y Margareta Kristenson (eds.), *Heart Disease: Environment, Stress and Gender*, Budapest, IOS Press.
- Siegrist, Johannes (2002), "Adverse Health Effects of Effort-Reward Imbalance-Applying the Model to Eastern Europe", en Gerdi Weidner, Mária S. Koop y Margareta Kristenson (eds.), *Heart Disease: Environment, Stress and Gender*, Budapest, IOS Press.
- Waldron, Ingrid (2002), "Trends in Gender Differences in Coronary Heart Disease Mortality-Relationships to Trends in Health-Related Behavior and Changing Gender Roles", en Gerdi Weidner, Mária S. Koop y Margareta Kristenson (eds.), *Heart Disease: Environment, Stress and Gender*, Budapest, IOS Press.
- Weidner, Gerdi (2002), "The Role of Stress and Gender Related Factors in the Increase in Heart Disease in Eastern Europe: Overview", en Gerdi Weidner, Mária S. Koop y Margareta Kristenson (eds.), *Heart Disease: Environment, Stress and Gender*, Budapest, IOS Press.
- _____, Mária S. Koop y Margareta Kristenson (eds.) (2002), *Heart Disease: Environment, Stress and Gender*, Budapest, IOS Press.
- Winefield, Anthony H. (2002), "Unemployment, Underemployment, Occupational Stress and Psychological Well-Being", *Australian Journal of Management*, número especial, vol. 27, núm. 1, pp. 137-148.

El quiebre del proyecto laboral y su repercusión en la vida del varón

Guillermo Augusto Vilaseca*

Introducción

Desde hace siglos, culturalmente hemos asociado el rol del varón con el mundo exterior, con los vínculos del “afuera” de la familia, con las relaciones del trabajo, con la política, con la conducción y con el crecimiento profesional; en alguna medida, para el varón, el éxito en este ámbito funcionaba como sinónimo del éxito en la vida.

Nuestra cultura, también por siglos, se ha ocupado de no mirar lo que sucede entre bambalinas, lo que hay detrás del “personaje” del varón, lo que pasa en el *backstage*.

La propuesta de este artículo es asomarnos a ese “detrás de escena”, es tomar a cada varón en su totalidad de ser humano, con sus áreas de potencia y sus áreas de fragilidad, reparando en la relación con sus propias emociones (no siempre clara, y menos aún validada) y observar la ligazón desde la que los varones construyen la díada “identidad–trabajo”, y las repercusiones del quiebre del proyecto laboral en su vida.

* Coordinador de grupos de reflexión *Entre varones*. Director del sitio web <www.varones.com.ar>. Autor del libro *Por qué los hombres no entendemos a las mujeres*, Argentina (2013) y México (2014), Ediciones B.

Para ello, y antes de volcarnos plenamente en este tema, les propongo reflexionar acerca de dos preguntas. La primera de ellas es:

¿En qué reside la potencia masculina?

El sentirse varón, como el sentirse potente, no es innato. Es el producto de una construcción cultural internalizada. La prueba de ello son los diferentes modelos de masculinidad y potencia que se dan a través de la historia y de las culturas. El estado de la situación actual aparece, a primera vista como natural cuando, en realidad, no lo es.

En la actualidad surgen nuevos espacios y funciones que deben ocuparse para identificarse y ser identificado como varón. De esta forma, cada hombre construye su subjetividad a partir de los modelos que el entorno le provee favoreciendo el desarrollo de ciertos aspectos y la inhibición de otros. Cabe destacar que hasta épocas no muy lejanas imperaba el lema “los hombres no lloran” y se cultivaba la imagen del varón recio e imperturbable ante cualquier acontecimiento de la vida, afortunadamente el contexto actual comienza a validar la expresión de los sentimientos y de sus emociones.

De manera similar la crisis del concepto de trabajo como ocupación para toda la vida, (confundido, incluso, como comentaremos más adelante con la noción de identidad) lleva a que se relativice la perspectiva de proveedor económico de la familia y permite habilitar otras funciones históricamente excluidas del repertorio de roles masculinos. El hecho, por ejemplo, de atender aspectos de la crianza de los hijos generó la posibilidad de establecer vínculos más próximos con los mismos. Con este nuevo compromiso, la paternidad deja de ser tan distante y de caracterizarse por una autoridad del tipo “vas a ver cuando llegue tu padre”.

La imagen del varón de antes estaba íntimamente ligada a las nociones de saber, poder y tener, así como a ser importante, sentirse orgulloso y confiado de sí mismo. Todas estas cualidades tienen un denominador común: la potencia.

Ahora bien, este héroe que debía realizar conquistas exitosas, dominar sus pasiones y cuyo cuerpo debía resistir todo, se encontraba en algún momento de su vida con la discordancia entre el modelo internalizado y sus propias posibilidades de concretarlo.

Esta contradicción aparece como fuente permanente de conflicto, en el marco de una sociedad que le permite cada vez menos el éxito pero, al mismo tiempo, se lo sigue exigiendo. A modo de ejemplo, basta recordar la problemática de la incertidumbre laboral.

Surge ahora la segunda pregunta a la que hacía mención en el inicio:

¿Podríamos pensar a los varones como una población “en riesgo”?

Es frecuente escuchar hablar de la sensación de que nunca se es suficiente varón, siempre se podría ser un poco más. El riesgo a la desvalorización es permanente. La debilidad y el fracaso siempre acechan: sentirse poco varón, fallar como macho.

Esta inseguridad suele resolverse a través de la prepotencia y es entonces cuando se manifiesta la tendencia del varón a la impulsividad, la desconfianza, la disminución de la capacidad de comunicarse, el silencio, la sexualización de los vínculos, la pobreza en la empatía, la anestesia y el bloqueo emocional y corporal. De ahí lo peligroso de algunas propuestas que se caracterizan por postular el imperativo de la actitud positiva. Bajo la conocida consigna “tú puedes”, estas nociones entran en sintonía con el

mandato masculino del héroe todopoderoso “Superman” pero no contribuyen al reconocimiento, procesamiento ni elaboración de los conflictos en juego.

El modelo se constituye en un mandato difícil de cumplir y también de desobedecer: ser un héroe sin dar cabida a la fragilidad, la cual es vivida con extrañeza cuando aparece. Muchas veces las emociones son interpretadas como el signo de que “algo no anda bien” o decodificadas como un problema clínico, por lo que solemos encontrarnos con el uso de psicofármacos como anestésicos emocionales y corporales.

Los viejos modelos no han muerto y los nuevos no han terminado de nacer. Al poseer los privilegios de haber pertenecido al grupo dominante, el varón se encuentra también con los déficit y patologías derivados de intentar mantener esa posición: muerte súbita, accidentes, ejercicio impulsivo de la violencia, aislamiento y dificultades intolerables con la potencia sexual.

Los varones de hoy tenemos menos poder que los de antaño, pero muchas veces somos compelidos a comportarnos como si lo conserváramos intacto.

Es este cuadro de situación el que me hace pensar en los varones como “población de riesgo”.

Esta sensación de estar en peligro suele desencadenar actitudes defensivas. Las mismas aparecen, muchas veces, como reivindicación de los privilegios que plantea el modelo patriarcal, pero son principalmente intentos de sostener la identidad viril.

Jaqueados por las circunstancias, confusos, poco autorreflexivos, los varones tienden a atrincherarse.

El quiebre de la potencia se asocia al quiebre de la identidad. Por eso, la autoimagen de “el que puede” le impide acercarse a la consulta y decir: “No puedo...”. El varón no sólo experimenta la dificultad específica sino que, además, se siente menospreciado y avergonzado por no poder. Así, y

volveremos más tarde sobre este tema, muchos hombres llegan al consultorio o a los talleres de reflexión mandados por médicos, abogados, amigos o familiares; es poco frecuente que consulten con una clara decisión propia, sintiendo que es legítimo pedir ayuda.

Considero que así como existen hoy estudios desde la “Crítica de la vida cotidiana” que han demostrado la invalidez del denominado “instinto maternal” en las mujeres, convendría ahondar en los análisis que, por ese mismo camino, nos permitan desterrar la idea arraigada de “instinto poderoso” o “mito del héroe” en los varones.

A la luz de estas reflexiones pienso que la concepción de potencia que más perspectivas nos abre hoy a los varones es la de: “capacidad para devenir”.

Entonces, ¿cómo repercute en la vida del varón el quiebre de su proyecto laboral?

Como varón, psicólogo devenido especialista en la clínica con hombres, intrigado por la perspectiva de género y la investigación acción en reinsertión laboral y profesional, me he encontrado en repetidas oportunidades con varones que expresan diversos niveles de malestar físico y/o emocional sin que establezcan necesariamente el nexo con su crisis laboral ni tengan noción de las circunstancias desencadenantes de dicho estado; en algunos casos, incluso, sin percibir el cambio en su carácter, que sí es notado por personas de su entorno. La reacción de estas suele ser, en el mejor de los casos, sugerir la consulta con un especialista; o bien apelar a diversos estilos de rechazo, descalificación y/o exclusión.

Este cuadro de situación se plantea de manera muy interesante en el cuento *El ladrón de Shady Hill*, que integra la compilación *La geometría del amor* de John Cheever.

A modo de viñeta clínico-literaria, elegí armar un *collage* con fragmentos de este texto que ilustran el tema que nos ocupa.

El miércoles fue mi cumpleaños. Lo recordé en mitad de la tarde, cuando estaba en la oficina, y el pensamiento de que quizá Christina planeaba una fiesta sorpresa hizo que en un instante abandonase el asiento y me pusiese de pie, sin aliento. Después, llegué a la conclusión de que ella no haría tal cosa. Pero aun los preparativos que harían los niños representaban para mí un problema sentimental; no sabía cómo afrontar la situación. Abandoné temprano la oficina y bebí dos tragos antes de abordar el tren. Christina parecía satisfecha y complacida cuando me recibió en la estación, y yo puse buena cara para disimular mi ansiedad. Los niños se habían puesto ropa limpia y me desearon feliz cumpleaños con tanto fervor que tuve una sensación horrible; sobre la mesa apareció una pila de regalitos, la mayoría, cosas confeccionadas por los niños: gemelos de botones, y un anotador, y así por el estilo. Y encendí los cohetes, me puse ese tonto sombrero, apagué las velas de la torta y agradecí a todos, pero después pareció que había otro regalo, mi gran regalo, y después de la cena me obligaron permanecer en la casa mientras Christina y los niños salían, y después vino Juney y me llevó afuera, rodeando la casa, hasta el fondo, donde estaban todos. Apoyada contra la casa vi una escalera plegadiza de aluminio, con una tarjeta atada con una cinta, y yo dije, como si hubiese recibido un mazazo:

—¿Que mierda significa esto?

—Papá, pensamos que puede servirte —dijo Juney.

—¿Para qué necesito una escalera? ¿Qué se creen que soy, un limpiador de ventanas?

—Para alcanzar las claraboyas —dijo Juney—. Las persianas.

Me volví hacia Christina.

—¿Estuve hablando dormido?

—No —dijo Christina—. No estuviste hablando dormido.

Juney se echó a llorar.

—Así podrás limpiar las hojas de los desagües —dijo Ronnie—.

Los dos varones me miraban con cara larga.

—Bien, tendrás que reconocer que es un regalo muy extraño —dije a Christina.

—¡Dios mío! —exclamó Christina—. Vamos, niños. Vamos.

Los llevó hacia la puerta de la terraza. Estuve en el jardín hasta después de oscurecer. Se encendieron las luces del primer piso. Juney continuaba llorando, y Christina le cantaba. Después, la niña se tranquilizó. Esperé hasta que se encendieron las luces de nuestro dormitorio, y después de un rato subí la escalera. Christina tenía puesta una bata, estaba sentada frente a la mesa del tocador, y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Tienes que comprender —dije.

—Creo que no puedo. Los niños estuvieron ahorrando meses enteros para comprar ese maldito artefacto.

—No sabes todo lo que tuve que soportar —dije.

—Aunque hubieras estado en el infierno, no te lo perdonaría —dijo—. No soportaste nada que justifique tu conducta. Hace una semana que la tienen escondida en el garaje. Son tan cariñosos.

—Últimamente no me siento bien —dije.

—No me digas que no te sientes bien —replicó—. Ahora he llegado a desear que te vayas por la mañana, y temo la hora de tu regreso, por la noche.

—No puede ser tanto como dices —afirmé.

—Ha sido un infierno —insistió Christina—. Brusco con los niños, anti-pático conmigo, grosero con tus amigos y perverso cuando hablas de ellos. Horrible.

—¿Quieres que me vaya?

—¡Oh, Dios mío, vaya si lo quiero! Así podría respirar.

—¿Y los niños?

—Pregúntaselo a mi abogado.

—En ese caso, me iré.

Atravesé el vestíbulo y me acerqué al armario donde guardaba las maletas.

—Mira —dije—. Mira esto, Christina. El perro arrancó el refuerzo de mi maleta. —Ni siquiera levantó la cabeza.

—Durante diez años invertí veinte mil dólares anuales en esta casa —grité—, y cuando tengo que marcharme, ¡ni siquiera poseo una maleta decente!

Todos tienen su maleta. Incluso el gato tiene equipaje decente.

Abrí bruscamente el cajón de las camisas, y había sólo cuatro camisas limpias.

—¡No tengo camisas limpias ni siquiera para esta semana! —grité—. Después, reuní unas pocas cosas, me encasqueté el sombrero y salí. Durante un instante incluso pensé llevarme el automóvil y entré en el garaje y miré todo. Después, vi el anuncio que decía: *en venta*, el mismo que colgaba del frente de la casa cuando la compramos hacía muchos años. Desempolvé el anuncio, tomé un clavo y una piedra, y me acerqué al frente de la casa y clavé el anuncio en venta sobre un arce. Después, caminé hasta la estación. Es aproximadamente un kilómetro y medio. Cuando llegué a la estación, descubrí que no había tren hasta las cuatro de la mañana. Decidí esperar. Me senté sobre la maleta y esperé cinco minutos. Después volví caminando a casa. Cuando había recorrido la mitad de la distancia vi venir a Christina vestida con un suéter y una falda, y calzada con zapatillas —lo primero que encontró a mano, pero en todo caso prendas estivales— y volvimos juntos y nos acostamos.

Al contrario de lo que alguien escribió cierta vez, no es el olor del pan de maíz lo que nos aparta de la muerte; son las luces y los signos del amor y la amistad. Al día siguiente Gil Bucknam me llamó y dijo que el viejo se moría, ¿yo estaba dispuesto a volver a la empresa? Fui a verlo, y explicó que el viejo era quien me perseguía; y naturalmente, me alegré de retornar a la parablenda.

Lo que yo no entendía, mientras caminaba esa tarde por la Quinta Avenida, era cómo un mundo que había parecido tan sombrío, pocos minutos después podía llegar a ser tan amable. Las veredas parecían relucir.

Desde esta perspectiva es claro y notorio cómo en el texto aparecen reflejadas la dificultad para el contacto con los sentimientos y las emociones, la irrupción de la violencia ante las manifestaciones afectivas y la identidad laboral puesta en duda. La tendencia a la autoexclusión y la sensación de inadecuación, el quiebre del proyecto de vida así como la sorpresa ante el cambio de perspectiva que implica volver a tener empleo.

Ahora bien, ¿porqué elegí hablar de quiebre y no de pérdida del trabajo o de despido, que son las formas más evidentes de crisis laboral?

Justamente, porque los síntomas mencionados pueden aparecer también frente a la frustración del proyecto que cada hombre se pueda haber trazado con mayor o menor conciencia del mismo.

Por lo tanto, no ser ascendido —como en el caso de Bob Esponja, el protagonista de la popular serie para niños— ser cambiado de área, la falta de reconocimiento tanto material como humano por la tarea realizada, y todo lo que puede considerarse como maltrato dentro del ámbito laboral (que se encuadra dentro del fenómeno denominado: *moobing*) son desencadenantes de procesos muchas veces no reconocidos pero que afectan la autopercepción, el desempeño y las posibilidades de realización personal, generando un estado de gran malestar, con consecuencias en todas las áreas de la conducta.

En este punto, es importante deslindar también un aspecto que la mayoría de las veces aparece indisolublemente unido a lo laboral: el dinero.

Si bien lo económico está asociado al tema del trabajo y al rol de proveedor, mi experiencia me llevó a acompañar varios procesos donde las circunstancias de crisis laboral no pusieron en tela de juicio la posibilidad

de sostenerse como proveedores. Sin embargo, la sintomatología no dejó de aflorar.

¿En quiénes se dan de todos modos los signos emocionales que refleja Cheever en su cuento? Por ejemplo, en los comerciantes que venden su local a una empresa inmobiliaria o en aquellos que lo alquilan, generando así una entrada equivalente a la que obtenían cotidianamente pero que les hace perder aquella cotidianeidad que los estructuraba. El fenómeno se da también de manera muy clara en los varones que se jubilan (anticipadamente o no) pero que siguen sintiéndose en condiciones de ejercer el rol que les daba sentido a su existencia. O en los obreros que imaginaban jubilarse como tales en lugar de volver a ser campesinos como sus padres; pero ante el cierre de las fábricas o las racionalizaciones y/o tecnificaciones de la producción quedan sin posibilidad de la inserción que soñaron. En muchos casos, la pérdida de este trabajo implica que son contratados en mejores condiciones para otras tareas, pero no cumplen con su proyecto y entran en profundas crisis. De más está decir, lo difícil que es la situación de aquellos que no consiguen reinsertarse y tienen que asumir nuevos roles en la familia y aceptar el ser mantenidos por la esposa, los hijos, etcétera.

También nos encontramos con el caso de los profesionales que, durante años, pertenecieron a una institución, de salud por ejemplo, en la que, de pronto, caducaron los valores que definieron su inserción y por ende, su proyecto desaparece.

Una cuestión igualmente fundamental en este análisis es el tema planteado por Goethe en *Fausto*: “vender el alma al diablo”, como metáfora de la renuncia a los propios valores e ideales. Un maestro que en lugar de enseñar pasa a desempeñarse como vendedor porque con la docencia no alcanza a mantener a su familia, es un claro ejemplo en el que se evidencia, cómo cualquier renuncia a la vocación por cuestiones económicas convalida de alguna manera, la frase “el dinero maneja el mundo”.

Estas particularidades respecto del vínculo de los varones con el trabajo podrían resultar importantes a la hora de diseñar planes de reinserción laboral, ya que —en la mayoría de los casos— apuntan a revertir la trayectoria definiendo fortalezas, debilidades, aptitudes desarrolladas durante el desempeño de la carrera, proyectos postergados y posibilidades en el mercado laboral presente, pero se desentienden del efecto “frustración”.

Generalmente, los talleres de reinserción laboral-profesional son eficaces y promueven oportunidades. Aun así, observamos varones que han quedado “heridos” por aquello que motivó la pérdida de su proyecto. Esta frustración los mueve más a expresar su enojo o su dolor que a vislumbrar y aprovechar las posibilidades que hubiere en el presente. En estos casos, considero prioritario darle tiempo y espacio a la elaboración de ese duelo, pues de lo contrario el presente se tiñe de gris y el futuro se inhabilita.

Dado el imperativo de mostrarse potente y exitoso propio de la masculinidad en nuestra cultura y la dificultad para conectarse con las emociones que surgen al procesar un duelo y reconocer las pérdidas, he encontrado la necesidad de recurrir a diversas herramientas y enfoques que por sus características holísticas, focalizadoras, de abordaje breve y centradas en la peculiaridad de cada sujeto favorecen el abordaje y la elaboración de este tipo de conflictos.

Me gustaría compartir algunos conceptos que me ayudaron a encarar las situaciones de crisis en el diálogo con los varones y a encontrar la manera de que estos asuman la necesidad de un acompañamiento, apoyo o aporte profesional. Me refiero, por un lado, al concepto de “convalecencia” —importado de la medicina— que ofrece la posibilidad de reconocer una etapa de vulnerabilidad, surgida a partir de un golpe importante. Aunque el paciente se haya “levantado” y haya seguido caminando con “las botas puestas” hay que considerar niveles especiales de fragilidad, aunque esta no sea ostensible o evidente.

Por otro lado, la idea de *service*, importada del modelo automovilístico, autoriza a “curarse en salud” y a recurrir puntualmente, en este caso, a la consulta. Para muchos varones asumir una posición de dependencia con quien los confronta al hecho de no poder solos, es incómodo. Por eso, el lugar de la consulta debe transformarse en un espacio al que puedan recurrir sin tener que instalarse de manera permanente. Esto es sumamente tranquilizador para ellos.

El caso de un paciente de 60 años sirve como ilustración.

En su primera entrevista G. mencionó la frustración que había experimentado en sus anteriores intentos de iniciar un tratamiento debido a que cuando se aproximaba la tercera sesión comenzaba a pesar en él la “obligación” de la cita pactada, y finalmente faltaba. El primer encuentro fue fructífero y G. dijo sentirse comprendido, al terminar lo despedí sin hacer referencia a un próximo encuentro.

Sorprendido, preguntó cuándo debía volver, a lo que respondí que me llamara cuando lo sintiera necesario y le expliqué que no convenía generar la misma situación que había tenido en sus experiencias anteriores. Así, estipulando las citas a partir de sus llamados, fue posible trabajar en profundidad su manera de reposicionarse en la vida. Hoy llevamos 18 meses en esta tarea y por su propia iniciativa, fijamos cada vez un nuevo día de encuentro.

La idea es evitar que los varones perciban el ámbito de la consulta como un castillo amurallado, con un puente levadizo, en el que la entrada y la salida están pautadas; y lograr que lo conciban como un puerto donde reaprovisionarse para volver a partir.

Para un varón saber que puede tener una entrevista puntual con alguien que ya lo conoce, y a quien “no tiene que volver a explicarle todo”, es algo que facilita los encuentros, aunque de todos modos por lo situacional del problema vuelva a contar todo lo que amerite ser relatado.

Sin duda, la inclusión de una dosis de humor en el diálogo también es fundamental. Muchos chistes son relatos metafóricos del acerbo popular que plantean situaciones conflictivas pero que por su desenlace permiten pasar de la tragedia a la comedia. Por esta vía accedemos a la risa y un cierto nivel de catarsis que permite contactar con la levedad de la vida que es, a su vez, importante para encontrar alternativas y salidas a los momentos difíciles. Así se logra sortear la sensación de captura e impotencia que inhibe la posibilidad de observar los caminos a construir, los cambios de posición personal y las transformaciones. Es en este proceso que simultáneamente se generan las condiciones para asumir las frustraciones y recuperar la esperanza.

¿Qué hacer con el padecimiento de los varones?

Pensar en el padecimiento de los varones implica poder reconocer su sufrimiento, ver su dolor, sensibilizarse con sus males, sin por ello confundirse y considerar que es preciso salvarlos. Ni víctimas ni victimarios, ni culpables ni inocentes, los varones son actores sociales, personas, sujetos.

El proceso de adjudicación de roles es paralelo al de la asunción de los mismos. Es este hecho el que contribuye a la construcción del posicionamiento particular que cada varón logra en su vida cotidiana. Entre tanto, gran parte del malestar de las masculinidades no está convalidado a nivel sociocultural por las pautas de normalidad estipuladas, tácita y explícitamente, para los varones.

Como se plantea en el inicio, podemos rastrear estos criterios, por ejemplo, en refranes o dichos populares tales como “a golpes se hacen los hombres”, “morir con las botas puestas”, o “los hombres no lloran”, y también en los ideales de Superman, John Wayne, etcétera.

Estas pinceladas de las expectativas puestas en los varones llevan a imaginar a un ser que busca manejar sus sentimientos —y su vida en general— a través del poderío de la razón; alguien a quien le cuesta aceptar su dificultad para vincularse afectivamente y para destinar tiempo a reconocer sus propias emociones. Vale reiterar que convencido de que “querer es poder” y “el tiempo es oro”, difícilmente pueda percibir sus crisis, admitirlas y pedir ayuda, ya sea a un profesional como a familiares y/o amigos.

La investigación sobre las masculinidades y a partir de ella la creación de una especialidad dedicada al estudio de las conductas de los varones ha legitimado el pedido de ayuda, y desde allí la posibilidad de consultar.

En mi experiencia profesional, tanto en los grupos terapéuticos como en las consultas individuales, trabajo con una población predominantemente masculina. Esta tendencia, que en principio me producía asombro y curiosidad, cobró un sentido posible al entrevistar por primera vez a un contador de 35 años, padre de dos chicos. Comenzó el encuentro diciendo: “Dudé mucho en pedir la entrevista. Pero, después pensé que en caso de necesitar un médico para mi hijo recurriría a un pediatra, por lo tanto, puedo plantearme que para mí, necesito un especialista en varones”.

Si bien la existencia de esta especialización resulta facilitadora, por ahora, la mayoría de los varones no llega al consultorio por iniciativa propia sino por sugerencia de un tercero. Lo más frecuente es que médicos sensibilizados con este tipo de problemáticas suelen ser quienes indiquen la necesidad de psicoterapia, en lugar de someterlos exclusivamente a la maquinaria del sistema actual de salud que en muchos casos —si bien escucha al dolor— los aleja del origen de su padecimiento.

Es frecuente escuchar que “los varones cuando están enfermos son terribles”. El “plus” de demanda que se pone en evidencia en este dicho es atribuible a la necesidad de una atención que va más allá del problema orgánico. La otra cara del conflicto surge ante la dificultad de aceptar los

cuidados. Sin duda, el sentirse dependiente es rechazado por quienes han encontrado su posicionamiento vital desde alguna versión del “proveedor”. Crecieron en una cultura que valorizó, y aún lo hace, su rol de “dadadores”, de manera tal que ellos mismos acostumbran a su entorno a complementar esta posición, padeciendo dificultades a la hora de ponerse en el lugar de receptor.

Para hacer una lectura de los discursos de hombres y mujeres que no nos deje atrapados en modelos de conducta disfuncionales, es imprescindible echar una mirada crítica sobre sus roles en la vida cotidiana. Todos nosotros, varones y mujeres contemporáneos, sólo podremos cambiar de mirada en tanto trabajemos estos temas en nosotros mismos y nos permitamos ampliar nuestros criterios. Este sería el eje tanto del trabajo individual como de los grupos terapéuticos mixtos.

De esta manera, entiendo que la coordinación con parejas terapéuticas heterosexuales se constituye en una oportunidad, tanto en la optimización de la tarea como en el aprendizaje mutuo.

Los “grupos de reflexión de varones” son una propuesta con la que vengo trabajando hace más de diez años. En un principio trabajaba con un diseño de jornadas y ciclos que duraban de cuatro a ocho reuniones. En los últimos seis años he coordinado grupos estables en forma sistemática y continua. El dispositivo, además del cambio de perspectiva, pone el acento en ciertas cuestiones observadas en los grupos espontáneos, en los que el consejo y/o la burla ponen distancia ante el padecimiento expresado por alguien, inhibiendo así la posibilidad de generar empatía.

El objetivo es construir condiciones de seguridad psicológica para facilitar un clima donde los temas que surjan puedan ser abordados desde el protagonismo de cada uno, desalentando las generalizaciones y teorizaciones. Si bien los varones trabajan con otros varones, es infrecuente que establezcan lazos de amistad grupales en sus relaciones laborales.

Quien accede a una cierta relación de proximidad lo hace, a lo sumo, con una sola persona. Raramente cuenta con un espacio grupal donde poder intercambiar ideas y sostener un vínculo dialógico. Ante esta situación, considero central crear el marco propicio para que surja el diálogo de cada uno con los otros y también consigo mismo.

En mis primeras experiencias en este campo comprobé que para los varones suele ser difícil escuchar a quien manifiesta un problema, así como tolerar la angustia que provoca. Lo primero que vemos aparecer es la burla. La reacción es la risa nerviosa e irónica para distanciarse y evitar sintonizarse con el conflicto. De este modo se resuelve el riesgo del contagio y quien se sincera queda en el lugar del excluido. Esta modalidad evoca —nuevamente— aquello de que “los hombres se hacen a los golpes”. Así es también como los varones tienden a no contar nada de lo que les pasa y a aguantar sin expresar verbalmente sus dolores o padecimientos.

La otra tendencia que observo es la de aconsejar, sin poder contener la ansiedad ni el impulso de dar la solución. Esto, de alguna manera, pone al que tuvo el coraje de mostrarse en el lugar de un tonto al que no se le ocurrió la respuesta adecuada para su problema.

Por eso, cuando convoco a un grupo de varones propongo reglas de interacción que generen un clima en el que, a partir del relato de alguno de los integrantes, los demás se dispongan a reflexionar desde su propia historia. Algo a tener en cuenta es que acceder al ámbito de la intimidad no aparece connotado positivamente, porque requiere conectarse con aspectos postergados que aparecen como desconocidos. Surgen dificultades, contradicciones y angustias que adquieren un perfil particular en cada varón.

La venta de una imagen exitosa y potente, y la urgencia que captura todos los proyectos son moneda corriente en la vida cotidiana de los varones. Esto inhibe el contacto de cada uno consigo mismo y en el encuentro con el otro.

La riqueza e importancia de pensarse a sí mismo, la posibilidad de una relación empática hacia los otros y el placer de conectarse con la propia afectividad sólo es descubierta después de haber iniciado el camino. Antes, el sentido de una reflexión de esta naturaleza no se presenta con claridad; sólo aparecen vivencias de crisis y/o sentimientos de curiosidad.

En los grupos espontáneos, la competencia —ya sea a través de la ironía o de la broma— suele constituirse en obstáculo para el encuentro, y si no tenemos esto en cuenta en la coordinación de grupos de varones se hace difícil abrir una zona de sensibilidad que lleve a una experiencia de intimidad tan gratificante como fecunda. La apertura de esta zona, la sensación de sentirse sostenido y la confianza en el otro ofrecen la posibilidad de un espacio dialógico poco frecuente en la vida cotidiana, donde escuchar y ser escuchado deja de ser sinónimo de riesgo.

Entre varones asoman también las intensidades de la energía masculina. El lugar que ocupa la amistad y la intimidad se hace visible. Para algunos varones el temor a la homosexualidad funciona como obturador de los encuentros.

En las reuniones se accede al reconocimiento de la propia sensibilidad; pudiendo diferenciar entre sensibilidad y blandura, firmeza y dureza. Se abordan las posibilidades y los límites de la confianza; los ideales heroicos que rigen las acciones de la vida; la dificultad para reconocer las propias necesidades y el imperativo de proveer a las de otros; los resentimientos; las restricciones en la capacidad de vivir, amar y alegrarse; el vínculo con los varones significativos de su vida —padre, abuelos, hijos, maestros, etcétera—; el trabajo, el amor y la familia, el dinero y la salud, las posibilidades de nutrirse y sostenerse entre varones.

Así como entre los múltiples abordajes individuales me ha resultado particularmente provechoso con varones el abordaje de la Desensibilización y Reprocesamiento a través de los Movimientos Oculares (EMDR, por sus

siglas en inglés); en el trabajo con grupos el psicodrama ofrece un instrumento y una perspectiva de suma utilidad. Partiendo de la improvisación de escenas de la vida cotidiana e investigando las maneras en que cada uno se sitúa en las circunstancias particulares de su vida, nos abrimos a la multiplicidad de roles que cada uno puede desempeñar.

En este marco dialógico, las lecturas, el análisis de películas, novelas y obras artísticas, aportan materiales muy ricos para pensar desde un razonamiento que no esté divorciado de la emoción.

El juego de roles también es útil en el proceso que implica tomar contacto con la vida emocional, aprender a reconocer y “sostener sin tener que aguantar” las propias sensaciones.

En este sentido quiero subrayar el alto nivel de medicación con que muchos varones llegan a la consulta. En la mayoría de los casos el uso de psicofármacos está al servicio de anestesiar la eclosión de emociones cuya percepción genera impresiones de caos. Esta negación al reconocimiento de las propias problemáticas también lleva a resolver los conflictos afectivos a través de conductas compulsivas llegando en muchos casos a “accidentes”.

El caso de un paciente de 25 años sirve de ejemplo a este fenómeno. P. llegó a consulta por un colega que ya me había comentado, que esta persona estaba atravesando un momento de crisis y tenía una gran desconfianza tanto en la psicología como en los psicólogos, además de expresar un profundo rechazo hacia quien le propusiera un diálogo desde códigos diferentes a los que él manejaba. En su primera entrevista, P. se muestra como un varón asimilado al modelo de proveedor (de su madre, novia, amigos, compañeros, etcétera). Ha logrado triunfar “desde la nada” con empeño, voluntad, esfuerzo y tesón. Ha conseguido mucho de lo que se propuso. Pero no llega a comprender la ruptura con su novia después de siete años de relación y dos de convivencia; ni la muerte de uno de sus amigos íntimos.

P. dice:

Éramos seis, fue el primero en ganar mucho dinero, entró en la diversión fuerte, embarazó a la novia de hacía unos meses, se iba a casar aunque no quería y dos días antes se estrelló a 160 km/hora con la moto. Me quedó la sensación de no haberle dicho lo que me parecía. No lo pude ayudar, nos cuesta hablar de eso en el grupo.

Para finalizar, quisiera rescatar varios de los aspectos que han guiado mis reflexiones:

- La importancia de captar la fragilidad —oculta muchas veces detrás de una fachada de autosuficiencia— e investigar el balance entre los recursos y las demandas percibidas.
- Tener en cuenta que el trabajo esta íntimamente ligado a la identidad de casi todos los varones y que, en muchos casos, puede llegar a ser independiente del rol proveedor.
- Considerar la dificultad para pedir y recibir ayuda, ya sea en forma de asistencia profesional, amistosa o de cualquier otro orden.
- Reconocer y trabajar desde el particular nivel de dificultad de los varones para el contacto con las emociones, principalmente a la hora de procesar y elaborar las pérdidas y frustraciones.
- Los “grupos de reflexión de varones” son mi propuesta de trabajo desde 1981. El dispositivo, además del cambio de mirada, pone el acento en modificar lo observado en los grupos espontáneos. El objetivo de los mismos es generar condiciones de seguridad psicológicas para facilitar un clima donde pueda legitimarse todo tipo de diálogos y las diferencias subjetivas.
- El psicodrama ofrece instrumentos y perspectivas de suma utilidad.

Partiendo de la improvisación de escenas de la vida cotidiana e investigando las maneras en que cada uno se sitúa en ellas nos abrimos a la multiplicidad de roles que cada uno puede desempeñar.

- El juego de roles es útil en el proceso de tomar contacto con la vida emocional, aprender a reconocer y sostener sin tener que “aguantar” las propias sensaciones.
- Una mirada crítica sobre el lugar del varón y la mujer en la vida cotidiana es guía por excelencia para hacer una lectura de sus discursos que no nos deje atrapados en modelos de conducta que son disfuncionales en la actualidad.

Como cierre de estas reflexiones quiero volver a plantear que la potencia como “capacidad de devenir” es la concepción que más perspectivas nos abre hoy a los varones en un mundo en transformación vertiginosa.

El poder en este sentido es tener la capacidad para metamorfosearse y aceptar el desafío del cambio. Es esta apertura la que nos permite ser arquitectos de nuestro propio proyecto vital, comprometiéndonos con la creatividad, la espontaneidad, el diálogo y la empatía en el encuentro con los otros como semejantes.

Obras consultadas

- Badinter, Elisabeth (1993), *XY. La identidad masculina*, Santa Fe de Bogotá, Grupo Editorial Norma.
- Baraff, Alvin (1992), *Hablan los hombres*, Buenos Aires, Javier Vergara.
- Bly, Robert (1993), *El libro de la Sombra*, Buenos Aires, Planeta.

- Freud, Sigmund (1976), *Obras completas*, vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Keen, Sam (1992), *Fuego en el cuerpo: el varón y lo masculino*, Buenos Aires, Planeta.
- Kesselman, Hernán y Eduardo Pavlovsky (1989), *La multiplicación dramática*, Buenos Aires, Ediciones Ayllu.
- Marqués, Josep Vicent (1991), *Curso elemental para varones sensibles y machistas recuperables*, Temas de hoy, 2ª ed, Madrid, El Papagayo.
- Moore, Robert L. y Douglas Gillette (1993), *La nueva masculinidad. Rey, guerrero, mago y amante*, Buenos Aires, Paidós.
- Moreno, Jacob Levy (1978), *Psicodrama*, Buenos Aires, Hormé.
- Osherson, Samuel (1993), *Al encuentro del padre*, Santiago de Chile, Editorial Cuatro Vientos.
- Pichon Rivière, Enrique (1970-1971), *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*, Buenos Aires, Editorial Galerna, tomo I y II.
- _____ y Ana Pampliega de Quiroga (1970), *Psicología de la vida cotidiana*, Buenos Aires, Editorial Galerna.
- Strachey, James (ed.) (1976), Sigmund Freud y Anne Freud, *Obras completas: el malestar en la cultura y otras obras (1927-1931)*, vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu.

IV

Investigación empírica

Representaciones, estratificación social y diferencias de género bajo condiciones de crisis y desempleo*

Roxana Boso**

Agustín Salvia***

Resumen

Este trabajo hace un aporte al estudio de las consecuencias de la crisis social en la Argentina a partir de evaluar su impacto sobre una serie de representaciones y valoraciones subjetivas, en varones y mujeres, con responsabilidad familiar. El análisis se focaliza en el estudio de diferenciales de bienestar/malestar psicológico registrados en una muestra de individuos seleccionados según su situación laboral, localización socioeconómica residencial y condición de género. La investigación se realizó luego de la crisis de diciembre de 2001, durante el periodo 2002-2003.

* Este estudio forma parte del proyecto “Trabajo y Desocupación”, desarrollado durante el periodo del 2001-2003 en el Departamento de Investigación Institucional de la Universidad Católica Argentina, dentro del Programa la Deuda Social en la Argentina, bajo la dirección del doctor Agustín Salvia.

** Licenciada en Psicología, especialista en Psicología del Trabajo, profesora adjunta de la cátedra Psicología Laboral de la Universidad Católica Argentina; investigadora asociada en el Departamento de Investigación Institucional de la misma universidad durante el periodo 2001-2003.

*** Doctor en Ciencias Sociales, investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), investigador jefe en el Departamento de Investigación Institucional de la Universidad Católica de Argentina y coordinador del Programa de Cambio Estructural y Desigualdad Social del Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG) de la Universidad de Buenos Aires.

Introducción

La crisis socioeconómica que caracteriza a la Argentina de los últimos años se expresa en un sostenido deterioro de las condiciones de vida en amplios sectores de la población. En este contexto, emergen nuevas formas de marginalidad social, con impacto negativo en las condiciones y los modos de vida de los hogares (Isla y Selby, 1999; Vasilachis, 2003; Salvia y Mallimaci, 2005), así como una profunda alteración de los modos de integración social y la legitimidad del sistema político-institucional (Schuster y Pereyra, 2001; Svampa, 2004; Battistini, 2002; Salvia, 2004). Considerando este marco, algunas investigaciones han abordado el problema del desempleo y sus consecuencias negativas en el campo subjetivo. Al respecto, se ha estudiado la emergencia —en situaciones de desocupación persistente— de sentimientos de “pérdida de pertenencia social” y de “desgaste de los proyectos personales o familiares de vida” (Schlemenson, 1997; Kessler, 1996; Salvia y Chávez Muñoz, 2002a). Bajo este orden de problemas, algunos estudios han explorado el impacto diferencial del desempleo según la condición de género del desocupado o la desocupada, confirmando la presencia de diferencias cualitativas importantes (Salvia y Chávez Muñoz, 2002a; Salvia y Saavedra, 2001; Merlinsky, 2002; Wainerman, 2003).

A pesar de estos avances, poco se sabe sobre las consecuencias que ha tenido el desempleo en las capacidades de “bienestar psicológico” y de “enfrentamiento subjetivo” según diferencias de género para individuos ubicados en distintos espacios sociales. En respuesta a este problema, esta investigación ha estudiado en forma comparativa un número importante de estudios de caso (realizados durante el periodo mayo-julio de 2002), teniendo como objeto las representaciones y valoraciones vertidas por grupos de varones y de mujeres con distinta situación laboral y ubicados en diferentes estratos sociales.

Se supone a modo de hipótesis de trabajo que las representaciones de bienestar psicológico, en referencia específica a la satisfacción subjetiva sobre la vida personal, familiar, laboral y relacional, se particularizan según sea la condición de ocupado o desocupado, los atributos de género y las diferencias socioeconómicas (que distinguen niveles de acceso a recursos materiales y simbólicos de movilidad social). En este artículo se focalizará el análisis en la perspectiva de género.

Algunas consideraciones conceptuales sobre la subjetividad

Se entiende por subjetividad al conjunto de las representaciones que el sujeto tiene acerca de sí mismo y del entorno, de acuerdo a los efectos de discursos socialmente instituidos, que ofrecen modelos identificatorios ideales a los que el sujeto procura adecuarse por ser fuente de gratificación narcisista (Laplanche, 1981; Le Fur, 2001).

Se conforma a lo largo de una particular trayectoria de vida del sujeto. A partir de su experiencia relacional y de su significación —según esquemas cognitivos socialmente configurados— interpreta las situaciones del entorno y actúa de acuerdo a ello.

De este modo, el sujeto no sólo es agente portador de reglas y recursos socialmente estructurados, sino que también tiene capacidad para modificar sus condiciones objetivas y simbólicas de existencia. Al respecto, la configuración de la subjetividad no queda al margen de las condiciones de existencia que estructuran la capacidad de representación simbólica que el sujeto tiene de sí y del mundo (Bourdieu, 1979), ni tampoco al margen de las consecuencias no deseadas de su acción en un marco dado de relaciones sociales (Giddens, 1979).

En este sentido, toda práctica social está cargada de significantes y puede ser generadora de nuevos, teniendo el sujeto la capacidad de construir, dentro de ciertos límites, configuraciones significantes alternativas a las rutinarias. Esto ocurre ya sea debido al proceso de toma de conciencia y de conocimiento del sujeto sobre sí mismo y su relación con el mundo, como a la necesidad de dar respuesta a sucesos extraordinarios que exceden lo conocido (Piaget, 1976).

Considerando la crisis del empleo, cuando el sujeto se encuentra ante nuevas experiencias y vivencias, y concibe a sus esquemas de referencia como insuficientes para asimilarlas, se producen nuevas inscripciones mnemónicas que tienden a permanecer con una importante carga emocional (Pennebaker y Basanick, citados en Jodelet *et al.*, 1998), sosteniéndose en el tiempo.

La subjetividad y su relación con el contexto sociocultural

Resulta evidente que la conformación de la subjetividad implica un proceso que se desarrolla en interacción con un particular contexto sociocultural. Esta relación es dinámica y está atravesada por cambios situacionales e históricos. El sujeto, además de pertenecer a determinada época, con sus condicionantes sociohistóricos, se encuentra inmerso en un entramado social, participando de distintos grupos: según clases sociales, origen étnico, zonas geográficas, religión, edad, etcétera. Estos grupos poseen singulares claves interpretativas, creencias y valores, que los identifica. Este esquema de análisis —de uso habitual en psicología— está en sintonía con el concepto de “segmentariedad” (Lourau, 1970), o, mejor aún con el concepto “configuración subjetiva” (Malfé y Galli, 1996).

De acuerdo con esto, es posible reconocer diferentes grupos, inserciones institucionales o categorías sociales con capacidad de configurar subjetividades.

La noción de *estructura de socialización* enriquece esta perspectiva al reconocer un conjunto de factores sociales que condicionan la capacidad de la persona para optar por modos de satisfacción, sea en términos de acceso a recursos como de percepción de necesidades y preferencias. Las personas deciden según un particular campo de valores, reglas de intercambio y significados, y siempre lo hacen desde y hacia las relaciones sociales en las que participan y de acuerdo a su disposición de recursos materiales y simbólicos (Giddens, 1979; Bourdieu, 1979; Przeworski, 1982; Kahneman, 2001).

Acerca de una perspectiva de género

Debido a que en este artículo se focaliza el análisis según una perspectiva de género, cabe aclarar que se entiende por género a una construcción de sentido, en un marco sociocultural e histórico, que a partir de las diferencias biológicas, adjudica roles y funciones a cada sexo en la reproducción social. Se refiere a las atribuciones simbólicas que cada contexto social (con particularidades culturales, históricas, económicas, y políticas) le otorga a la diferencia sexual (Comas D'Argemir, 1995).

Lo “femenino-masculino” responde a ideales colectivos genéricos que a partir de procesos de identificación, colaboran en la configuración de subjetividades, ideales que conforman la cultura de la que participa el sujeto desde el mismo momento que nace, y de acuerdo a los cuales es significado desde distintos ámbitos de relación y pertenencia. Implican valores, sostienen costumbres y normas sociales, orientan roles y prácticas

colectivas que, de acuerdo a Dio Bleichmar (1997), actúan como “organizadores simbólicos” de las subjetividades.

En los actuales contextos de crisis del empleo, los tradicionales atributos culturales asignados a los “modos de ser” varón y mujer se encuentran en procesos de transformación. Las modificaciones en la dinámica de las relaciones sociales, se acompañan de nuevas representaciones e ideales que introducen cambios en las tradicionales configuraciones subjetivas masculina y femenina.

El valor subjetivo del trabajo y el desempleo

Es sabido que el trabajo no sólo posibilita la reproducción biológica de la vida, sino que su ejercicio involucra también la actualización de importantes potencialidades humanas. En este sentido, la falta de empleo no sólo constituye un fracaso del sistema social, que dilapida con ello recursos productivos valiosos, sino que también constituye una vía de privaciones materiales, afectación subjetiva y degradación social para quienes padecen sus consecuencias.

Numerosas investigaciones confirman la importancia del trabajo para el bienestar psicológico, a la vez que destacan que el tener un empleo estable constituye un factor clave de valoración, integración y proyección social (Aguiar, 1997; Meda, 1998; Rifkin, 1996; Castel, 1997). Jahoda (1987) ofrece una amplia recopilación sobre las teorías y estudios especializados mediante una investigación que desarrolla sobre los efectos negativos del desempleo a nivel psicosocial en el contexto histórico tanto de la recesión de los años treinta en Estados Unidos como durante el paro de la década del setenta en Europa. Asimismo Eisenberg y Lazarsfeld (1938) realizan una asociación entre la pérdida involuntaria del empleo

y sus efectos de malestar psicológico, en correlación con los cambios que tienen lugar en las relaciones interpersonales.

El desempleo —en tanto evento vital (Páez *et al.*, 1986)— no sólo se expresa en cambios en la vida cotidiana y una trama de las relaciones sociales; las personas también se encuentran en una encrucijada por la cual necesitan introducir cambios en sus proyectos de vida, en su comportamiento social, con alteración de sus ideales, muchos de ellos en intrínseca relación con los tradicionales “modos de ser” masculino y femenino. En efecto, según la literatura especializada, no disponer de un trabajo constituye —además de un problema de subsistencia y de integración social—, una fuente de deterioro del sentido de identidad a nivel de género (Burin *et al.*, 1996).

Diseño metodológico del estudio

Este trabajo deriva de una investigación que se apoyó en datos primarios generados en junio de 2002. La muestra estratificada, no probabilística, estuvo conformada por 144 casos (Tabla 1). El objeto de estudio fueron adultos de entre 25 y 40 años, todos ellos con responsabilidad familiar y principal sostén económico del hogar, que residían en la zona sur de la ciudad de Buenos Aires, Argentina (barrio Barracas y áreas aledañas). Para evaluar el impacto diferencial de la situación ocupacional sobre las representaciones subjetivas de bienestar, se consideraron tres variables fundamentales (utilizadas como criterios de estratificación de la muestra): *a*) la situación ocupacional (ocupado/desocupado); *b*) el espacio socioeconómico residencial (marginados/nuevos pobres/profesionales), y *c*) la condición de género (varones/mujeres).

Las representaciones de bienestar psicológico se relevaron mediante información sobre el nivel de satisfacción que los sujetos manifestaron con

Tabla 1
Distribución estratificada de la muestra de casos

Espacio social: marginales	48 casos	
Sexo	Ocupado	Desocupado
mujer	12	12
varón	12	12
Espacio social: empobrecidos	48 casos	
mujer	12	12
varón	12	12
Espacio social: profesionales	48 casos	
mujer	12	12
varón	12	12
Totales	144 casos	

Fuente: estimación propia.

respecto a su vida familiar, su vida laboral, su relación con otros en general y autorrealización personal (logros personales en la vida).

La pertenencia a distintos espacios sociales se definió a partir de una selección de espacios residenciales representativos de diferencias socioeconómicas significativas; tuvo como objetivo dar cuenta de las particularidades según las estructuras de oportunidades y campo simbólico de los sujetos entrevistados:

- Los grupos denominados “marginados” residían en un asentamiento o barrio precario y presentaban graves déficits en cuanto al acceso a recursos como educación, salud, seguridad, etcétera; también se trataba de sectores altamente vulnerables en cuanto a oportunidades de trabajo e ingresos (pobres estructurales).
- Los “empobrecidos” (o nuevos pobres) estuvieron integrados por individuos de clases medias que residían en áreas urbanas tradicionales, deterioradas por un proceso de empobrecimiento, pérdida o caída del ingreso laboral, de recursos de salud y educación, y una consecuente e

importante incertidumbre respecto del futuro inmediato.

- Los grupos medios “profesionales”, ubicados en áreas residenciales no deterioradas, poseían una calificación profesional y representaban las capas más integradas a la globalización tecnológica e informática; con recursos económicos, redes sociales y acceso a servicios públicos y derechos ciudadanos.

Se implementaron distintas herramientas metodológicas con el propósito de combinarlas según la estrategia de triangulación que permitiera superar las debilidades de cada una y alcanzar una mayor validación de los resultados obtenidos (Denzin y Lincoln, 1978). Tomando en cuenta lo anterior:

1. Se diseñó un cuestionario multipropósito que permitió recoger información personal del entrevistado —incluyendo indicadores de bienestar psicológico— e información objetiva sobre el resto de la familia y el hogar.
2. Se realizaron entrevistas en profundidad (a 50 individuos encuestados, distribuidos proporcionalmente por categoría) y se efectuaron grupos focales (12 grupos homogéneos según espacios de pertenencia social). Mediante estas técnicas se relevó y se procuró comprender el sentido de las representaciones de satisfacción y de bienestar subjetivo de los distintos grupos sociales estudiados, más allá de la información obtenida mediante el cuestionario.

Los microdatos generados por la encuesta fueron sometidos a un análisis estadístico mediante el programa SPSS-WIN 10.0. Respecto de las entrevistas en profundidad y los grupos focales, se realizaron clasificaciones y análisis del discursos a partir del programa QSR NUD*IST.

Significaciones subjetivas acerca del trabajo y la desocupación

En primer lugar se presenta una síntesis sobre cada dimensión de satisfacción explorada, de acuerdo a análisis estadísticos de los datos relevados mediante la encuesta. Los resultados se derivan de la aplicación de modelos de regresión lineal múltiple —a cada dimensión de satisfacción— según la hipótesis teórica propuesta: para cada dimensión de satisfacción se muestra la capacidad explicativa y significancia de las variables utilizadas (Tabla 2).

- En todas las dimensiones exploradas, exceptuando las relaciones interpersonales, los ocupados en general manifiestan un mayor nivel de satisfacción que los desocupados: obviamente, la desocupación impacta de manera negativa en la satisfacción de la vida laboral, pero también se evidencia en el campo de la vida familiar y, por último, en referencia a los logros personales.
- Respecto del grupo social de pertenencia, se obtuvo que a mayor vulnerabilidad en la estructura socioeconómico residencial, mayor es el malestar en la dimensión de las relaciones interpersonales. Al mismo tiempo, en comparación con los casos del sector profesional, en el espacio marginal es donde se expresa mayor insatisfacción acerca de sus logros personales. Asimismo, en los casos de las clases medias empobrecidas es donde se manifiesta mayor malestar en referencia a la vida familiar.
- Un hallazgo relevante en esta instancia de análisis, es que no siempre la diferencia de género constituye una dimensión que discrimina los niveles de satisfacción subjetiva. Por ejemplo, en los datos relevados no se presentan diferencias significativas por género al tener que valorar la relación con otros y la vida familiar.

Tabla 2
Coefficientes betas estandarizados estimados por los modelos de
regresión lineal múltiple ajustados para cada dimensión de satisfacción*

Factores	Satisfacción hacia la vida familiar		Satisfacción hacia la relación con otros		Satisfacción hacia la vida laboral		Satisfacción hacia logros personales	
	Coef. B	Sig.	Coef. B	Sig.	Coef. B	Sig.	Coef. B	Sig.
Espacios sociales								
Empobrecidos	.218	-.022	-.290	.002	-.040	.606	-.038	.684
Marginados (Profesionales)	-.031	.744	-.337	.000	-.073	.354	-.247	.009
Atributo de género								
Mujeres (Varones)	-.047	.562	.079	.322	.189	.006	.154	.058
Situación laboral								
Desocupado (Ocupado)	-.188	.023	-.093	.248	-.566	.000	-.141	.083
Laboral x Género								
Desocupados (v)	-.139	.111	-.080	.347	-.520	.000	-.192	.031
Desocupadas (m)	-.186	.033	-.080	.347	-.461	.000	-.052	.553

* Muestra no probabilística estratificada por situación ocupacional, estrato socioeconómico, residencia y condición de género, con N=144 casos.

Fuente: elaboración propia con datos de Encuesta/Test sobre Capacidades de Bienestar, CBA, julio 2002. Programa La Deuda Social Argentina, DII-UCA.

No obstante surgen diferencias significativas cuando se trata de valorar los logros personales y la vida laboral. En ambos casos, son los hombres los que expresan una mayor insatisfacción.

Dado este resultado, cabe preguntarse en qué medida la representación de satisfacción resulta condicionada por el género según la situación laboral (ocupado o desocupado) que registran unos y otros.

A continuación se profundiza este estudio mediante la comprensión del sentido que el trabajo y su pérdida tiene para varones y las mujeres, con responsabilidad familiar.

Subjetividades masculinas y femeninas en el contexto de crisis del empleo

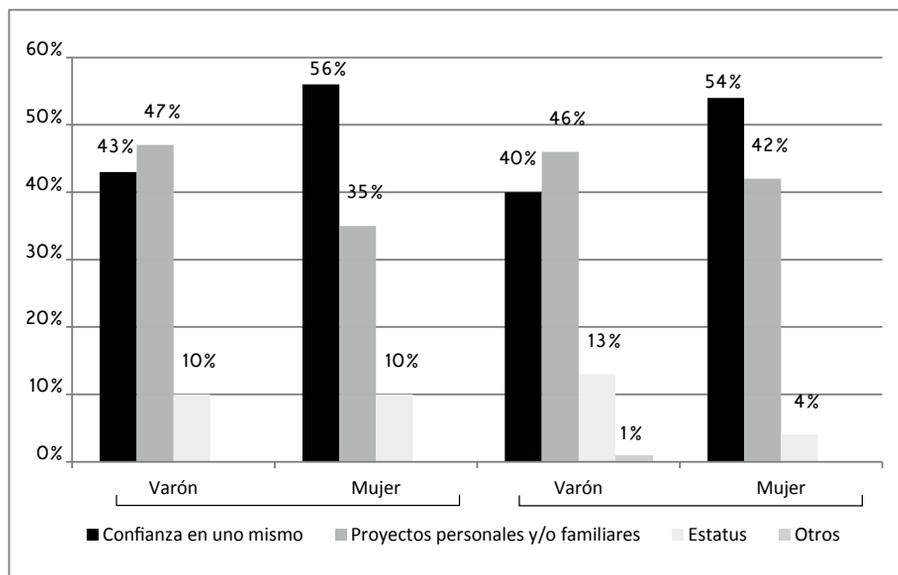
El significado del trabajo difiere en los varones respecto de las mujeres. Mediante la encuesta, se exploró la significatividad del trabajo y su pérdida, en referencia a la autoconfianza, a la incidencia en los proyectos personales y familiares, y en el posicionamiento en el grupo social. Estos datos se triangularon con los obtenidos a través de las entrevistas y grupos focales, a partir de lo cual surge la siguiente información:

En los varones adultos, con responsabilidad familiar, se observó que la actividad laboral —sobre todo en quienes tuvieron la experiencia de un “empleo”— fue considerada, en primer término, como un medio legítimo para lograr posicionarse como el sostén económico-material de la familia, para proyectar un futuro y sentirse “potente” en el marco de las relaciones sociales. En segundo lugar, operaron valores asociados a la confianza en uno mismo, y luego emergió como importante en relación al estatus social (que incrementa su significatividad frente a la pérdida del empleo, al constituirse el posicionamiento social como un aspecto preocupante).

Quienes aún tenían un empleo no dejaron de manifestar insatisfacción por expectativas personales y familiares percibidas como inalcanzables y disconformidad por descender en la escala social. Los varones profesionales expresaron malestar por perder grupos de pertenencia, muy probablemente al disponer de menores recursos económicos para compartir actividades que antes los nucleaban.

Esta realidad era distinta en los varones desocupados. La falta de empleo impactó directamente en su rol tradicional de “proveedores materiales” de la familia. En muchos casos produjo una pérdida de estatus que afectaba las expectativas que tenían en relación al bienestar que aspiraban proporcionar a sus hijos.

Gráfica 1
Aspectos positivos de tener trabajo-aspectos negativos
de perder un trabajo



* Muestra no probabilística estratificada por situación ocupacional, estrato social y sexo con N= 144 casos.

Fuente: Salvia, Boso, Raffo, Fraguglia (2002b), elaboración propia con datos de Encuesta/Test sobre Capacidades de Bienestar, CBA, Julio 2002. Programa la Deuda Social Argentina, DII-UCA.

En el grupo de las mujeres, se observó que ante la situación de crisis, muchas debieron incorporarse al mercado laboral y el trabajo fue denotado como una prioridad en sus vidas cotidianas. De este modo, el trabajo fue representado como una actividad que les permitía la cobertura de las necesidades básicas, como la ropa y los alimentos para los hijos, y el acceso a la educación y los servicios de salud más acordes a sus expectativas; aspectos valorados por las mujeres en relación al cuidado y desarrollo de sus hijos.

En este marco, la mujer asumió nuevos roles y descubrió en sí misma habilidades que desconocía tener, a la vez de sentirse capacitada para

satisfacer las necesidades de los hijos. Por este motivo, el trabajo es representado en primer lugar como fortalecedor de su autoestima y en un segundo lugar, facilitador de los proyectos personales y familiares.

Cabe señalar que este sentido que tiene el trabajo para los varones y las mujeres se encuentra entramado con la representación que los sujetos tienen acerca de sus diferentes ámbitos de relación: familiar, socio-comunitaria, laboral, e incluso la representación que tienen de sí mismos respecto de sus logros personales. Estas dimensiones las abordaremos a continuación.

Si bien los resultados obtenidos mediante la encuesta, sobre la satisfacción en la vida familiar, no evidencian diferencias estadísticas significativas según género; el análisis de la información cualitativa permite comprender mejor las diferencias que se ocultan detrás de estos valores. La relativa mayor insatisfacción de la mujer en este ámbito de su vida estaba asociada a los efectos de los problemas económicos en el cuidado de los hijos, frente a lo cual se esforzaban por generar alternativas para la satisfacción de las necesidades de los hijos, aunque ello implique sacrificios y postergación de sus inquietudes.

La creciente inserción de la mujer en el mercado laboral, ya sea como ayuda a la economía del hogar o bien como principal sostén del mismo, no siempre implicó modificaciones en los roles al interior de la familia. De acuerdo a las representaciones de las mujeres ocupadas, puede concebirse una doble perspectiva: por un lado la disconformidad que manifestaron algunas por haber tenido que salir a trabajar; mientras que otras experimentaron un descubrimiento de potencialidades y capacidades que desconocían de sí. De este modo, algunas comenzaron a sentirse más reconocidas en otros ámbitos de la vida que en el familiar.

Diferente es la vivencia de los varones, sobre todo quienes estaban sin trabajo; estos, si bien manifestaron su malestar por la pérdida de su tradicional rol de “proveedor material” de la familia y la preocupación por el

Tabla 3
Representación que tienen los sujetos acerca
de la vida familiar según diferencias de género
“¿Qué tan satisfecho o feliz se siente con la vida familiar?”

Varón	Mujer
Respuesta positiva: 56% (n= 72)	Respuesta positiva: 49% (n= 72)

Fuente: elaboración propia.

futuro de sus hijos, refirieron como positiva la posibilidad de compartir más tiempo con ellos, participando activamente de tareas escolares y tiempos recreativos.

Muchos de los entrevistados, sobre todo profesionales, encontraron en la familia un marco de contención —dato confirmado por las mujeres de sujetos desempleados, quienes hacían referencia a la comprensión que les trataban de brindar al interpretar que su pareja se sentía “*inútil y desanimada*”—. Construyeron nuevos modos de relación con sus hijos, y muchas veces también con la familia en general. Estos cambios fueron significados por el grupo masculino como gratificantes.

Al igual que en la dimensión anterior, el análisis cualitativo de los datos relevados permite comprender la aparente similitud de los resultados obtenidos mediante la encuesta. En general, las mujeres participaban más activamente en la comunidad (clubes, asociaciones vecinales, parroquias) aunque generalmente a modo de estrategias para satisfacer necesidades básicas personales y sobre todo de sus hijos. De la misma manera, algunas se incluyeron en los circuitos del trueque (sobre todo se evidenció en los grupos de los sectores empobrecidos). También expresaron con mayor frecuencia la importancia y la necesidad de “*hacer algo*” frente a las carencias que percibían en el campo social; a la vez manifestaron su insatisfacción

generalmente asociada a la imposibilidad de poder contar con otros, igualmente afectados por situaciones de deterioro económico y social.

Los varones presentaron una mayor predisposición al aislamiento y/o la desconfianza hacia los otros, de la misma manera que era menor —que en las expresiones efectuadas por las mujeres— su participación en actividades colectivas. La falta de recursos económicos se había constituido, para muchos de los profesionales, en una justificación sobre las dificultades para encontrarse con amistades. También se referían a los conflictos en las relaciones sociales con vecinos; los grupos empobrecidos y marginados representaron a los comedores comunitarios y las asociaciones vecinales como ámbitos problemáticos, en relación a los cuales expresaron la conveniencia de *“no meterse ya que es imposible cambiarlos”*.

En referencia a la vida laboral, considerando el contexto social de desempleo, tanto varones como mujeres registraron un bajo nivel de satisfacción; sin embargo, resulta más significativa en el caso de los varones. Esta información se enriquece al correlacionarla con el sentido que el trabajo tenía para los varones y las mujeres, y obviamente, son los varones los que expresan una mayor insatisfacción al respecto.

Para las mujeres, dado que el trabajo les significaba una importante autovalorización, en el caso de perderlo, aumentaba la preocupación de ellas sobre sus posibilidades de satisfacción personal y de realización de su proyecto familiar. Lo más relevante de este grupo —a diferencia de los varones— es que, ante la falta de empleo, manifestaban flexibilidad para generarse estrategias orientadas a la subsistencia familiar.

Para los varones adultos con responsabilidad familiar el tener un empleo estaba asociado a la posibilidad instrumental de realizar un proyecto de vida, por lo que su pérdida afectaba sus aspiraciones y expectativas a futuro. También despertaba sentimientos de frustración y preocupación por el prestigio social. En el grupo de varones sin empleo

Tabla 4
Representaciones de los sujetos acerca
de la vida comunitaria según diferencias de género
“¿Qué tan satisfecho o feliz se siente en la relación con los otros?”

Varón	Mujer
Respuesta positiva: 40% (n= 72)	Respuesta positiva: 42% (n= 72)

Fuente: elaboración propia.

se evidenció una importante insatisfacción respecto de sí mismo: se sentían frustrados por haber perdido el rol de proveedores materiales de la familia. Se detectó un significativo monto de impotencia y fracaso que tendía a obstaculizarlos en el actuar, prevalecía en ellos la pasividad y la resignación ante los problemas laborales. Presentaban dificultades para generarse nuevas estrategias de vida que asimismo le posibilitasen el sentirse “potente”.

En líneas generales, las mujeres se percibían a sí mismas de una manera más satisfactoria que la reflejada por los varones; se expresaron más conformes consigo mismas y se mostraron con mayor fortaleza para enfrentar los problemas. Procuraban afianzarse para tratar que los hijos no las percibiesen débiles y afectadas por la situación. Esto favorecía el desarrollo de una actitud más creativa para generar estrategias de subsistencia familiar. En este sentido, si bien sufrieron el impacto producido por la crisis del empleo —detectándose desánimo y depresión— mantenían relativa fuerza e ímpetu para superar la situación. Restringían sus proyectos a futuro, postergando inquietudes personales, focalizando su interés en “sobrevivir”.

Utilizaban sus recursos creativos para generar estrategias de subsistencia familiar; reflejaron apertura, perseverancia, iniciativa y flexibilidad, con capacidad para asumir otros roles. De este modo se diversificaron sus

Tabla 5
Representación que tienen los sujetos acerca de la vida
laboral según diferencias de género
“¿Qué tan satisfecho o feliz se siente con la situación laboral?”

Varón	Mujer
Respuesta positiva: 7% (n= 72)	Respuesta positiva: 24% (n= 72)

Fuente: elaboración propia.

áreas de inserción y relación, y se multiplicaron las exigencias que sentía al haber adicionado nuevos roles a los tradicionales.

Las mujeres con empleo (a diferencia de las que carecen de un trabajo) manifestaron un mayor nivel de bienestar consigo mismas. Se percibían capacitadas para asegurar la subsistencia de los hijos, lo cual fortalecía su autoestima; de la misma manera que el reconocimiento social por los resultados de su labor. Quienes se encontraban sin empleo evidenciaron angustia; su autoestima se encontraba debilitada al percibirse a sí mismas con cierta incapacidad para el cuidado de sus hijos.

Los varones desocupados tendían a sentirse responsables por privar a su familia del consumo que era habitual, lo que se traducía en elevados sentimientos de incapacidad, frustración y profundo malestar por su alejamiento de aquellos ideales que estaban significados como dadores de una tradicional identidad masculina. En este campo de desilusiones e insatisfacción respecto de sus logros personales se detectó una tendencia al autocentramiento en las propias dificultades, con vivencias de tristeza y depresión, cierta paralización, pasividad, labilidad afectiva y obstáculo para generarse nuevas estrategias para la subsistencia. Manifestaban que les habían “robado el futuro” y las “ilusiones”, y al igual que las mujeres, decían que estaban “sobreviviendo”.

Tabla 6
Representación que tienen los sujetos
acerca de sí mismo según diferencias de género
“¿Qué tan satisfecho o feliz se siente con los logros personales?”

Varón	Mujer
Respuesta positiva: 36% (n= 72)	Respuesta positiva: 50% (n= 72)

Fuente: elaboración propia.

Referían falta de reconocimiento e injusticia, traducida en elevados niveles de bronca y resentimiento al sentir que “otros” son los que les impedían alcanzar sus proyectos y aspiraciones personales, sintiéndose excluidos de la trama social (se observa de manera significativa en los grupos empobrecidos). Sin embargo, por otra parte, algunos varones experimentaron una revalorización de la vida familiar y actividades compartidas con sus hijos. Algunos varones que tenían empleo también manifestaron sentir angustia al percibir la crisis social y temer perder su actividad laboral.

Reflexiones finales

Los ideales, las creencias y los valores se transmiten transgeneracionalmente y su importancia radica en que constituyen los marcos referenciales, de interpretación subjetiva, de los distintos sucesos de la trama social. A partir de ese marco de sentido, son significadas las modificaciones que se producen en la dinámica social en el contexto de crisis del empleo, a la vez que se promueve una resignificación de dichos marcos referenciales simbólicos.

Considerando las significaciones según género, en nuestra cultura, el paradigma tradicional de la masculinidad está significado por la virilidad, el poder y la fuerza. La independencia, la autonomía, la decisión y la fortaleza emocional son cualidades esperables en el “varón”. De igual manera, según el imaginario social de nuestra cultura, la meta máxima de una mujer es la maternidad, que conlleva valores de altruismo, abnegación y generosidad hacia sus hijos. Tradicionalmente, la mujer estaba habituada a delegar en el hombre la concreción de sus proyectos y deseos que algunas veces eran percibidos por estas como prohibidos o bien inalcanzables para realizarlos por sí mismas. En este sentido, “ser la mujer de” también otorgaba un valor de carácter narcisista y era configurador de las subjetividades femeninas (Dio Bleichmar, 1997).

Teniendo en cuenta ese campo de producción de sentido, y las modificaciones ocasionadas en la vida cotidiana de varones y mujeres, se están produciendo alteraciones en las subjetividades masculinas y femeninas, en tanto “modos de ser” que les otorgan una identidad.

De acuerdo a los estudios efectuados en varones y mujeres, resultan significativas algunas vivencias, que sería los cimientos de las modificaciones a nivel subjetivo:

- Los varones adultos con responsabilidad familiar, representaron al trabajo como la posibilidad instrumental de realizar un proyecto de vida, personal y familiar. En cambio, para las mujeres, si bien es la confianza en uno mismo la dimensión que resultó más importante cuando se trata de evaluar positivamente la vida laboral, en el caso de perder el trabajo, aumentaba la preocupación de ellas sobre las posibilidades de realizar un proyecto personal o familiar. En este sentido, el empleo se está constituyendo para las mujeres en un factor clave tanto para su satisfacción personal como para la realización de su proyecto familiar.

- La creciente inserción de la mujer en el mercado laboral, no siempre acompañada de cambios en los roles familiares, es significada por éstas desde un doble aspecto: algunas manifestaban malestar por la necesidad de salir a trabajar, otras vincularon este hecho al descubrimiento de nuevas potencialidades y capacidades que desconocían, a la vez de reportarles reconocimiento social y gratificación en ámbitos de la vida social que no es el familiar. En este sentido, el trabajo es significado por las mujeres como fortalecedor de la autoestima. De todos modos, cabe señalar que este bienestar personal —como consecuencia de sus logros—, es asimismo acompañado por tensión y angustia ante las exigencias que experimentan como producto de haber adicionado nuevos roles a los tradicionales.
- Los varones, sobre todo cuando carecían de un empleo, comenzaban a asumir funciones que antes eran exclusivas de las mujeres. Muchos percibían la pérdida de su tradicional rol de “proveedor material” de la familia, el cual promovía en ellos una importante carga de insatisfacción respecto de sus logros personales y familiares. Sin embargo, algunos encontraron en la familia un marco de contención, construyeron nuevos modos de relación con sus hijos, y muchas veces también con la familia en general. Estos cambios fueron significados por el grupo masculino como gratificantes.
- En el grupo de varones sin empleo se evidenció una importante insatisfacción respecto de sí mismo: se sentían frustrados por haber perdido el tradicional rol en la familia. Se detectó un significativo monto de impotencia y fracaso que tendía a obstaculizarlos en el actuar, prevalecía en ellos la pasividad y la resignación ante los problemas laborales. Presentaban dificultades para generarse nuevas estrategias de vida que asimismo le posibilitasen el sentirse “potente”.
- En referencia a los modos de afrontamiento, las mujeres evidenciaron

mayor iniciativa, creatividad y flexibilidad que los varones. Estos, frente a las dificultades tendían a paralizarse, predominando una actitud pasiva, con sensación de impotencia para resolver la problemática económica del hogar.

De acuerdo a lo estudiado, resultan evidentes las modificaciones que se están introduciendo en los “modos de ser” femenino y masculino. Son diferentes las significaciones que varones y mujeres tienen acerca del desempleo, de la misma manera que se distinguen las significaciones subjetivas según los distintos estratos sociales (tema que no se desarrolló con profundidad en este artículo). Si bien es posible que con mayor frecuencia encontremos mujeres con capacidad de afrontar las crisis económicas y los problemas de empleo; eso no implica, como hemos visto, que lo logren con un menor costo emocional. Unos y otras (varones y mujeres) sufren la crisis de empleo de manera traumática, aunque desde y hacia proyecciones subjetivas y sociales distintas. Este es un contexto que creemos no puede ser omitido en los estudios que abordan los cambios actuales en las relaciones de género.

Las vivencias relevadas denotan que aún permanecen vigentes paradigmas tradicionales que coexisten con nuevas significaciones surgidas en un contexto que afecta material y psicológicamente tanto a varones como a mujeres. Este proceso de mutación de las significaciones subjetivas, se caracteriza por una dinámica fluctuante, no exenta de contrariedades y conflictos, con algunos ideales que se debilitan y otros que se invisten, de acuerdo a su ajuste en la compleja y cambiante realidad socio ocupacional que caracteriza a la Argentina.

Obras consultadas

- Aguiar, Elina (1997), “La desocupación: algunas reflexiones sobre sus repercusiones psicosociales”, *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. 20, núm. 1.
- Altimir, Oscar y Luis Beccaria (1999), “Distribución del ingreso en la Argentina”, *Serie Reformas Económicas*, Santiago de Chile, CEPAL.
- Battistini, Osvaldo (coord.) (2002), *La atmósfera incandescente. Escritos políticos sobre la Argentina movilizada*, Buenos Aires, Asociación Trabajo y Sociedad.
- Bauman, Zygmunt (2003), *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Beccaria, Luis (2001), *Empleo e integración social*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular.
- Boso, Roxana, Agustín Salvia y Marisa Rodríguez (2003a), “Línea Sujeto: Escala de Capacidades de Bienestar Psicosocial. Sus propiedades psicométricas”, *Documento de investigación CSOC 05 B/2003*, Buenos Aires, Departamento de Investigación Institucional/UCA.
- Boso, Roxana, Agustín Salvia, Marisa Rodríguez y Luis Zorzín (2003b), “Línea Sujeto: Metamorfosis del lazo social”, *Documento de investigación CSOC 05 A/2003*, Buenos Aires, Departamento de Investigación Institucional/UCA.
- Bourdieu, Pierre (1979), *La distinción. Critique sociale du jugement*, París, Les Éditions de Minuit.
- Burin, Mabel y Emilce Dio Bleichmar (1996), *Género, psicoanálisis, subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.
- Castel, Robert (1997), *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós.

- Casullo, María Martina (2002), *Evaluación del bienestar psicológico en Iberoamérica*, Buenos Aires, Paidós.
- Comas D'Argemir, Dolores (1995), *Trabajo, género y cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*, Barcelona, Icaria-Institut Català d'Antropologia.
- Denzin, Norman K. e Yvonna S. Lincoln (1978), "Entering the Field of Qualitative Research", en Norman Denzin e Yvonna S. Lincoln (1994), *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- Dio Bleichmar, Emilce (1997), *La sexualidad femenina: de la niñez a la mujer*, Barcelona, Paidós.
- Eisenberg, Philip y Paul Lazarsfeld (1938), "The Psychological Effects of Unemployment", *Psychological Bulletin*, núm. 35(6), junio.
- Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL) (2001), *Crecimiento y equidad en la Argentina, bases de una política económica para la década*, Buenos Aires, FIEL.
- Gasparini, Leonardo (2005), *Monitoring the Socio-Economic Conditions in Argentina, Chile, Paraguay and Uruguay*, La Plata, Centro de Estudios Distributivos, Laborales y Sociales/UNLP.
- Giddens, Anthony (1979), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Goffman, Ervin (2004), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Isla, Alejandro, Mónica Lacarrieu y Henry Selby (1999), *Parando la olla. Transformaciones familiares, representaciones y valores en tiempos de Menem*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma y Flacso.
- Jahoda, Marie (1987), *Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico*, Madrid, Editorial Morata.

- Jodelet, Denise, Bernard Rimé, James W. Pennebaker y Francisco Valencia (1998), *Memorias colectivas de procesos culturales y políticos*, Bilbao, Euskal Herriko Unibertsitatea.
- Kahneman, Daniel, David Schkade e Ilana Ritov (2001), *Judgment Under Uncertainty: Heuristics and Biases*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Kessler, Gabriel (1996), “El impacto social del desempleo. Aportes de la experiencia internacional”, en Luis Beccaria y N. López (comps.), *Sin trabajo*, Buenos Aires, UNICEF y Losada.
- Laplanche, Jean y Jean-Bertrand Pontalis (1981), *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona, Editorial Labor.
- Le Fur, Alicia (2001), “Del malestar en la cultura al malestar en el mercado”, *Documento de investigación*, Buenos Aires, Departamento de Investigación Institucional/UCA.
- Lourau, René (1970), *Análisis institucional*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Malfé, Ricardo y Vicente Galli (1996), “Desocupación, identidad y salud”, en Luis Beccaria y Néstor López (comps.), *Sin trabajo*, Buenos Aires, UNICEF y Losada.
- Meda, Dominique (1998), *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*, Barcelona, Editorial Gedisa.
- Merlinsky, Gabriela (2002), “Desocupación y crisis en las imágenes de género”, *XXII International Congress of the Latin American Studies Association*, Miami, LASA.
- Milano, M. (1999), *Creatina*, Buenos Aires, Editorial Medigma.
- Moise, Cecilia (1998), *Prevención y Psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- Monza, Alfredo (2002), *Los dilemas de la política de empleo en la conyuntura argentina actual*, Buenos Aires, Fundación OSDE y CIEPP.
- Moscovici, Serge (1985), *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*, Barcelona, Paidós Ibérica.

- Neffa, Battistini, Damián Panigo y Pablo Pérez (2000), *Actividad, empleo y desempleo. Conceptos y definiciones*, Buenos Aires, CEIL-Piette Conicet.
- Páez Rovira, Darío *et al.* (1986), *Salud mental y factores psicosociales*, Madrid, Editorial Fundamentos.
- Piaget, Jean (1976), *La toma de conciencia*, Madrid, Editorial Morata.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2002), *Aportes para el Desarrollo Humano de la Argentina/2002*, Buenos Aires, PNUD.
- Przeworski, Adam (1982), *La teoría sociológica y el estudio de la población: reflexiones sobre los trabajos de la Comisión de Población y Desarrollo de CLACSO*, México, CLACSO y Colmex.
- Rifkin, Jeremy (1996), *El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Buenos Aires, Paidós.
- Salvia, Agustín y Fortunato Mallimaci (2005), *Los nuevos rostros de la marginalidad*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Salvia, Agustín (2004), “Crisis del empleo y nueva marginalidad en la Argentina”, *Argumentos: Revista Electrónica de Crítica Social*, núm. 4.
- _____ y Alberto Rubio (coords.) (2003), *Trabajo y desocupación. Programa La Deuda Social Argentina 1*, Buenos Aires, Departamento de Investigación Institucional/UCA.
- Salvia, Agustín y E. Chávez Muñoz (2002a), “Trayectorias laborales masculinas. Estudios diacrónicos de varones beneficiarios del Seguro de Desempleo”, Documento de trabajo, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales/Universidad de Buenos Aires.
- _____, Roxana Boso y Fraguiglia Raffo (2002b), “Nuevos valores e identidades sociales frente a la crisis del empleo”, Documento de investigación, Buenos Aires, Departamento de Investigación Institucional/UCA.
- Salvia, Agustín y Laura Saavedra (2001), “Obreras y empleadas en tiempos de desempleo. Cambio en los amarres socio-laborales”, Documento

- de trabajo, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales/Universidad de Buenos Aires.
- Sánchez-Canovas, José (1998), *Escala de Bienestar Psicológico: Manual*, Madrid, TEA.
- Schlemenson, Aldo (1997), “Hombres no trabajando”, *Encrucijadas*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- Schuster, Federico y Sebastián Pereyra (2001), “La protesta social en la Argentina democrática: Balance y perspectivas de una forma de acción política”, en Norma Giarraca (comp.), *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Buenos Aires, Alianza.
- Sen, Amartya (1997), “Desigualdad y desempleo en la Europa contemporánea”, *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 116, núm. 2, verano, Ginebra, OIT.
- Svampa, Maristella (2004), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Universidad de General Sarmiento y Biblos.
- Vasilachis de Gialdino, Irene (2003), “Trabajo, situaciones de pobreza e identidad”, en A. Bialakowsky (comp.), *Dilución o mutación del trabajo en América Latina*, Buenos Aires, Revista Herramienta.
- Wainerman, Catalina (comp.) (2003), *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica y UNICEF.
- Zadunaisky, Adriana et al. (2001), *Del fragmento a la situación. Notas sobre la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Grupo Doce.

El significado del trabajo en las identidades masculinas

María Alejandra Salguero Velázquez*

Introducción

En el presente artículo integraré un análisis sobre el proceso de construcción identitario en los varones, y la manera como se va incorporando el significado del “trabajo” en sus vidas, los conflictos y contradicciones a las que se enfrentan.

En el proceso de construcción de las identidades masculinas uno de los discursos con prácticas y referentes simbólicos que marcan gran parte de la trayectoria de vida es “el trabajo”, enfatizando el éxito profesional y laboral que como hombres “deben alcanzar”. Sin embargo, se enfrentan a muchos conflictos y contradicciones, pues para muchos representa una lucha por alcanzar el éxito en los espacios laborales y viven bajo una preocupación constante de ¿qué pasará si me despiden, si pierdo el trabajo?, ¿ya no seré lo suficientemente hombre?, ¿cómo me verán los demás?

A partir de los cuestionamientos anteriores, podría decir que es un tema de lo más relevante en la actualidad, tanto en el ámbito de la investigación como en el mundo y la práctica social. La investigación documental ha dado cuenta que, el trabajo forma parte de la identidad masculina; desde

* Doctora en Sociología. Profesora titular de la carrera de Psicología en la Facultad de Estudios Superiores FES-Iztacala. Integrante del proyecto DPAF.

temprana edad, los niños crecen con la idea de que, a través del trabajo, serán reconocidos como hombres, dedicando gran parte de su vida a lograr un aparente éxito profesional y laboral.

Se integra un análisis de los discursos de 27 varones de nivel socioeconómico medio de la Ciudad de México, encontrando que para ellos uno de los significados asociados al ser hombres, tiene que ver con la responsabilidad familiar, visualizándose como proveedores, y el medio a través del cual pueden cumplir es el trabajo.

El mundo laboral para estos varones, es un espacio en el cual ellos tienen un lugar, son reconocidos socialmente como hombres, obtienen seguridad y autonomía. No cumplir esta meta significa no estar a la altura de ser hombre, por lo tanto, es indignidad, decepción y fracaso. En este sentido, valdría la pena analizar cómo a través del proceso de socialización, los varones otorgan un significado tan importante al mundo del trabajo, donde muchas veces la actividad del trabajo deja de ser una práctica social que pueden llevar a cabo, y se convierte en el centro de sus vidas, olvidándose de ellos mismos, de sus familias y demás elementos importantes que conforman el mundo social del cual forman parte.

Identidades masculinas

La identidad integra la subjetividad e intersubjetividad de los actores sociales en los procesos de interacción social, no es un atributo o una propiedad intrínseca sino que tiene un carácter intersubjetivo y relacional, resultado de un proceso que surge y se desarrolla en la interacción cotidiana con los otros. Para Giménez (1996) la identidad constituye la dimensión subjetiva de los actores sociales situados entre el determinismo y la libertad. La identidad tiene que ver con la organización por parte del

sujeto, de las concepciones que tiene de sí mismo y de los grupos a los que pertenece, así como también de los “otros” y de sus respectivos grupos.

La identidad integra los significados que los varones tienen de sí mismos, elaborados a lo largo de su trayectoria de vida, a través de los cuales se reconocen y son reconocidos por los demás como individuos particulares y miembros de categorías sociales distintivas.

Los significados de los estereotipos de masculinidad no son estáticos, su sentido de existencia está en estrecha relación con la temporalidad, con los diferentes momentos históricos, sociales y culturales, con la posibilidad de cambio y transformación a partir de los propios individuos. En este sentido se puede hablar de la “emergencia” de nuevas significaciones o nuevos aspectos de una significación, y por tanto nuevas posibilidades de verse a sí misma, integrando una re-significación o cambio en la persona.

Los significados y representaciones atribuidos al “ser hombre” son nociones e imágenes que sirven para construir la realidad, a la vez que determinan el comportamiento de los varones. Operan en la vida social, como marcos de interpretación de lo real y de orientación para la acción. Bourdieu (1991) refiere que si bien las representaciones son proyecciones del mundo social del cual surgen, ellas representan los intereses de los diferentes grupos que lo componen. Todo sistema de representación es un sistema de legitimación de una estructura social particular y las personas la perciben como la manera en que las cosas deben ser. La reproducción no es mecánica, cada sujeto interpreta las reglas prescritas y las representa de acuerdo a su momento histórico, social y cultural. A manera de ejercicio, podríamos pensar en los significados y representaciones de lo que significa “ser hombre”, en diferentes escenarios de práctica social como: las familias y los ámbitos de trabajo (artístico, intelectual, administrativo, operario, entre muchos otros), donde las actuaciones, lenguaje, forma de vestir, uso del tiempo, y formas de relación, en cada escenario de práctica son diferentes.

Es a través de los significados y representaciones que las personas ubican la información recibida cotidianamente, clasifican y asignan significado a las múltiples percepciones, sensaciones e interacciones de la vida diaria e interpretan el comportamiento de los demás. Giménez (1996) señala tres fuentes principales o lugares de determinación social de las representaciones: la experiencia vivida, los matices culturales y las ideologías entendidas como el conjunto de “discursos circulantes” en una determinada época y en un determinado lugar. De acuerdo con Núñez (2000) podemos referir un “poder de la representación”, en el sentido que, las valoraciones que compartimos de la realidad estructuran las posibilidades de acción como individuos, de nuestras posibilidades y tipos de experiencia emocional, cognitiva y corporal a lo largo de nuestras vidas: nuestra percepción de quiénes somos, qué queremos, quién podemos ser o qué podemos hacer, cuál es nuestro valor y nuestra capacidad, cómo sentimos y cómo nos relacionamos con nuestro entorno humano y natural. Indica cómo el poder de la representación vive entre nosotros, organiza nuestras prácticas más insignificantes, orienta nuestros deseos y habita nuestra intimidad.

Algunos discursos sobre los estereotipos masculinos en América Latina que tienen que ver con el honor, la reputación, la fortaleza, la virilidad y la ausencia de emociones y sentimientos, desde los cuales se elaboran significados y representaciones del “ser hombre”, y no únicamente el ser hombre sino “muy hombre”, “muy macho”, hasta “no parecer hombre” como ha señalado Gilmore (1997), indican que la mayor parte de los hombres se identifica por completo con una imagen de masculinidad que forma parte de su honor y reputación personales y que esta imagen no sólo brinda respeto a su portador, sino que también proporciona seguridad a su familia. Al compartir una identidad colectiva, reflejan la reputación del hombre y esta, a su vez les da seguridad, conformando parte del ideal de la masculinidad.

Las identidades masculinas son recreadas a diario a través de la actuación cotidiana, no son algo fijo y acabado, se van modificando en la práctica y en el curso de la historia particular se van construyendo y reajustando a lo largo de las diferentes etapas de la vida y en los contextos donde se sitúe cada varón. Es por esto, que se vuelve necesario analizar los diferentes momentos, contextos y prácticas de actuación de los varones.

Identidad de género masculino

La identidad de género masculino debe visualizarse como un fenómeno plural, donde el discurso del modelo hegemónico no siempre es seguido por todos aunque una gran mayoría son matizados por él, es probable que nos encontremos con disidencias y variaciones en función del grupo sociocultural de pertenencia, la edad, actividades y prácticas en las que se sitúen los varones. Este proceso se puede abordar desde la diferencia sexual y las construcciones culturales y sociales que conforman lo que se ha denominado el sistema sexo/género (Lamas, 1996; Rubin, 1996; Scott, 1998; De Barbieri, 1992) o sea el conjunto de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual y que conforman la trama de relaciones sociales que determinan la forma de relación entre los seres humanos en tanto personas sexuadas.

Los sistemas sociales definen los atributos, formas de relación, especialización, normatividad, valores, jerarquías, privilegios, sanciones y espacios en que organizan a los individuos según su asignación de género. En este sistema las relaciones entre hombres y mujeres, y entre los mismos hombres, son construidas de manera desigual ya que el poder social está distribuido diferencialmente generando una configuración de sentido para la construcción de identidades genéricas.

A través de una visión dinámica de la práctica, se puede llegar a comprender los estereotipos masculinos o femeninos como proyectos de género. En este sentido, Connell (1995, 1997) considera que es necesario centrarnos en los procesos y relaciones por medio de los cuales los hombres y mujeres llevamos vidas imbuidas en el género. Es a través de las diferentes prácticas en las que participemos donde asumimos alguna posición de género.

No obstante debemos tener presente que *la práctica social no es homogénea*, cada persona está inmersa dentro de una variedad de contextos socioculturales como país o región de origen, etnia, religión, género, familia, cohorte de nacimiento, profesión entre otras, de manera que en las sociedades “modernas”, los sujetos participan en más de un contexto de acción social; participan durante intervalos de tiempo cortos o largos, sea de forma regular o en alguna ocasión y por diferentes razones en un conjunto diverso de contextos sociales.

En este sentido me veo en la necesidad de situar a los varones como participantes dentro de un sistema sexo-género en estructuras de práctica social. Para Dreier (1999) la dimensión participativa de las actividades de los sujetos es crucial para entender la cualidad de sus relaciones, su comprensión, sus orientaciones, sentimientos y pensamientos; es necesaria para que reconozcan y conserven la comunalidad, o bien para dirigir sus acciones de manera distinta. Habría que entender cómo los varones toman parte de determinadas prácticas sociales, cuál es su posición dentro de esas prácticas, su participación, los conflictos existentes, su comprensión, posibilidades y consecuencias en la reproducción o cambio social, sus razones para participar en formas particulares.

Las prácticas se encuentran en estrecha relación con las características de la estructura del sistema sociocultural de referencia, existiendo una relación interdependiente entre cultura y estructura en la medida que crean signifi-

cados (Hannerz, 1992). De ahí que sea importante dirigir la atención a los diferentes espacios de socialización y prácticas donde se construyen identidades de género, ya que en la medida que las cosas se hacen una y otra vez, y cuando se ve y se oye a otros haciendo y diciendo las mismas cosas, las experiencias e intereses se funden entonces en perspectivas y disposiciones habituales llegando a encontrar una gran cantidad de resultados similares, conformando parte del proceso de reproducción social de los varones. Gutmann (2000) indica que no obstante la diversidad de identidades masculinas, existen al mismo tiempo semejanzas notables entre hombres que comparten ciertas experiencias socioculturales e históricas, lo cual nos permite realizar generalizaciones sociológicas. Un punto donde podemos establecer ciertas convergencias es en las prácticas cotidianas en las que se involucran los varones. Coincido con Ortner (1994) en el sentido de que la práctica genera modos de pensar, sentir, vivir, delimitados y restringidos por la cultura, más que por las condiciones individuales de las personas. Gran parte de la reproducción del sistema toma lugar a través de las actividades rutinarias y las interacciones de la vida doméstica, por ejemplo, las relaciones de género y la socialización infantil. Estos espacios de socialización, siguen siendo los que requieren de más reflexión, análisis e investigación, ya que es donde se gesta gran parte del desarrollo como individuos, donde se pueden promover u obstaculizar los cambios en los significados, valores y relaciones.

Identidad masculina y trabajo

El trabajo cumple la función de nombrar el mundo subjetivo de los hombres, y hacerlo mediante un intento por eliminar lo que en este hay de dudoso, impreciso y subjetivo. Corsi (1995) refiere que la esfera laboral suele transformarse en el eje de sus vidas, ya que tiene la ventaja de que no les exige poner en juego su interioridad. La marca del trabajo sobre la subjetividad

puede ser evaluada y utilizada para comprender su universo ocupacional ya sea bajo la forma de preocupaciones o de realizaciones. Nolasco (1993) considera que el lenguaje es el medio a través del cual se construyen las representaciones sociales definidas por las experiencias y proyectos del ámbito laboral.

Las representaciones sociales del mundo del trabajo, influyen en la vida de los varones, se van incorporando a través del proceso de socialización familiar y escolar, formando parte de la subjetividad e identidad masculina, la idea es que los hombres tienen que trabajar, es la manera a través de la cual obtendrán un lugar y serán reconocidos, dedicando gran parte de su vida a la búsqueda de la tan anhelada realización profesional y laboral.

En este sentido (Nolasco) considera que el trabajo define la primera marca en los varones en la medida que socialmente posibilita la salida de la familia de origen, genera independencia económica y esta la traslada a otros ámbitos. A medida que los jóvenes ingresan al mundo del trabajo, sus representaciones se alejan gradualmente de los ideales viriles para enfatizar la responsabilidad y el logro. Fuller (1997) señala que “dejan de ser machos para convertirse en hombres” ingresando así al periodo de la hombría, obtienen el reconocimiento social y respeto de los otros varones al insertarse en el mundo del trabajo. Valdés y Olavarría (1998) plantean que, el trabajo es el medio a través del cual los varones consiguen la aceptación, el reconocimiento social a su capacidad de producir, de generar los recursos materiales que garanticen la existencia de su familia otorgándoles seguridad y autonomía. El mundo laboral pasa a ser un espacio en el cual ellos deben tener un lugar. No cumplir esta meta significa no estar a la altura de ser hombre, por lo tanto, es indignidad, decepción, fracaso. En su investigación en Santiago de Chile, indica que los mandatos en torno al trabajo en la masculinidad dominante, son compartidos por los varones entrevistados independientemente de su edad, pero encuentran diferencias

notables entre los hombres de sectores populares, quienes enfatizan que el trabajo les permite cumplir con las responsabilidades hacia la familia, ser los proveedores. El recurso económico de que disponen es su fuerza de trabajo, su venta les posibilita cumplir con los mandatos de su masculinidad. En cambio para los varones del sector medio alto, el trabajo es principalmente una actividad lúdica, les permite probarse, es una fuente para crear y crearse. A través del trabajo se realizan, adquieren prestigio, riqueza y poder, estos varones están altamente profesionalizados, en general disponen de ahorros y son requeridos en el mercado. En este sentido, los significados que llegan a otorgar al trabajo son distintos, para los sectores medios altos el trabajo es parte de su dominio, los realza, eleva su autoestima y les permite ser valorados socialmente, en tanto que a los de sectores populares, el mundo del trabajo es un espacio independiente de su voluntad, es un campo sobre el cual no se tiene dominio, no depende de ellos, no son actores capaces de definir sus condiciones de vida laboral, están supeditados a lo que se les ofrezca y aceptar las condiciones de quienes los contratan, no están seguros de poder mantener un trabajo, lo pueden perder en cualquier momento aunque se consideren responsables de haber cumplido. A pesar de las condiciones precarias de los trabajos, los varones populares sienten que cumplen con los mandatos sociales de su identidad de varones, ser responsables de sus familias, ser proveedores, y en este sentido ser importantes.

El trabajo y la responsabilidad familiar en algunos varones de la Ciudad de México

Tratando de indagar los significados que los varones atribuyen al trabajo, recurrí a los discursos proporcionados a través de entrevistas semiestruc-

turadas de 27 varones profesionistas de nivel socioeconómico medio de la Ciudad de México (Salguero, 2002). Para la gran mayoría de los entrevistados, existe una estrecha relación entre los significados atribuidos al “ser hombre” y “la responsabilidad familiar”.

Para los varones de nivel medio, “ser hombre” es el que toma la iniciativa, el que se forja metas, el que provee económicamente —aun cuando la pareja también sea proveedora—, el que asume la responsabilidad y cuidado de la familia, la esposa y los hijos, el que debe resolver todo.

Uno de los aspectos centrales en la construcción identitaria y lo que para ellos significa ser hombre es la responsabilidad familiar, llegando a considerarla como lo más importante, pues forma parte del mundo social en el cual se sitúan, donde encuentran su lugar de pertenencia, se perciben como proveedores económicos, incorporando la idea de superación y bienestar a partir de la aportación económica y la educación de los hijos o hijas, como menciona Daniel (32 años, un hijo de 10 años y una hija de cinco años): *“Ay..., pues está difícil la pregunta, ¿no?, para empezar, ser hombre es ser responsable de mi familia, dedicarme a trabajar, a tener dinero, a cubrir cuentas para darles la superación personal a mi hijo y mi hija”*. La responsabilidad económica y de sustento familiar forma parte de la construcción identitaria para muchos varones, identificando como uno de los papeles principales el ser proveedores, el cual van incorporando a lo largo de su trayectoria de vida: *“Primero, en términos digamos muy secos, me veo como un proveedor, me crea responsabilidades, ver que nada falte”* (Óscar, 45 años, dos hijos de 14 y 18 años). El mismo entrevistado comenta que una de las ventajas del ser hombre es: *“adquirir la responsabilidad completa en una familia”*.

El sentido de responsabilidad familiar, se va incorporando desde edades tempranas en el proceso de socialización de los varones, a través de las relaciones que establecen con los integrantes de sus propias familias de origen, donde se enfrentan constantemente a discursos que hacen referencia a que

“un niño debe ser responsable”, debe cumplir incluso con las necesidades de la familia; el mismo Óscar comenta: *“Creo que desde adolescente vas determinando una parte importante del hombre, personalmente yo empecé a ser, tener responsabilidades desde los 17 años ya como hombre, asegurar que todo fuera acorde en la casa y que no faltara nada en la de mis padres por supuesto, y después en la mía”*. Se va incorporando en la identidad masculina la responsabilidad, la cual en las condiciones socioeconómicas de nuestro país, generalmente va asociada a la obtención de recursos económicos, el dinero es una preocupación constante y generalmente va asociada a la supervivencia y bienestar social de la familia. En este sentido, un hombre responsable es el que ve por las necesidades familiares y debe cubrirlas.

Uno de los medios a través del cual pueden asumir la responsabilidad familiar es “el trabajo”. El trabajo significado como la obtención de recursos económicos que les permite cubrir las necesidades de vivienda, alimentación, educación y seguridad de vida en general: *“Un hombre es el que trabaja, si no te mueres de hambre”* (Daniel, 32 años, un hijo de 10 y una hija de 5 años).

En los varones entrevistados aparece de manera recurrente y preocupante el trabajo, la representación del dinero vinculado con la responsabilidad del “bienestar familiar” para cubrir las necesidades económicas: *“...Importante, el trabajo, porque de ahí sale para subsistir, ¿no? y para dar un poquito dentro de la casa a la esposa y al niño”* (Miguel Ángel, 45 años, un hijo de 10 años). Para algunos varones la preocupación por el trabajo, es porque se convierte en el medio a través del cual pueden cubrir las necesidades económicas y de subsistencia, pues aunque la pareja también trabaje y obtenga recursos económicos, ellos como hombres se visualizan e incorporan en su identidad la responsabilidad, el que tienen que cumplir con las necesidades de la familia, pues siguen significándose a sí mismos como proveedores económicos. El tener un trabajo y contar con ingresos

económicos les posibilita reconocer ante sí mismos y ante los y las demás, que son hombres, no sólo hombres, sino hombres responsables que pueden cumplir y garantizar la seguridad y estabilidad familiar, obteniendo de alguna manera el reconocimiento social.

El trabajo para algunos varones de nivel medio de la Ciudad de México significa responsabilidad y forma parte de la identidad masculina. Lo van incorporando desde las relaciones que establecen en la familia de origen, y lo refuerzan en el momento que deciden formalizar una relación de pareja, cuando piensan en casarse y formar una familia. Es en ese momento cuando incorporan con más intensidad el sentido de responsabilidad cuando aparece la necesidad de cuidar y mantener el trabajo, pues de ello dependerá que sigan visualizándose y reconociéndose como hombres responsables; a través del trabajo serán reconocidos y valorados también por los y las demás como hombres, dedicando gran parte de su vida a lograr la estabilidad profesional y laboral.

El significado del trabajo como representación social centrado en la obtención de bienes económicos, para algunos varones de nivel medio de la Ciudad de México, se centra en el logro y desempeño del éxito individual, el fin es la obtención de recursos económicos no importando cuánto tiempo le inviertan, lo cual muchas veces es cuestionado y demandado por la pareja, los hijos e hijas, pues la responsabilidad integraría algo más que la aportación económica: requieren tiempo para desarrollar actividades conjuntas, interés por los proyectos de cada uno de los integrantes de la familia. Sin embargo, estos cuestionamientos y demandas familiares no siempre son considerados por los varones, pues su idea y objetivo primordial es obtener dinero para mantener el nivel de vida, lo cual cada vez resulta más difícil e inalcanzable dadas las condiciones sociales y económicas del país, llevándolos a vivir en una contradicción constante.

La paradoja de la responsabilidad y el mundo del trabajo: algunos conflictos

Si bien, en la identidad de algunos varones la responsabilidad juega un papel importante, esta puede asumir formas distintas en los contextos de práctica en los que se sitúen, puede ser que algunos asuman un alto grado de responsabilidad en el ámbito público del trabajo, donde lo que suelen hacer es apearse a las reglas y los procedimientos establecidos. Sin embargo, en muchas ocasiones en las relaciones íntimas con la familia pueden presentarse ajenos o poco comprometidos, llegando a visualizarse como “irresponsables” desde el punto de vista de la pareja, los hijos e hijas. Podríamos abrir algunos cuestionamientos al respecto: ¿la responsabilidad se limita al papel de proveedor económico?, o ¿qué tan responsables son con ellos mismos en la parte personal e íntima, en el cuidado y atención de la salud?, pareciera que en unos ámbitos se asumen como responsables, pero en la práctica en la que se incluye el compromiso con ellos mismos, con las parejas o los hijos dicha responsabilidad ya no es tan clara.

Esto en parte podría relacionarse con los significados y representaciones sociales construidas sobre el trabajo y los varones, en la medida que el reconocimiento se establece con base en la obtención del poder a través del éxito en el trabajo, en la vida pública. A la gran mayoría de los varones, el ingreso al mundo del trabajo les significa prestigio, poder y autoridad, permite que su opinión sea reconocida, les permite tener dinero, adquirir bienes, ser proveedores, en ese sentido, el cumplir con las responsabilidades familiares también les confiere el poder de decidir sobre su vida y la de los otros, les hace sentir útiles y vivos. Es por ello que se orientarán y dirigirán sus esfuerzos únicamente al mundo del trabajo, no importando cuánto tiempo le dediquen, descuidando los otros aspectos de su vida como son su

propio cuidado y salud, así como las relaciones personales con la pareja, los hijos e hijas, viviéndose de manera escindida, separada.

Esta forma de significar el trabajo a partir del poder que les confiere en el mundo social del que forman parte, se va incorporando durante el proceso de socialización de algunos varones, aprenden a negar sus necesidades personales y emocionales, considerando que la fuerza y el poder de género masculino consiste en no evidenciar que ellos o los otros y otras tienen necesidades, generando dificultades en las relaciones con sus cónyuges, hijos e hijas.

Si bien en la identidad aparece como eje rector la responsabilidad en el trabajo, asumiendo que el cumplimiento como proveedores económicos representaría dicha responsabilidad, esta genera a su vez contradicciones al dejar de lado otros aspectos como los emocionales, afectivos y las necesidades de vida tanto para ellos como para los demás. Es frecuente encontrar en este grupo de varones altos niveles de estrés y angustia porque no tienen tiempo para descansar o realizar otras actividades que no sean las del trabajo, se pasan el día completo en las oficinas e incluso cuando salen se llevan labores inconclusas de trabajo a casa. Son varones que terminan absorbidos en el mundo laboral y sin espacio en sus vidas para nada más.

Bajo esta perspectiva, es que a muchos varones se les dificulta establecer relaciones de negociación, de intercambio de afectos, tiempos, espacios, y más bien establecen relaciones de imposición. Seidler (2000) comenta que es una paradoja que los hombres aprendan a asumir responsabilidad por otros proveyendo en parte el sustento económico antes de que aprendan a asumir la responsabilidad emocional de su vida personal. La responsabilidad se suele concebir impersonalmente ya que así es como les resulta familiar a muchos hombres.

Argumenta Roma (1999) que los varones tienen un proyecto sobre sus vidas, reclamando de sí una realización, midiéndose continuamente por el

grado de cumplimiento de esa fantasía que han hecho sobre sí mismos, y es algo fundamentado en el trabajo, en lo profesional. Entrevistando a Carlos Castila del Pino, un psiquiatra español, menciona: “El hombre siente que tiene un destino individual que cumplir que se da a través de su identidad social, el poder, el dinero, la profesión. Y para él, la mujer, la familia, la intimidad, ha sido siempre lo accesorio”. Si bien los hombres centran su vida en el desarrollo laboral, esto a su vez les llega a generar una serie de conflictos en la relación con la pareja, la familia y los hijos e hijas, y también comenta:

Una mujer, por lejos que haya llegado, es más polidimensional que un hombre. Normalmente no lo centra todo en su éxito profesional. Parece menos adicta a la erótica del poder. Se ve día a día en la consulta: mientras que la mayoría de mujeres acude por problemas emocionales con la pareja, los hombres que lo hacen suelen ser por problemas relacionados con su trabajo o profesión.

En este sentido, gran parte de sus vidas se dirigirán para invertir solamente en la institución, empresa o cualquier espacio laboral del cual forman parte, estableciendo con esta un vínculo de total exclusividad y dependencia, la inserción total de sus vidas en el mundo del trabajo impide en muchas ocasiones mantener una relación de encuentro, intimidad y satisfacción tanto a nivel personal como relacional.

La pérdida del trabajo genera temor y angustia

Si gran parte de la subjetividad e identidad masculina se relaciona con el ámbito laboral, cuando por alguna razón pierden el trabajo, entran en una

situación realmente conflictiva, si el centro de sus vidas se conforma en el trabajo, cuando ya no se tiene este, se pierde el sentido de vida, genera pánico y angustia, aunque muchos no lo reconozcan como tal, por miedo al qué dirán, prefieren vivirlo en silencio, aunque sus actitudes y conductas demuestren lo contrario a quienes los rodean. Nolasco (1993) refiere una problemática existente en las relaciones en el trabajo y la subjetividad masculina, en el sentido que los hombres se dejan seducir ante la propuesta neocapitalista para ser poseedores del poder que otorga el trabajo, la competencia, la valoración, reduciendo sus propias necesidades hasta llegar a la negación de sí mismos. En este contexto, el trabajo establece para muchos hombres una relación de temor y condena, temor que los hará luchar continua, sistemática y desesperadamente para superar las amenazas vividas tanto en el plano social, con la temida idea del desempleo y la pérdida de estatus, como en el plano psicológico con crisis de identidad, en el sentido de que pierden los referentes de poder y seguridad que les otorga el trabajo. Si llegan a perderlo podrían visualizarse y ser visualizados como perdedores, como ha señalado Gilmore (1990), serían hombres que han fracasado en la prueba, llegando a ser reconocidos como los ejemplos negativos, los hombres decadentes, los hombres que no son hombres, los que serán señalados con desdén para asegurar la conformidad con el glorioso ideal de masculinidad.

El temor a no ser percibidos como “verdaderos hombres”, lleva a algunos varones a violentarse y violentar a los demás, mediante pruebas que los acrediten constantemente como hombres verdaderos. Núñez (2000) indica que los varones algunas veces llegan a expresar sus miedos con violencia, pues a través del proceso de socialización se involucran en prácticas avaladas y legitimadas donde no se posibilita el externar la angustia y el miedo de manera afectiva, es decir haciendo uso de las emociones, los sentimientos e incluso el llanto ante la impotencia por

lograr las expectativas propuestas para ellos, asumidas y significadas por ellos mismos como hombres, siendo muchas veces difíciles de alcanzar.

Algunas consideraciones finales

En el mundo social en el que se sitúan los varones de nivel medio de la Ciudad de México, los significados y representaciones sociales del trabajo, se centran en el desempeño de una actividad a través de la cual obtendrán beneficios económicos, lo cual les da seguridad, prestigio y poder; son valorados como hombres en la medida que logren obtener cada vez mayores ingresos que les permitan mantener un nivel de vida que contemple la adquisición o renta de una vivienda, el cubrir los gastos de una familia, el tener a los hijos e hijas en escuelas privadas, la adquisición de un auto, elementos para mantener el estatus social como hombres responsables.

Mantener un nivel de vida medio-alto en la Ciudad de México, resulta sumamente complicado, pues coloca a estos varones en una posición sumamente conflictiva en la medida que su ideal o expectativa va dirigida a la obtención de recursos económicos cada vez mayores. En este sentido invertirán gran parte de sus vidas al ámbito laboral, dedicando prácticamente el día completo al trabajo, sin contemplar otros ámbitos relacionales como son la pareja, los hijos e hijas, los cuales también demandan su atención.

Son hombres que centran su vida en el trabajo, pues este otorga sentido, forma y continuidad a la identidad masculina, en la medida que dirige los proyectos de vida, para lograr el reconocimiento social, familiar, incluso individual.

Quedan abiertas varias líneas a la investigación, una de ellas sigue centrada en la manera como los varones incorporan el sentido de responsabilidad centrado en el cumplimiento económico, el mantener el papel de

proveedor económico y descuidando las otras esferas relacionales en su vida. Abordar con más detenimiento la paradoja de la responsabilidad y el trabajo, abriría la brecha para analizar la escisión de vida en los varones, que de alguna manera conforma parte de la identidad masculina. Sólo visualizan un campo de acción y dejan de lado los otros que tendrían que ver con su propia salud, tanto física como emocional y psicológica.

Otro aspecto que requiere una reflexión y análisis más profundo, es la relación entre el mundo del trabajo en los varones, el que centren prácticamente su proyecto de vida en el cumplimiento como proveedores económicos, y la inserción de la pareja al mundo laboral remunerado, ya que de alguna manera genera cambios en la identidad de los varones, pero no sabemos en que medida lo asumen, lo significan y lo incorporan a sus vidas.

Obras consultadas

- Bourdieu, Pierre (1991), *Language and Symbolic Power*, Cambridge, Harvard University Press.
- Connell, Robert, W. (1997), “La organización social de la masculinidad”, en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades. Poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional y Flacso.
- _____ (1995), *Masculinities*, Australia, Allen & Unwin.
- Corsi, Jorge (1995), “La construcción de la identidad masculina”, en *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*, Buenos Aires, Paidós.
- De Barbieri, Teresita (1992), “Sobre la categoría de género. Una introducción teórico-metodológica”, *Ediciones de mujeres*, núm. 17, Santiago de Chile, Isis Internacional, pp. 111-128.

- Dreier, Ole (1999), "Trayectorias personales de participación a través de contextos de práctica social", *Psicología y Ciencia Social*, vol. 3, núm. 1, pp. 28-50.
- Fuller, Norma (1997), "Fronteras y retos: varones de clase media del Perú", en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso.
- Gilmore, David (1997), "Cuenca mediterránea: la excelencia en la actuación", en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso.
- _____ (1990), *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*, New Haven, Yale University Press.
- Giménez, Gilberto (1996), "La identidad social o el retorno del sujeto en sociología", *Identidad: análisis y teoría, simbolismo, sociedades complejas, nacionalismo y etnicidad. III Coloquio Paul Kirchhoff*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas-DGAPA/UNAM, pp. 11-24.
- Gutmann, Matthew (2000), *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, México, Colmex.
- Hannerz, Ulf (1992), "Escenarios para las culturas periféricas", *Alteridades*, vol. 3, núm. 2, pp. 94-106.
- Lamas, Marta (comp.) (1996), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG/UNAM y Miguel Ángel Porrúa.
- _____ (1996), "La antropología feminista y la categoría de género", en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG/UNAM y Miguel Ángel Porrúa.
- Nolasco, Sócrates (1993), "O Mito da Masculinidade" (El mito de la masculinidad), traducción no autorizada de Héctor Frías, Río de Janeiro, Rocco.
- Núñez Noriega, Guillermo (2000), *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*, Colección Las Ciencias Sociales, Estudios de Género, México, PUEG/UNAM y Miguel Ángel Porrúa.

Ortner, Sherry (1994), "Theory in Anthropology Since the Sixties", en Nicholas B. Dirks, Geoff Eley y Sherry B. Ortner (eds.), *Culture/Power/History. A Reader in Contemporary Social Theory*, Princeton, Princeton University Press.

Roma, Pepa (1999), *Hablan ellos*, Barcelona, Plaza & Janés.

Rubin, Gayle (1996), "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'Economía Política' del sexo", en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG/UNAM y Miguel Ángel Porrúa.

Salguero, Alejandra (2002), "Significado y vivencia de la paternidad en el proyecto de vida de los varones", tesis de doctorado, México, FCPYS/UNAM.

Scott, Cotrane (1998), "La teorización de las masculinidades en la ciencia social", *La Ventana, Revista de Estudios de Género*, núm. 7, julio.

Seidler, Victor Javier (2000), *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*, México, PUEG/UNAM, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y Editorial Paidós Mexicana.

Valdés, Teresa y José Olavarría (eds.) (1998), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso.

_____ (1998), "Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo, un mismo modelo", en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso.

_____ (ed.) (1997), *Masculinidades. Poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional y Flacso.

Masculinidades emergentes: una mirada polifónica de los ritos y mitos de la migración laboral internacional*

María Guadalupe Huacuz Elías**

La migración de importantes grupos poblacionales de trabajadores mexicanos es un proceso dinámico y constante que genera modificaciones en las identidades y subjetividades masculinas, en las personas que conforman la unidad doméstica, las localidades y la región. En este trabajo presento una visión antropológica del proceso migratorio como fenómeno complejo, colectivo y heterogéneo; planteo que los grupos de hombres migrantes están formados por individuos que viven sus vidas particulares de manera diversa dependiendo de su situación de género, posición en la unidad doméstica, diferencias generacionales, situación conyugal y redes sociales en el país de origen y de destino. Considero necesario puntualizar que las vidas de estas personas se mantienen en el tiempo-espacio de lo que Rouse (citado por D'Aubeterre, 2000) denomina *circuito migratorio transnacional*.¹

* Una primera versión de este documento se realizó en colaboración con la Doctora Anabella Barragán Solís, "Cruzar la frontera: la migración internacional como rito de construcción de la masculinidad" (2003).

** Especialista en Estudios de la Mujer de El Colegio de México (Colmex), candidata a doctora en Antropología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), consultora independiente.

¹ Este concepto, originalmente desarrollado por Rouse (1991), refiere a la continua circulación de personas, dinero, bienes e información mediante la cual los asentamientos de migrantes en ambos lados de la frontera aparecen tan fuertemente vinculados, que constituyen una sola comunidad.

Descripción de la metodología y el grupo de estudio

Entre los años 2001 y 2005 se realizó un trabajo de investigación acción sobre el contexto de la migración laboral internacional y su relación con la violencia de género, doméstica y conyugal en siete municipios del estado de Guanajuato con alto porcentaje de migrantes internacionales, dicho estudio se desarrolló con hombres y mujeres de Dolores, Huanímaro, Manuel Doblado, Ocampo, Romita, Santiago Maravatío y Tarimoro.²

Para este ensayo, seleccioné básicamente los resultados de entrevistas en profundidad y en grupo focal realizadas a hombres migrantes del municipio de Tarimoro, testimonios³ de algunas mujeres (Huacuz y Barragán Solís, 2003) y los datos derivados de la observación participante en las comunidades.

Las entrevistas se aplicaron en distintos lugares:

- Casa de la Cultura
- Centros de Salud
- Presidencias municipales
- Hogares de los entrevistados.

Caracterización del grupo de estudio

El grupo de estudio estuvo constituido por 18 hombres cuyo promedio de edad fue de 33.5 años, los rangos de edad se describen en la siguiente tabla:

² El trabajo se realizó a través del Instituto de la Mujer Guanajuatense en un proyecto amplio denominado *Migración y violencia conyugal en hogares con hombres migrantes*; los contenidos de este documento son responsabilidad de la autora.

³ Los fragmentos de relatos expuestos en este artículo son parte del trabajo de campo, algunos no incluidos en el informe impreso.

Tabla 1
Características del grupo de estudio según la edad

Rangos de edad (años)	Frecuencia	Porcentaje
14-20	4	22.2
21-30	6	33.3
31-40	4	22.2
41-50	1	5.5
51-60	1	5.5
61-70	2	11.1
Total	18	99.8

Fuente: entrevistas en grupos focales, Guanajuato 2001 y 2002.

La heterogeneidad en los rangos de edad de los informantes permitió acercarme al análisis de lo que algunos autores han denominado *trayectorias laborales* (Mauro, Araujo, Godoy, 2001, pp. 55-56)⁴ esto es, las distintas cohortes o generaciones de hombres que ingresan al mercado laboral y desarrollan sus trayectorias en momentos históricos específicos —económico, social, político y cultural—. La mayoría de los informantes han migrado de una a quince veces, hay quienes más de 20, con estancias de entre dos meses a 25 años en Estados Unidos.

La ocupación que han desempeñado los informantes en el país del norte son: 13 trabajan en actividades agrícolas, uno en actividades de jardinería y cuatro en labores relacionadas con la industria de la construcción (albañilería principalmente).

⁴ En este trabajo, entendemos la trayectoria laboral como “la secuencia visible de las interacciones (o las posiciones) de los sujetos en el campo del trabajo. Estos cursos u orientaciones que toman las vidas de los individuos en el campo del trabajo son el resultado de acciones y prácticas desplegadas por las personas en contextos específicos —familiar, social, económico, político, cultural y personal—. Estos itinerarios están animados por las representaciones y significaciones que el sujeto atribuye o tiene de sí y de su medio en momentos distintos de estos recorridos, de tal manera que las trayectorias laborales son al mismo tiempo cristalizaciones de las representaciones y significaciones subjetivas”.

Acerca del estado civil de los informantes, los seis más jóvenes eran solteros y como lo veremos en este documento, ellos tienen una visión especial (más lúdica) de la migración.

Sobre el grado de escolaridad de los informantes: tres señalaron que no contaban con instrucción escolar, la mitad no concluyó la educación primaria, la cuarta parte terminó su instrucción primaria y sólo uno cursó la escuela secundaria. En relación con lo anterior, de acuerdo con las entrevistas realizadas a los hombres jóvenes, la educación formal ha dejado de tener valor para su formación profesional, incluso para algunos representa “una carga”, pues los adultos condicionan el inicio de su trayectoria migratoria a la conclusión de sus estudios de nivel medio.

Respecto a las condiciones de vivienda, la mayoría tiene casa propia, habitada por cinco o más personas, los grupos domésticos están integrados por la pareja, las y los hijos, cuñadas y/o cuñados, hermanas y/o hermanos y suegros. Para fines de esta investigación la conformación de la unidad doméstica fue básica debido a que las personas que no migran constituyen “la voz y la mirada” que actúa como vigilante de la ética y honra familiar fincada en las mujeres.

El mito del “sueño americano”: representaciones de las causas de la migración laboral de los hombres

De acuerdo con Gadamer (1997) “el mito no designa otra cosa que una especie de acta notarial. El mito es lo dicho, la leyenda, pero de modo que lo dicho en esa leyenda no admite ninguna otra posibilidad de ser experimentado que justo la de recibir lo dicho. La palabra griega, que los latinos tradujeron por “fábula”, entra en una oposición conceptual con el *logos* que piensa la esencia de las cosas y de ese pensar obtiene un saber de las

cosas contrastable en cada momento” (p. 17), además, si como señala Kirk (1970) el mito nos permite comprender la estructura de la sociedad, sus valores, normas y hábitos, me pregunto: ¿no convendría analizar la estructura simbólica de la migración también como reproducción de un mito de bienestar individual y social que se encarna en los ritos de construcción de la masculinidad?

Un número considerable de documentos sobre la migración internacional de los hombres se ha centrado en el análisis de las causas cuantificables, es decir, económicas —relacionadas con el envío de remesas—, el empobrecimiento del campo y la falta de empleos como principales detonantes de los flujos migratorios; en las comunidades rurales el trabajo remunerado es uno de los ejes centrales en torno al cual se construye la identidad masculina, actúa como rasgo distintivo de lo masculino, permite a los hombres ocupar un lugar, un estatus de poder y prestigio en el mundo y confiere independencia, entre otras cosas; en este contexto, el fenómeno de la migración laboral también responde a estructuras simbólicas que organizan la subjetividad y la identidad de los hombres.

Los migrantes coinciden en que cada vez es más frecuente que la *Ruta migratoria* se inicie durante la adolescencia o la juventud (Rodríguez y Benno de Keijzer, 2002: 232).⁵ Las causas que obligan el inicio del proceso migratorio expresadas por los entrevistados son la búsqueda de satisfactores económicos para la sobrevivencia y el mejoramiento de sus condiciones de vida y las de la unidad doméstica; lo que significa: desempeñar cabalmente el “rol de proveedores” construido por los estereotipos de género, la búsqueda de nuevos horizontes y la necesidad de mantener la

⁵ En un estudio de carácter antropológico, también apuntan sobre la migración como un elemento definitorio para la comunidad y destacan que: “la migración está dando una oportunidad a los y las jóvenes de generar sus propios ingresos, de ser autónomos y verse menos sujetos a las normas familiares y comunitarias”.

imagen de poder y prestigio en la comunidad (como Eneas que arriesga la vida en otras tierras).

A la pregunta ¿por qué decidió irse para Estados Unidos? La respuesta de los entrevistados difiere de acuerdo con la edad y situación conyugal.

La experiencia de un hombre de 50 años, con pareja, es resumida en el siguiente relato:

Como yo ya no tuve la oportunidad de seguir estudiando, porque mis papás ya no podían pagar los estudios y aquí en México trabajando no haces nada, y con un certificado de secundaria no alcanzas un trabajo donde te puedas sostener, no te queda otra más que trabajar afuera, en lo que se ofrezca, aquí no alcanza para hacer algo y si piensas en un futuro pues, hay que *arriesgar la vida*, y pues, a uno no le queda otra cosa más que ir a Estados Unidos, para hacer algo, porque aquí no se hace nada.

A pesar de que para un gran número de familias de la zona, la migración de los hombres no siempre repercute en mejores y mayores ingresos para la unidad doméstica, los migrantes prefieren “arriesgar la vida” por la familia antes de continuar viviendo la crisis de pobreza, la pauperización del campo en sus comunidades de origen y enfrentar el “déficit de masculinidad” frente a la imposibilidad de continuar siendo el “jefe proveedor de la familia” o, como denomina María Jesús Izquierdo (1998), “el ganador de pan”.

Para algunas mujeres, la migración de sus parejas también constituye una “huida o un escape” de la situación familiar; algunas relatan la partida de los hombres con tristeza, otras con resignación, las más con la incertidumbre del momento en que tendrán noticias de su hijo o comunicación con su pareja y, como respuesta a una identidad femenina de la culpa, habrá quienes vivan la migración de su pareja íntima como una

responsabilidad personal (por tener muchos hijos, por necesitar dinero, entre otros).

Los hombres jóvenes (de 14 a 20 años) describen la experiencia migratoria como una “aventura”, el rito que hay que vivir para “ser un hombre de verdad” y ser respetado por el grupo de pares y por las mujeres, al respecto, un joven de 14 años, soltero señaló:

...nos vamos todos, por la cosa de la pobreza, a ver si hay un cambio de vida... *a la aventura*; [en la comunidad] todo el día andaba con la yunta o cuidando chivas, o cuidando a mis hermanitos... dije: “mejor me voy”.

Como podemos observar en los testimonios anteriores, además de lo económico, la experiencia migratoria responde también a factores relacionados con la construcción simbólica de la masculinidad, como señala Gilmore (1994): “la facultad de ser culturalmente un “hombre de verdad” o un “auténtico hombre” es un premio que se ha de ganar o conquistar con esfuerzo, esto implica pasar una serie de ritos o aptitudes de resistencia” (p. 15).

En estas comunidades, la construcción de la masculinidad está sustentada en el trabajo, en la capacidad de construir y ser proveedor de una familia, hacerse responsable de ella y por el ejercicio de la autoridad “a distancia”.

Los medios de comunicación han construido una narrativa enfocada a destacar los efectos negativos de la migración laboral masculina, los cuales se conocen a través de la tradición oral de las comunidades expulsoras o a partir de los relatos de los hombres, quienes presentan una ficción de la experiencia vivida en el espacio transnacional; los testimonios relacionan la migración con las condiciones de marginación y pobreza, la construcción de redes sociales (generalmente masculinas), redes familiares y la

búsqueda de una mejor calidad de vida como factores que propician la decisión de abandonar la comunidad. En los testimonios de los jóvenes se descubre además la posibilidad de trascendencia y un escape a asumir las responsabilidades del “jefe de familia” o del padre ausente.

Para los hombres, las redes sociales masculinas son fundamentales para iniciar el proceso migratorio, la plaza, las cantinas, los bailes, los jaripeos o las fiestas comunitarias y familiares son los homo-espacios en donde se cuentan las aventuras, y como en el relato mítico siempre aparecen los “héroes”, los que arriesgaron o perdieron la vida en el cumplimiento del mandato de género, como señala Gadamer (1997):

El narrador introduce a los arrebatados oyentes en un mundo íntegro. El oyente que participa toma, evidentemente, parte en ese mundo como en una especie de presencia del acontecer mismo. Lo ve todo ante sí en el sentido convencional. Como es sabido, el narrar es también, sin duda, un proceso recíproco. Nadie puede narrar si no tiene unos agradecidos oyentes que lo acompañen hasta el final (p. 32).

En estas localidades, las narraciones giran en torno a la construcción de la masculinidad hegemónica a través de los procesos migratorios transnacionales, las aventuras y sucesos, pero sobre todo, enfatizando los beneficios de la movilidad de un espacio “semipúblico” (comunidad), hacia un ámbito “verdaderamente público” (Estados Unidos), en tal caso, los narradores siempre se presentarán ante sus pares enfrentando actos heroicos, entre la vida y la muerte, siendo así, ¿por qué no recurrir a la migración a pesar de los innumerables recuentos mediáticos de las consecuencias negativas?

Por otra parte, independientemente de la edad y el estado civil del sujeto, la migración laboral es una decisión que rara vez se consulta a los

demás integrantes de la familia. Algunos de los entrevistados señalaron que “a las mujeres no se les consulta”, sino que “se les informa de la decisión de abandonar la comunidad”, al respecto uno de los entrevistados señaló: “...no le pide su opinión [a la pareja] nomás dice uno, me voy y me voy y ella aunque diga que no, ya está uno ya pa’ irse” (Huacuz y Barragán Solís, 2003, p. 66).

Para los más jóvenes, el acto de migrar supone también una ruptura con la autoridad filial, por eso, siempre la decisión es precipitada, como un acto de fuga que las madres relatan vivido con sorpresa.

Migración y masculinidad: la herencia social migratoria laboral

La mayoría de los relatos obtenidos durante el trabajo de campo muestran lo que denominamos “herencia social migratoria laboral”, situación fundamentada en la construcción de la identidad masculina y confrontada con la experiencia de los antepasados (abuelos, padres, tíos, hermanos) que incurrieron en el trabajo en Estados Unidos. Algunos informantes señalaron que tienen parientes o paisanos con estancia legal, éstos integran las redes sociales que les facilitan la residencia en aquel país; sobre todo, los vínculos se hacen entre los mismos migrantes que forman redes transnacionales comunitarias —durante el proceso de trabajo de campo nos percatamos de que es relativamente difícil no conocer el paradero de los hombres de las comunidades, es cierto que hay movilidad laboral migratoria al interior de los estados en el país del norte, sin embargo, los migrantes siempre dejan alguna referencia con parientes, vecinos y/o amigos.

Los adultos mayores refieren su primera migración como un proceso migratorio solitario y árido, pero con apoyo de programas estatales que

promovían la migración (como el Programa Bracero 1942-1964). Sobre sus antecedentes como migrante, uno de los entrevistados indicó:

Mi papá migró por allá cuando tenía 18 años, pero nomás por un año. Él se llamaba Dionisio y trabajó en el “traquer”, que son las vías, por Texas, y se fue trabajando, que andaba haciendo vías, hasta por El Paso y luego a Chicago... nomás duró poquito, luego se vino para acá, no duró años (hombre de 64 años).

Mientras que actualmente los hombres han podido establecer redes de relación que les permiten la estancia en casa de algún familiar o paisano.

La primera vez va uno a ciegas o va uno a ver a dónde llega, uno anda con miedo, la segunda vez ya llega uno a donde se quedó la primera vez, va uno con más seguridad, antes era la cosa que se largaba uno solo a donde cayera, y ahora ya no, ahora la persona con quien va lo está esperando (hombre de 40 años).

En estas comunidades, la primera migración masculina como “rito de construcción de la masculinidad”, es en el sentido del rito que señala Kirk (1970) “[...] un acto rutinario de propiciación y sacrificio que tienden a ser ritos de paso, estos comportan aislamiento, regresión a un estado natural, combate, pruebas [...]”, o en palabras de Gadamer (1997):

[...] una forma de actuar [...] La dimensión en que se realiza lo ritual es, sin embargo, siempre un comportamiento colectivo. Los modos de comportamiento ritual no refieren al individuo ni tampoco a las diferencias entre un individuo y otro, sino a la colectividad formada por todos los que, juntos, acometen la acción ritual. La comunidad cultural no se debe sentir en modo alguno como espectadora, ella misma forma parte del acto (pp. 91-92).

Sobre este asunto, tanto Godelier (1986) como Badinter (1992) señalan que en el sistema patriarcal los hombres han usado diferentes métodos para conseguir que los niños y los adolescentes se conviertan en hombres, en *verdaderos hombres*, por ejemplo, mediante los ritos de iniciación cuyo objetivo es el de cambiar el estatus y la identidad del iniciado.

La mayoría de especialistas del rito coinciden en que el análisis del mismo permite reconocer no sólo la estructura social, sino también la posible estructura social; es en este tenor que afirmamos que en estas comunidades la primera migración (como ritual iniciático y de paso) está claramente vinculada a la construcción de la identidad masculina. Durante el *circuito migratorio transnacional* se identifican fácilmente las tres fases que clasificó Víctor Turner en los ritos de paso: 1. Separación del individuo de uno de sus estatus sociales previos; 2. El limen o fase del umbral; y 3. La reagrupación del individuo en un nuevo estatus (citado por Bohannan, 1993). Badinter agregará el matiz de género a estas tres etapas en los ritos iniciáticos para los niños y adolescentes: “la separación de la madre y el mundo femenino; el ingreso a un mundo desconocido y el sometimiento a más pruebas dramáticas y públicas” (Badinter, 1992).

En las siguientes líneas describimos algunas analogías entre las fases de los ritos de paso y la migración laboral masculina de jóvenes hacia los Estados Unidos.

a) La separación del individuo de uno de sus estatus sociales previos: inicio del proceso migratorio

De acuerdo con los entrevistados, lo primero (preparación para el rito) que hay que tener para irse al “norte”, es dinero; se van los que ahorran suficiente para el viaje, o se endeudan con los parientes o vecinos. Para los jóvenes la migración es, además, una aventura; la mayoría saben que

“el rito” les permitirá ingresar al mundo de los adultos (del poder y prestigio), de los “jefes de familia” proveedores de la unidad doméstica. A la pregunta de ¿por qué se van?, uno de los jóvenes entrevistados respondió:

Muchos se aprovechan del cambio de vida que hay en el joven, que no piensa, por su ignorancia sobre la escuela, que no tienen estudios y se van, se van a los que les gusta vivir... a los que les gusta aventurarse (hombre de 20 años).

En esta región, para los jóvenes la posibilidad de migrar es la herencia masculina de generaciones, significa continuar los pasos del abuelo, el padre, el hermano mayor, el tío, el amigo, el compadre, el vecino; para ellos la migración es la única posibilidad de trascender individual y colectivamente, una decisión de vida y muerte, “una expulsión para llegar al paraíso”, también es un episodio lúdico, es el momento de la entropía que desestabiliza la estructura familiar y comunitaria.

En cambio, para los hombres casados, el proceso migratorio adquiere otro sentido. La responsabilidad de ser el principal proveedor de la familia entrecruzada con las condiciones estructurales de pobreza, el deterioro del campo y/o el desempleo detonan el proceso migratorio. En las respuestas de los hombres casados podemos reconstruir un relato que da cuenta de las diferencias entre los dos estatus civiles.

[Cuando se llega el momento de la partida] sientes temor, se siente horriblísimo, va uno que se quiere ir y no se quiere ir, hombre, tener que dejar uno su gente, su mujer, los niños... las primeras veces se va uno contento, me iba bien contento, estaba solo, soltero, no me importaba nada (hombre de 50 años).

En el simbólico de los hombres casados, la decisión de migrar constituye un ritual de separación —a veces temporal o definitiva— de los seres

queridos, de ruptura con su espacio-tiempo comunitario cotidiano, un episodio en el que cada vez más les pesa arriesgar la integridad física y la vida en virtud de un mandato social que estructura las relaciones de género (proveer de bienes y servicios a la familia).

b) El limen o fase del umbral: el viaje de destino
o la ilusión viaja hacia el norte

De acuerdo con Turner (1997) esta fase es un estado experimentado durante un rito de paso en el que el individuo se encuentra separado de su estatus anterior pero sin pertenecer completamente al nuevo estatus (en liminalidad), lo reconocemos como el espacio-tiempo del rito. En los sentimientos contradictorios que acompañan el relato del proceso migratorio predominan aquellos que los hombres por razones de género rara vez se permitirían mencionar en público: temor y soledad, tristeza, miedo por la noche (a los animales del desierto o al hecho de cruzar el río) y desesperación por la incertidumbre de no saber bien su destino o por la posibilidad de perder la vida.

...me andaba ahogando en el río, me agarró el río, andaba como loco, ya mero, pensé, tengo que salir pa'fuera, y me agarré de un leño (hombre de 40 años).

Durante el proceso de trabajo de campo, las noticias de las personas fallecidas al tratar de cruzar la frontera recorren las calles y son motivo de conversación en los sitios más concurridos, en los mercados, las tienditas, las cantinas y la plaza, algunas veces, los cuerpos fallecidos se hacen públicos y los rumores toman al menos dos sentidos: casi como en un acto de batalla, el cuerpo del migrante adquiere el significado del “soldado

caído en el cumplimiento del deber”, el deber de proveer a la familia de los bienes indispensables para una vida digna; por otra parte, con la muerte, paradójicamente el migrante adquiere la calidad de “sujeto”, e incluso “héroe” local y nacional, visibilizado y reconocido a través de los medios de comunicación, siendo así, ¿por qué no arriesgarse a dejar el anonimato y regresar como personaje al pueblo? aunque se pueda perder la vida, al respecto, uno de los entrevistados señala que durante el viaje:

...siento tristeza y a la vez emoción... va uno con el temor de la migración, no sabe uno si va a pasar o no, trae uno miedecillo, ya en la noche nomás la desesperación siente uno, antes de entrar [a Estados Unidos] siente uno desesperación, ¿a qué horas voy a llegar? y luego si el dinero, si alcanzará o no... (hombre de 25 años).

Es por eso que cuando el mito de bienestar y prosperidad que se genera en las subjetividades de los hombres a partir de la migración laboral no se cumple, algunos prefieren posponer su regreso, aplazar lo más posible su retorno al país de origen o incluso no volver hasta después de varios años.

Por otra parte, la relación masculinidad y violencia masculina generacional puede presentarse durante el viaje. Los jóvenes “inexpertos” pueden ser presa de los *coyotes*. Algunos de los entrevistados señalan que estas personas les exigen cantidades de dinero extra por el cruce de la frontera o con el pretexto de proporcionarles alimentos o bebidas por las que pagan mucho más de su costo real, en ocasiones nunca llegan a recibir lo prometido. Los *coyotes* y las patrullas fronterizas son figuras centrales del rito de paso, constituyen la figura de los nuevos “sacerdotes” encargados de imponer los obstáculos que los jóvenes deberán salvar para conseguir “hacerse hombres” u “hombres de verdad” y de facilitar las condiciones para ello. En palabras de uno de los informantes:

Brincábamos la cerca de alambre, teníamos que pasar por arriba, luego no pasaba uno porque la emigración lo agarraba, diario, diario, era cosa de casi todos los días... (hombre de 19 años).

De esta forma, los migrantes comienzan a conformar su subjetividad y percibir su nueva identidad, su estatus como humano y su visión sobre la masculinidad hegemónica aprendida en su comunidad, se prueban también frente a otros hombres, los que tienen el poder y la riqueza, los blancos, que poseen la hegemonía lingüística, que los maltratan, los discriminan, como señala uno de los informantes “los cazan como perros”.

Una vez en el país de destino, la experiencia laboral varía de acuerdo con el tipo de migración (legal o ilegal), las homo redes sociales y/o las redes familiares.

Aunque es común que las condiciones laborales de los migrantes serán violatorias a sus derechos, sobre su experiencia, uno de los migrantes señaló:

La regla es que unas compañías te pagan el tiempo, y tiempo y medio pasando de 40 horas, según la regla es que te deben de pagar, y hay otras compañías que no lo pagan y esas te están robando, y como no hay trabajo en otra parte no te queda otra más que aguantarte allí, estar trabajando allí (hombre de 42 años).

Durante esta fase, para algunos migrantes se desdibuja la idea del “sueño americano” construido a través de las narraciones de sus pares, la mayoría de los trabajos requieren considerables desgastes de energía y en ocasiones su salud puede decaer, sin embargo, el mito del “hombre proveedor” o “ganador de pan”, los mantiene en la esperanza de “hacer algo para salvar a su familia de la pobreza”. En su simbólico, los hombres comienzan a edificar a distancia el ideal de la “familia feliz”.

...al principio, nomás la desesperación siente uno, mientras empieza a trabajar... anda uno pidiendo que lo dejen quedar [en las casas] unos días, o anda uno pidiendo trabajo a los conocidos, así se la pasa uno... (hombre de 34 años).

La vida cotidiana de los hombres resulta novedosa, comienzan a vivir en otras dimensiones de la realidad y experimentar realidades alternas como apuntan LeShan y Margenau (1996):

Si el individuo se traslada a una nueva cultura con otras orientaciones y creencias fundamentales, las dos versiones de la realidad resultan discordantes. Y aun cuando ese individuo obre como miembro efectivo de la nueva cultura, las orientaciones de la primera continúan influyendo en él (p. 18).

Acceden a ciertas comodidades, algunos envían remesas o ahorran, el trabajo continuará siendo la principal fuente de su estructura identitaria. Sobre su situación laboral uno de los informantes comentó:

Ya sale uno bien cansado del trabajo, bien cansado, yo como trabajo en la ladrillera, si quiero ganar un peso más tengo que hacer una, dos piezas más para que me pueda ganar un centavo más. Si mi cuerpo aguantara todo el día, yo lo haría, no saldría ni a descansar (hombre de 55 años).

Sobre todo para los más jóvenes, las diversiones son parte fundamental de su estancia en el país del norte; el dinero también es útil para divertirse, para ir a fiestas y beber cerveza o licor. Los migrantes veteranos apuntan sobre los beneficios obtenidos en la vida cotidiana:

Allá [en Estados Unidos] teníamos buenas cobijas y la ropa también más o menos bien, acá no teníamos ni cama, ni nada, acá dormíamos en veces

en el suelo, no había colchones, no había lo que hay ahora... (hombre de 61 años).

De acuerdo con algunos informantes, actualmente los jóvenes destinan sus ingresos a los hábitos de consumo de alcohol y drogas, en ocasiones, el nuevo poder adquisitivo coadyuva a procurar el acceso que se llega a traducir en el abuso de dichas sustancias:

Los muchachos que van para allá andan pelones y marihuanos... por allá, eso sí, se vende mucha droga, y cuando vienen acá ya vienen así. Se van bien y allá se descomponen, entonces le entran a eso... yo creo que porque se juntan en pandillas y los otros les dicen: mira que yo con esto me siento bien... los engañan y le empiezan, luego tratan de enseñar a otros, y hasta a sus mismos primos, es que hay mucha droga allá, aquí también la hay, nomás que aquí no hay dinero pa' comprarla, y allá trabajan y tienen dinero para comprar la droga (hombre de 61 años).

El abuso de alcohol y drogas es una de las principales desolaciones de las madres de jóvenes migrantes, quienes reconocen los riesgos del abandono de los hombres del cuidado materno.

Respecto a la salud sexual, los entrevistados indicaron que la escasa información sobre los riesgos y formas de prevención de las Infecciones de Transmisión Sexual (ITS), la apertura a nuevas prácticas sexuales mediatisadas por el uso de alcohol y drogas, así como la bisexualidad y el fácil acceso al sexo comercial, son para las y los entrevistados algunas de las causas que provocan una mayor presencia de sida y otras infecciones entre los migrantes.

Sin embargo, la construcción de la sexualidad y la masculinidad en contextos de migración rural e indígena relacionada con los riesgos de la salud es un tema para profundizar. Las concepciones de los migrantes son

complejas y contradictorias; además, se encuentran reguladas tanto por las creencias religiosas que limitan la concepción de la sexualidad a la función reproductora y a la práctica de la heterosexualidad, elementos que constituyen el ideal de la familia y la fidelidad conyugal, como por la división genérica de los comportamientos sexuales, elementos relacionados con la vulnerabilidad para la adquisición de infecciones de transmisión sexual y su transmisión.

En este contexto, los entrevistados jefes de familia enfatizan en la dificultad de disfrutar como un requisito del compromiso, en tanto proveedores, para lograr el envío de remesas a la comunidad.

Tienes que aguantarte las ganas de andar en los bailes y todo... estás como si estuvieras preso, pues si sales a las calles no haces nada, no te queda otra mas que trabajar todo el día y llegar a tu casa a hacer de comer y al otro día trabajar otra vez, y pues eso es lo que tienes que sufrir para hacer algo, y aquí aunque trabajes y trabajes no haces nada, prefieres mejor un poco más de sacrificio para hacer algo en la vida (hombre de 55 años).

c) La reagrupación del individuo en el nuevo paso:
el trabajo y la comunidad

Siguiendo a Turner (1997), el último estado refiere al paso del individuo para convertirse en un miembro pleno de estatus; derivado de ello adquiere la capacidad de participar plenamente en la acción social. En estas comunidades, los símbolos que dan estatus al migrante “exitoso” son plenamente reconocidos por las personas participantes del rito en la comunidad (envío de remesas, adquisición y consumo de mercancía, donaciones comunitarias, entre otros).

Las remesas que se envían a la familia, en apariencia son administradas por las mujeres, sin embargo, generalmente el dinero lo destinan a las prioridades que el migrante ha establecido previamente, se invierte en la manutención de las y los parientes, en la construcción de la casa-testimonio fehaciente del progreso individual y familiar del migrante, en la adquisición de aparatos electrodomésticos o enseres cuya ostentación reafirma el prestigio social del grupo doméstico y sitúa en una escala superior al migrante frente a los otros hombres de la comunidad.

No es raro que haya conflictos con la pareja al regreso del migrante, y entre los motivos de discusión más comunes se relatan la supuesta mala administración de las remesas o “despilfarro” de los recursos por parte de la mujer. Debemos subrayar que también son comunes los testimonios de migrantes que no envían remesas con regularidad o definitivamente dejan de enviar, dado que ya han formado una nueva familia en Estados Unidos (Huacuz y Barragán Solís, 2003, pp. 88-90).

Como en la mayoría de las comunidades de tradición migrante en México, los hombres que regresan lo hacen durante las fiestas familiares y/o comunitarias, cargados de regalos para la familia o, si pudieron ahorrar, arriban a la comunidad en sus propias camionetas, en tanto mayor sea el regalo, superiores los honores y el prestigio del migrante, es por esto que los que no poseen piden camionetas prestadas a los paisanos del otro lado “pa’ que crean que les fue bien”, hacen alarde de sus dólares en la cantina, en la fiesta familiar, o a través de donaciones para la remodelación de la plaza o la iglesia del pueblo.

Los migrantes “exitosos” son los que regresan y pudieron hacerse de cosas materiales en el país del norte, los “hombres de verdad”, “los grandes hombres”, los casi héroes caracterizados en los anuncios radiofónicos, los protagonistas de los comerciales televisivos de “bienvenido paisano”, el ejemplo a seguir:

...últimamente vivo en Chicago, estoy pagando una casa y ahí vivo con mis hijos y estamos contentos, mis otros hijos también han tratado de comprarse su casita... aunque me gustaría regresar a mi tierra (hombre de 64 años).

Generalmente son los migrantes veteranos quienes pueden aspirar a ciertos beneficios de la masculinidad hegemónica en Estados Unidos, pero siempre desde la alteridad social impresa en un cuerpo latino.

Por otro lado, es frecuente que a pesar de vivir largos periodos de tiempo fuera de México, algunos migrantes finalmente regresen “a morir en su tierra”, luego de hasta 25 años de ausencia. En estos casos regresan como “extraños añorados” a su antigua familia, siempre esperándolos a pesar del tiempo y la distancia.

A manera de conclusión

Quiero concluir con algunas reflexiones sobre la ambivalencia del fenómeno migratorio, el “relato a voces” o mito de la migración masculina integra una multiplicidad de interrogantes, problemáticas y experiencias tanto estructurales como individuales; en los relatos-discursos encontramos las vidas de personajes reales, vidas particulares que se pierden en la historia del proceso pero que hacen posible comprender que el trabajo, la actividad eminentemente humana no es sólo de lo que vivimos, sino que como señala Menéndez: “en la mayoría de los casos es a través de él que se evidencian las más negativas relaciones de control social, de explotación y alienación” (Menéndez, 1987).

A pesar de lo anterior, el bienestar individual y colectivo obtenido de la migración se constituye como un *mito*, en el sentido que apunta Max Muller (1983): “como una historia contada que no tiene autor, ni creador,

sino solamente narradores”, el mito del progreso por medio de la migración no tiene otro emisor que la sociedad misma, los oyentes que escuchan el relato mítico reciben un mensaje que no viene de ninguna parte, pero que todas y todos escuchamos.

Los estudios clásicos sobre las causas de la migración masculina han valuado las razones históricas y/o económicas como los factores detonadores del proceso, sin embargo, son pocos los trabajos que analizan el fenómeno desde los estudios de las masculinidad/es y la teoría de género para indagar la relación entre los factores impulsores de la migración y aspectos de construcción de las subjetividad/es e identidad/es masculinas: poder, honor, prestigio, heroísmo, desafío, entre otros.

Obras consultadas

- Badinter, Elisabeth (1992), *XY. La identidad masculina*, Madrid, Alianza Editorial.
- Barrera Bassols, Dalia y Cristina Oehmichen (2000), *Migración y relaciones de género en México*, México, Gimtrap y IIA/UNAM.
- Bohannon, Paul (1993), *Antropología Lecturas*, España, Mc. Graw Hill.
- (1993a), *Antropología Lecturas*, España, Mc. Graw Hill, 2a. ed.
- Crosthwaite, Luis Humberto (2002), *Instrucciones para cruzar la frontera*, México, Planeta.
- Dilthey, Wilhelm (1990), *Teoría de las concepciones del mundo*, México, CNCA y Alianza Editorial.
- D'Aubeterre Buznego, María Eugenia (2000), “Mujeres y espacio social transnacional: maniobras para renegociar el vínculo conyugal”, en Dalia Barrera Bassols y Cristina Oehmichen, *Migración y relaciones de género en México*, México, Gimtrap y IIA/UNAM.

- Gadamer, Hans-Georg (1997), *Mito y razón*, Barcelona, Paidós.
- Gilmore, David D. (1994), *Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad*, traducción de Patrik Ducher, Barcelona, Paidós.
- Godelier, Maurice (1986), *La producción de grandes hombres: poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*, traducción de José Carlos Bermejo Barrera Madrid, AKAL.
- Huacuz, María Guadalupe y Anabella Barragán Solís (2003), *Diluyendo las fronteras: género, migración internacional y violencia conyugal en Guanajuato*, México, Gobierno del Estado de Guanajuato, Instituto de la Mujer Guanajuatense.
- Izquierdo, María Jesús (1998), *El malestar en la desigualdad*, Madrid, Cátedra, Feminismos 48.
- Kirk, Geoffrey Stephen (1970), *El mito*, España, Paidós-Ibérica.
- LeShan, Lawrence y Henry Margenau (1996), *El espacio de Einstein y el cielo de Van Gogh*, Barcelona, Gedisa.
- Mauro, Amalia, Katia Araujo y Lorena Godoy (2001), “Trayectorias laborales masculinas y cambios en el mercado de trabajo”, en Teresa Valdés y José Olavaria (eds.), *Hombres identidades y violencia*, Santiago de Chile, Flacso y UAHC-Red de masculinidades.
- Menéndez, Eduardo (1987), “Trabajo y significación subjetiva. Continuidad cultural, determinación económica y negatividad”, *Cuicuilco*, núm. 19, octubre-diciembre, pp. 19-25.
- Muller, Max (1983), *La antropología*, México, Ediciones Mensajero.
- Rodríguez, Gabriela y Benno de Keijzer (2002), *La noche se hizo para los hombres. Sexualidad en los procesos de cortejo entre jóvenes campesinas y campesinos*, México, Population Council y Edamex.

- Rouse, Roger (1991), "Mexican Migration and Social Space of Postmodernism", *Diáspora: A Journal of Transnational Studies*, vol. 1, núm. 1, pp. 8-23.
- Ruck, Carl (2000), "Mito", en Thomas Barfield (ed.), *Diccionario de antropología*, México, Siglo XXI.
- Turner, Víctor (1997), *La selva de los símbolos: aspectos del ritual ndembu*, traducción Ramón Valdés, México, Siglo XXI.

Migrar para proveer. Cardaleños, desde Veracruz a Chicago: un estudio cualitativo con varones adultos

Carolina Rosas*

Introducción¹

En la segunda mitad de los años noventa se profundizó la crisis de la producción agraria veracruzana, particularmente relacionada con la caída de los precios del café, con las crecientes dificultades de los ingenios azucareros para enfrentar los pagos a productores y empleados; también deben tenerse en cuenta los cambios sufridos por la producción industrial como efecto de las políticas neoliberales aplicadas (Rodríguez, 2001; Chávez, Rosas y Zamudio, 2005). Particularmente, en la región del centro de Veracruz existe una coyuntura de pérdidas y reacomodos que tiene como principales contendientes, por un lado, a una producción agropecuaria

* Doctora en Estudios de Población por El Colegio de México (Colmex). Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires. Profesora de la Universidad Nacional La Matanza (UNLaM).

¹ Este artículo se deriva del análisis interpretativo desarrollado en mi tesis de doctorado, titulada *Varones al son de la migración. El papel de la migración internacional en la configuración de la/s masculinidad/es: Estudio cualitativo en una localidad veracruzana y en Chicago* (2006), inscrita en el Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA) del Colmex. En lo que respecta a este artículo, quiero agradecer al Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) de la UNAM, así como al Departamento de Investigación Institucional de la Pontificia Universidad Católica de Argentina. Especialmente agradezco a la doctora María Lucero Jiménez Guzmán.

que está debilitándose como fuente de empleo e ingresos y, por otro, a un proceso migratorio que responde a las necesidades que no se pueden resolver con el trabajo campesino, ni con las emergentes actividades de servicios.²

El análisis del impacto de la migración sobre el mandato de proveedor que se presenta en este artículo, no puede ser comprendido independientemente de las características socioeconómicas de la zona central de Veracruz. En ella, la migración a Estados Unidos aparece como una alternativa novedosa que, para algunos, constituye la posibilidad de reafirmar su masculinidad puesta en peligro por la coyuntura económica: la crisis cafetalera y azucarera representa la crisis del tipo de trabajo que opera como contenedor material y simbólico del rol de proveedor. La migración, entonces, puede ser concebida como expresión de dos crisis relacionadas (económica y masculina), a la vez que una forma de resolver dichas crisis.

Gran parte de los proveedores veracruzanos que hoy están migrando, hasta hace pocos años proveían mediante el trabajo agrícola. Es decir, se socializaron con la expectativa de proveer mediante la labor rural; no se estrenaron en el rol de proveedor mediante la migración, sino que la migración les permite, ahora, cumplir con el contenido del rol, pero de forma muy diferente. Para estos varones,³ eso no significa un cambio intrascendente,

² Lo novedoso del fenómeno migratorio en Veracruz radica en la magnitud que ha alcanzado en muy pocos años; ejemplo de esto es que se ha colocado por encima del flujo zacatecano, tan sólo entre 1995 y 2000. De acuerdo con la encuesta del Censo 2000, el balance entre los inmigrantes y emigrantes del estado, en función de la población residente en 1995 y la residente al levantamiento del censo, arrojó un saldo neto migratorio de -3.51, ubicando al estado como el segundo expulsor de población, sólo superado por el Distrito Federal (INEGI, 2000). La localidad en la cual desarrollé el trabajo de campo para esta investigación, se incorporó a la migración hacia Estados Unidos a mediados de los noventa.

³ Se usarán las palabras “varón” y “hombre” como sinónimos.

sino que requiere de numerosos acomodamientos, tanto en la práctica, como en su autopercepción como proveedores. Tampoco es intrascendente la llegada de la migración para el no-migrante que percibe cada vez más cuestionadas sus fuentes de ingresos, a la vez que es sabedor de los logros de los migrantes pioneros. En pocas palabras, con la llegada de la migración se ampliaron las posibilidades y, con ello, las expectativas y dilemas de los proveedores.

Claro está, que hacer énfasis en las posibilidades que plantea la migración no significa afirmar la inexistencia de alternativas en Veracruz, ni que la migración las haya invalidado como formas de realizar las obligaciones masculinas. Sin embargo, tampoco se puede negar que la migración parece estar convirtiéndose en una opción cada vez más atractiva.

Antes de seguir conviene precisar que, debido al tipo de cuestionamientos que impulsó esta investigación, la estrategia metodológica fue principalmente cualitativa. El análisis presentado en este artículo se deriva de la información recogida en 35 entrevistas en profundidad (realizadas a varones y mujeres); también se utiliza información de 13 entrevistas realizadas a informantes claves (autoridades de gobierno local, del ejido, escolares y sanitarias). Las entrevistas se realizaron tanto en una localidad de 1 860 habitantes, no indígena, llamada El Cardal, de la región central del estado de Veracruz, como en el principal destino internacional de los cardaleños, la ciudad de Chicago, en el estado de Illinois, Estados Unidos.⁴ El trabajo de campo duró un año y medio aproximadamente, dándose por finalizado a finales de 2002.

⁴ A fin de resguardar la identidad de los entrevistados, en todos los casos se utilizan pseudónimos. Además, también ha sido modificado el nombre de la localidad donde se llevó a cabo el estudio.

Proveer migrando

Distintos especialistas coinciden en que el trabajo por el que se gana dinero es un componente esencial de la masculinidad. En estudios realizados en distintos contextos latinoamericanos y con varones de diferentes características, se puede evidenciar la importancia del trabajo en la configuración de la masculinidad.⁵ Según estas investigaciones, el trabajo es una actividad que constituye, particularmente para los hombres unidos y con hijos, el núcleo de respetabilidad familiar y social. Burin y Meler (2000) afirman que la autosuficiencia económica es uno de los emblemas masculinos y que la masculinidad se mide, en gran parte, en dinero. Por ello, una de las situaciones más dolorosas para un hombre es estar desempleado en una sociedad en la que se espera que sea exitoso y que provea a los suyos (Deutschendorf, 1996).

En función de lo anterior, parto del supuesto de que el rol de proveedor es un mandato socialmente esperado en los varones que han ejercido la paternidad, entendiéndolo como uno de los estructuradores de su vida. El carácter estructurante del mandato de proveedor se puede concebir como parte de un *habitus* en los términos de Bourdieu (2000), es decir, integrando el conjunto de disposiciones duraderas de percepciones, pensamientos, sentimientos y acciones de todos los miembros de una sociedad que, al ser compartidas, se imponen a cualquier agente como trascendente.

Ahora bien, reconocer que el de proveedor es un mandato de la masculinidad (en tanto regularidad encontrada en diversos estudios realizados en sociedades —geográfica y culturalmente— lejanas entre sí), no significa afirmar que su contenido y configuración son los mismos en todo tiempo y lugar. En términos más amplios, el análisis de “la masculinidad” no debe

⁵ Amalia Mauro *et al.* (2001), José Olavarría (2001a), Teresa Valdés y José Olavarría (1998) y Alfonso Luco (2001) en Chile; Norma Fuller (1997) en Perú; Alexandra Martínez Flores (2001) en Ecuador, entre otros.

obviar el de “las masculinidades” conformadas en función de las combinaciones de características históricamente definidas (de clase, étnicas, religiosas, etcétera) de cada grupo social. Por otro lado, la estructura de género no es independiente de la acción de los actores, sino que se produce, reproduce y cuestiona en las interacciones entre actores y/o grupos. Es decir, aún cuando el mandato de proveedor funcione como un esquema de referencia primario, el mismo puede ser cuestionado y reinterpretado en el curso de nuevas experiencias (tal como la migratoria).

En mi investigación se evidenciaron diferentes formas de concebir y de enfrentarse al mandato de proveedor. A modo de ejemplo, y en términos generales, cabe mencionar que la etapa de la trayectoria familiar transitada redundaba en que los varones cardaleños sin dependientes, solteros en su gran mayoría, no perciban el mandato de proveedor como actual, sino potencial. Es decir, a diferencia de los varones unidos y con hijos, los solteros entrevistados no sentían obligación de proveer. Para ellos, la búsqueda de aventura, experimentación e independencia, conformaban sus principales motivos para migrar a Estados Unidos. En lo que respecta al presente artículo, he decidido profundizar en las experiencias de quienes se reconocieron como proveedores, es decir, unidos legal o consensualmente, con hijos (a quienes también denominaré “adultos” en las páginas siguientes), por lo cual los varones sin dependientes serán excluidos del análisis.

“Me voy por mi familia”

En los motivos⁶ por los cuales los hombres adultos migraron o planean hacerlo, se encuentran los primeros elementos en los que se percibe la importancia de la migración en tanto posibilitadora de cumplir con el mandato de proveedor.

⁶ Motivos y causas serán usados como sinónimos.

Le dije a mi esposa: yo me voy, quiero así... hacer algo por, por mis hijos, ¿no? Porque esperando una situación aquí... La verdad es que aquí no vamos a poder salir adelante [...] Por el hecho de que es una responsabilidad la familia, ¿no? Y se siente que... que el irse allá es otro cambio, ¿no? O sea que... un buen futuro para los hijos (Manolo, 35).

Entonces, como yo más antes... bueno, yo sufrí mucho de... de chavo. No tuve la oportunidad de estudiar. Que mis hijos, mis hijos van... hacia 'lante ¿no?... y ¿qué va a pasar de ellos si yo sigo así?... Para empezar yo no tengo estudio, no tengo una preparación... digo, ¿qué les voy a dar? [...] Pues a mi mamá yo se lo plantié. Le dije: yo me voy a ir. Dice: hijo tú ya sabes lo que haces... ya no te puedo... sí te puedo decir que no te vayas, pero saldría sobrando, ¿por qué? porque tú ya tienes un deber, tú ya sabes que... lo que vas hacer es por bien de tus hijos (Mariano, 34).

En los discursos sobresale la responsabilidad que sienten de mantener económicamente a la familia y la frustración por la falta de oportunidades que El Cardal no les brindaba. La mayoría habla de un pasado de privaciones que no quiere que le suceda a su prole. El crecimiento de la familia o el desarrollo de los hijos y los mayores gastos que eso supone, conforman las principales preocupaciones expresadas. Así, la familia ocupa un lugar central en los discursos de los migrantes unidos acerca de sí mismos y acerca de las motivaciones a las cuales adjudican la migración (Ariza, 2002). Ahora bien, la preocupación se profundiza porque el futuro no parece albergar demasiadas posibilidades de mejorar la situación familiar. Es decir, no sólo el presente es agobiante, sino que son percibidas como casi nulas las perspectivas futuras del trabajo agrario.

Como el principal argumento migratorio residía en la mala situación laboral y económica por la que los hombres atravesaban, una de mis

preguntas apuntaba a saber si había sido evaluada la posibilidad de que la cónyuge buscara un trabajo remunerado, relativamente estable, a fin de mejorar los ingresos familiares, en lugar de ellos irse para Estados Unidos.⁷ Las respuestas fueron unánimes: no. Las razones brindadas no sólo hacían hincapié en que la responsabilidad de trabajar y proveer es del varón, sino en que “seguramente” con lo que ganaría la esposa tampoco alcanzaría. La salida laboral de la mujer parece no constituir una alternativa para mejorar los ingresos familiares, pero sí lo es la migración del hombre. Es decir, la migración se presenta como una forma de mantener y no romper con el modelo del varón proveedor (Mummert, 1992).

Por otro lado, casi todos los entrevistados reconocieron que al pensar en irse a Estados Unidos, la necesidad de procurar el bienestar de la familia se conjugó con la emoción de realizar lo mismo que otros habían logrado.

Me platicaban cómo, cómo les iba por allá y yo vía lo que hacían, lo que tenían... Y pues yo me ponía a pensar, digo, si yo llego a estar allá, voy hacer lo mismo, si Dios quiere (Ricardo, 24).

O sea, uno dice, si aquél la hizo, ¿por qué yo no? También sé trabajar ¿no? (Manolo, 35).

Pues yo le voy a decir una cosa, algunos de los que se han ido de aquí, de veras se han ido muy, muy derrotados; muy mal económicamente... Y afortunadamente han llegado a tener un buen trabajo, han tratado de cuidar lo más que

⁷ Muy pocas son las cónyuges de migrantes que reciben ingresos regulares por su participación en el mercado de trabajo. La mayoría se ocupa de las labores domésticas y del cuidado de los hijos, y sólo algunas suelen “ayudarse” económicamente realizando ventas de pan, dulces, tortillas o ropa, o brindando servicios, tal como el lavado de ropa ajena.

han podido... y han cambiado mucho su nivel de vida... O sea, eso sí da, da lugar a que la gente se motive [...] Entonces, algunos dicen: si yo pudiera tener la oportunidad me iba a ver si tuviera suerte. Eso es lo que mucha gente nos, nos lo decimos. Asimismo, hasta yo mismo me lo he dicho ¿no? (Ismael, 40).

El impacto que produce ver lo que otros hacen o escuchar historias exitosas, se cuentan entre las motivaciones para migrar (Zamudio Grave, 1999). Considero que la pregunta que Manolo se formula es muy elocuente y explica una suerte de “efecto dominó” de la migración entre los varones. Ahora bien, el “efecto dominó” no sólo se evidencia entre los que se fueron. Lo interesante de los tres fragmentos anteriores es que corresponden a hombres que no han migrado. Es decir, aún cuando la migración no se haya concretado ni tenga visos de concretarse, la inquietud está instalada.

Además, en los motivos para irse no sólo se puede observar la importancia depositada en la migración como potencial posibilitadora de mejorar en el rol de proveedor, sino que también se evidencia cierta competencia implícita en ese “querer darle lo mejor a la familia”. Los tres fragmentos de entrevistas anteriormente citados relacionan, en competencia al menos a dos actores. Uno es el que desea “ser igual a”, en tanto que el otro expresa a aquellos que ya han logrado o están logrando ponerse uno o dos “escalones” más arriba. En otras palabras, el deseo de migrar es un deseo atado no sólo a las necesidades del migrante y de su núcleo de dependientes, sino amarrado a un otro que se percibe en mejores condiciones que las propias. De esta manera, se busca no sólo mejorar en relación a la situación propia anterior, sino mejorar respecto de la situación del otro.

Aun cuando la competencia masculina no adquiera la importancia que asume el cumplimiento del rol de proveedor entre las motivaciones migratorias expresadas por los varones con dependientes, no se puede obviar

su presencia. Las motivaciones no económicas (entre las cuales resaltan la competencia, la insatisfacción con la vida afectiva, rencillas y deseos de validarse ante sí mismos y ante otras figuras masculinas, o de ganar el afecto del padre, entre otras) fueron generalmente mencionadas en segundo lugar, como si fueran derivaciones de las económicas, alcanzables siempre que las económicas sean logradas.

Ahora bien, el análisis quedaría trunco si no se evidenciara que junto a las posibilidades que ofrece, la migración también propicia que entren en controversia una serie de factores y de sentimientos. Es decir, la migración, al mismo tiempo que trajo nuevas expectativas, incorporó una serie de conflictos.

Que la migración se haya presentado como un medio para cumplir obligaciones y alcanzar expectativas, no significa, necesariamente, que todos los varones migrantes hubieran querido migrar.

La situación era la que me obligaba, más bien a irme para el otro lado... Sí, porque me gusta trabajar, soy trabajador... Pero hago lo máximo aquí, pero no. Si uno hace lo máximo de esfuerzo y no se puede más... pues debe uno de buscar por donde se pueda hacer más esfuerzo y hacer más (Paco, 30).

El estar fuera de la familia no quiere decir que es uno irresponsable, que no quiero batallar con la familia. Es uno más, ser más responsable. Que ya estuvimos mucho tiempo con ellos y no pudimos darle lo que... lo que ellos querían (Leonel, 40).

En términos generales, los entrevistados se describieron a sí mismos como “acorralados” por una coyuntura económica que los obligó a la alternativa migratoria, resaltando, al mismo tiempo, que sus penurias no se derivaban de su falta de esfuerzo. Para quienes migraron, o están planeando

hacerlo, la migración es justificada discursivamente como una obligación y no como un deseo.

Se plantea, entonces, un primer un primer conflicto de tipo afectivo, ya que para cumplir con sus obligaciones, no sólo fue importante “autonomizarse” respecto de los afectos de los demás, sino controlar los propios sentimientos (Seidler, 1995). Ahora bien, autonomizarse no significa, necesariamente, que los varones minimicen o rechacen la importancia de los afectos (suyos y de otros) o de su presencia junto a la familia: los entrevistados expresaron nostalgia y dolor por estar lejos de la familia. En este sentido, el trabajo del varón lejos del hogar también se puede interpretar como otra manera de ser afectuoso; el amor también se demuestra siendo proveedores económicos eficientes.

Sin embargo, aun cuando los hombres se esfuercen por justificar su migración como un acto de responsabilidad y argumenten que estar lejos de la familia les es afectivamente doloroso, un segundo conflicto se plantea en la legitimidad de sus motivos para migrar.

Yo siento que el que se sale de, de, de su casa... Son muy pocos los que se van por, por, por... por la necesidad ¡Claro! Todos nos vamos por la ilusión de tener, de hacer algo. Pero hay muchos que, que yo siento que se van... cansados de su familia... huyéndole a la familia... Porque tú sabes que la responsabilidad de los hijos es estarlos viendo. Ya es mucho más el estarlos viendo, que el decir: oye, ¿cómo están mis hijos? O ¿cómo están, cómo están por allá? Como que yo siento que, que le huyen muchísimo a la responsabilidad de la familia. Aunque igual siguen mandando dinero, pero tú dices: la responsabilidad es de estar aquí. Yo hallo, hallo que se van chocados del Cardal (Roco, 28).

Pero así como se van unos que de veras tienen necesidad, se van muchos porque quieren seguir ingresando. Tienen de qué vivir, pero ellos quieren seguirse

capital más grande, aumentando su capital. Porque así ha habido muchos, muchos que tienen ya... uno que tiene una camioneta, casa de dos pisos y, sin embargo, él se jué con su hijo porque quería (Emma, 36).

Ya los que se van por, de veras, necesidad, si no tienen su casita, hacérsela, o alguna cosa que tengan, o por enfermedad ¿verdad? Que necesitan ¿verdad? para curarse, pues sí. Pero, te digo, hay otros que se van, que tengan algo más o menos para ir pasándolo, pues yo creo que ya nada más por ambición ir (Elisa, 45).

Los “verdaderos” motivos de los que se fueron son frecuentemente puestos en duda por otros miembros de la comunidad.⁸ Los argumentos más generales que dan contenido a la crítica apuntan que los migrantes se van porque quieren alejarse de la familia o porque son “ambiciosos”. Estos decires comunitarios no sólo afectan a quienes están planeando su migración, sino que las cónyuges suelen sentirse devaluadas afectivamente, lo cual suscita conflictos al interior de la pareja. Es posible que este tipo de cuestionamientos ocasione que los migrantes oculten motivaciones de otra índole y exalten las que saben legitimadas por el papel masculino de proveedor, lo cual no significa invalidar sus argumentos.

Otros conflictos aparecen en quienes no tenían planes migratorios. Anteriormente mencioné que algunos de quienes no han migrado no pueden evitar compararse con quienes lo han hecho. En esa comparación

⁸ Algunas esposas también evidenciaron sentimientos encontrados frente a la migración de sus cónyuges. Si bien reconocen la necesidad económica que tenían y agradecen el esfuerzo de sus hombres, también es generalizado un sentimiento de abandono, al mismo tiempo que mantienen la duda sobre si era “realmente necesario” que se fueran. Este tipo de sentimientos ambivalentes en las esposas que se quedan en los lugares de origen ha sido encontrados en estudios realizados en otros contextos migratorios.

interpreto la existencia de un conflicto derivado de la presencia del fenómeno migratorio, ya que evidenciarse en peor situación que otros o haber sido superado en términos materiales, llevan a un autocuestionamiento acerca de su propia eficiencia como proveedor y de cómo proceder si la situación económica no prospera en El Cardal.

Finalmente, la decisión de migrar también estuvo acompañada por temores acerca de la integridad física.

Pues, en sí, cuando tú tomas esa decisión, ya de venirte para acá, debes de llevar en mente de que... así como sales... puede ser que no regreses. Pero en lo personal, en lo personal, para mí... por no tener... o sea, no tener un estudio, no tener algo para mí, algo básico, o que yo dijera yo tengo un oficio... que dijera: de aquí sale para mi familia. Entós, te digo, yo allá pago renta. Siempre arrimado.⁹ Dije: no... yo tengo que hacer algo, tengo que irme (Mariano, 34).

Yo sí pensaba en lo que podía pasarme, hasta en morir y volver difunto [...] Pero yo recordaba en la madrugada... como eso de las dos de la mañana y yo ya no podía dormir de pensar en mis “drogas”.¹⁰ A nadie le gusta deber... ni es bonito deber... Y los brazos se me entumían de que decía: ¡Dios! pero ¿cómo voy a pagar? Yo vía que mi papá no me podía ayudar porque, pues, ellos también ‘taban igual. Decía yo: ¿quién me puede ayudar? ¿Qué me pongo a vender? ¿Qué? ¿Marijuana?... Uno anda bien decidido a todo, hasta a hacer cosas malas (Leonel, 40).

En los discursos aparece la tensión entre el cumplimiento con el mandato de proveedor, por un lado, y los riesgos migratorios, por otro. Los

⁹ Arrimado: calificativo comúnmente dirigido a quien vive en casa ajena, particularmente cuando no abona renta.

¹⁰ “Droga”: deuda.

obstáculos que se deben sortear durante la travesía migratoria, son particularmente relevantes para comprender los temores asociados con la integridad física. Dichos obstáculos están principalmente dictados por la exposición a distintos tipos de riesgos, así como por las condiciones de desprotección que caracterizan al movimiento indocumentado. Esto se magnifica en un flujo, como el veracruzano, que cuenta con escasa experiencia e información acerca del cruce, dada su relativa juventud.

En síntesis, la importancia de la migración radica en que es un medio por el cual las obligaciones de proveer pueden cumplirse y superarse más rápidamente, ante un contexto de crisis en el lugar de origen. A su vez, crea expectativas acerca de la acumulación de símbolos que permitan entrar y/o vencer en la competencia masculina.

Sin olvidar que los entrevistados pueden haber magnificado su dolor y sus necesidades económicas, aspectos por demás demandados socialmente ya que podrían ser sancionados si expresaran que migraron por otros motivos, considero que no es posible obviar la existencia ni el establecimiento de una serie de conflictos involucrados en la decisión de migrar. En este sentido, a través de la distancia que impone con la familia, de las expectativas que crea entre quienes no migran y de los peligros que encierra el cruce de la frontera, entre otros aspectos, la migración también ofrece elementos que entran en conflicto con el ejercicio del mandato de proveedor.

Aun cuando existan casos de varones cardaleños que no cumplen con sus compromisos familiares (muy pocos, por cierto), considero importante enfatizar el esfuerzo y el dolor de los muchos que cruzan la frontera y sufren la lejanía de los afectos. En los estudios sobre migración y género se tiende, con razón, a enfatizar las situaciones dolorosas para las mujeres, pero no se resalta con la misma importancia la de los varones, que cumplen eficientemente con sus obligaciones de proveedores y, aun en la distancia, siguen comprometidos con el bienestar de sus familias.

Nuevas posibilidades, mejores competidores

Ahora bien, una vez en Estados Unidos, ¿cuáles son los logros concretos realizados a partir de la migración que validan a los varones en el rol de proveedor? Los logros realizados son numerosos y cubren una amplia gama que va desde la provisión de aspectos básicos para la manutención de la familia, hasta aquellos relacionados con la adquisición o construcción de bienes inmuebles; permite cumplir con obligaciones importantes, tal como darle mejor tratamiento médico a un hijo, así como darse gustos relativamente más triviales, tal como lucir ropa costosa.

A continuación mencionamos algunos pensamientos:

Estados Unidos una... es una jaula... lo dicen, Estados Unidos es una jaula de oro... ¿cuándo en México vas andar con... doscientos dólares, dos mil pesos mexicanos, en la bolsa? ¿cuándo vas a andar allá así? [...] Acá ando manejando yo, y tengo el carro este, ¿'ónde iba a tener un carro yo? Un noventa y dos. Dos aquí y dos allá... Sólo que anduviera vendiendo coca allá o mariguana [...] Todo lo de la enfermedad de mi hijo lo mandé de acá. Miles y miles se me fueron en el problema de mi hijo que... pues tiene uno que estar gastando dinero en él, las medicinas y los tratamientos que se lleva como... las terapia y todo (Leonel, 40).

Pues mis propósitos se, se cumplieron que era hacer mi casa y compré una finca de café [...] pero pues yo compré esa finca, ¿no?, por el hecho de que algún día valga el café y yo por eso la compré... p'a seguir trabajando... con lo que vaya saliendo del café (Paco, 30).

Más facilidad p'a comprarse ropa y lo que sea... Allá zapatos de cien dólares se los compra uno fácil. Aquí que son 900 pesos, ¿cuándo se los va a comprar? Estos me costaron... 100 dólares (Edgardo, 39).

Yo acá [en El Cardal] tenía trabajo pero, como digo, nomás para ir pasando más o menos... O sea, sí 'biera yo construido, pero más después... poco a poco. Y... así, pues, se va uno un poquito de tiempo, deja uno la familia, pero es más rápido. Haces más rápido lo que quieres hacer (Sebastián, 24).

En todas las entrevistas realizadas a hombres que tienen pareja, se pone de relieve, que gran parte de las remesas está dirigida al mejoramiento o construcción de la vivienda. La casa propia aparece como una necesidad material y simbólica importante para hombres y mujeres (Zamudio Grave, 1999). Para muchos varones significa la posibilidad de dejar de ser “arriados”, de asegurarles alguna herencia a los hijos y una de las mejores formas de demostrar públicamente que su ida a Estados Unidos ha sido exitosa. Para muchas mujeres, la casa propia constituye la posibilidad de ser la “ama y señora” de su propio espacio y de dejar de recibir órdenes de la suegra (Rosas, 2004).

Muchos de los que construyen viviendas envían fotografías de casas estadounidenses para guiar la arquitectura de la suya en El Cardal. Por eso, algunos se burlan argumentando que pronto enviarán fotos de la Casa Blanca, aludiendo a cierta competencia. La arquitectura se diferencia de la típica “caja de zapatos”, como llaman los cardaleños a la forma en la que tradicionalmente han construido sus casas. Si se construye una casa con la arquitectura típica, la misma no expresará mucho acerca de la migración del varón. Por eso, es importante marcar la diferencia, y eso se logra no sólo construyendo, sino en las formas de la construcción.

Las fincas también ocupan posiciones importantes entre las adquisiciones realizadas por los migrantes. Quienes han comprado fincas lo hicieron porque tenían esperanzas de que en el futuro los precios del café se recompongan. Así, si bien la mayor parte de la remesa va dirigida a bienes no productivos, también existen inversiones de tipo productivo.

Por otro lado, muchos cardaleños han comprado automóviles en Chicago, mientras que los pocos que han adquirido camionetas, lo hicieron a fin de enviarlas a su pueblo. Las camionetas de origen estadounidense que hay en la localidad se pueden ver estacionadas a un costado de las casas o son prestadas temporalmente a varones parientes. La expectativa común es mantenerlas guardadas para ser usadas al regreso. Es decir, las camionetas sirven más como bienes suntuarios, demostrativos de lo que se pudo hacer, que como inversión que les dé algún tipo de ganancia.

¿Cómo se podría haber logrado algo así en El Cardal? Sólo vendiendo droga, dice Leonel. Por más esfuerzo que hubieran realizado en Veracruz, difícilmente podrían haber logrado tanto en tan poco tiempo. En otras palabras, los mejores ingresos relativos que ofrece Estados Unidos permiten no sólo cumplir con el mandato masculino de proveedor, sino que también posibilitan superarse en tal desempeño al brindar a la familia bienes y servicios que difícilmente podrían haber alcanzado con el trabajo campesino, así como “hacerlo” más rápido, en menos tiempo. Como ya mencioné, en las entrevistas sobresalen las alusiones espontáneas a los logros económicos. Sin embargo, también existen otro tipo de logros que, aunque asociados y dependientes de lo económico, no se restringen a lo material.

Recién llegao, como al mes que estaba aquí soñaba, ¿sabe cuál era mi pesadilla? Soñar que estaba en El Cardal... Yo soñaba que estaba en mi cuarto y recordaba pero ¡hasta temblando! y dije, dije, ¡Diosito Santo, pues, nos regresaron para... ya estoy en El Cardal!... Ya me ponía yo a ver y vía yo que estaba yo en Chicago y me daba gusto (Leonel).

Y mi hija me dijo que quiere ser maestra y yo [le dije] mi'ja pues mientras yo pueda... mira que logres que tu sueño se convierta en realidad (Mariano).

Yo siempre tuve el sueño de una casa como de castillo. Y le estoy haciendo una torre a la casa, una torre como de castillo, pequeña. P' a que juegue mi'ja [...] Yo me vine aquí a ojos cerrados y yo siento que estoy triunfando... porque... ¿quién se viene acá y es su propio... su propio... propietario de sus cosas? Yo me vine, aprendí... y ahora trabajo para mí... y tengo gente que está trabajando... conmigo. Y Dios nos 'tá dando para mantenernos... Eso es una acertación que nunca yo lo... yo nunca pensé que lo iba a hacer... Porque uno viene aquí a esclavizarse... a trabajar por horas. Y trabajar por horas, es trabajar las 8 horas diarias... y sin descanso... y estar obligado a alguien que esté mandando... A mí nunca me ha gustado eso (Silvio).

Sentimientos de satisfacción invaden a la mayoría de los hombres unidos que se han ido a Estados Unidos. El cumplimiento de sueños asociados con los hijos es uno de los principales logros. Aun así, tener empleados en El Cardal o ser su propio patrón en Chicago, son los logros que más se resaltan y cuyos beneficios exceden lo económico. Las historias de dos varones (Leonel y Silvio) que se han convertido en pequeños empresarios se encuentran entre las percibidas como más exitosas desde el punto de vista económico. Sin embargo, estos dos hombres no son socialmente validados de la misma manera. En las consideraciones generales realizadas por otros entrevistados, Leonel sobresale con respecto a Silvio. Por un lado, Leonel fue el pionero de la migración y, difícilmente, alguien pueda igualar ese factor simbólico. Por otro lado, además de haber estado fuertemente endeudado, tenía un hijo con dificultades auditivas. La migración por causas asociadas a la salud de los hijos es una de las más valoradas y legitimadas socialmente. Silvio, por su parte, fue cuestionado porque su migración no se percibía "necesaria". Además, algunos coinciden en apuntar que no se esfuerza lo suficiente en Estados Unidos. Entonces, más allá de que la migración haya permitido a estos dos hombres realizar logros económicos que los ponen

en ventaja respecto de otros, para entender la validación social diferencial que la migración les brinda, hay que atender también a otros factores; los motivos altruistas y los grandes esfuerzos sobresalen entre los elementos que agregan legitimidad a la migración y, junto a los logros económicos, inclinan la balanza hacia una mayor validación masculina en el rol de proveedor. Otros logros de tipo simbólico se pueden observar en el trato cotidiano que reciben los retornados.

Yo sí me sentí bien cuando volví. Gente así te miraba. Yo decía: ¡mmm!, gente que antes no me hablaba bien, ahora me trataron bien, me invitaban a comer. Sí, y yo he oído, porque yo luego andaba de un pueblo a otro y... yo levantaba gente en la camioneta que traje. ¿Qué? ¿ónde vas? Pues los llevaba. Dije, ¿qué pierdo con llevarlos allá? No me... Ni me importaba lo de la gasolina. Si tiene uno dinero, poquito, ¿verdad? Y lo llevaba, y decían ¡qué bonito! Pero sí, la gente sí. O ¡hola! O te saludan. O gente que no tiene nada que ver... que no es de tu familia, que no te trataba, que no te saludaba... Ahorita me saludaba y me preguntaban cosas [...] Pero la gente sí nos trata, nos trata bien. Nos ve... yo digo, que en dao caso sí nos ven como que... como así como triunfadores o como que sí la hicimos (Leonel, 40).

Paco: Pues me dan más importancia. Me gané más respeto con la gente y con mis amigos. Ya sus preguntas son diferentes a las que antes me hacían. Ya platico con ellos diferente [...] O sea que ellos ya no me hablan más golpeado... como antes. Ya me hablan más suavcito y yo también así les tengo que hablar. Ya no les hablo como antes.

—Entrevistadora: ¿qué es hablar golpeado?,

—Paco: golpeado, o sea con palabras más fuertes. Por decirlo así una palabra más agresiva, más grosera.

—Entrevistadora: ¿y ahora ya no le hablan así?

—Paco: ahorita ya le disminuyeron. Ya me hablan diferente

—Entrevistadora: ¿y por qué cree que se dio ese cambio?

—Paco: no sé. Piensan que porque tengo dinero o no sé qué se piensen; piensen que ya soy más importante o tengo que ser una persona de más respeto, por decirlo así. Así lo siento yo (Paco, 30).

Vía telefónica, los migrantes se enteran de lo que se dice de ellos en El Cardal y eso los reconforta, pero es más reconfortante cuando se le puede observar personalmente. En los relatos se percibe un sentimiento de orgullo por lo que han hecho y por el tratamiento diferencial que reciben a su regreso al pueblo. Pero no sólo son tratados en forma diferente, sino que ellos también actúan en correspondencia. Se distinguen al cambiar su forma de hablar o realizando favores que, posiblemente, no podrían haber concretado antes de irse.

El espacio público es donde con más frecuencia los varones muestran sus logros y desarrollan sus competencias. En lo que concierne al mandato de proveedor, la eficiencia se mide por la actuación en lo laboral y por los logros que de ello se deriven (Gilmore, 1994). Como en el caso de la migración es difícil evaluar el desempeño laboral a la distancia, la inversión en bienes visibles en la comunidad de origen cobra una relevancia fundamental para validarse y competir con otros hombres.

Pero ahorita lo que digo que yo soy de los primeros y creo que yo soy el que me voy atrasando más. Muchos que se vienen después y la van haciendo más que uno... que uno que ya está [...] Ya ahora que hay más gente acá, ya como que hay hasta competencia... Ya uno tiene que tener más cuidado, mandar más y hacer. Porque dicen: tienes mucho tiempo que estás allá y no has hecho mucho... Pasa que platicas allá y luego dicen: si éste se acaba de ir y... y ya está haciendo más, ya compró, ya tiene casa, terreno. Dije, pues son diferentes

suertes, yo, yo ahorro, yo no... no tengo vicios aquí [...] Uno sí, a veces está aquí y dicen aquel está ganando tanto y t'á haciendo. Lo que yo hice en dos años, él lo va a hacer en un año. Es como un poquito de competencia, vea. Pero la mera competencia te la hacen de allá, porque la gente comenta: oye aquel tiene bien poquito tiempo que hizo y... y que se fue y ya está haciendo muchas cosas ya (Leonel, 40).

Y de que malgaste yo el dinero aquí, mejor lo mando para allá. Y, y allí es a 'onde se ve que, que está uno trabajando bien [...] Y que julano mandó dinero para echarle otro piso a, a su casa. Que julano acá compró un juego de sala. No pues, si él lo hizo, pues, trabajando también, ¡allí va también! (Santiago, 30).

Ahorita que acaba de pasar el desastre este que hubo acá en Nueva York... ya mis padres me decían: ya vente mi'jo ya... Dios no lo quiera, te vaya a pasar algo por allá. Y yo veces pienso, digo: no pues, ya... estoy aquí y no he hecho mucho. Digo, no, yo me voy aguantar... Me voy aguantar, mejor... pues siento que al llegar allá sin nada, siento que las personas van hablar de mí: este... tonto 'tuvo allá en Estados Unidos y, y no hizo nada. Y es que está uno allá en México y piensa uno que, que aquí gana uno... que es fácil (Javier, 25).

Los ojos evaluadores de la comunidad están puestos en los que se fueron, porque son pocos y porque todos se conocen en el rancho. El tiempo que un varón con dependientes lleva en Estados Unidos debe correlacionarse de forma positiva con los adelantos realizados: a mayor duración de la migración, mayores deben ser las inversiones. Existe un supuesto implícito en que la migración sin mejoramiento económico implica un fracaso. El temor a regresar sin haber hecho lo suficiente es un aspecto reiterado en los discursos y señala la importancia de la comparación y la competencia

respecto de las inversiones logradas como condicionantes de las acciones migratorias de los hombres.¹¹

Para no ser calificado como “fracasado”, el lugar donde se invierta y el tipo de inversión son dos elementos que requieren ser tenidos en cuenta. Se afirma la importancia de mandar dinero a la comunidad de origen, ya que “allí” es donde se ve que se está “trabajando bien”. Y este “allí” puede interpretarse en dos sentidos: como indicativo de espacio físico, El Cardal, y como indicativo de una acción, la de mandar dinero y de invertirlo en bienes visibles.

Bajo la lógica de “necesaria” demostración pública del éxito migratorio, los varones pocas veces pueden descansar. La competencia se impone firmemente a fin de ratificar una y otra vez que es trabajador y buen proveedor. Y cuando no se cumple o no se puede hacer, no sólo parece necesario justificarse, sino enfatizar que no se tienen vicios que desvíen el dinero. Por eso, algunos espontáneamente se adelantan a cualquier conjetura acerca de su eficiencia y aclaran que también hay que considerar el factor “suerte”.

Es altamente gratificante escuchar elogios. Comentarios como los siguientes, son los que hacen sentir muy bien a los migrantes y sus familias. Los mismos constituyen, en palabras de Diego, “como una medicina que le inyectan a uno”.

En el pueblo de arriba, los que se han ido, les ha ido muy bien ¿verdad? Se han hecho unas casas muy bonitas y... que, que tienen una camioneta. Ya una persona que tiene aquí una camioneta, dice uno: ya es (Mora, 36).

¹¹ En ámbitos de mayor antigüedad migratoria se ha encontrado que los varones migrantes, a diferencia de las mujeres, refieren grandes deseos de regresar porque es en su comunidad donde se sienten “hombres libres”. En El Cardal, los varones aún no han podido realizarse como proveedores, lo cual aleja los deseos de volver en el corto plazo. En ese sentido, más allá de dónde se sientan más o menos libres o dónde se sientan más a gusto, priman el condicionante económico y el temor a la sanción social, reteniéndolos en Estados Unidos.

Ahora, fijate este muchacho que no sabe leer ni escribir... ponte que se haya traído, se me ocurre... voy a dar una cifra cualquiera ¿no? cincuenta mil pesos... Como me decía un cuñado de él, ¿aquí cuándo ve ese dinero? ¿cuándo? Pero ¡vaya! ¡Jamás! (Lito, 59).

Al reconocer y elogiar lo que los migrantes han logrado, se les coloca en otro lugar. Al “tener” alguien “es”; esta asociación, aunque nunca expresada con tanta claridad como por Mora, está implícita en la mayoría de las entrevistas realizadas. La misma apunta a la validación que un hombre adquiere a través de sus posesiones materiales. Y si migrando se ha logrado tener, migrando se ha logrado ser. Tal puede ser la importancia de la migración en términos de la masculinidad.

Antes de irse para Estados Unidos los migrantes no estaban en condiciones de competir con quienes “tenían”, con quienes sí “eran”: los “adinerados”. Estos últimos aparecen discursivamente estereotipados en los grandes propietarios de fincas y, menos frecuentemente, en los profesores/maestros.¹²

Yo llevé el carro y mucha gente que yo le caía mal decía: esa camioneta es de las que ya no quieren allá, que las tiran. Yo nomás decía: esta camioneta es camioneta aquí y es camioneta allá. Sí. Sí. Porque, y no es una porquería, es una ochenta y tanto. Esta camioneta aquí la ves y está bonita, la ves allá, pues, doble de bonita. Dije, envidia, dije... Y decían: no pues, yo tengo para comprarme una más nueva. Dije: que se la compren ¿verdá? Dije: yo no sé por

¹² Cabe mencionar que las fincas de los “adinerados” difícilmente exceden las 20 hectáreas, y que quienes tienen tales extensiones, no son más de cuatro hombres en El Cardal. Además de las fincas, son dueños de casas relativamente confortables y de camionetas. Los maestros o profesores, además de su salario, suelen también tener fincas, aunque mucho menos extensas que las de los productores de café, y sus viviendas son más sencillas.

qué no se la compran y no andan pidiendo que los lleven, dije. Yo tengo esa carcacha, pero son más y sí ando en ella, dije. Ellos tienen p'a comprar una buena, pero no se la compran (Leonel, 40).

Hay a veces que hablan bien de mí, ahorita que estoy acá. Porque... cuando se vienen las fiestas patronales de... de allí del pueblo, yo le mando, le digo a María que le dé cierto dinero a la Iglesia para comprar flores o eso... Y... por ahí no falta quien diga, ¡Silvio dio tanto dinero! ¡nunca han dao los que tienen dinero aquí nada, nunca nadie esa cantidad! [...] en El Cardal hay gente con dinero, adinerados, como los del Beneficio, pero no dan (Silvio, 31).

Se jactan de, de decir: ya ves... ese fulano lo que era. Y... ora el papá del fulano: nooo, ya mi hijo tiene una camioneta, ya esto, ya el otro, ya lo otro. O cuánto gana el profesor, y mi'jo gana más... Y se pavonean con eso (Roco, 28).

Es decir, además de competir entre ellos, los migrantes también lo hacen con hombres que antes se percibían como social y económicamente inalcanzables.¹³ A Leonel, la migración le permitió competir con esos que tienen dinero, pero no se compran una camioneta; a Silvio le sienta bien que lo comparen en la Iglesia con los que más tienen, pero no donan tanto dinero como él. En cambio, Roco, un importante productor de café, se molesta porque los migrantes se jactan de sus logros y pretenden igualarse. Las referencias o, al menos, dos grupos con estatus socioeconómico diferente aparecen claramente en estos ejemplos.

La competencia, entonces, no sólo se plantea en el ámbito de la masculinidad, sino en el estatus socioeconómico. Estos ámbitos se encuentran

¹³ En El Cardal, los estudios, el capital y hasta el apellido, cuentan a la hora de conseguir trabajo o de emprender un negocio. Una vez en Estados Unidos, no importa demasiado el nivel de estudios, ni el capital con el que se contaba; el éxito depende principalmente del trabajo.

íntimamente relacionados, ya que si la disponibilidad de dinero, o la posesión de bienes, son material y simbólicamente importantes para validarse masculinamente como proveedor, también son indicativos de la ubicación de cada uno en la estratificación social. En este sentido, la migración permite competir, al mismo tiempo, en ambos ámbitos; triunfar en uno llevará, muy posiblemente, a triunfar en el otro.

Ahora bien, ¿qué sucede con aquellos varones que no alcanzan a cumplir las expectativas del “deber ser” del proveedor?

Unos sí luchan hasta lo imposible por mandar para la casa y otros se van y se oye decir que no mandan nada, no se ve que hagan. Que porque no tienen trabajo... Qué sé yo... Por allá las aventuras son más fáciles (Emma, 36).

Claro que no falta... no falta gente de poco ímpetu... falderones [...] falderones. Chingao! Que no hacen nada. Uno los mira y no adelantan (Lito, 59).

Como ya mencioné, los cardaleños están atentos a los cambios visibles que los migrantes realizan. Cuando no se observan adelantos, emergen dudas acerca del esfuerzo y de las excusas que dan los migrantes, ¿será que escasean las oportunidades de trabajo, será que prefiere las “aventuras”, será que le falta ímpetu?

El incumplimiento de las obligaciones de proveedor se deriva de un ineficiente desempeño laboral en Estados Unidos. Para los cardaleños, este puede deberse, principalmente, a la efectiva falta de trabajo, a la imposibilidad física y también puede ser por una conducta “irresponsable”. A su vez, esta última puede obedecer a una característica “estructural” del hombre (esos que siempre han sido irresponsables) o a que no tiene el “carácter” apropiado para estar lejos de su familia.

Yo conozco gente muy cobarde. Estuvieron aquí hace poco unos amigos míos. Llegaron, no tenían dinero, no tenían trabajo... Yo fui a visitarlos... Y ¡oye! ¿tienen dinero p'a comer? ¿no?... Yo no tenía mucho dinero, pero les regalé veinte dólares a cada uno... p'a que se compren algo. Después no tenía trabajo uno y le di trabajo [...] Estaba muy arrepentido de haberse venido... porque le pensaba mucho a su familia... Y es que aquí se juntó con gente que los trató mal... Llegaron a vivir y los trató muy mal. No los comprendió. No los ayudó... Me contaban ellos que... enseguida hizo, hizo cuentas: que deben tanto. Y ellos sin trabajar [...] Pero aquellas personas se fueron... Uno sí tenía con qué sostenerse allá, tenía fincas... Pero el otro no tenía nada [...] Y no pagó deuda. Y dijo que iba a vender su casa para poder pagar. Entós, ¿qué ejemplo tú le das a tus hijos?, ¿qué ejemplo le das tú a tu familia?... Te vienes... estás aquí. Dios te dio permiso. Digo, Dios te dio permiso de llegar aquí, que hubo tanta gente que se quiere venir y no tiene cómo... o les sucede tantas cosas que no pueden llegar aquí... no logran su intención... Y ustedes que ya tienen, que ya están aquí y se les cierra el mundo ya estando aquí. ¡Hombre!... eso es no quererse uno mismo (Silvio, 31).

Los que vienen aquí un mes, seis meses, cinco meses, pues ¿qué tanto pueden hacer? Nada. Apenas la deuda y... y un poquito de dinero, yo creo que para... para ir frijoliando... pero no para decir... a que les entre una intención de... voy a poner un negocio o me voy a comprar un pedacito de tierra. Pues no, para nada. Vienen y con eso de que dicen que su mamá les dice que se vayan... Pero a todos nos dicen, hablamos y a todos nos dicen... Pero es decirles: oye, ¿me van a mantener?... ¿van a mantener a mi familia? Tiene uno que verlo [...] Hay un poco de cobardía porque... lo sentimental todos sí tenemos (Leonel, 40).

Para la mayoría de los entrevistados, volver pronto puede significar, no sólo no haber mejorado económicamente, sino empeorar al descapita-

lizarse y endeudarse (Hondagneu, 1994). Ahora bien, la crítica a quienes no permanecen el tiempo necesario en Estados Unidos, no sólo obedece a una racionalidad económica, sino que involucra otros aspectos, particularmente asociados con “falta de decisión”. Entonces, a la descapitalización y el endeudamiento económico, se le suma la sanción social por el “carácter débil”.

Dejarse vencer por los sentimientos no es una actitud masculina valorada. Quienes se muestran muy “sentimentales” son tomados como cobardes que no supieron tomar decisiones, máxime cuando recurren a una figura femenina para justificar su regreso; las obligaciones “deben” ser colocadas antes que los sentimientos. Como ya mencioné, esto no significa que los varones nieguen o menosprecien los afectos, sino que, y quizá por la misma importancia que le otorgan, consideran imperativo su control a fin de realizar sus cometidos.

“Falderones” y “cobardes” constituyen las mayores críticas registradas en mis entrevistas. Estas palabras insultantes no se asignan a los hombres que son poco eficientes en su rol de proveedor debido a que llevan una vida “aventurera” o “licenciosa”, sino a los “sentimentales”. Es interesante hacer notar que, aun cuando ambos grupos de hombres no cumplen exitosamente con su papel de proveedor, la razón por la cual no lo cumplen hace que la sanción sea mayor para los “sentimentales” que para los “aventureros”. Los gestos que acompañaban los relatos relacionados con cada caso, son sumamente demostrativos de lo que otros hombres sentían al respecto: mientras que acerca de los “irresponsables aventureros” se referían frecuentemente con una sonrisa que manifestaba un dejo cómplice, el enojo aparecía rápidamente ante los “irresponsables sentimentales”.

Los “aventureros” no cumplen con uno de los mandatos de la masculinidad, el rol de proveedor, pero no está puesta en cuestión su valentía ni su autonomía de decisión, a la vez que se los refiere con complicidad

en lo que respecta al ejercicio de su virilidad. Pero los “sentimentales”, además de no proveer adecuadamente, tampoco parecen cumplir con los otros aspectos. Desde el punto de vista de la masculinidad, estos últimos varones están descontados de la competencia; son los referentes de aquello que no se debe ser, ni hacer.

Sin embargo, aún los más criticados siempre tienen algo para argumentar a su favor.

La gente que cuenta chismes es porque te envidia. Pero en dado caso de que... entre más me toman en cuenta, dije, mejor, seña de que me envidian, ¿verdad?, Porque... sí, hay envidia... y también me gusta así (Javier, 25).

Bueno, es que hay gente que por ahí... se regresa con menos dinero. Se regresa pues... sin haber hecho cosas. Pero, luego, aunque la gente habla igual, le pueden decir: yo igual estuve por allá y tú no; yo sí conocí, y tú no conociste (Edgardo, 39).

Se le puede quitar importancia a la crítica al restarle peso al argumento contenido en la misma y poner énfasis en su carácter difusivo. “Los perros ladran, señal que andamos”, expresó sonriendo Silvio fuera de entrevista, como reacción ante una serie de críticas acerca de su eficiencia como proveedor. Es decir, más allá de lo bien o mal que se hable de ellos, ser objeto de conversaciones significa que se los conoce, que han adquirido fama, que no son intrascendentes.

Además, si no se ha logrado un buen papel en el rol de proveedor, se puede hacer uso de algún otro mandato o estrategia de la masculinidad para excusarse. Haber emprendido una empresa novedosa, haber cruzado una frontera internacional cuando pocos son los que han salido de Veracruz, haberse arriesgado en el cruce de la frontera y haber conocido

Estados Unidos, entre otros, son aspectos que agregan elementos de validación. Así, la migración brinda otras alternativas para validarse cuando el mandato de proveedor no ha sido eficientemente desempeñado.

Consideraciones finales

El mandato masculino de proveedor no puede ser disociado de las condiciones del mercado de trabajo en el cual se lo ejerce. Pero los hombres legitiman su migración no sólo en la crisis económica que afecta a Veracruz y en las posibilidades que ofrece Estados Unidos, sino en la división sexual del trabajo existente. Los hombres son percibidos y se perciben a sí mismos como los encargados de suministrar el bienestar económico a la familia. “¿Quién debe migrar?” no es una pregunta que ocupe demasiada atención en las parejas cardaleñas. Si se migra para trabajar y proveer, y el encargado de ello es el varón, será él quien migre. Así, la migración cumple el importante papel de vehículo para transitar de una situación económica y masculina no satisfactoria, a otra que se espera sí lo sea, lo cual, además, les permite no ceder a la inserción laboral de sus cónyuges.

En otras palabras, la estructura económica y la de género se configuran, asociadamente, como importantes condicionantes de la migración de los varones adultos. Al mismo tiempo, conjuntamente condicionan los ámbitos a partir de los cuales se evalúa el resultado de la empresa migratoria, ya que las inversiones visibles resultantes permiten no sólo competir en el terreno de la masculinidad, sino en el ámbito del estatus socioeconómico.

Dentro del grupo de los varones adultos, protagonistas de este artículo, dicho estatus es una variable que permite diferenciar y jerarquizar al menos dos masculinidades: la de los “adinerados” y la de los “migrantes”. Considero que los cardaleños “adinerados” tienen características “hegemónicas” que

los colocan en un lugar privilegiado en la jerarquía masculina (Connell, 1997), ya que encarnan un modelo masculino que provocan imitación y/o deseos de igualación en otros varones.

Ahora bien, el carácter hegemónico de una masculinidad siempre está en disputa (Minello, 2002). Los elementos presentados sugieren la existencia de una incipiente disputa entre los “adinerados” y los que aspiran a serlo (los migrantes). La llegada de la migración está comenzando a desdibujar la delimitación entre unos y otros. No sólo los migrantes están consiguiendo, poco a poco, reunir el dinero necesario para igualarse o superar a los “adinerados”, sino que han emprendido una empresa (la migratoria) simbólicamente difícil de igualar quedándose en El Cardal. Además, aun cuando los migrantes son numéricamente minoritarios, están promoviendo deseos de imitación. Entonces, si la producción de dicho deseo es una de las mínimas y primeras condiciones que debe cumplir una masculinidad para aspirar a legitimar y reproducir su modelo, considero que el proceso que conduce a la disputa de la hegemonía masculina ha comenzado.¹⁴

Ahora bien, al interior de los propios migrantes también es posible establecer diferenciaciones, como he mostrado en las páginas anteriores. Más específicamente, si bien las percepciones y acciones relacionadas con el mandato de proveedor encuentran grandes regularidades entre los entrevistados, también se han puesto de manifiesto contrastes en los esfuerzos

¹⁴ Sin embargo, además del estatus socioeconómico, otros elementos que legitiman a los adinerados deben tenerse en cuenta, tales como su lugar de dirigentes políticos y autoridades del rancho, sus nexos con actores políticos municipales, así como su capacidad de influenciar en la distribución de servicios y programas sociales. Es decir, los migrantes tienen un largo camino que recorrer para posicionarse como masculinidad hegemónica. Aun así, en contextos migratorios de mayor antigüedad se encuentran ejemplos en los cuales los migrantes se logran ubicar mejor no sólo en términos socioeconómicos, sino también en el quehacer político y organizativo de sus comunidades entre otros lo cual bien puede acompañarse por un mejor posicionamiento en las jerarquías de la masculinidad.

laborales y logros realizados, en el lugar ocupado y disputado en la competencia, en los motivos por los cuales se ha cumplido, o no, con el mandato, entre otros aspectos. Sin embargo, cobra importancia no confundir diferentes grados de validaciones de prácticas masculinas con distintos tipos de masculinidades. Es decir, haber demostrado ser “buen proveedor”, no necesariamente ubica a un varón en una determinada masculinidad. Si bien no hay una “receta” para distinguir una masculinidad de otra, considero que una forma de comenzar a diferenciar masculinidades es en función de las expectativas y de los condicionantes que pesan sobre cada grupo de hombres. Por ello es que este aspecto de jóvenes y adultos, la “adinerada” y la “migrante”, pueden ser distinguidas; precisamente, porque sus diferencias de expectativas y condicionantes, derivadas de la etapa de la trayectoria familiar transitada y del estatus socioeconómico, no son sutiles. Cuando las diferencias tienen un mayor grado de sutileza, la distinción puede ser arriesgada, corriéndose el riesgo de confundir una masculinidad con un “estilo de vida” (Connell, 1997) y/o de perder su carácter colectivo (Minello, 2002).¹⁵

Entonces, en lugar de proponer la existencia de diferentes masculinidades al interior del grupo de los migrantes, considero apropiado señalar que, en función de la mayor o menor adecuación a las expectativas sociales derivadas del “deber ser” del mandato de proveedor, los migrantes adultos logran más o menos validación social como proveedores. Ahora bien, lograr validación en el mandato de proveedor no necesariamente acarrea validación en la masculinidad, ya que esta última no se acota al mandato

¹⁵ De ninguna manera quiero dar a entender que las diferenciaciones que propongo sean las únicas pertinentes. No sólo es evidente la existencia de otros diferenciadores no sutiles (tal como el origen étnico), sino que también puede ser pertinente la distinción de masculinidades en función de factores de mayor sutileza. Ello deberá establecerse de acuerdo a las características del contexto analizado y de los alcances de la investigación.

de proveedor, ni la validación en dicho mandato puede disociarse de la actuación conseguida en otros, ni aislarse de las acciones de otros actores (y actoras) claves, ni de las características del contexto histórico específico. En este sentido, si bien el mandato de proveedor es uno de los estructuradores más importantes de la vida de los varones adultos, el análisis de la masculinidad requiere un abordaje multidimensional.

Obras consultadas

- Ángeles Cruz, Hugo (comp.) (2005), *La población en el sureste de México*, México, Somede y ECOSUR.
- Ariza, Marina (2002), “Migración, familia y transnacionalidad en el contexto de la globalización: algunos puntos de reflexión”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 64, núm. 4.
- Bourdieu, Pierre (2000), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- Burin, Mabel e Irene Meler (2000), *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós.
- Chávez Lomelí, Ana Margarita, Carolina Rosas y Patricia E. Zamudio Grave (2005), “El fenómeno migratorio en el estado de Veracruz: transformaciones, consecuencias y retos”, en Hugo Ángeles Cruz (comp.), *La población en el sureste de México*, México, Somede y ECOSUR.
- Connell, Robert (1998), “El imperialismo y el cuerpo de los hombres”, en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso.
- (1997), “La organización social de la masculinidad”, en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades. Poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis y Flacso.

- Deutschendorf, Harvey (1996), *Of Work and Men: How Men can Become more than their Careers*, Minneapolis, Fairview Press.
- Fuller, Norma (1997), “Fronteras y retos: varones de clase media del Perú”, en Valdés, Teresa y José Olavarría, *Masculinidades. Poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis y Flacso.
- García Zamora, Rodolfo (2004), “Migración internacional y desarrollo local: una propuesta binacional para el desarrollo regional del sur de Zacatecas”, *Seminario Permanente sobre Migración Internacional: Nuevas Tendencias y Nuevos Desafíos*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- Gilmore, David (1994), *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Buenos Aires, Paidós.
- Hondagneu Sotelo, Pierrette (1994), *Gendered Transitions. Mexican Experiences of Immigration*, Berkeley, University of California Press.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2000), *XII Censo General de Población y Vivienda 2000. Tabulados de la muestra censal. Cuestionario ampliado*, México, INEGI.
- Jonas, Susanne (2001), “The Process of Building Trans-Regional Migrant Advocacy Networks: Guatemalan and Salvadoran Experiences”, Ponencia en *Seminario Permanente sobre Migración Internacional: Migración y fronteras*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- Luco, Alfonso (2001), “El sexo imaginario”, en José Olavarría (ed.), *op. cit.*
- Martínez Flores, Alexandra (2001), “Para los hombres las heridas son flores. Trabajo, cuerpo y memoria en Pindal”, en Xavier Andrade y Gioconda Herrera (eds.), *Masculinidades en Ecuador*, Ecuador, Flacso, UNFPA.
- Mauro, Amalia, Kathya Araujo y Lorena Godoy (2001), “Trayectorias laborales masculinas y cambios en el mercado de trabajo”, en José Olavarría (ed.) (2001a), *Hombres: identidades y violencia. II Encuentro de Estudios de Masculinidades*, Santiago de Chile, Flacso, UAHC y Red de Masculinidades.

- Minello, Nelson (2002), "Masculinidades: un concepto en construcción", *Revista Nueva Antropología*, vol. XVIII, núm. 61.
- Mummert, Gail (1992), "Dios, el norte y la empacadora: la inserción de hombres y mujeres rurales en mercados de trabajo extralocales", *Ajuste estructural, mercados laborales y TLC*, México, Colmex, Colef y Fundación Friedrich Ebert.
- Oehmichen Bazán, Cristina (2000), "Las mujeres indígenas migrantes en la comunidad extraterritorial", en Barrera Bassols y Oehmichen Bazán (eds.), *Migración y relaciones de género en México*, México, Gimtrap y IIA/UNAM.
- Olavarría, José (ed.) (2001a), *Hombres: identidades y violencia. II Encuentro de Estudios de Masculinidades*, Santiago de Chile, Flacso, UAHC y Red de Masculinidades.
- Olavarría, José (2001b), *¿Hombres a la deriva? Poder, trabajo y sexo*, Santiago de Chile, Flacso.
- Rodríguez Herrero, Pedro (2001), "1988-1998: el cambio estructural en la economía veracruzana", *Notas de INEGI*, núm. 11, febrero.
- Rosas, Carolina (2006), "Experiencias de varones en la migración: algunas diferenciaciones inducidas por la trayectoria familiar y el estatus socio-económico", *II Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población*, Guadalajara, 3 a 5 de septiembre, versión internet.
- _____ (2004), "Remesas y mujeres en Veracruz. Una aproximación macro-micro", en Blanca Suárez y Emma Zapata (coords.), *Remesas. Milagros y mucho más realizan las mujeres indígenas y campesinas*, vol. II, México, Gimtrap.
- Seidler, Víctor (1995), "Los hombres heterosexuales y su vida emocional", *Debate Feminista*, año 6, vol. II.
- Suárez, Blanca y Emma Zapata (coords.) (2004), *Remesas. Milagros y mucho más realizan las mujeres indígenas y campesinas*, vol. II, México, Gimtrap.

Valdés, Teresa y José Olavarría (eds.) (1998), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso.

_____ y José Olavarría (1998), “Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo un mismo modelo”, en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Santiago de Chile, Flacso.

_____ (eds.) (1997), *Masculinidades. Poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis y Flacso.

Zamudio Grave, Patricia E. (1999), *Huejuquillense Immigrants in Chicago: Culture, Gender and Community in the Shaping of Consciousness*, tesis doctoral, Illinois, Northwestern University.

Trabajo y subjetividad masculina

Salvador Cruz Sierra*

La estrecha relación entre las condiciones sociales, económicas y políticas con la forma en que las personas significan, asimilan, manejan y reproducen dichas condiciones, lleva a plantear una débil y artificial división entre el mundo externo y el mundo interno del individuo. Si la subjetividad está conformada por la afectividad, la intelectualidad y los contenidos y métodos de pensamiento, como apunta Lagarde (1997), se entendería que un canal por el que dicha subjetividad se expresa está en las formas de sentir, en las emociones y afectos de hombres y mujeres. Pero dicha subjetividad y vida emocional en que se expresa tiene que ver con la división sexual del trabajo y, particularmente en el caso de los hombres, fundamentalmente, con la ocupación laboral, misma que representa el medio por el cual obtienen los recursos que les permite desempeñar uno de sus roles principales, el de proveedores.

En la sociedad mexicana han existido transformaciones muy importantes, pero también se han profundizado problemáticas sociales preexistentes, como la cada vez mayor carencia y pérdida de empleos, situación que afecta particularmente a los hombres. Por ello, resulta apremiante analizar las repercusiones de las actuales condiciones socioeconómicas en

* Profesor investigador de El Colegio de la Frontera Norte (Colef), con sede en Ciudad Juárez.

la vida de los hombres y en las relaciones que establecen con las mujeres. El presente ensayo tiene el propósito de reflexionar sobre las implicaciones que tienen los ajustes del rol de proveedor en dos aspectos de la subjetividad masculina: en la identidad y en su vida emocional. Para dicha reflexión se toma información de un trabajo más amplio sobre intimidad masculina (Cruz, 2006). Específicamente se retoma material vertido en un grupo de discusión de hombres adultos, de clase media, profesionistas y habitantes de la Ciudad de México.

Es innegable que la vida concreta y cotidiana de hombres y mujeres tiene relación y, por ende, se ve afectada por los cambios macrosociales. La influencia del capital económico en nuestra sociedad, en su clara tendencia hacia la consolidación de los grandes consorcios internacionales y hacia el empobrecimiento de la mayoría de la población, ha incrementado el desempleo en las últimas décadas, una sobreoferta de profesionistas y competencia laboral de hombres y mujeres por los escasos empleos.

La crisis de empleo y las implicaciones en la forma que los hombres viven su masculinidad no se reduce a un problema personal como tampoco es un asunto exclusivamente de carácter estructural, sino que implica la relación entre ambos, determinadas condiciones económicas, sociales y culturales, así como una forma de asumir y resignificar dichas experiencias. Es decir, la persona concreta no se realiza más que en la dimensión social, económica y política que le asigna sus límites (Augé, 1996).

La economía mundial representa un factor que ha agudizado la explotación de hombres y mujeres, pero particularmente ha tenido un mayor impacto negativo en el caso de los primeros, sobre todo en los casos de países como el nuestro, en donde la reproducción de roles —hombre-proveedor, mujer-ama de casa— se ha mantenido con ligeros cambios. El Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) ha

reportado que al 2002, 74% de los hogares del Distrito Federal corresponden a jefaturas masculinas, y 26% a jefaturas femeninas. Asimismo, a la misma fecha, los jefes de familia contribuyen con 46.1% del ingreso al hogar, el cónyuge con 21.3% y los hijos(as) con 26.3%.¹

Los datos anteriores nos indican, por una parte, que la función de proveedor del hombre sigue siendo importante, pero por otra parte, también se observan cambios cualitativos muy importantes en torno al incremento de jefaturas femeninas, a la menor capacidad de los hombres para cubrir por ellos mismos las necesidades de manutención de la familia.

El capitalismo no está garantizando la reproducción de los roles tradicionales proveedor/ama de casa, dado que no puede pagar el sueldo de un hombre para que mantenga por él sólo a la familia, y la esposa se dedique a la crianza y educación de los hijos; ahora tiene que explotar la mano de obra femenina para disminuir costos y que los productos sean competitivos en el mercado global, aunque los hombres adultos en su mayoría, hasta hoy, siguen desempeñando el papel de proveedores.

El peso del rol de proveedor tiene implicaciones en la vida personal de los hombres. La imposibilidad de desempeñar a cabalidad el lugar y papel asignado socialmente repercute en la identidad masculina, en su vida emocional, en la autoestima y en las relaciones interpersonales que establecen con las mujeres y con otros hombres, es decir, en la subjetividad masculina.

La vida contemporánea, en tanto genera nuevos requerimientos para la convivencia en pareja, para el ejercicio de la paternidad, para la vida sexual y afectiva de hombres y mujeres, está propiciando, según se observa en algunos hombres, incompatibilidad de lo que se demanda con los cambios y las condiciones adversas prevalecientes, que dificultan desempeñar los roles para los cuales fueron educados.

¹ Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH), 2002.

El rol de proveedor y la actividad productiva no representan simplemente un papel social que el hombre tiene que desempeñar, sino estos se enmarcan en un sistema de organización social determinado por la cultura de género; particularmente, juegan un papel fundamental en la reproducción de la división sexual del trabajo. División que marca la función social que los hombres están destinados a cumplir para la reproducción del sistema patriarcal y capitalista.

Estos importantes instrumentos del sistema social patriarcal marcan en los cuerpos, en las identidades y en las subjetividades, sensibilidades, formas, posiciones y respuestas recíprocas y de relación que reproducen la asimetría entre hombres y mujeres. Se podría incluso decir que encausan el deseo (Izquierdo, 2003; Dimen, 2003).

La división sexual del trabajo fracciona la vida sentimental de las personas y marca roles afectivos para cada género. A los hombres se les sigue asociando prioritariamente a los roles públicos e instrumentales, y a las mujeres a roles privados, estéticos y afectivos, vigentes aún en la actualidad. Es decir, la división sexual del trabajo produce una división y asimetría sexual de los roles afectivos (Lipovetsky, 1999, p. 19). Dicha división, hasta hoy, sigue reproduciendo el reproche de las mujeres hacia los hombres por su inhabilitación en los aspectos sentimentales y los hombres considerando a las mujeres como enigmáticas y contradictorias, imprevisibles y “complicadas”, impulsivas e “invasoras” (pp. 25-34).

La división sexual del trabajo especializa o habilita a hombres y mujeres en diferentes aspectos que seguramente van más allá de lo instrumental en los hombres y lo afectivo-emocional en las mujeres. Lo más visible y presente en las prácticas es que la división sexual del trabajo modela a las mujeres mediante la infraestructura doméstica en el ser para otros, en la atención y el cuidado de pareja e hijos(as), y a los hombres su actividad laboral les permite conseguir los recursos materiales para garantizar la

sobrevivencia de su familia (Izquierdo, 2003). Esto a su vez los aleja del cuidado de su propio cuerpo y de los que dependen de él, así como de experimentar su vida emocional de forma más amplia y abierta, pues este aspecto está delegado a las mujeres.

El impacto de la división sexual del trabajo en la subjetividad de las personas, según Izquierdo, construye la subjetividad femenina orientada al cuidado, a la conexión con los demás, a la disposición a satisfacer las necesidades ajenas, mientras que al hombre lo hace dispuesto a realizar sus objetivos, a eliminar obstáculos para conseguirlos, a movilizarse en la defensa de los más débiles. En suma, construye una subjetividad movilizadora hacia la provisión y la protección, el hombre que desempeña el rol de proveedor o como ella le llama “ganador de pan”. Su motivación, atención y satisfacción están puestas en “proporcionar a la familia todo lo que necesite, defenderla de las amenazas exteriores, triunfar ante las adversidades, vencer a los rivales, ser capaz de realizar los propios objetivos” (Izquierdo, 2003, p. 6). Es decir, se conforma una *ética del trabajo* que le impulsa a salir y competir con otros hombres para conseguir el ingreso familiar, enfrentándose a amenazas y riesgos.

Desde el punto de vista psicológico, en el caso de los hombres, se configura una subjetividad asertiva, orientada a la consecución de objetivos, no tan dependientes de las valoraciones que los demás pueden realizar de su persona, como de hacer lo que se propone. Las actividades productivas o el producto de su trabajo, los medios económicos, son más una vía para conseguir lo que quieren y menos el modo de despertar el amor y respeto de los demás. Lo que le proporciona afirmación personal es el dominio de la realidad, no la opinión de los demás sobre lo que hace o es.

Si los hombres son habilitados en la producción y control del dinero, y las mujeres en la afectividad, y si se considera que los hombres han sustentado su poder en la disposición de los recursos materiales y económicos,

con los cuales podían comprar amor y sexo, el trabajo representa el medio que les permite ser reconocidos como exitosos, tener acceso a los recursos y mantener una posición de poder y prestigio simbólico y económico. De lo contrario, esta situación puede generar frustración ante la posibilidad de representar la autoridad máxima en la familia, de que sea cuestionada su autoridad y de ser vistos como hombres débiles, con falta de carácter o femeninos.

La actividad productiva representa el medio por el cual los hombres pueden desempeñar su papel de proveedores, cumplir la función social que les fue asignada. Por ello, resulta tan importante la actividad laboral que desempeñen, dado que esta determina la posición que cada hombre ocupa en la escala social, marcando una distinción, no sólo respecto a las mujeres, sino también con relación a otros hombres.

La posición de privilegio que la sociedad les otorga a los hombres tiene efecto en el poder que, como colectivo, pueden ejercer en momentos determinados. Si bien la dominación masculina da cuenta de estructuras de relaciones sociales que posibilitan un predominio de los hombres sobre las mujeres, hijos y ancianos, y una supremacía de lo masculino, los hombres concretos de carne y hueso pueden, en forma individual, ejercer mayor poder sobre otros, pueden usar el traje de patriarca y hacer valer sus privilegios (Izquierdo, 1998), sin embargo, no es lineal ni automático, pues también otras categorías de distinción social determinan circunstancias y condiciones que ubican a hombres y mujeres en posiciones particulares y recursos específicos para ejercer determinado poder, y una posición clave es el lugar en la producción, es decir, en el trabajo (Connell, 2003).

Para visualizar de manera concreta las situaciones de algunos hombres ante los ajustes de los roles sociales, me permito retomar los testimonios de cinco hombres con el propósito de que nos sirvan de pretexto para reflexionar sobre la relación entre las condiciones socioeconómicas y la vida

personal, e incluso subjetiva, de los individuos, que lejos de pretender generalizar simplemente nos posibilite ejemplificar.

Los entrevistados son:² Fabián, un hombre de 43 años, comunicólogo, casado y con una hija, labora por su cuenta en proyectos temporales. Se encuentra en proceso de divorcio de una relación de 20 años y en la cual su esposa siempre ha participado en el ingreso familiar. Alberto tiene 47 años, soltero, estudió la licenciatura en letras y labora en la edición de publicaciones. Ha establecido pocas relaciones de pareja, y la última y de mayor duración ha sido de cinco años, fue con una mujer divorciada e independiente económicamente. Juan tiene 47 años, con estudios de doctorado en el área social, labora como asesor de proyectos sociales. Mantiene una relación de 25 años y tiene dos hijos. En los últimos años su esposa se ha reincorporado al mercado laboral. Ángel tiene 45 años, es funcionario de una institución pública, ha iniciado sus estudios de doctorado en el área social y lleva 10 años en su segundo matrimonio. No tiene hijos y por el momento aporta el mayor ingreso al hogar en virtud de que la pareja está realizando estudios de doctorado. Finalmente, Pedro tiene 39 años, tiene estudios de maestría y es profesor de educación media. Se encuentra en su segundo matrimonio con una joven de 19 años, la cual dejó la escuela para dedicarse a la crianza de su primer hijo.

Dentro de los datos que arrojó el grupo de discusión,³ se observa que los hombres tienen conciencia de las condiciones económicas actuales y la repercusión en su vida de pareja. Identifican los cambios económicos en

² Cabe señalar que se han utilizado seudónimos para mantener el anonimato de los entrevistados.

³ Los grupos de discusión se utilizaron en razón de que constituyen un dispositivo que permite reconstruir el sentido social en el seno de una situación grupal-discursiva. Es decir, los grupos de discusión reconstruyen los sistemas de representación del objeto de estudio, siempre en su carácter colectivo.

el país y los cambios intergeneracionales en torno a la educación que recibieron de sus padres y el actual vínculo con sus hijos, así como los ajustes que han tenido que enfrentar en sus relaciones de pareja. Asimismo, el grupo logra establecer algunos puentes entre las condiciones socioeconómicas con sus situaciones personales particulares.

a) A partir de los aspectos vinculados con la identidad, se observa que el rol de proveedor continúa siendo vigente y de suma importancia para los hombres. La educación que recibieron de su familia, particularmente de los padres, marcó de forma importante su propia concepción de ser hombre y de las funciones que deben desempeñar, así lo comentan los entrevistados:

Nosotros fuimos criados con esos patrones, donde el padre era el proveedor, la madre se quedaba en casa, la madre atendía necesidades no solamente de enfermedades sino también de educación, afectivas, ahí se estaba prácticamente la madre, paralelamente con la escuela inculcando valores, ahora ya no hay nada de eso (Ángel).

Por la edad de los hombres entrevistados, los modelos que exigía la cultura de género, correspondiente a esa generación, eran más apegados a los roles estereotipados y a una división sexual del trabajo más rígida. Sin embargo, a pesar de que predomina en ellos la idea de que los tiempos pasados fueron mejores, se reconocen los costos, los sacrificios y los sufrimientos que traía consigo el modelo tradicional de familia, padre-proveedor/madre-ama de casa, sin restar importancia a la valoración que hacen de la fortaleza, la responsabilidad y la consistencia que aprendieron de ambos padres, lo que les permite a la vez cuestionarse sobre la educación que están dando a los propios hijos.

Por lo tanto, la función de proveedor sigue constituyendo un elemento importante en la concepción del ser hombres, al menos a nivel del imaginario social, dado que en la práctica no necesariamente la consigna social se lleva a cabo; por ejemplo, la pareja de Fabián es la que ha sostenido el ingreso principal y de forma constante para la manutención de la familia. Es decir, la división sexual del trabajo, si bien ha presentado ajustes a las funciones que actualmente desempeñan hombres y mujeres, no ha llegado a transformar la subjetividad masculina del sentido de proveeduría y de protección hacia la familia, por lo que sigue formando parte fundamental de la identidad de género masculina. Sin embargo, los hombres sí reconocen los costos y las dificultades que las condiciones económicas actuales imprimen para el adecuado desempeño del rol de proveedor, así como el anhelo de cambio en estas consignas.

Hay arquetipos en los roles, porque el hombre siempre ha asumido el rol de proveedor, de jefe de familia. Entonces es difícil desprenderse de eso. Hay una situación de identidad muy profunda, pero está la posibilidad de que caminemos juntos, y se desprenda uno de estas cosas, de que no eres tú el hombre y vas a tener que mantener (Juan).

Una de las nuevas situaciones que están generando las condiciones sociales actuales, particularmente en torno a las cuestiones laborales es la competencia entre hombres y mujeres, e incluso dentro de la misma pareja. Dicha competencia no sólo genera confrontación y violencia, sino también baja autoestima. Su autoestima, basada en el ser “exitoso”, cuando el éxito se mide en términos de poder económico se ve seriamente afectada. Si consideramos que el valor que las mujeres se atribuyen a sí mismas está en función del cuidado y atención que tienen hacia sus parejas, hijas e hijos; en los hombres estaría en el cubrir las necesidades materiales básicas de

la familia. El desempleo, la falta de oportunidades y el incremento de la competencia, ubica a los hombres en situaciones de mayor incertidumbre, impotencia y desolación que generaciones anteriores, y por ende, implicaría un daño a su autoimagen y a su autoestima.

Vivimos más confrontados, más en la competencia por la sobrevivencia sin calidad, vivimos más confrontados en el entorno amplio de la relación con el otro sexo, y lo vivimos adentro [...] Estamos dándonos de codazos para llegar primero, encontrarnos en la vida cotidiana y confrontarnos nuevamente, es decir, hay mucha densidad, mucha violencia, mucha competencia irracional (Juan).

La carencia de empleos, los bajos salarios, el incremento del ingreso de las mujeres al mercado laboral, la competencia entre hombres y mujeres, hace que los hombres se vean confrontados ante la imposibilidad de ser los jefes del hogar, los que ostentan la autoridad y control sobre la esposa e hijos(as). El impacto en la identidad masculina se podría pensar ante la cada vez mayor falta de compromiso de los hombres en las relaciones de pareja, el aumento de la violencia hacia las mujeres y, en algunos y en el mejor de los casos, en los cuestionamientos y replanteamientos que algunos de ellos están elaborando sobre su lugar y papel dentro de la sociedad.

Si un eje fundamental de la identidad masculina ha sido el trabajo — mismo que proporciona los recursos materiales y económicos para hacer que los demás dependan de él— y este falta o es reducido el producto económico derivado del mismo, los hombres se ven imposibilitados para ejercer su plena autonomía y autoridad.

Con muchos costos y broncas pude encontrarme con mi compañera, saber que ella es independiente de mí (Juan).

Son transformaciones, si tú en un momento dado obligas a tu mujer a tener relaciones sexuales contigo pues ya te vas a la cárcel si ella te denuncia, las relaciones se van regulando en otro sentido con tu pareja o con los hijos (Pedro).

El impacto en la identidad de los hombres afecta directamente la autoestima, independencia, vida emocional y relaciones con las mujeres. La división sexual del trabajo y la vigencia de los roles sigue reproduciendo una división sexual de los roles afectivos entre hombres y mujeres, y ante la actual cultura de género, el cuestionamiento y ajuste de los roles sociales, los hombres presentan mayor desgaste emocional.

b) Con relación a la vida emocional de los hombres, se observa que la relación con el género opuesto está planteando nuevos retos para los hombres, particularmente en sus relaciones de pareja. A pesar de la vigente importancia que el rol de proveedor tienen para los hombres y las mujeres, el incremento de las jefaturas femeninas y la mayor participación de las mujeres en el ingreso del hogar, permite pensar en una flexibilización de los modelos dominantes de género.

Dicha flexibilización ha posibilitado, por una parte, un relajamiento del modelo de masculinidad tradicional, que implicaba una mayor rigidez en cuanto a no mostrar determinados sentimientos, ser el proveedor absoluto o no mostrar vulnerabilidad en ningún momento. Los entrevistados señalan que el ser proveedor exclusivo ha representado una enorme carga, no sólo material sino también psicológica, dado que además de proveer deben de ser los responsables, protectores y guías de las mujeres. Ello ha representado motivo de fuerte desgaste emocional. Algunos hombres ante esta situación sienten mayor alivio al compartir la responsabilidad de la manutención con la pareja o simplemente verbalizarlo. En este sentido, esperan mayor

participación de las mujeres, aunque en algunos casos señalan no encontrar respuesta, cuestionando el que ellas mismas adopten el rol tradicional.

Yo asimilé que era responsable de ella, que yo tenía que decirle por dónde vivir, que yo tenía que mantenerla, y eso en el fondo lo que me generó fue de la chingada, ¿y yo por qué la tengo que dirigir? (Alberto).

De igual forma, los hombres consideran que otro de los costos del rol de proveedor es la imposibilidad de tener mayor contacto con sus hijos e hijas. Al parecer, el sentido que ha adquirido la paternidad en las últimas décadas ha permitido una experiencia afectiva nueva y gratificante que posibilita un mayor acercamiento entre padres e hijos(as). Representa esta una relación afectiva que no está cruzada por el temor o miedo de abandono, de manipulación o de control.

En la vida emocional de los hombres, diversos aspectos se ven involucrados ante la imposibilidad de establecer mayor acercamiento y de ser más afectivos con las mujeres y con otros hombres. En los vínculos afectivos, la confianza representa un elemento fundamental; esta difícilmente puede estar presente en condiciones de inestabilidad, competencia con las mujeres y, fundamentalmente, en relaciones caracterizadas por una asimetría de poder. Tradicionalmente el hombre ha percibido a la mujer como un peligro, en tanto son depositarias de la vida afectiva de la pareja, lo que a juicio de los hombres, les confiere una herramienta y fortaleza que puede ser utilizada para la manipulación y control de los mismos. El hombre evita y se niega al acercamiento y al compromiso por temor a ser objeto de poder de otro, en este caso, de una mujer.

Ahí hay muchas reservas, porque el abrirse es delicado, el que se abre se desprotege de alguna manera, a veces cosas que sepa tu pareja te perjudican (Ángel).

La falta de confianza, tanto en términos de la obtención de recursos económicos como de la estabilidad con la pareja, dificulta a los hombres establecer una mayor cercanía emocional y un mayor compromiso con las mujeres, entre otros aspectos posibles. Si los hombres ocupan una posición social que les genera mayores privilegios y mayores recursos para un ejercicio de poder sobre otros, dicha posición también implica hacerse de protecciones que le resguarden del riesgo de perder dicha posición. Por lo tanto, el mostrar sentimientos vulnera su sentido de virilidad y por ende, el de su poder.

Si bien, los hombres han sido habilitados más en la racionalidad y en términos instrumentales, al logro de objetivos concretos y prácticos, resulta difícil cubrir la demanda para una mayor intimidad. Aunado a los aspectos culturales que asocian la afectividad con la femineidad, las condiciones económicas limitan aún más la intimidad dado que vulneran en mayor medida la condición masculina ante el sexo opuesto que continúa con expectativas muy altas del “sexo fuerte”.

Consideraciones finales

Las transformaciones en la economía, en el empleo y en las condiciones sociales actuales, como resultado de las consecuencias de la globalización han afectado también la masculinidad, provocando creciente inconformidad, miedos, angustia y violencia derivada de la falta de acceso al trabajo para una buena proporción de los hombres.

Los hombres hacen constante mención a la importancia de los roles sociales, particularmente el rol de proveedor, pero en un sentido de cambio, de ajuste y de transformación. No obstante, lo que denota es su vigencia y una gran importancia de las prescripciones de género en la identidad masculina. Si bien estos roles están fuertemente cuestionados, continúan

teniendo mucho peso en sus vidas: en la forma de vincularse con las mujeres, en las relaciones de competencia con otros hombres, en las maneras de vivir la intimidad, y en el desgaste emocional ante la dificultad de mantener una imagen “adecuada” ante las demás personas. Es decir, se observa en los testimonios que los hombres cuestionan los roles pero que siguen teniendo una gran presencia e importancia en su imagen, en su identidad y en sus relaciones sociales.

La no sinceridad, hipocresía, desconocimiento, falta de transparencia y desgaste de energía emocional son algunos de los malestares que expresan los hombres. Están cuestionando diversos aspectos de la masculinidad tradicional, son conscientes de la necesidad de sentir y expresar los sentimientos, algunos se están comprometiendo a compartir las tareas de la casa y disfrutar la crianza de los hijos, sin embargo, no están presentes las condiciones para que se puedan generar cambios rápidos y sustantivos. Las nuevas formas de organización de la economía no están garantizando el lugar de los hombres como proveedores y responsables de la familia.

Los hombres saben que están inmersos en un momento de cambios y transformaciones, pero también de muchas continuidades, resistencias y ajustes. Coexisten avances, permanencias, retrocesos e impredecibilidad, igualdad en ciertos aspectos, pero diferencias o asimetrías en otras, o simplemente ambivalencias respecto hasta dónde se permitirá una verdadera igualdad o equidad entre hombres y mujeres.

Los acelerados ritmos de la economía y los cambios sociales y culturales tienen implicaciones en la identidad y vida emocional de los hombres. Particularmente los hombres requieren de mayor acoplamiento a las actuales demandas y requerimientos para una vida más justa y equitativa para todos. Las relaciones democráticas necesitan un clima propio para el libre desenvolvimiento de las personas como seres íntegros y dignos de respeto.

Obras consultadas

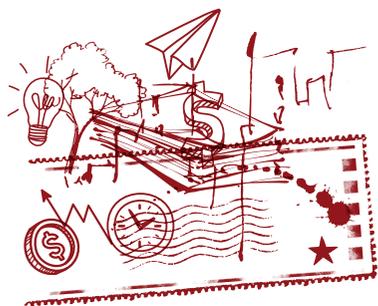
- Almeyra, Guillermo (1998), “El Estado en la mundialización”, *Economía Siglo XXI*, año 1, núm. 1.
- Augé, Marc (1996), *El sentido de los otros*, Barcelona, Paidós Básica.
- Canales, Manuel y Anselmo Peinado (1995), “Grupos de discusión”, en José Manuel Delgado y Juan Gutiérrez, *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis.
- Connell, Robert (2003), *Masculinidades*, México, PUEG/UNAM.
- Clare, Anthony (2002), *Hombres. La masculinidad en crisis*, Madrid, Taurus.
- Cruz, Salvador (2006), *Intimidad masculina. Cultura de género y performatividad en las relaciones interpersonales*, tesis doctoral, México, UAM-X.
- Dimen, Muriel (2003), *Sexuality, Intimacy, Power*, New Jersey, Hillsdale.
- Galende, Emiliano (2001), *Sexo y amor. Anhelos e incertidumbres de la intimidad actual*, Buenos Aires, Paidós Contextos.
- Giddens, Anthony (1997), *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona, Ediciones Península.
- Izquierdo, María Jesús (2003), *Del sexismo y la mercantilización del cuidado a su socialización: hacia una política democrática del cuidado*, España, Reunión Emakunde, Donostia San Sebastián.
- _____ (1999), “La construcción conceptual de la desigualdad social de las mujeres”, *III Congrès Català de Sociologia. La desigualtat a Catalunya. Cal un nou contracte social?*, 20 de marzo.
- _____ (1998), *El malestar en la desigualdad*, Madrid, Càtedra.
- Lagarde, Marcela (1997), *Identidad de género y feminismo*, Costa Rica, Instituto de Estudios de la Mujer, Universidad de Costa Rica.

Lipovetsky, Gilles (1999), *La tercera mujer: permanencia y revolución de lo femenino*, Barcelona, Anagrama.

Petrella, Riccardo (1997), “Mundialización e internacionalización. La dinámica del orden mundial emergente”, *Viento del Sur*, núm.10.



Vivimos inmersos en un sistema de relaciones y roles de género que condiciona tanto a los hombres como a las mujeres, pero que al ser una construcción social es posible transformar, aunque no sea una tarea fácil. Este libro pretende cuestionar el estado de cosas desde la realidad económica y social



que precariza a los seres humanos, y también los mandatos y las relaciones de género imperantes aún en muchos ámbitos, al tiempo que hace visibles los dolores y malestares de los varones, sin argumentar un injusto ejercicio de poder, documentándolo, explicándolo y analizándolo, para contribuir a su transformación. Una mujer desempleada, por ejemplo, no pierde su identidad como mujer; el hombre, en cambio, es definido como “poco hombre” y no llega a la categoría de “hombre de verdad”.

Los temas se abordan desde la multidisciplina y se agrupan alrededor de dos ejes: reflexiones sobre las transformaciones de las relaciones entre hombres y mujeres, por un lado, y análisis de la construcción de masculinidades en un entorno social, por el otro.

La obra expone un ensayo de nuevas formas de relación entre los géneros, que da esperanza de que es posible trascender desigualdades y crear nuevos vínculos más enriquecedores y menos perjudiciales para todos y todas.

